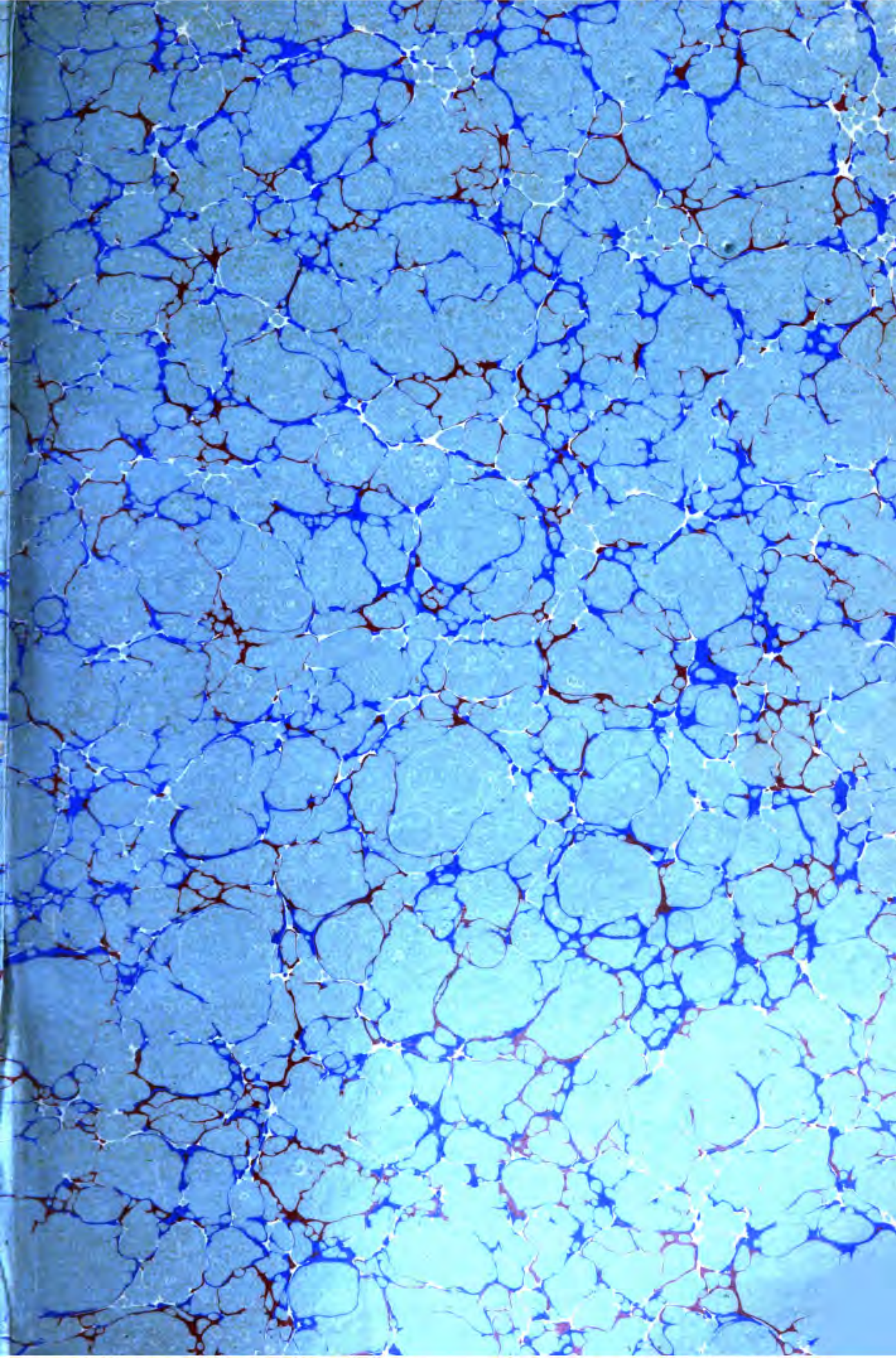




2=

La Iglesia y la Civilización

PASTORAL

del Excmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo

Dr. D. Mariano Soler



MONTEVIDEO
TIPOGRAFÍA URUGUAYA DE MARCOS MARTÍNEZ
Calle Buenos Aires esquina Misiones
1905

La Iglesia y la civilización

PASTORAL DEL EXCMO. Y RMO. SEÑOR ARZOBISPO

Dr. D. Mariano Soler

Nada más grande y majestuoso que la historia de la Iglesia, ya sea en la época de su establecimiento, como en su curso al través de las edades.

«Después de los tres primeros siglos de las grandes persecuciones, dice el publicista Gladstone, en que venció heroica el despotismo y la idolatría, la Iglesia ha marchado siempre á la cabeza de la civilización, enganchando á su carroza como corceles de carro triunfal, las principales fuerzas intelectuales y materiales del mundo. Su arte, el primero del universo; su genio, el genio por excelencia; su grandeza, su gloria, esplendor y majestad han sido, sino absolutamente, casi en su totalidad, aquellas de que puede enorgullercerse la historia.»

Gracias sean dadas al Señor, que hace hablar de este modo á los grandes genios para aplastar la vocinglería de esos espíritus protervos, ciegos de ódio y prejuicios, que aún hoy día se atreven á repetir las diatribas impías é ignorantes de Voltaire, pregonando que la Iglesia es la causa del retroceso de la

humanidad y enemiga del progreso y civilización de los pueblos. Esto, por lo menos, es una mentira histórica, ya que la Iglesia *ha marchado siempre, y de una manera triunfal, á la cabeza de la civilización.*

Desde luego, es admirable, es divina la historia de la Iglesia desde sus comienzos.

Toda potestad que se manifiesta en el mundo lo hace por tres actos: destruír, edificar, resistir.

Para establecer su existencia las nuevas instituciones deben primeramente conquistar el espacio y hacer desaparecer á los que le poseen.

La primera página de su historia refiere siempre destrucciones, y nos presenta ruinas amontonadas. Sobre estas ruinas la institución victoriosa edifica su ciudad, y organiza su resistencia á las nuevas fuerzas que quisieran destruirla; pero como cada ser se revela en sus actos, la naturaleza de una institución se reconoce necesariamente en el modo de cumplir estos tres efectos: destrucción, edificación y resistencia. Los hombres tienen su manera y Dios la suya.

Si se trata de la Iglesia, y si ella es divina, descubriremos naturalmente los caracteres de una fuerza sobrehumana en el triple acto que constituye y resume su historia: la victoria sobre sus adversarios, su establecimiento y su organización definitiva.

La Iglesia católica ha sido evidentemente sobrehumana en su establecimiento.

Mirad: la tradición nos refiere que algunos bandidos del Lazio se reunieron un día sobre una colina. Uno de sus jefes les dió leyes para gobernarse, armas para defenderse, y llamó como por ironía, ciudad eterna al pueblo que formaron con sus cabañas reunidas.

Ese bárbaro no se había equivocado; ocho siglos más tarde Roma era el centro del mundo, la capital del universo pagano, donde florecían las artes y las letras; donde brillaba la sabiduría del senado y el valor de los capitanes, que llevaban á las más lejanas regiones la gloria de sus águilas victoriosas.

Por aquellos tiempos unos carpinteros cortaron un árbol en un bosque de la Judea, lo pulieron, le dieron la forma de una cruz, y un hombre que se llamaba Jesús fué clavado en ella. Resucitó; reunió doce hombres pescadores y les ordenó destruír el paganismo y abatir la fuerza Roma.... ¡con una cruz de madera! Estos conquistadores estraños, encargados de realizar lo que no habrían podido hacer la sabiduría, la elocuencia, ni la fuerza material, lo llevaron á cabo; y no tenían talento, no sabían siquiera escribir su nombre, ni eran célebres por su valor; el día antes de la pasión huyeron ante cuatro lacayos. No eran nobles patricios ó generales aguerridos, sino plebeyos obscuros; sus manos endurecidas demostraban una profesión vulgar. No tenían dotes oratorias y hablaban groseramente; sin embargo una noche, sobre una colina solitaria en los alrededores de Jerusalén se reunen, se consultan y deciden la conquista de Roma, de su poder, de sus legiones, de su senado y de sus dioses.

Poco tiempo después, un extranjero con un cayado en la mano se adelantaba sobre la vía Apia hacia el Foro. Era el apóstol Pedro, que entraba en Roma.

Pasó las puertas magníficas, admiró los palacios y los templos, y las soberbias legiones romanas vencedoras de las naciones; y las matronas en sus litreras llevadas por esclavos; en todas partes vió las señales de un poder colosal y temible. Sin embargo ese hombre, ese apóstol no se desanimó. Tres siglos después el gran Constantino, presentes 318 obispos, exclamaba: ¡Padres Santos; el paganismo está vencido; de un punto al otro del mundo la cruz de Cristo extiende sus dos brazos triunfantes!

Hé aquí lo que se llama la fuerza divina en la destrucción. Cuando dos potestades se hallan frente á frente para combatir hasta la muerte, es ley humana y natural que la más fuerte, la mejor armada, la

más numerosa alcance el triunfo. Aquí en vez, el orden está invertido; la debilidad, la impotencia, la pobreza desarmada ganan el cetro de la victoria y de la soberanía. Así venció la Iglesia.

*
* *

En los tiempos modernos dos ideas se han levantado con la intención de destruir á la Iglesia; la idea protestante y la idea racionalista; pero nada han podido para destruir á esa Iglesia.

Y eso que no les faltaba, ni la elocuencia, ni la fuerza, ni la habilidad. El protestantismo ha nacido sobre las gradas del trono, los reyes le han acogido y amparado bajo la púrpura, y ha reconocido más tarde al racionalismo, como su legítima posteridad, en la terrible lucha del filosofismo.

Sin embargo la Iglesia desarmada, como en sus primeros tiempos, llena aún la tierra con su presencia; ni la fuerza, ni la blasfemia, ni las persecuciones han podido quitarle la vida. Los doce pescadores de Galilea triunfaron de la supremacia de Roma, destruyeron el paganismo y esto es ya un milagro, que manifiesta la divinidad de nuestra fé. Sus victorias posteriores son una consecuencia de la primera.

¿Pero de qué serviría la destrucción si no se reemplazara edificando algo en su lugar?

En efecto; la Iglesia no ha destruído solamente el mal de una manera sobrehumana; ella ha edificado el bien con una fuerza divina. Cuando los Apóstoles abandonaron á Jesuralen, Pedro les mostró el mundo habitado, y les dijo: Allá donde concluye la tierra concluirá el dominio de la Iglesia. Y reservando para sí la capital del paganismo, asignó á sus compañeros las otras regiones. Los Apóstoles ejecutaron con asombrosa rapidez la consigna que habían recibido, y mientras el emperador Claudio no les hacía caso,

la verdad se esparcía en Roma misma, y reclutaba miembros hasta en el palacio de los Césares. El mundo romano estaba conquistado, los bárbaros, que le sucedieron, se hicieron cristianos; la Inglaterra, la Hibernia, la Alemania y los reinos del norte abrieron sucesivamente sus puertas á la palabra católica. Agustín, Bonifacio, Cirilo, Anscario y otros, con legiones de apóstoles, fueron enviados á esas naciones semibárbaros, y las civilizaron. Mas tarde la Iglesia dobló el cabo de Buena Esperanza con Vasco de Gama; y bajó á América con Cristóbal Colón llevando por doquiera la palabra de la fe regeneradora.

Ahora bien; ya consideremos á la Iglesia como un instrumento de destrucción, de edificación, ó de resistencia, es la más grande institución y la potencia más extraordinaria que haya existido sobre la tierra. Domina todas las obras humanas y ha llenado la historia y el mundo con los signos indiscutibles de su divinidad.

Pero esta historia prodigiosa de la Iglesia ha redundado en bien de la humanidad, pues viene á ser la historia de la civilización, que es el objeto principal que nos proponemos desarrollar, aunque más no sea, á grandes rasgos.

***

Más, por tratarse de asunto tan magno y transcendental para la causa sagrada de la religión y de la sociedad, queremos que sirvan de introducción palabras de autoridades supremas en la materia.

Y desde luego ¿qué relación tiene la Iglesia con la civilización? Escuchad primero á un sabio Pontífice.

«Obra inmortal del Dios de misericordia, la Iglesia, aunque por sí tenga como fin la salvación de las almas y la felicidad de ultratumba, es sin embargo,

en la esfera de las cosas humanas, la fuente de tantas y tales ventajas, que no podría proporcionarlas ni mas numerosas ni mas grandes, aunque hubiese sido fundada directamente para proporcionar la felicidad de esta vida. Do quiera, en efecto, que la Iglesia ha penetrado, ha cambiado inmediatamente la faz de las cosas y transformado las costumbres públicas, no solo con virtudes desconocidas hasta entonces, sino también con una *civilización* completamente nueva.» (León XIII. Enc. *Inmortale Dei*).

Oid ahora la declaración del autor de la *Historia de la civilización moderna*, Mr. Guizot: «La influencia de la Iglesia en la civilización moderna es muy grande; más grande de lo que creen, no solo sus más acérrimos adversarios, sino aún sus más fervorosos adeptos, pues que distraídos en la polémica no han sabido *ni juzgarla con equidad, ni medirla en toda su grandeza.*»

Y respondiendo á los que han afirmado que la civilización moderna es obra de la revolución francesa, dice: «Todo lo que hay de verdadero y de bueno en los principios y conquistas de la Revolución francesa *es cristiano*, y había sido proclamado ya por el cristianismo; pero con esta circunstancia, que éste condena y rechaza expresamente todo lo que tienen de falso y de funesto. Y no solamente en esta terrible cónfusión el cristianismo proclama el bien y condena el mal en principio, sino que él solo tiene de hecho la autoridad y la fuerza necesarias para dominar el mal sin que el bien perezca también en la lucha.»

Esta declaración del gran historiador de la civilización no solo demuestra que la influencia de la Iglesia es mayor de lo que creen los mismos fieles, sinó también que los males y errores de la revolución, serán reparados por el cristianismo en la gran lucha contemporánea de la incredulidad con-

tra la Iglesia: *ella sabrá dominar el mal sin que el bien perezca;* esperanza suprema de la civilización moderna, amenazada por tantos peligros y prejuicios. Es un verdadero *sursum corda* para los pusilánimes, y un mentis á los que anatematizan á la Iglesia en nombre de la civilización moderna. Antes bien; la Iglesia puede con toda razón decir á los calumniadores y perseguidores modernos: «No seais ingratos: *sin mi no seriais lo que sois.*» No seriais civilizados, como no lo son los pueblos que yo no he conquistado, ó que han abandonado más tarde el cristianismo, como los pueblos de Africa y Oriente, que constituyeron un día el imperio bizantino.

Y en verdad; ¿quién podría narrar los beneficios de la Iglesia hechos á la humanidad y á la civilización? No es posible enumerarlos, pues ella, como su divino fundador, *ha pasado y pasa sobre la tierra haciendo el bien,* sea en el orden religioso como en el orden natural.

Jesucristo vino al mundo para que los hombres *tuviesen la vida, y una vida mas abundante* (Joan. 10). El instituyó la Iglesia para *continuar su obra,* para hacer participar á los hombres de los frutos de la Redención, y conducirlos á la felicidad eterna, fin supremo de la vida. ¿«De qué le valdría al hombre ganar el mundo entero si ha de perder su alma?» dice Jesucristo.

La Iglesia no ha dejado de cumplir su misión divina, y hace diecinueve siglos que, venciendo todos los obstáculos, multiplica sus esfuerzos y sus sacrificios para *instruír, santificar y salvar* las almas. Ella enseña á los pueblos las más altas verdades acerca de Dios y del hombre, y las reglas y preceptos de la moral más pura. Enseña las verdades reveladas; explica los mandamientos de Dios, administra los sacramentos, procurando al hombre los bienes más necesarios: *la verdad y la gracia;* y no como

quiera, sino con la autoridad divina de Jesucristo: *el que á vosotros oye á mi me oye*, para que la pobre humanidad no ande al viento de toda doctrina y no sea víctima de los sofistas é inventores de utopías. Desde entonces impera en el mundo la verdadera religión, supremo bien de los pueblos; pero no es ahora nuestro propósito hablar de los beneficios sobrenaturales, sino de los naturales:

EL MUNDO DEBE Á LA IGLESIA LA VERDADERA CIVILIZACIÓN

Deseamos exponer la inmensa y benéfica influencia de la Iglesia católica en la civilización para que sus adversarios puedan juzgarla con equidad y sus defensores en toda su grandeza; pues es cuestión trascendental para los destinos de la sociedad moderna; y tanto más, cuanto que, desgraciadamente en la educación que hoy reciben las clases estudiosas se descuida mucho tan importante estudio.

Ella será también una prueba apologética de la verdad del cristianismo bajo el aspecto más apropiado y simpático á nuestra época, exponiendo los inmensos beneficios del catolicismo en la verdadera civilización de los pueblos; de manera que así se reconocerá la conveniencia de utilizar esa gran potencia civilizadora, y se aprenderá á respetar y amar una institución que es autora y auxiliar de tanto bien para las sociedades modernas, quitando prejuicios, con frecuencia inconscientes, contra la Iglesia católica.

En efecto, la era cristiana es la era de la civilización y progreso de los pueblos; ya que desde que se extendió la religión de Jesucristo empezó á renovarse el mundo, y á medida que se propagó su doctrina y se dilató su Iglesia, depositaria y custodio de ella, fueron desapareciendo los negros borrones que afeaban la civilización antigua, mientras que pueblos sin

cuento, con someterse á las leyes del cristianismo, renunciaban juntamente á sus costumbres bárbaras y crueles. Digan cuanto quieran, en efecto, ciertos espíritus extraviados, ó voluntariamente ciegos, la civilización moderna es obra de Cristo y de su Iglesia; y esta no ha cesado, desde que apareció en la tierra, de ser su esforzado adalid y de luchar denodadamente contra cualquier enemigo que la amenazara.

De ahí que el insigne Balmes escribiera estas notables palabras: «Leed la historia, desparramad vuestras miradas por todo el orbe, y donde quiera que no reine el cristianismo, sino prevalece la vida bárbara, ó la salvaje, hallaréis por lo menos una civilización que en nada se parece á la nuestra, que ni aún remotamente puede compararsele.»

Y después de motejar las más célebres civilizaciones que registran los anales de la humanidad, señalando los enormes claros ó vicios de que adolecen, concluye el mismo notable escritor:

«Este es el cuadro que nos ofrecen todas las civilizaciones antiguas y modernas, excepto la europea, es decir, la cristiana. Sólo ella abarca á la vez todo lo grande y lo bello que se encuentra en las demás; sólo ella atraviesa las más profundas revoluciones, sin parecer; sólo ella se extiende á todas las razas, se acomoda á todos los climas, se aviene con las más variadas formas políticas; sólo ella se enlaza amigablemente con todo linaje de instituciones, mientras pueda circular por su corazón, cual fecundante savia, produciendo gratos y saludables frutos, para bien de la humanidad». (1)

Ahora bien ¿cómo la Iglesia viene á ser la *gran promotora* de la civilización?

Porque ella ha promovido el verdadero progreso: el *progreso material* por la rehabilitación del trabajo

(1) *El Protestantismo comparado con el catolicismo;* obra que recomendamos por ser de suma utilidad aún á las personas ilustradas.

manual, orígen de todo bienestar; el *progreso intelectual* por la instrucción del pueblo y la fundación de escuelas y universidades, así como por la protección dada á los sabios, á las ciencias y las artes; el *progreso moral*, en fin, por la transformación de las costumbres individuales y sociales.

En segundo lugar, la Iglesia ha sido la primera en proclamar y enseñar la *libertad*, la *igualdad* y la *fraternidad*, base de la verdadera democracia.

¡Y por fin, doquiera y siempre la Iglesia procura al *hombre*, á la *familia* y á la *sociedad*, que siguen sus principios, toda *la felicidad* compatible con la vida presente. De manera que para hacer al hombre feliz en la eternidad, la Iglesia no le pide más que el permiso de hacerle feliz sobre la tierra, cumpliéndose así la palabra profunda de S. Pablo: «*La piedad es util para todo: ella tiene las promesas de la vida presente y las de la vida futura* (1).

Vamos, pues, á desarrollar las anteriores afirmaciones, aunque de una manera didáctica más bien que literaria.

*
* *

Así como todo ser viviente está destinado á desarrollarse y á perfeccionarse para conseguir su fin; del mismo modo los hombres y las sociedades poseen una tendencia esencial y continua á aumentar su bienestar, sus luces y su perfección. Cuando en este sentido han llegado á un ressultado conveniente, se les llama *pueblos civilizados*. ¿Qué es, pues, la civilización? Es en la vida presente *el bienestar y la perfección* más ó menos grande del hombre, de la familia y de la sociedad. Esta civilización es más ó menos ade-

1—Conf. B. Sanchez, y Molitor, *Filosofia de la historia:* Rutten, *Curso elemental de Apologética*; y Lachaud: *Donde está la felicidad del pueblo.* Además Balmes, Hettinger, etc.

lantada según que los individuos y los pueblos poseen medios más numerosos y variados para conseguir su fin último.

Ahora bien, se llega á la civilización por el progreso; y el *progreso* es la marcha hacia adelante, una elevación de lo menos perfecto á lo más perfecto; un perfeccionamiento del ser. El verdadero progreso, por tanto, es el perfeccionamiento del hombre todo entero, de su *cuerpo* y de su *alma*; por lo cual la civilización comprende el progreso material, intelectual y moral.

El progreso material es el bienestar razonable del cuerpo, ó mejoramiento de las condiciones de la vida, así como el progreso intelectual consiste en el adelanto y difusión de la verdad, de las ciencias y de las artes; mientras el progreso moral es la realización contínua de la perfección del alma por la práctica de las virtudes y represión de los vicios. (1)

Pero es evidente que así como el cuerpo debe estar subordinado al alma, del mismo modo, en la verdadera civilización, el progreso material debe estar subordinado al progreso intelectual y, sobre todo, al progreso moral, que es el más necesario. Si esta subordinación existe produce el verdadero bienestar de los pueblos; pero si el progreso material domina, tiene por resultado el sensualismo, el espíritu de desórden y la corrupción: la civilización debe ser ante todo la cultura del alma.

1—La civilización de un pueblo comprende tres elementos esenciales: la mayor inteligencia posible para el mayor número posible; la mayor moralidad posible para el mayor número posible; el mayor bienestar posible para el mayor número posible.

Quítese una cualquiera de estas condiciones, y la perfecta civilización desaparece.

Dad á un pueblo inteligencia y moralidad, pero suponedle en la miseria: es digno de compasión; dadle inteligencia y bienestar, pero suponedle inmoral: merece desprecio; dadle, por fin, moralidad y bienestar, pero suponedle ignorante: será semejante á un hombre bueno, rico, pero tonto; lo que ciertamente no es modelo de perfección humana.

Así discurre el inmortal Balmes; y su pensamiento en esta materia, es un maravilloso compendio de lo que debe ser la verdadera civilización de los pueblos.

Pues bien; la Iglesia, ha sido en todas las épocas la gran promotora del progreso y de todos los progresos, y por ende de la civilización.

*
* *

La Iglesia y el progreso material

Parecerá admirable que la Iglesia haya fomentado el mismo progreso material; y sin embargo nada mas cierto.

El trabajo es el orígen de toda riqueza y prosperidad pública y privada, porque es el que perfecciona la materia y fomenta los descubrimientos útiles; por consiguiente el fomento y desarrollo del trabajo es el gran factor del progreso material. Entre los paganos, y en el imperio romano, el *trabajo manual* era objeto de desprecio, pues que, según Aristóteles y Platón, degradaba al hombre libre; de modo que los griegos y romanos rehusaban á los obreros el título de ciudadanos. La Iglesia, al contrario, realza el honor y la dignidad del trabajo; y al rehabilitar al obrero, realiza la revolución social más profunda de que la historia haya conservado el recuerdo.

Para ello proclama, desde luego, la gran ley impuesta por Dios á la posteridad de Adán: «Comerás tu pan con el sudor de tu frente.» Y nàdie puede sustraerse á esta ley, ni rico ni pobre.

Más aún; la Iglesia nos muestra al *Hijo de Dios* en el taller de Nazaret, en donde consagra la mayor parte de su vida á la humilde profesión de carpintero. De manera que fué gran honor y aliciente para los obreros saber que el Verbo de Dios vivió como ellos del trabajo de sus manos; y que fué entre artesanos y pescadores que Jesucristo escogió los primeros jefes de su Iglesia.

Por eso, todos los Padres de la primitiva Iglesia

afirman atrevidamente, en presencia de la sociedad pagana, despreciadora del obrero, la necesidad y la dignidad del trabajo.

Pero más eficazmente la *institución monástica* completa la rehabilitación del trabajo manual. Los monjes de Oriente se dedican á la plegaria y al estudio; más tejen la lana, confecionan sus vestidos y cultivan la tierra, que debe alimentarlos.

En estos monasterios, que reunían hasta 16.000 hombres bajo la dirección de un mismo abad, todos los oficios estaban en h)nor. Los monjes de la Tebaida son labradores, fabricantes de esteras, carpinteros, sastres, bataneros, zapateros. Tres cosas los ocupan continuamente: el trabajo manual, la meditación, la plegaria. En épocas de carestía vense salir barcos cargados de trigo de los puertos de Egipto para llevar á las regiones desoladas la limosna de estos heroicos obreros, que producen tanto y consumen tan poco.

El mismo pensamiento inspira á los legisladores monásticos de Occidente; los hijos de S. Benito pasan de la oración al estudio y de este al trabajo manual. Trabajan y cultivan los desiertos, desmontan las malezas, construyen diques en los ríos, cubren de pasturas, árboles frutales y mieses los terrenos pantanosos y palustres y los valles abandonados. Débese á esta gran Orden el desarrollo de la agricultura, del comercio y de la industria. «Las tres octavas partes de los pueblos y ciudades de Francia, dice Montalembert, deben su existencia á los monjes.» Y los historiadores más hostiles á la Iglesia se ven obligados á reconocer que los monjes han desmontado la Europa, creando el patrimonio nacional, así como han realzado ante la estimación de los pueblos el trabajo manual despreciado por los últimos representantes del poder romano y desconocido de los bárbaros, que fueron sus herederos en la dominación del mundo.

En la Edad Media hizo la Iglesia otro grande é incomparable servicio á los *trabajadores* formando las *corporaciones de obreros*. Esta organización del trabajo, cuna de las libertades locales, refugio de los débiles contra los fuertes, estableció entre los obreros la fraternidad cristiana, que es uno de los elementos del bienestar social.

La revolución vino á destruír todas las obras de la Iglesia con un furor insano.... Pero la ternura de una madre no se descorazona jamás. Leon XIII en su famosa Enciclíca *sobre la condición de los obreros* enseña con admirable sabiduría, los remedios para los sufrimientos inmerecidos de los trabajadores, traza un programa de economía cristiana, que contrasta con las teorías anárquicas del socialismo, y de los economistas sin entrañas. Una vez más, la sociedad deberá su bienestar á la solicitud de la Iglesia.

Y en verdad: la primer causa de la prosperidad es el trabajo, de donde dimana la riqueza pública y privada, los perfeccionamientos de la materia y los ingeniosos descubrimientos. Ahora bien, ¿quién ha fomentado y alentado el trabajo como la Iglesia católica?

«El trabajo manual fué siempre desdeñado, y lo es aún, y donde quiera que el cristianismo no extiende su imperio. Si es, por tanto, el trabajo una fuente de riquezas, y si la riqueza pública es una señal de civilización y de perfeccionamiento humano, bajo el punto de vista del bienestar exterior y físico, no se puede poner en duda que la Iglesia tiene derechos incontestables al reconocimiento de la sociedad.» Ha contribuído al progreso material de los pueblos mucho más que los economistas soñadores y utopistas. Asi hablaba León XIII en su última pastoral, como arzobispo de Perusa. (1)

1—Véase al fin Nota I pág. 263.

LA IGLESIA Y EL PROGRESO INTELECTUAL

¡Ah! por lo menos, no saben lo que dicen, los que afirman que la Iglesia es oscurantista. La Iglesia ha favorecido grande y magníficamente la difusión de la verdad de todos los modos posibles y como nadie, ya sea por la *instrucción popular, las bellas letras, las ciencias y las artes.*

La incredulidad y el libre-pensamiento afirman que la Iglesia es opuesta á la enseñanza, á la ilustración, á la ciencia y á su progreso; que quiere mantener al pueblo en la ignorancia y en las tinieblas del oscurantismo. Pues bien, esto no es más que una necia calumnia, contra la cual toda la historia protesta, ya que donde quiera que la Iglesia ha podido establecerse, desde su origen hasta nuestros días, ha fomentado la ilustración segun los tiempos y las circunstancias; y nadie la ha favorecido como ella. Veamos, sinó, lo que ha hecho por la *instrucción religiosa y profana* del pueblo.

Instrucción popular—Antes de Jesucristo, la instrucción religiosa estaba reservada á una clase privilegiada de individuos y rehusada al pueblo. El paganismo no predicaba á las multitudes en los templos; pero la Iglesia, obedeciendo á la orden formal de su divino fundador: *Id y enseñad á todas las gentes,* ha esparcido por doquiera la verdad sin distinción de clases ni de castas. Esta predicación y enseñanza de la religión ha contribuido singularmente á formar y á desarrollar la inteligencia popular; pues se ha dicho con razón que el catecismo es la *filosofía del pueblo,* y esta luminosa filosofía da la solución de todos los problemas mas importantes de la vida, esclareciendo magníficamente la razón humana, con enseñanzas superiores á las de Aristóteles y Platón.

Habituados á vivir en medio de un mundo penetra-

do de las ideas cristianas, dice un autor célebre, atribuimos *al progreso del espíritu humano* lo que hay de perfecto y de bueno en nuestros conocimientos, en nuestras costumbres, nuestras leyes y civilización, pero es una ilusión. Para darse cuenta de la verdad es necesario ver lo que era el mundo á la venida del Redentor, después de cuatro mil años de razón, de filosofía y de progreso humano, y lo que es aún hoy después de seis mil años fuera del cristianismo. Por eso dan compasión los que, nacidos en el seno del cristianismo y apostatan, nos vienen con hermosos programas de progreso y civilización que creen debidos á su propia razón de libre-pensadores, cuando sin la Iglesia ni siquiera sabrían leer.

Las verdades de la revelación primitiva se habían oscurecido al través de los siglos por efecto de la ignorancia y de las pasiones. «Por doquiera, con excepción del pueblo judío, reinaban los *errores más groseros* sobre las verdades que más importa al hombre conocer, y que forman la base de su vida intelectual y moral. Una sola nación adoraba al verdadero Dios; mientras las otras se prosternaban ante los astros, las plantas, los animales, la piedra. El universo no era más que un inmenso templo de idolos...»

Ahora bien, hoy día el vulgo, el pueblo, si es cristiano, está perfectamente instruído acerca de los problemas que interesan la vida en su dignidad y destino. La religión de Jesucristo ha hecho accesibles á todos, á los niños como á los sabios, las más sublimes verdades sobre Dios, su naturaleza, sus perfecciones y sus obras; sobre el hombre, su orígen y sus destinos; sobre nuestros deberes acerca de nuestro Creador, el prógimo y nosotros mismos. Interrogad al más pequeño niño, que sepa el catecismo, y lo encontrareis infinitamente más instruído que todos los sabios de la Grecia y de Roma en las verdades fundamentales del espíritu humano.

Pero la Iglesia no se ha contentado con enseñar al pueblo la ciencia de la religión, sino que ha hecho prodigios para darle también la instrucción profana. Desde que se vió libre de las persecuciones, estableció en cada monasterio y en cada parroquia escuelas en donde los niños recibían la *instrucción primaria* y verdaderamente *gratuita*, ya que esta gratuidad de entonces era el resultado de donaciones espontáneas: no era la gratuidad *irrisoria* de nuestros tiempos, basada en los impuestos abrumadores, donde se ve al pobre pagar por el rico.

«El presupuesto de instrucción pública en Francia pasa de 200 millones; y estos millones de impuestos son una de las principales causas de la miseria del pueblo. Porque ¿quién paga los impuestos? Siempre es el pobre. Los comerciantes se desquitan elevando el precio de sus mercancías, y los propietarios aumentando el alquiler; pero el obrero, el paisano, no pueden desquitar sobre los demás los impuestos que pagan. Y después nos viene el liberalismo pregonando como invención suya la instrucción *gratuita!*

Y ya que tanto se hace alarde de las conquistas de la Revolución anticristiana, querèmos observar que sabios distinguidos han compulsado los documentos históricos para conocer el estado de la enseñanza popular antes de la Revolución: he aquí sus conclusiones:—1.º En casi todas las parroquias de Francia existían escuelas en las que se enseñaba *gratuitamente* á los niños.—2.º Estas escuelas debían su existencia á decretos de los Obispos y de los Concilios. —3.º Desde el V al XII siglo el *clero sólo* se ocupaba de la enseñanza.—4.º La antigua Francia no contaba con menos de 60.000 escuelas primarias.— 5.º La mayor parte de estas escuelas fueron destruídas por la Revolución. (Mr. Allain, *La instrucción primaria en Francia.* 1875.)

Durante y después de la Revolución no existía

instrucción pública y esto duró unos 40 años. No fué organizada seriamente sino por la ley de 1833. La Revolución anuló la instrucción al apoderarse de los bienes del clero con los que se sostenían las escuelas. Así lo declara Taine en la *Francia contemporánea.* (1)

Recordemos también que la Iglesia fundaba en Francia para esparcir por todas partes la instrucción popular, el *Instituto* de los Hermanos de las escuelas cristianas, precisamente cuando el jefe de los librepensadores, Voltaire, declaraba que era una tontería querer instruir al pueblo. Y es interesante recordar, en presencia de la obra de la Iglesia, el pensamiento íntimo de Voltaire. Hé aquí algunos extractos de sus cartas:—«Es esencial que existan gentes ignorantes. No es al obrero que debe instruirse sinó al buen burgués... El pueblo será siempre tonto y bárbaro.»—«Los paisanos son como los bueyes que necesitan un yugo, el aguijón y heno... Jamás se ha pretendido ilustrar á paisanos, á lacayos y sirvientes: esto se deja para los Apóstoles.» Hé aquí el amor de Voltaire por el pueblo y su instrucción. Pero ¿qué escándalo perenne metería la incredulidad si esos dislates los hubiese escrito algun Padre de la Iglesia?

Por fin, leed hoy día los *Anales de la Propaganda de la Fé,* y veréis que al lado de los misioneros que van á llevar la verdad á los paganos, hay *religiosos* y *religiosas* que fundan escuelas y esparcen la ins-

1—En Reims el tesoro de la Catedral, en obras de arte era inmenso; pero hoy no es más que débil resto de lo que fué. Allí se consagraban los Reyes de Francia.

¿Se quiere ver la barbarie de la revolución? Por decreto de la Asamblea nacional de 1791, las piezas mejores fueron destruídas y fundidas en la casa de Moneda. El día en que se cometió tal crímen, el valor de *cien millones de francos en arte,* convertíanse *en cien mil francos de metal.*

¡Ay de la Iglesia si hubiese cometido ese crímen y acto de barbarie!

Otra observación: en cambio de los bienes apropiados por la Revolución la nación francesa se comprometió á dar á la Iglesia *cuarenta millones* para el presupueste de culto, cuando solo en la catedral de Reims había despojado á la Iglesia de *cien millones.* He aquí la justicia del liberalismo imperante.

trucción popular. Así por todas partes, en todos los tiempos y de todos modos la Iglesia propaga la instrucción. Lo que ella teme, bien lo saben sus enemigos, es la ignorancia y la semi-ciencia.

*
* *

En cuanto á la *instrucción secundaria*, podemos declarar desde luego que la Iglesia siempre y en todas partes ha alentado y cultivado magníficamente las bellas letras; y si el paganismo celebra los siglos de *Pericles* y de *Augusto*, la Iglesia ha producido los de *León X* y de *Luis XIV*, muy superiores á los dos primeros.

Desde el siglo IV, la Iglesia, apenas salida de las catacumbas, funda para la instrucción de sus clérigos, un gran colegio al lado de cada catedral, así como en los grandes monasterios. Estos colegios fundados por los obispos y los monjes, estaban abiertos para todos los jóvenes, á los seminaristas como á la juventud laica; así lo testifican hechos innumerables. (Montalembert. *Los Monjes de Occidente*).

Mas aún; la Iglesia ha salvado de la invasión de los bárbaros los *tesoros literarios* de la Grecia y de Roma; y han sido los monjes quienes han copiado y conservado estas obras maestras de la literatura antigua. «Sin los Papas, dice J. Muller historiador protestante, ignoraríamos los conocimientos de los antiguos, como ignoran las artes y las ciencias de los Griegos los Turcos que ocupan su territorio.»

«Antes de *1789* se contaban en Francia para una población de 25 millones, 562 colegios con 72.000 alumnos. Sobre este número 40.000 recibían instrucción *gratuita* por las becas que había fundado la caridad cristiana. Hoy día para 38 millones de habitantes, los documentos oficiales no acusan más que 81 liceos y 325 colegios con 79.000 alumnos y sola-

mente 5.000 reciben becas pagadas por los contribuyentes. (Duruy, *La Instrucción Pública y la Revolución.)*

En cuanto á la *enseñanza superior* se sabe que la Iglesia ha favorecido con todo su poder el cultivo de las ciencias, porque estas conducen naturalmente á Dios, que se llama á sí mismo *el Dios de las ciencias*.

Desde los primeros siglos, los Apologistas se sirven de las ciencias humanas para defender y exponer los dogmas, Orígenes, San Justino, Tertuliano, etc. y mas tarde S. Crisóstomo, S. Basilio, S. Gregorio de Nazianzo, S. Jerónimo, S. Ambrosio y S. Agustín, honra del género humano, componen obras magistrales de filosofía y de elocuencia.

En la Edad Media se despliega una prodigiosa actividad intelectual en los monasterios de Fulda, de San Galo, de Corbia, de Chartres, de Toul, de Bolonia, como en las escuelas de Cluny, de París, de Orleans, de Cambrai y otras muchas; y desde entonces ya estableció la Iglesia los tres grados científicos de *bachillerato, licenciado y doctorado.*

Más aún, á partir del siglo XII, los Papas fundan esas hermosas *Universidades*, donde se enseñan *todas las ciencias conocidas*: ellas ostentan con legítimo orgullo sus maestros ilustres: *San Anselmo, San Buenaventura, Alejandro de Hales, Alberto el Grande, Duns Scot, Santo Tomas de Aquino*, el más grande genio que haya aparecido sobre la tierra. En el siglo XVI la Europa estaba cubierta de grandes universidades, con un concurso y un entusiasmo por los estudios, como jamás ha existido: la universidad de París contaba 20.000 estudiantes, la de Oxford 30.000, la de Praga 36.000, y 40.000 la de Padua!

Bajo la impulsión y con privilegios de los Papas estos estudiantes cultivaban, no solamente la teología y la filosofía, sino también la historia, la lengüistica, las lenguas clásicas, la arqueología, la numismática.

Las ciencias naturales tomaron gran vuelo hácia fines de la Edad Media, mucho tiempo antes que Bacón de Verulam hubiese formulado su método.

Es, por tanto, á la Iglesia que corresponde el honor y la gloria de haber fomentado eficazmente el progreso intelectual de la humanidad; ya que durante quince siglos fué la única en cultivar y fomentar las letras y las ciencias. Es así como ha demostrado ser fautora de oscurantismo y enemiga de las ciencias, como afirman los espíritus vulgares.

¿Qué más? La mayor parte de los *descubrimientos útiles* son debidos á miembros de la Iglesia, como la invención de la pólvora, de la brújula y de la imprenta, que transformaron la actividad de la Europa.

En cuanto á las *bellas artes* no tuvieron asilo más seguro que las iglesias y los monasterios: en medio de las luchas incesantes de los siglos XII y XIII, viéronse arquitectos capaces de levantar esas magestuosas catedrales, pintores y escultores que nuestro siglo no ha igualado; y fué bajo la influencia de los Papas que Italia se convirtió en la patria de las bellas artes, el museo universal de la pintura, de la escultura, el país de los magníficos monumentos del arte cristiano.

Y bien ¿qué hizo la decantada Revolución por la instrucción y la ciencia? En 1792 abolió todas las escuelas primarias, 562 colegios y 23 universidades, conservando solo la de Estrasburgo porque era protestante. Los bienes y rentas de estos establecimientos fueron confiscados y el personal despedido ó reducido á la apostasía. En 1801 Chaptal, ministro del interior, decía: «La educación pública es casi nula por todas partes; la generación que llega á los 20 años está irrevocablemente sacrificada á la ignorancia; las escuelas primarias no existen casi en parte alguna.» (P. Nemours, *El progreso por la Iglesia*).

Ante semejantes hechos ¿tienen los libre-pensado-

res el derecho de injuriar á la Iglesia y de acusarla de haber favorecido la ignorancia? Hay ciertos atrevimientos que dan compasión, ó que suponen verdadera ignorancia de la historia. Acostumbrados á oir proclamar á la Revolución como redentora de la sociedad moderna, y á la Iglesia como institución de fanatismo, no hay medio de sacarlos de tan vulgares prejuicios.

Y nótese que la Iglesia fomentó la instrucción cuando nadie era capaz de hacerlo; y si hoy los adversarios de la Iglesia pregonan la instrucción, es mas bien por rivalidad á la Iglesia que en el interés del pueblo. Si este último motivo fuese el que los determina á obrar ¿porqué procuran destruir las escuelas católicas? Si queréis sinceramente la instrucción, permitid á todos los hombres esparcirla y fomentarla. (1)

*
* *

La Iglesia y el progreso moral—La Iglesia no solamente ha popularizado en el mundo todas las virtudes dictadas por la ley natural ó prescritas por la ley mosaica, sino que ha hecho brillar virtudes superiores y desconocidas, tales como la humildad, la castidad perfecta, la virginidad, la caridad, el amor á los enemigos. Sin duda, el hombre ha sido siempre capaz de distinguir el bien del mal, ya que lleva escritos en el fondo de la conciencia los principios de la ley natural. Pero las pasiones, el orgullo, la avaricia, la sensualidad, la ignorancia religiosa había alterado estas luces de la razón; de aquí que en la sociedad pagana, la mas civilizada, existía una corrupción profunda, justificada, por el ejemplo de las divinidades del Olimpo, que no eran sino la personificación de los vicios.

Más la religión cristiana reemplaza el culto de los ídolos por el culto del verdadero Dios; desde su apa-

1—Véase al fin Nota II.

rición transforma las costumbres y hace resplandecer las virtudes mas heróicas. Esta transformación moral está constatada: por los escritores paganos, que se ven obligados á reconocer la inocencia de los cristianos; por los emperadores romanos, que no pueden motivar sus edictos de persecución sino sobre la resistencia de los cristianos á sacrificar á los ídolos; y en fin, por los apologistas, que osan repetir sin miedo de ser desmentidos, á los príncipes, á los magistrados y al pueblo, la palabra de Tertuliano: *«Se reconoce á los cristianos por la pureza de su vida.*

La religión cristiana hace florecer las virtudes heróicas, desconocidas de los paganos: ella persuade á los grandes la humildad; á los orgullosos, la modestia; á los ricos, la beneficencia; á los avaros, la pobreza; á los voluptuosos, la castidad; á los vengativos, el perdón de sus enemigos; á todos, en fin, la caridad, la pureza, la abnegación; esas grandes virtudes reservadas al cristianismo, que opera esta transformación moral y el florecimiento de estas virtudes, no solo en un pequeño número de individuos, sino en las multitudes. La práctica de estas virtudes constituye el carácter distintivo de la sociedad cristiana, y estos efectos se producen aún hoy día entre los pueblos salvajes, doquiera que penetra la religión católica.

Esta transformación es el resultado, no solo de la fe en las verdades reveladas, sino de las gracias interiores, que Dios comunica á las almas; puédese muy bien admirar un programa de moral, pero se necesita el auxilio divino para conformar con él su conducta. Así, ninguna secta, ninguna doctrina, ningún sistema filosófico ha podido jamás triunfar de las pasiones y de los vicios arraigados en el corazón humano, ni suscitar las virtudes heroicas del cristianismo; ni los pocos sabios del paganismo son comparables á la inmensa multitud de *Santos* producidos por el cris-

tianismo; de manera que para todo hombre que reflexiona, así como la creación prueba la existencia de Dios, así los frutos del cristianismo prueban su orígen divino.

Sí; la inmensa transformación moral obrada por la Iglesia en el mundo pagano, respecto del individuo, la familia y la sociedad fué tan profunda en las ideas y en las costumbres, que jamás el paganismo, aún en sus personajes más ilustres pudo ofrecer el espectáculo de semejantes virtudes; de manera que quien quiera que procure darse cuenta de los hechos de la historia, la influencia de la Iglesia revela la acción de una causa superior y divina.

Ahora bien; es evidente que la Iglesia ha regenerado á los individuos combatiendo sin tregua todos los vicios que degradan al hombre: el orgullo, la concuspiscencia y el sensualismo, enseñándole al mismo tiempo las virtudes que dejamos indicados y la moral purísima del Evangelio.

*
* *

Pero la Iglesia *ha regenerado* también *á la familia.* El mundo pagano no conoció la piedad para con los débiles; la mujer estaba considerada como un sér inferior, un vil instrumento de placer. *Joven*, era vendida por su padre; *esposa*, se convertía en propiedad mobiliaria de su comprador; *madre*, estaba degradada por la poligamia y el divorcio.

El hijo, el *niño* se encontraba á discreción del autor de sus días. En Roma, cuando nacía una criatura, se la arrojaba á los pies de su padre: si este le tomaba en sus brazos, podía vivir; sino, era arrojado en la cloaca. El infanticidio estaba universalmente admitido en todas las naciones paganas, como aún hoy día lo está y se practica en la China.

¿Qué hace la Iglesia? Proclama la *santidad* del ma-

trimonio, y sus dos leyes fundamentales: la *unidad* y la *indisolubilidad;* estos tres hechos, la elevación del matrimonio á la dignidad de sacramento, la abolición de la poligamia y del divorcio, la condenación del poder arbitrario del esposo, vuelven á la mujer su dignidad moral. Es entonces la compañera del hombre, la carne de su carne, su mitad; toma su puesto de honor en el hogar doméstico, y reina en él por la virtud y por el amor, como el esposo por una dulce autoridad, que no es la antigua tiranía.

¡Qué contraste entre la situación humillante de la mujer pagana, y la misión y papel tan puro, tan noble y delicado que nuestras costumbres atribuyen á la madre de familia! Y si todo esto es el fruto del cristianismo, ¿qué luchas no ha debido sostener la Iglesia contra las pasiones de los emperadores y de los reyes para sostener la unidad y la indisolubilidad del matrimonio? Ella ha preferido sacrificar países enteros, como Inglaterra, antes que faltar á su deber.

El *niño,* convertido por el bautismo en hijo de Dios, es el objeto de las más tiernas solicitudes: para él las *cunas,* los *asilos,* los *orfanotrofios,* las escuelas, los colegios; todas las atenciones de la más delicada caridad.

Y sin embargo, las ignominias del paganismo: poligamia, divorcio, esclavitud, pesan todavía sobre la mujer entre las naciones en donde la Iglesia no ha transformado las costumbres, como entre los Arabes, Musulmanos y Chinos. La dignidad de la esposa decae por doquiera se aminora la influencia de la Iglesia; así el protestantismo permitió la poligamia y proclamó el divorcio, que sólo se ha introducido en algunas naciones católicas por gobiernos anticatólicos, bajo la acción de la impiedad.

*
* *

La Iglesia ha regenerado á la sociedad. Desde luego ha transformado á la sociedad civil: antes de Jesucristo el Estado lo absorvía todo, reinando como déspota, y haciendo de su voluntad ley; el Jefe del Estado lo era todo, los individuos, nada. Pues bien, el cristianismo enseña que los gobiernos son para los pueblos y no vice-versa.

La Iglesia ha definido netamente los derechos y los deberes de los gobernantes y de los gobernados. Ella proclama que *todo poder viene de Dios,* pero no los gobernantes, que deben su misión de gobernar la sociedad por delegación de esta, según las formas de gobierno; de donde resulta que aún en la forma de gobierno absoluto, los reyes deben gobernar á sus pueblos con leyes sabias y justas; por donde la Iglesia ha puesto un término á la tiranía, tan propia de los pueblos paganos. ¡Qué distancia de Nerón á San Luis de Francia!

Cuando en sus órdenes ó sus leyes el poder humano contradice la ley divina ó derecho natural, el ciudadano repite con entereza la palabra de los Apóstoles: imposible obedecer: *non possumus;* es necesario obedecer á Dios antes que á los hombres.

Con la soberanía de *derecho divino* se ennoblece la obediencia, porque entonces el hombre no se somete á otro hombre. Con ocasión del ingreso (1906) á la Academia de ciencias morales y políticas del Prelado matritense, este pronunció un discurso acerca del principio de autoridad, exponiendo la doctrina generalmente admitida por los doctores católicos, es á saber, la trasmisión inmediata de la autoridad, que viene de Dios, por medio del pueblo al gobernante temporal, cualquiera que sea la forma de gobierno. Distinguió lo que hay en la autoridad de divino, esencial é inmutable, y lo que en la forma y modo de ejercerse dejó Dios á la voluntad de los hombres; é hizo resaltar sobre todo, la diferencia de

la autoridad, según el concepto católico y según el concepto modernista: «Dios, dice, es el orígen de la soberanía en sí, y el pueblo es el organismo que la comunica á los soberanos y gobernantes.» Por donde se vé que el *derecho divino* es cosa muy distinta de cómo se lo figuran los modernistas, que por no haber estudiado la cuestión, la desprecian olímpicamente, y quieren hacer creer que eso es una cosa ridícula del antiguo régimen, ya desterrada y abolida por el derecho nuevo, é incompatible con la democracia, mientras es el honor de la democracia y la condenación de la demagogía.



Por fin, la Iglesia ha transformado las relaciones entre los pueblos. El derecho de gentes anterior á Jesucristo, no tenía mas que una ley: *væ victis* ¡ay de los vencidos! La guerra daba botín y esclavos; la piedad era desconocida á los vencedores. Mas la Iglesia enseña á los pueblos que todos los hombres son hermanos y que las naciones son miembros colectivos de la humanidad. Con las costumbres cristianas el derecho de gentes se ha transformado; la piedad y suavidad de costumbres se ha apoderado de los corazones; los enemigos heridos ya no son ultimados sobre el campo de batalla; ya no se hacen esclavos, ni se tratan con o bárbaros.

La guerra conserva aún sus rigores; pero la fraternidad cristiana impone deberes, que los pueblos ya no pueden menospreciar. Al derecho de la fuerza la Iglesia ha sustituido el derecho de la justicia y de humanidad.

En conclusión; el progreso moral consiste en el mejoramiento de las costumbres, ennoblecimiento de las almas, la urbanidad en las maneras y la suavidad de las relaciones privadas y sociales; pues bien; es á la

Iglesia que se deben estos frutos de una verdadera civilización.

Gracias á la influencia de la Iglesia ya no tenemos la desgraciada esclavitud, que condenaba las nueve décimas partes de los hombres á una vida de penosos trabajos y de indecibles ultrajes. Ya no tenemos los sangrientos espectáculos de gladiadores, en que se degollaban millares de desgraciados para divertir al pueblo, y en que tantos otros eran arrojados á las bestias feroces para distraer los ociosos y satisfacer la sed de sangre. Ya no tenemos el desprecio y el odio al pobre, que la religión ha cubierto con la caridad. Ya no tenemos aquellos divorcios fáciles y escandalosos, las tiranías maritales, el envilecimiento legal de las esposas, ni los serallos de la poligamia, ni los infanticidios; desórdenes afrentosos que la impiedad moderna se ha esforzado en renovar de una manera más ó menos descarada. Ya no tenemos en las naciones cristianas esos monstruos llamados Césares, cuyos caprichos eran leyes. Y si á las veces nuestros crímenes nos acercan á la barbarie ó al paganismo, les damos el nombre que les corresponde: no vamos á buscar en los vicios del Olimpo la justificación de nuestros desórdenes.

Es verdad que podemos temer la apostasía de los gobiernos en el seno mismo de la cristiandad; pero al lado de estos seres depravados, siempre queda el mundo cristiano, compuesto de almas rectas, de nobles caracteres y de corazones henchidos de una ardiente caridad. Tenemos la opinión pública cristiana, que es como el aroma de las instituciones privadas y sociales. El mal ya no vencerá al bien definitivamente.

*
* *

Pero hay más aún; la Iglesia ha hecho penetrar en la sociedad las ideas generosas de

Libertad, igualdad y fraternidad

Estas palabras, que están en todos los labios, estas tres aspiraciones de todos los corazones generosos expresan las tres ideas fundamentales de la religión católica. Están grabadas en el arbol de la cruz y sobre la puerta de nuestros tabernáculos.

La Iglesia y la libertad. La primera libertad es el libre arbitrio, que la Iglesia ha defendido enérgicamente contra el fatalismo de los paganos, de los maniqueos, de los mahometanos, contra Lutero, Calvino y los jansenistas. Lo defiende hoy día contra los positivistas contemporáneos, que atribuyen nuestros actos á influencias exteriores. Ante estos errores antiguos y modernos la Iglesia afirma, como un dogma de fe, la libertad del hombre en el gobierno de su vida, condición de la responsabilidad y de la dignidad humana.

La segunda libertad es la libertad religiosa; pues en todo tiempo la Iglesia ha defendido valientemente el derecho de conocer, de amar y de servir á Dios, como él quiere serlo. Es para conquistar esta verdadera libertad de conciencia que los mártires han vertido su sangre, servicio impagable á la humanidad.

Después de la libertad religiosa, la mas necesaria es la libertad civil, que es la que asegura al hombre su legítima independencia en los actos de su vida; ahora bien; la Iglesia fué la que destruyó la esclavitud. Nadie puede negarlo; antes de Jesucristo la esclavitud era universal; y lo mas admirable es ver á los grandes filósofos como Aristóteles, Platón, Cicerón estar de acuerdo para justificarla. Y ya sabemos lo que eran los esclavos, víctimas de la crueldad,

tratados como bestias y sin ninguna clase de derechos, constituyendo la inmensa mayoría de la humanidad.

¿Qué hizo la Iglesia? No pudiendo proclamar la manumisión en masa de los esclavos, sin ocasionar masacres horribles, y entregar al desórden y al hambre una multitud de hombres no preparados para la libertad, procedió con toda sabiduría y prudencia. Comienza por enseñar que el esclavo tiene el mismo orígen, la misma naturaleza y el mismo destino que su señor, y está llamado á los beneficios de la redencion. Rehabilita al esclavo, le vuelve su dignidad de hombre, lo sustrae á la tiranía, dicta penas contra los que lo maltratan, y lo admite al mismo rango que el amo en sus ritos sagrados. En seguida, á medida que los ricos se hacen cristianos, recomienda y aplaude la manumisión. Hermes liberta á 1.250, Cromacio á 1.400, Santa Melania 8.000, etc. Los emperadores cristianos concurren con los obispos para la libertad de los esclavos; y todas las leyes dictadas desde el siglo IV bajo la influencia de la Iglesia, respiran la compasión para con los esclavos y el odio á la esclavitud, que muy pronto quedará borrada del derecho civil y del de gentes. (Balmes. *El Protestantismo comparado con el Catolicismo.*)

Después de haber desterrado la esclavitud de las naciones católicas, la Iglesia deploraba otra que no dependía de ella el suprimirla, cual era la que los Sarracenos imponían á los cautivos cristianos.

Contra esta esclavitud la Iglesia solo pudo servirse del rescate, que favoreció con admirable caridad. Ordenes religiosas especiales fueron instituídas con este fin: tales fueron la de los *Trinitarios* y la de *N. Sra. de la Merced*, que prestaron inmensos servicios. Baste recordar que en 1655 los hermanos de la Merced solo en Algeria rescataron más de 12.000 esclavos, que restituyeron á sus familias.

En los tiempos modernos la Iglesia ha desplegado su caridad contra *la trata de Negros en Africa*; y todo el mundo conoce las obras admirables del cardenal Lavigerie, bajo la inspiración de Leon XIII, para libertar á los pobres negros.

Por fin, es también la Iglesia la que ha conquistado la libertad política; pues á ella le deben los pueblos modernos el derecho de tomar parte en la gestión de los asuntos públicos. Desde largos siglos antes de la Revolución, la Iglesia había trabajado poderosamente para poner en vigor este sistema de libertades en el seno de los pueblos cristianos; en lo que ya eran modelo las Repúblicas italianas, al decir del protestante *Sismondi*.

No podemos dejar de mencionar que mientras el liberalismo proclama tan alto la libertad, impone la más tiránica servidumbre, y precisamente á la Iglesia á quien se debe el reinado de todas las libertades legítimas: prohibición á los sacerdotes de reivindicar sus derechos de ciudadanos; prohibición de enseñanza religiosa en las escuelas; prohibición á las ordenes religiosas de dedicarse á la educación y al cuidado de los enfermos, y por fin, la supresión y la expulsión!... Ah! los hipócritas de la libertad! Los esclavos de la masonería! Los conocemos y los conoce el mundo.



La Iglesia y *la igualdad*. Antes de la venida de Jesucristo era desconocida la igualdad; pues los hombres estaban divididos en dos castas: los esclavos y los hombres libres; de manera que la esclavitud se encontraba en la horrible proporción de 200 esclavos por *un* hombre libre. Y los esclavos carecían de estado civil y de derechos, convertidos en bestias de carga y de servicios viles para los ricos insolentes.

¡Y qué desigualdad también entre los orgullosos *patricios* y los *plebeyos!* A los primeros todas las dignidades, todos los cargos, todos los honores; á los otros el pan y los juegos del circo: *panem et circenses.*

Pues bien, fué en semejante sociedad que los Apóstoles tuvieron que predicar la *igualdad de los hombres* ante Dios. San Pablo lo proclama con esta energía: «No hay distinción, dice, entre el judío y el gentil, entre el griego y el bárbaro, entre el hombre libre y el esclavo: somos hermanos en Jesucristo». Y con tal eficacia proclaman esta igualdad, que la misma gerarquía del clero queda abierta á los esclavos como á los hombres libres.

Los Papas San Cornelio y San Calixto habían sido esclavos; y este último llevaba en su frente la marca del hierro rojo del esclavo, glorificada por la dignidad suprema de la Iglesia.

La Iglesia jamás ha dejado de enseñar al mundo la verdadera igualdad de los hombres; la igualdad de orígen, ya que todos los hombres descienden de un solo padre y tienen al mismo Dios por Criador; la igualdad de naturaleza, porque todos tienen un alma inmortal igualmente creada á imágen y semejanza de Dios; la igualdad de destino, porque todos deben procurar su perfección para conseguir la felicidad de ultratumba.

En presencia de estas tres magnificas igualdades, esenciales y fundamentales, afirmadas por la Iglesia ¿qué son todas las desigualdades de talento, de condición y de fortuna? Absolutamente nada.

Es verdad que la Iglesia reconoce y respeta todas las *superioridades legítimas* en la sociedad y en el hogar, así como tampoco puede desconocer la *desigualdad de condiciones sociales.*-Los hombres viven en sociedad con facultades desiguales: unos son fuertes, otros débiles; los unos inteligentes, los otros sin talento; unos

virtuosos y otros viciosos. Estas desigualdades físicas, intelectuales y morales son hechos evidentes, que resistirán á todas las utopías de los esfuerzos revolucionarios de igualdad absoluta; ya que de esas desigualdades físicas, morales é intelectuales nace la desigualdad de las condiciones sociales.

La jerarquía y la diversidad de condiciones son absolutamente necesarias en los pueblos civilizados, cosa distinta de lo que se llaman *castas*. Lo que importa, lo que es justo, es que cada cual pueda mejorar su condición y su suerte.

La Iglesia no engaña al pueblo con la igual repartición de bienes, porque es imposible, y porque el derecho de propiedad es imprescriptible como la libertad del trabajo. Que se repartan hoy las tierras y las fortunas, mañana los perezosos ó viciosos habrán disipado su parte; los económicos, los sobrios, los mas hábiles habrán aumentado la suya. Sería necesario nuevas reparticiones en favor de los indignos. La comunidad de bienes sería la muerte de toda emulación y competencia, y aún de la misma actividad personal.

Pero si la Iglesia no admite las utopías de los sofistas modernos; ella sola establece la verdadera igualdad, la única posible; la igualdad ante Dios y ante la ley, la igualdad ante el respeto y mútua estima, la igual admisibilidad á todos los empleos, según los talentos y las virtudes.

La Iglesia condena los fraudes y las injusticias que empobrecen á los unos para enriquecer á los otros: condena severamente el lujo fastuoso y los despilfarros inútiles, mientras ordena á los ricos emplear lo *superfluo* en favor de los pobres, para llenar así el abismo de la desigualdad de bienes por medio de la caridad cristiana.

*
* *

La Iglesia y la fraternidad—¿Qué cosa es la fraternidad? Es el amor á los demás como á sí mismo y hasta el sacrificio. De manera que la verdadera fraternidad exige tres condiciones: amar á su prójimo como á sí mismo; socorrerlo con nuestros bienes en sus necesidades, y aún sacrificarse por él cuando el interés del prójimo lo exige.

¡Qué transformación produjo en la civilización la fraternidad cristiana, constituyéndose por ella la verdadera humanidad: esa fraternidad de los hombres y de las naciones, de todos los hombres y de todas las naciones.

Y es sabido que la fraternidad no era conocida en el paganismo. Antes del Calvario, como lo atestigua la historia, el hombre no ama al hombre; por doquiera reinaba el egoismo. Testigo los combates de gladiadores, obligados á degollarse para divertir al pueblo; testigo los suplicios atroces inflingidos durante tres siglos á los mártires cristianos; y, por fin, el desprecio y abandono de los pobres. Se consideraba como una vileza socorrer á los desgraciados; y Trajano, llamado el *pío*, hizo vaciar en alta mar tres navíos cargados de pobres para despejar las calles de Roma.

Ahora bien ¿cómo podría establecerse la fraternidad en el mundo? Para ello era necesario el ejemplo y las enseñanzas divinas.—Dios es caridad, *Deus caritas est*—y esta caridad le lleva á dar su Hijo único para salvar á los hombres... Y el Hijo de Dios se sacrifica por nosotros. ¡Qué ejemplo!

El primer mandamiento de la ley divina es amar á Dios. El segundo amar á sus hermanos. «Hé aquí *mi* mandamiento, dice el Hijo de Dios hecho hombre, que es verdaderamente *nuevo* para el mundo: «Amaos los unos á los otros como yo os he amado... Lo que hiciereis en favor del más pequeñuelo, á mi mismo lo haceis...» Y ¿qué es lo que podrá rehusarse

á un Dios muerto en la cruz por nuestro amor?... Tal es el origen divino de la fraternidad; el amor de Dios es el único motor eficaz del amor al prójimo. Jesucristo diviniza, por decirlo así, al prójimo, puesto que considera como hecho á él mismo lo que se haga al último de nuestros prójimos. Por eso la *filantropía* es un frío remedo de la caridad; no ama al prójimo por Dios.

Y no quedó en mera teoría; pues desde los primeros cristianos se pusieron en práctica estas enseñanzas divinas, y el mundo pagano, al contemplarlos, se vió obligado á exclamar: *¡hé ahí como se aman!*

Jamás habían visto cosa semejante.

*
* *

Más el amor se prueba con las obras; y la primera obra del amor es el don de sus bienes. Así, la Iglesia exige que los cristianos amen á sus hermanos, no solamente con palabras sino en verdad y por las obras: y estas obras consisten en dar á los pobres auxilio y asilo; socorrerlos.

El uso de las *cuestuas para los pobres* remonta á la primitiva Iglesia, como se constata por la Epistola de San Pablo á los corintios, las actas del martirio de San Lorenzo y la Apología de Tertuliano. Se encuentra también un ensayo de las *conferencias de San Vicente de Paul* en los *siete diáconos* de Roma; quienes formaban otras tantas comisiones de beneficencia bajo la autoridad del Obispo.

Para dar realce al paganismo, el emperador Juliano el Apostata quiso hacerle imitar la caridad cristiana; pero no encontró eco en los corazones paganos. El amor á los pobres ha sido siempre uno de los caracteres distintivos de los verdaderos cristianos.

Pero los pobres no solo necesitan del pan; sino también de asilos; el hospital es una institución exclusiva-

mente cristiana; el paganismo ignoraba hasta el nombre de estas casas benditas. Roma pagana tenía á cada paso teatros, salas de baño, lugares de recreo y diversiones, pero ni un solo establecimiento de caridad, virtud que ignora el mundo.

Apénas la Iglesia se vió libre de las crueles persecuciones, su venganza consistió en construír, al mismo tiempo que basílicas á la gloria de Dios, hospicios para los pobres. El primer hospital fué erigido en las orillas del Tiber con el nombre de *Mansión de los enfermos,* cuyas ruinas acaban de descubrirse. Ya á fines del siglo IV los hospicios eran muy numerosos. Estos asilos de los pobres y de los enfermos, de los huerfanos, de los ancianos se aumentaron hasta el punto que en la edad media cada ciudad de Occidente poseía su hospital tan vasto como un palacio. En 1792 la Francia cristiana poseía 1.800 hospicios con 40 millones de renta, que fueron robados por la Revolución, animada del espíritu pagano.

Mas aún; para cuidar á los desgraciados en estos palacios de la caridad había necesidad de almas generosas y abnegadas; pero Dios había suscitado en la Iglesia las abnegaciones necesarias.



La obra más perfecta del amor fraternal es el sacrificio de si mismo: dar la vida por sus semejantes es el ideal en el cristianismo. El hijo de la Iglesia no da solamente *sus bienes* para socorrer á sus hermanos, sino también que se da *á si mismo.* Así, para servir á los desgraciados, la Iglesia ha escogido servidores y servidoras selectos: tiene religiosos y religiosas que por todo el oro del mundo no consentirían en servir á los reyes en sus palacios, y que se confinan por toda la vida en un hospital ó un hospicio para servir á los pobres, á los enfermos y hasta

á los alienados y apestados: no existe una sola desgracia que no tenga una legión de almas generosas para aliviarla.

La orden de S. Lázaro para el cuidado de los leprosos; la orden de S. Jerónimo Emiliano para los huérfanos; la de S. Juan de Dios para los alienados; la de S. Camilo de Lelis para los enfermos; la de los Hermanos de S. Vicente de Paul para los incurables, y muchas otras instituciones análogas..

Una multitud de congregaciones de mujeres tienen también por objeto el cuidado de los desgraciados; tales como las Hijas de San Vicente de Paul las Hijas de la Sabiduría, las Hermanas de San Agustín, de San Carlos, de San Pablo, de San José, de San Francisco de Regis, las Trinitarias, las Hermanitas de los Pobres, las Hermanas del Huerto... innumerables congregaciones que dan enfermeros para los hospitales, madres para los huérfanos, hijas abnegadas para los ancianos desvalidos.

«En Francia solamente, dice Taine, mas de 28.000 hombres y 123.000 mujeres son por institución bienhechores de la humanidad, sirvientes voluntarios, consagrados por su elección á tareas peligrosas, repugnantes y por lo menos ingratas; misiones entre los salvajes y bárbaros, cuidado de los enfermos, idiotas, alienados, débiles ó incurables; así como de los ancianos pobres ó de niños abandonados; servicio de orfanotrofios, de asilos, de obradores, de refugios y de prisiones. Y todo esto gratuitamente, ó por precios ínfimos, por la reducción mínima de las necesidades físicas de cada religioso ó religiosa.

Entre estos hombres y mujeres no es el amor de si mismo que domina sobre el amor á los demás, es el amor de los demás que domina al amor de si mismos. Esto no es lo comun en la conducta de los hombres.»

Y á estos religiosos se les expulsa por fanáticos del amor al prójimo para suplirlos por asalariados!

Y en verdad, amar al hombre mientras el interés lo exige, amarlos mientras reluce en su frente un rayo de bondad ó belleza, amar algunos seres escogidos, abrir el corazón á algunos amigos, esto se había visto en el paganismo. Pero amar al hombre con un amor gratuito, doquiera y siempre; comprender en este amor al amigo y al enemigo, al civilazado y al bárbaro; abrazarlos á todos diciéndoles: *hermano yo te amo!* esto no se había visto nunca.

Amar al hombre deforme, enfermo, apestado, degradado por todos los vicios, cualquiera que sea el disgusto que inspira; y de todos los desgraciados formar una familia de afecciones delicadas, he aquí lo que no se había visto jamás, y no se verá, fuera de la Iglesia católica.

Sí; la más bella creación de la Iglesia es la *Hermana de caridad*, con cualquier nombre que lleve y cualquiera sea el color de su hábito: ni el cínico Voltaire ha podido desconocerlo. «Quizás no existe, dice, nada más grande sobre la tierra que el sacrificio que hace el sexo debil de la belleza, de la juventud, y también á las veces, del más noble orígen, para consagrarse al cuidado de todas las miserias humanas, cuya vista es tan humillante para el orgullo humano y tan repugnante para nuestra delicadeza.»

La historia de la caridad católica llena los siglos y se extiende á todos los pueblos. El espíritu de la Iglesia es siempre el mismo: ha sido admirable en el pasado, es admirable en el presente, y será admirable también en el porvenir.

Fuera de la Iglesia ¿qué viene á ser la fraternidad? La diversión de los revolucionarios consistía en ver caer las cabezas bajo la cuchilla de la guillotina, ó de asistir á los actos salvajes de ahogar multitudes en barcas cuyo fondo se abría en las aguas, ó ver fusilar los rehenes, sacerdotes, magistrados y soldados; saquear é incendiar conventos, iglesias, etc.

¿Qué hacen los *libre-pensadores* por los pobres y los desgraciados? Pronuncian muchas frases sonoras y pomposos discursos. Pero ¿dónde están los que sacrifican su libertad ó su vida para auxiliar á los miserables, ó para civilizar á bárbaros y salvajes?... Fuera de la Iglesia, ¿dónde están las hermanas de caridad, esa cosa que es la más grande que existe en la tierra, al decir de Voltaire? Mirad! En estos días, el liberalismo judío-masónico de Francia ha destruído las *congregaciones religiosas* sin importarle que queden en la calle los huérfanos, los enfermos, los desgraciados, los ancianos, que ellas asistían... Qué iniquidad fraternal!...

***

Vamos á concluir esta materia con las palabras de un orador moderno: «El cristianismo crea todos los elementos esenciales del progreso social: la libertad, la igualdad y la fraternidad. Hemos oído decir que estas tres grandes cosas son el fruto de la Revolución: es un engaño, fué sobre todo fecunda en ruinas. Yo admiro entre cristianos este milagro de ingratitud, que niega á Jesucristo los dones de su amor, y á la Iglesia esa enseñanza social que ella tomó del autor divino de las sociedades cristianas.

«Lo sabemos; los revolucionarios se atribuyen audazmente la invención de las ideas expresadas por estas tres palabras: libertad, igualdad, fraternidad; es la eterna estrategia del espíritu del mal reivindicar para los suyos el prestigio de las palabras, mientras procuran anonadar las ideas que expresan. Los revolucionarios *hablan mucho* de libertad, igualdad y fraternidad; señal cierta de que no poseen las cosas que esas palabras expresan. Y en efecto; hablan de libertad é imponen la servidumbre; de igualdad, y aspiran á la dominación; de fraternidad, y expulsan á sus hermanos, cuando no los asesinan...

«La Iglesia católica, á través de sus largos siglos habla poco de estas grandes cosas; pero las practica desde antiguo; si no hace con estas palabras el mismo ruído que los sofistas modernos, es porque las realidades que estas palabras expresan no faltaban en los siglos verdaderamente cristianos. Y si hoy día venimos á hablaros de ellas no es sino para reivindicar en nombre de Jesucristo las palabras que nos ha legado Jesucristo, y sobre todo para dar á las ideas que encierran un esplendor oscurecido por las nubes del error y el polvo de los sofistas.

«Sí; la libertad, la igualdad y la fraternidad nos pertenecen, porque son en la Iglesia de Dios, la tradición viviente de Jesucristo; y si queréis que el mundo marche según ellas y con ellas al progreso social, ah! volved todos á Jesucristo. Jesucristo es estas tres cosas á la vez: solo en él somos iguales; solo en él somos libres y en él solamente somos verdaderos hermanos.» (P. Felix. *El progreso por el cristianismo.*) (1)

*
* *

LA IGLESIA PROPORCIONA SIEMPRE LA FELICIDAD AL HOMBRE Y Á LA SOCIEDAD

Antes de pasar adelante debemos hacer una observación.

Los que no pueden negar la influencia decisiva de la Iglesia en la civilización moderna, según queda demostrado, quieren regatearle parte de su mérito, alegando, como Buckle, la lentitud del progreso en la civilización durante los siglos que estuvo bajo la influencia exclusiva de la Iglesia; mientras á contar desde el Renacimiento la civilización ha progresado á pasos agigantados al verse mas libre de la tutela de la Iglesia. Hay en esta observación mucho desconocimiento de las cosas y mucha ingratitud. En

1—Véase la nota III al fin de la obra.

el siglo XV la civilización ó sociedad europea ya era adulta, mientras los siglos anteriores se pasaron en la infancia y adolescencia de la misma. Ahora bien ¿quien ignora que es mas costosa, minuciosa y lenta la educación de la infancia y juventud, mientras que la edad adulta no exige tantos cuidados, y puede marchar con pasos acelerados? El trabajo de la Iglesia en la civilización de los pueblos bárbaros puede asemejarse al del agricultor. ¡Qué prolongados son los preparativos antes de recoger la miés! Primero se prepara el terreno quitando las malezas; después se siembra, aunque todavía nada aparezca; crece lentamente la planta; después de algún tiempo más, brotan las flores; algo más tarde aparece el fruto; tarda aún en madurar, y por fin, el fruto se recoge. ¡Cuantas y cuán prolongadas etapas antes que el agricultor llegue á recoger el fruto de su trabajo!. Es lo que ha sucedido á la Iglesia antes de recoger el fruto de sus trabajos en la formación de los pueblos. «Yo planté y formé el árbol de la civilización, puede decir la Iglesia, y otros vinieron á recoger el fruto: *tulit alter honores.*» No seamos hijos ingratos con la madre que nos amamantó y crió con tantos trabajos y cuidados, aunque en la edad adulta no nos dispense los mismos afanes. (1)

1—Hé aquí un ejemplo de progreso acelerado. Según la información hecha por una revista americana, el «debe» y el «haber» del siglo último se encierra en las siguientes partidas:

El siglo XIX recibió de sus predecesores el caballo, ha dejado al XX la locomotora, la bicicleta y el automóvil.

Encontró la pluma de ave y deja el mecanógrafo [la máquina de escribir].

Halló la guadaña y nos ha dejado la segadora.

Recibió la prensa de imprimir y nos ha legado la rotativa.

Le dieron la pintura en el lienzo y entregó la fotografía.

Del obrero que tejía á mano hizo los hilares y los telares mecánicos.

A cambio de pólvora nos inventó potentes explosivos.

Del fusil de chispa avanzó hasta las armas de tiro rápido.

Tomó la vela de sebo y nos la ha vuelto transformada en focos incandescentes y voltáicos.

En la tosca pila eléctrica halló las bases del moderno dinamo.

Se encontró con el casco de vela y al irse nos dejó los vapores y los submarinos.

Recibió el telégrafo óptico y nos entrega el teléfono y el telégrafo sin hilos.

Se halló con la luz del día y al irse nos da los rayos X. Más, para realizar tales adelantos el siglo XIX recibió el contingente de las dieciocho centurias precedentes.

Además, los incrédulos algo instruídos reconocen los beneficios de la Iglesia en los tiempos pasados, ya que es imposible negarlos, á menos de falsificar completamente la historia; pero pretenden que en la hora presente la Iglesia nada puede para proporcionar la felicidad temporal de los hombres y los pueblos.

Según estos sofistas, las doctrinas liberales, aplicadas á la sociedad, bastan para conducirla, de progreso en progreso, á una felicidad de que los siglos pasados no han tenido ejemplo. Con tan halagüeña profecía se engaña al pueblo haciéndole aceptar los funestos ideales del socialismo, fruto natural del liberalismo y ruina social de los pueblos.

Por lo demás, nos será fácil demostrar que la doctrina y la moral de la Iglesia, lejos de ser un obstáculo al legítimo desarrollo de la civilización, son al contrario, eminentemente propias para procurar la felicidad temporal al hombre y á la sociedad.

La Iglesia proporciona la felicidad al hombre.—La felicidad para el individuo consiste en la satisfacción de las legítimas exigencias de su alma y de su cuerpo. Muchas cosas, dice Bossuet, deben concurrir para la felicidad del hombre, porque es un ser compuesto, y cada uno de sus elementos reclaman satisfacciones en armonía con sus necesidades. En verdad, nuestra felicidad reclama simultáneamente *la verdad* para la inteligencia, *el bien*, para la voluntad y un cierto bienestar para el cuerpo.

Ahora bien, la Iglesia enseña la *verdad integral*, la verdad sobre Dios y sus perfecciones, sobre el hombre, su orígen, sus deberes, sus destinos, y sobre el mundo que nos rodea. Ella ofrece al cristiano *soluciones ciertas* sobre todos los problemas de la vida, ahorrándole investigaciones infructuosas, y le preserva de todo error; luego la Iglesia satisface todas las exigencias legítimas del espíritu humano.

Por su moral, la Iglesia propone á la voluntad el verdadero bien del hombre y le proporciona los medios de conseguirlo.

La Iglesia, en efecto, enseña al hombre el medio infalible de perfeccionarse: la práctica de las virtudes cristianas. Además, le comunica en abundancia, por los sacramentos, *la gracia*, esta fuerza divina que eleva al hombre, lo diviniza y le hace capaz de practicar las más heroicas virtudes. Y si el hombre llega á desfallecer en el camino de la vida, la Iglesia lo levanta, lo guía y lo sostiene en su marcha hácia la felicidad eterna, ideal supremo de la vida.

El verdadero bien del cuerpo se concilia y se armoniza perfectamente con el bien del alma. El primer bien del cuerpo es la salud; ahora bien, nada procura y conserva la salud como la victoria sobre las malas pasiones. Por consiguiente, al condenar las pasiones, y ayudándonos á vencerlas, la Iglesia nos libra de la mayor parte de las causas destructivas del bien corporal, de la salud.

Que se suprima la ambición, la avaricia, la impureza, la embriaguez, la pereza con todas las malas consecuencias que esos vicios degradantes llevan consigo, y la mayor parte de los hombres gozarán de una verdadera felicidad. Por otra parte, es facil demostrar que la fortaleza, la templanza, la prudencia y la justicia, y las demás virtudes que de estas proceden, procuran al verdadero cristiano gozos puros y delicados, infinitamente superiores á los placeres groseros de los sentidos, que fomenta el positivismo degradante.

Y en cuanto á los sufrimientos inseparables de la vida humana, también la Iglesia los disminuye y alivia; los disminuye por la resignación tranquila y paciente que ella inspira; los alivia y mitiga por todos los recursos de su inagotable caridad.

Y no se crea que nos ciega el amor á nuestra santa

causa; el positivista Taine ha declarado que al traves de los siglos se ha probado que solo las virtudes del Evangelio son las que levantan al hombre; que sin ellas se corrompen las costumbres públicas y privadas; y que este servicio del cristianismo no puede ser suplido por nadie y por nada, ni por la ciencia, la cultura, los códigos, ni formas de gobierno. Se equivocan, pues, los que creen que el cristianismo ya no es una institución adaptada á los tiempos presentes, y que los pueblos pueden marchar sin él.

*
* *

La Iglesia asegura la felicidad de la sociedad. —La acción benéfica de la Iglesia se hace todavía más visible en la sociedad, tanto doméstica como civil, ya que hace *paternal* al poder y *honorable* la obediencia, é inspira las virtudes sociales, pues ya hemos visto que sin el cristianismo no pueden vivir la libertad, la igualdad ni la fraternidad en su sentido benéfico y legítimo. Más aún, sin religión no hay virtudes sociales, como lo confiesa el incrédulo Rousseau. «No comprendo que se pueda ser virtuoso sin religión; fuí por mucho tiempo de esta opinión, pero ya estoy desengañado.»

Hé aquí que hace ya más de cien años que se procura organizar la sociedad fuera del cristianismo; se hacen y deshacen los gobiernos y se revisan continuamente las constituciones sin poder conciliar la autoridad con la libertad. Esta lucha permanente y terrible entre los gobernantes y los gobernados, no puede tener más que dos salidas: ó bien triunfa la rebelión, y los poderes se abisman en la anarquía; ó triunfa el despotismo, y el día que menos se piensa, un soldado anuncia que ha estrangulado la libertad. Solo la Iglesia, que coloca en Dios el orígen de la soberanía, derivándola por el organismo del pueblo,

proteje el órden político contra las tentaciones del despotismo y contra los asaltos de la anarquía.

En fin, la Iglesia predica el respeto á las leyes de Dios, que tiene en sus manos los destinos de los pueblos. Ella inspira á todos el amor del trabajo, el espíritu de economía, la justicia, la caridad, y demás virtudes que enriquecen á los pueblos y determinan la justa distribución de la riqueza. Así que las naciones verdaderamente católicas fueron siempre las más dichosas y las menos azotadas por el flajelo del pauperismo.

El sabio economista Le Play lo demuestra con cifras; y hé aquí una de sus conclusiones: «El estudio metódico de las sociedades europeas me ha demostrado que el bienestar material y moral, y, en general, las condiciones esenciales de la prosperidad están en relación con la energía y la pureza de las convicciones religiosas». (Le Play. *Reforma social.*)

Pero nos proponemos ampliar estas ideas respondiendo á las objecciones más vulgares contra la Iglesia.

Desde luego hay quienes dicen: amo y aprecio á la Iglesia como religión, pero detesto al clericalismo. Más ¿cómo puede ser esto? Es imposible la existencia de la religión sin la Iglesia ó Clero: el mismo Jesucristo, autor del cristianismo y de la Iglesia, fundó la gerarquía, esto es, fundó el organismo de los magistrados eclesiásticos, en expresión de Guizot. Sería lo mismo que decir: estimo la medicina, pero nada quiero saber de médicos; ¿quién, pues, aplicaría los recursos de la medicina? Oígase á este propósito las palabras de Mr. Guizot en *su curso de la historia de la civilización*, tanto más notables, cuanto que salen de boca de un protestante: «Es necesario, dice, que haya un gobierno, un cuerpo de magistrados religiosos (Clero), que investigue cuales son las doctrinas que resuelven el problema de los destinos humanos; ó si

hay un sistema general de creencias bajo las cuales están ya resueltos estos problemas, es necesario que en cada caso particular ponga de manifiesto las consecuencias de este sistema; es necesario que promulgue los preceptos morales que corresponden á esas creencias, que las predique, que las enseñe y las recuerde á la sociedad cuando se separa de ellos».

He aquí legitimada filosóficamente la Iglesia católica con su poderosa organización externa, garante de su propia existencia, constituyéndola al mismo tiempo como la más grande potencia moral del mundo y la más admirable organización que existe, al decir de Macaulay. Sabía Jesucristo lo que hacía cuando puso por fundamento de su Iglesia el Pontificado y el Episcopado; pues de otro modo hubiese quedado el cristianismo reducido á un simple sistema filosófico, y sin influencia alguna; mientras él dijo formalmenmente á sus apóstoles: «Id y enseñad á todo el mundo á observar lo que os he mandado.» Y no como quiera, sino con esta investidura y legación divina: *el que á vosotros oye á mi me oye y el que á vosotros desprecia á mi me desprecia.* Si pues, clericalismo quiere decir el gobierno espiritual del clero, del sacerdocio en la Iglesia, no se concibe esta sin aquel; y lo contrario es un sofisma vulgar...



La Iglesia ya no es de su tiempo; es enemiga del progreso y de la civilización moderna.—Todo esto es falso; ¿sabeis de quién es enemiga la Iglesia? Del vicio, de la ignorancia y de la barbarie. Ella es la que ha civilizado el mundo é inaugurado todos los progresos, como lo atestigua la historia. (Benjamín Sánchez. *Filosofía de la historia.*)

Decis que la sociedad moderna es liberal, tolerante, progresista y amante de la civilización. Pues bien; la

Iglesia lo es más y de la *verdadera manera.* ¿Quién, sinó, ha luchado más por la libertad? ¿Quién ha sido más caritativa, y por tanto, más tolerante? ¿Quién ha fomentado más generosa y heróicamente el progreso y la civilización que ella, como ya lo hemos probado?

Pero ¿qué entendéis por civilización moderna? ¿El progreso material realizado en nuestra época? Entonces sabed que la Iglesia lo aplaude; y ¿porqué había de ser su enemiga? El vapor, la electricidad, la ferrovía, el telégrafo, etc., etc., ¿ofenden en algo su dogma ni su moral? Antes bien, la Iglesia tiene bendiciones especiales para todas las manifestaciones de la actividad humana. Os desafiamos á encontrar una invención grande y benéfica, una empresa inteligente y útil, un verdadero progreso en todo lo que puede servir al mejoramiento del bienestar, ó á la fortuna social, que la Iglesia no haya aplaudido y alentado con todo su poder.

Dios ha entregado el mundo á la industriosa actividad de los hombres. Que investiguen y revuelvan la tierra y los mares; es su dominio, y la Iglesia bendice sus trabajos, pues ella sabe que cuanto más se penetre en los secretos de la naturaleza mejor se verá resplandecer la potencia, sabiduría y bondad del Creador.

¿Llamais civilización moderna el progreso intelectual y la instrucción del pueblo? Pues la Iglesia ama todo esto mas que vosotros, y con amor práctico. Despues de diecinueve siglos ocupados en conservar, copiar, componer, esparcir libros de ciencias y letras, en formar maestros, fundar escuelas, cuando nadie era capaz de hacerlo, la Iglesia tiene el derecho de decir que ama la instrucción del pueblo mas que nadie.

Eso sí, ella declara que la instrucción sin Dios es una necedad y un crimen; que por encima de la

instrucción profana, que es útil, está la instrucción moral y religiosa, que es necesaria, porque es la única capaz de garantir la perfección y salvación de las almas, el honor de las familias y la felicidad de los pueblos. Es cuestión de buen sentido: una nación, donde la instrucción y la educación fuesen anticristianas, ella misma lo sería; pero las naciones sin religión no están destinadas á florecer, sino que están preparadas para la corrupción, la decadencia y la muerte: es lección de historia.

¿Entendéis, en fin, por civilización moderna el progreso moral? Pero más que ningún otro, este es la gran obra de la Iglesia. Sí; de la Iglesia, y con una gloria y grandeza sin semejante. Ella sacó de la corrupción al mundo pagano, haciendo florecer las virtudes cristianas: recogió y salvó al niño destinado á la muerte, como Moisés en el Nilo; rehabilitó á la mujer envilecida y degradada; ha devuelto á la libertad política y civil los pueblos esclavos; ella proscribe todos los vicios é inspira todas las virtudes y grandezas morales.

La doctrina católica hace del trabajo, un deber; de la justicia, una ley; de la caridad fraternal, una virtud sincera; de la templanza, un precepto; y esta doctrina da un golpe mortal á la corrupción, al egoismo, al lujo, á la avaricia, al pauperismo. Los cristianos poseen, por consiguiente, en la doctrina de la Iglesia todas las condiciones del progreso, de la paz y de la felicidad, y por tanto, de la verdadera civilización.

***

La Iglesia fomenta además todas las aspiraciones legítimas del hombre y la sociedad.

Los hombres de nuestra época aman la libertad: la Iglesia la ama también y mejor. ¡Con qué energía no la defiende contra los que la niegan ú oprimen!

Más por encima de la libertad coloca á Dios, la

verdad, el deber, el orden público: ella declara que solo es permitido lo que es justo y honesto, porque, al proclamar la libertad, condena la licencia.

Los hombres de nuestra época aman la igualdad. La Iglesia la ama también, y es quien la realiza mejor. Pero declara que bajo pretexto de igualdad no deben suprimirse las superioridades y distinciones legítimas nacidas de la naturaleza, del talento, del trabajo y del mérito. Acaso ¿no es esto razonable?

Los hombres de este siglo aman la fraternidad, la proclaman al menos. La Iglesia la ama también, y, lo que vale más, la practica. La palabra y la cosa pertenecen al diccionario del Evangelio: Jesucristo es el autor, la Iglesia su guardiana y maestra desde antiguo.

La Iglesia es, por tanto, de su tiempo; ella ama y aplaude en nuestra época todo lo que es verdadero, todo lo que es bueno y todo lo que es grande; pero ella, como maestra de la humanidad, condena todo lo que es falso, todo lo que es malo, todo lo que envilece y degrada: la corrupción, la licencia y el vicio. Este es su deber; y es también su honor guardar incolume para la humanidad, como depósito sagrado y arca de salvación, un *símbolo de fé*, una *regla de costumbres*, y *esperanzas* de vida é inmortalidad.

El mundo moderno está orgulloso con su civilización; pero olvida su orígen y su gran bienhechora; no ve que, aún en la hora presente, lo que la sostiene, lo que la defiende, es lo que le queda de cristiano en sus venas. A medida que la influencia de la religión católica se retira y pierde, vuelve la corrupción y la barbarie, como cae la noche cuando el sol se oculta.

*
* *

La Iglesia es enemiga de la ciencia; impone á las inteligencias el yugo de una fe ciega. Ante las luces y el genio modernos, los viejos dogmas se van... (1) Todo esto es una mentira inventada para embaucar á los ignorantes ó incapaces de pensar: la Iglesia no es enemiga sino de la ignorancia y del error.

La Iglesia fué siempre el alma y la promotora de las ciencias, como lo prueba la historia. Ella fué la fundadora de las escuelas, de los colegios y de las universidades, en donde la instrucción se daba gratuitamente á los alumnos, sin recargar al Estado, pues ella buscaba los recursos para las fundaciones. Ella fué la que conservó los tesoros científicos y literarios de Grecia y Roma, viéndose obligada á copiar y transcribir los libros, trabajo colosal realizado por los monjes, para suplir la imprenta. Es la Iglesia la que en todos los tiempos ha favorecido, honrado y recompensado á los sabios, poetas y artistas, haciendo de Roma la peregrinación obligada de los que querían instruirse.

Durante mas de quince siglos, apenas salida de las catacumbas, todo lo que el mundo ha producido en ciencia, literatura, historia, geografía, elocuencia y filosofía, es obra exclusiva de la Iglesia. No hay una rama de los conocimientos humanos que le haya sido extraña, ni un genio que no le haya rendido simpáticos homenajes. No son los verdaderos sabios los que atacan á la Iglesia sino los *semi-sabios*. (Leibnitz).

Los que afirman, pues, que la Iglesia es enemiga de la ciencia son calumniadores sin pudor: es la estrategia inventada y explotada por la incredulidad y la masonería, para alejar al pueblo de la Iglesia, y hacerlo esclavo de sus tramas colosales.

1—En esta parte se notará alguna repetición de lo dicho antes· pero es necesario para responder á las objeciones, tan repetidas de la incredulidad.

¡Qué la fé es ciega! Pero ¿hay acaso nada más razonable que creer en la palabra de Dios, en la revelación divina, como lo demuestra la apología cristiana? Si el ignorante se apoya en la palabra de los sabios ¿cómo podría el hombre rehusarse á creer en la palabra de Dios, que es la misma verdad? La revelación era necesaria para que el hombre no anduviese al viento de toda doctrina. «Lejos de humillarse al creer en la palabra de Dios, el hombre ejecuta el acto mas glorioso y fecundo. Como el telescopio extiende el campo de la vista y la brújula asegura el rumbo, así la fe agranda el horizonte natural del espíritu y le permite arrojarse con seguridad en un mundo superior, cuyas maravillas entrevé.» Así hablaba el gran Portalis. Sí; la fe es la brújula y el telescopio del espíritu humano: ensancha su mirada y dirige sus proyecciones; por eso solo los pueblos cristianos están al frente de la humanidad y de la civilización.

La oposición entre la ciencia y la fe es también una quimera. Los dos órdenes de verdades emanan del mismo orígen, que es Dios. Ahora bien, Dios nos hace conocer las verdades científicas por la luz de la razón y las verdades religiosas y sobrenaturales por la luz de la revelación; por tanto, es imposible toda oposición real entre estos dos órdenes de verdades. ¡Obreros de la ciencia: adelante con vuestras investigaciones y conquistas! El Dios de la revelación se llama también el Dios de las ciencias. El Dios que ha dictado la Biblia y el Evangelio es el Creador de la Naturaleza.

¿Podeis creer que la Naturaleza desmienta la Biblia y el Evangelio? Los tres cantan la gloria de Dios; ya que la ciencia y la fe son dos rayos del mismo sol, que no pueden dejar de armonizarse.

Así que la grande, la verdadera ciencia moderna no teme, bajo ningún punto, rendir á la religión los

testimonios mas hermosos é inesperados. Lejos de hacer desaparecer los viejos dogmas, como se pretende, ha colocado la Biblia y el Evangelio, en la cumbre de la verdad y de la historia con un nuevo esplendor que atrae la admiración de todo sabio verdadero. Todos los modernos ataques contra la religión católica no han servido mas que para añadir nuevas pruebas es su apología científica. (Moigno. *Esplendores de la fé.*)

Lo sabemos: los *libre-pensadores* no quieren los viejos dogmas: *Atrás! la Iglesia,* dicen, porque *es enemiga de la libertad de pensar.* En la cámara francesa alguien se atrevió á lanzar ante Mr. Tiers, que defendia entonces la libertad de enseñanza, este espantajo:—«Yo me enorgullezco de pertenecer á la sociedad moderna, respondió; he estudiado mucho lo que se llama la libertad de pensar, y he visto que la religión católica no impide pensar sino á los que no han sido hechos para pensar.»

Mas aún; proclamar *el libre pensamiento* cómo símbolo redentor de la civilización moderna es la suprema vulgaridad, desde que la Iglesia no niega, sino que defiende el libre albedrío. El libre pensamiento, por tanto, es como una tabla rasa, que si no se ilustra y cultiva con la ciencia y la verdad, viene á ser el reinado de la anarquía y de la arbitrariedad intelectual. ¿Qué significaría el libre pensamiento si, con el pretexto de permanecer libre, insistiese en negar la ciencia y la verdad? Sería cuestión de manicomio. Decir, pues, «Yo soy libre pensador» ante las conquistas de la ciencia, es por lo menos una majadería. Ya sabemos que el entendimiento puede equivocarse, pero no es libre ante la verdad y debe inclinarse ante la ciencia. El progreso está en las conquistas de la ciencia y no en la libertad del pensamiento, que nada significa mientras no estudie y se instruya; el salvaje tiene tanta liber-

tad de pensamiento como el más grande sabio; la diferencia está en que aquel no se ha dedicado á investigar la verdad, y el sabio ha trabajado para encontrarla. Luego, el libre-pensamiento es una condición del progreso intelectual; pero no es el mismo progreso. En fin, la libertad es la facultad de hacer lo que se nos antoje; más la perfección y el deber están en practicar el bien y acatar la verdad.

Pero hoy día se entiende por libre-pensamiento, nó el pensamiento libre, sino pensar como se quiera, menos como los católicos: se entiende por libre-pensamiento el espíritu de incredulidad, el anticristianismo, esto es, el retroceso al naturalismo pagano, y por consiguiente, la rémora más nefanda para la verdadera civilización de los pueblos.

*
* *

¡La Iglesia es intolerante! Si se trata de la intolerancia *doctrinal,* la Iglesia debe serlo, porque la verdad *es ó no es*; la verdad no puede admitir transacciones con el error, como ni el bien con el mal. Pero si la Iglesia es intolerante con el error y el vicio, ella está llena de indulgente tolerancia para con las personas.

Hay dos especies de tolerancia: la tolerancia de las doctrinas y la tolerancia de las personas. La Iglesia no ha admitido jamás, y no puede admitir la tolerancia de las doctrinas; y esto es para ella un deber y un honor. Depositaria de la enseñanza divina, debe conservarla intangible y protejerla contra los que la alteran, ó la niegan, bajo pena de traicionar la misión que Jesucristo le ha confiado.

Por lo mismo que la Iglesia no tolera cosa alguna contraria á la fe y á las costumbres, demuestra que guarda fielmente el depósito divino: el dogma y la moral. Y ¡qué espectáculo tan divino! Mientras todo

cambia y tambalea en el mundo, solo la Iglesia católica se presenta al espíritu humano como un faro perenne en medio del caos de las teorías y sistemas mudables y contradictorios; contrastando sobretodo con el espectáculo de perpetua división del protestantismo.

Sí; la intolerancia doctrinal de la Iglesia es un beneficio y la salvación del mundo: si hubiese la Iglesia tolerado las *aberraciones* del paganismo, estaríamos postrados aún ante innumerables ídolos. Si hubiese tolerado las *heregías*, ya haría siglos que habría desaparecido el cristianismo de la tierra. Si hubiese tolerado el *filosofismo* volteriano, la religión cristiana hubiese sido suplantada por la impiedad y los errores más monstruosos.

Si en nuestros días tolerase los avances de la incredulidad, del positivismo y de tantas doctrinas y sistemas de desmoralización, el mundo volvería á caer rápidamente en su antigua corrupción. ¡Bendita sea la Iglesia! que sostiene en el mundo el lábaro de la civilización mas augusta: el dogma y la moral.

*
* *

Intolerante en sus principios, la Iglesia ha sido siempre muy *tolerante con las personas* por su inmensa caridad. Ella ha dicho siempre á sus ministros: *sed víctimas*, pero jamás *sed verdugos*. La mansedumbre del cordero, la sencillez de la paloma y la prudencia de la serpiente, hé aquí las únicas armas de su apostolado. El conde de Maistre ha podido decir con la historia en la mano: «Jamás el sacerdote ha levantado cadalsos; solo sube á ellos como mártir; no predica más que misericordia y clemencia, y, sobre todos los puntos del globo, no ha vertido más sangre que la suya.»

La Iglesia ha hecho uso de su autoridad para reprimir el error; ha recurrido á la caridad para conse-

guir el arrepentimiento de los extraviados; no ha invocado el apoyo del brazo secular, ni llamado la fuerza en servicio de la verdad sino cuando ha debido defenderse contra los herejes furiosos, que atacaban con las armas, turbaban la paz pública y ponían en peligro la sociedad civil lo mismo que la sociedad religiosa: hé aquí en tres palabras el resúmen de lo que se ha hecho legítimamente contra la heregía desde los orígenes de la Iglesia. ¿O quereís que carezca hasta del derecho de defenderse, para poder así anonadarla impunemente?

Mas ¿quienes son los que acusan á la Iglesia de intolerancia? ¿Los protestantes? Pues la pretendida Reforma es una contradición viviente; proclamó el libre examen, y nació persiguiendo á la Iglesia é imponiendo sus errores por la fuerza bajo el amparo de los reyes. Lutero hizo perecer más de 100.000 hombres en la guerra de los paisanos; Calvino en Ginebra, ha hecho encarcelar, desterrar y quemar á los que no pensaban como él; Henrique VIII y la cruel Isabel, en Inglaterra é Irlanda; Cristián II, el Nerón del Norte, en Dinamarca; Gustavo Wasa, en Suecia y Noruega, ejercieron toda clase de persecuciones para someter á sus súbditos católicos al protestantismo por la fuerza bruta.

Los Hugonotes, los más sanguinarios entre los hereges, más aún que los Husitas y Albigenses, cubrieron la Francia de sangre y de ruinas... Tal es la tolerancia del protestantismo. (1). Y ¡son los

1—Por la intransigencia protestante se perdieron en el Japón las grandes conquistas de San Francisco Javier para el cristianismo.

Los calvinistas Holandeses en su odio contra la Iglesia y por celo comercial hacia los portugueses fomentaron en el espíritu del soberano del Japón Daifusama el temor de ver el Rey de España, entonces Rey de Portugal, apoderarse del imperio japonés. El Emperador mandó quemar los templos de los cristianos. El golpe de gracia fué dado bajo el reino de Toxogunzama y fueron los mismos calvinistas holandeses que pusieron la espada de la persecución en manos de ese príncipe acusando á los portugueses de haber conspirado contra su vida. Después de muchos sufrimientos los cristianos resolvieron defenderse y se apoderaron del fuerte de Cimahara; pero los japoneses tenían á su disposición los cañones de los holandeses y los cristianos perecieron todos (1638).—¡Qué ignominiosa é intransigente conducta!

protestantes los que se atreven á acusar á la Iglesia de haber encendido las guerras de religión; mientras esta no ha hecho más que defenderse; y jamás ha procurado como los protestantes, imponer sus doctrinas por la violencia!

La tan sonada masacre de San Bartolomé no fué mas que una atroz venganza política, en que para nada entró la religión. Catalina de Medicis quiso deshacerse, por un crímen nefando, del traidor Coligny: es calumnia atribuírlo á la Iglesia, quien lo reprobó, después de averiguado el hecho alevoso, que se le había anunciado por el Rey como un acto de legítima defensa.

¿Quién mas acusa á la Iglesia de intolerancia? Los filósofos volterianos ó filosofismo. Pues bien; Voltaire tenía por divisa: *destruyamos al infame.*

¿Los liberales modernos? Pues en 1793 tenían por fórmula: «libertad, igualdad *ó muerte*» y despojaron y profanaron las iglesias; asesinaron á los sacerdotes y religiosos y guillotinaron á los católicos al grito de *¡Viva la libertad!* Y desde entonces las persecuciones á la Iglesia han estado á la orden del día en todas las demás naciones, apenas suben al poder los liberales y francmasones.

Y en nuestros días, la noble nación, hija primogénita de la Iglesia, sufre un gobierno que habla de tolerancia y de libertad para vergüenza del mundo, pues con el mayor cinismo no hace mas que despojar, oprimir y perseguir á la Iglesia... (Beseaux. *Las grandes cuestiones religiosas*). (1)

1—¿Cuál es el crímen de la Iglesia ante la sociedad moderna? Un día que Jesucristo dijo á los judíos: «Yo y el Padre somos una misma cosa», los judíos tomaron piedras para apedrearle y Jesús les respondió: muchas cosas buenas os he mostrado de mi Padre ¿por cuál de esas obras buenas me apedreais? Los judíos le respondieron: No te apedreamos por la buena, sino por la blasfemia; porque siendo hombre te haces Dios á tí mismo.» [Joan. X. 32. 33]

Pues, eso mismo sucede con su santa Iglesia, porque ella puede preguntar á los pueblos y á las sociedades «¿por cual de las muchas obras que os he hecho me perseguís?» ya que ella no tiene otro crímen que haber hecho bien

LAS NACIONES CATÓLICAS SON MENOS PRÓSPERAS QUE LAS PROTESTANTES

Esto se afirma, con el intento de demostrar que el protestantismo debe sustituir al catolicismo. Desde luego, podríamos responder que con semejante criterio utilitario los cristianos de la época de Harun-al-Raschid ó de Solimán el Magnífico, se hubiesen hechos mahometanos, porque los pueblos del Islam eran mas prósperos; así como los protestantes de la época de Felipe II ó de Luis XIV debieron renunciar á la Reforma, porque mientras las naciones protestantes eran insignificantes, España y Francia eran señoras del mundo.

Además, es falso que actualmente las naciones católicas sean inferiores á las heréticas. Por las bellas *artes*, las católicas han conservado una superioridad tan evidente, que van á sus escuelas á formarse los alemanes é ingleses. En cuanto al movimiento *científico* y *literario* es tan pronunciado en Francia, Italia y Bélgica como en cualquier país protestante. Lo mismo podría decirse bajo otros múltiples aspectos. (1)

á la humanidad. Pero se la persigue, porque se proclama ser la verdadera religión, ser divina, como su fundador. «No te apedreamos por tus buenas obras sino porque siendo institución humana te declaras divina: «¡Ah! el secreto de la adversión, de la incredulidad á la Iglesia, consiste en que esta se presenta al mundo invocando la misión de Jesucristo. «Id y enseñad á todas las gentes á observar todo lo que os he mandado: *el que creyere se salvará y el que no creyere se condenará.*» Hé aquí lo que no quieren oir. Si la Iglesia dijera como el protestantismo que el cristianismo es la Biblia librada al exámen privado, no habría dificultad; pues cada uno la interpreta á su modo.

Por donde se habrá notado que el protestantismo es un amigo y aliado del racionalismo liberal.

Y no es que la Iglesia niegue la libertad del hombre para creer ó nó, aunque bajo la responsabilidad moral de sus acciones: lo que niega la Iglesia es que sea indiferente la verdad y el error el bien y el mal.

1—LA CORRUPCIÓN EN LOS ESTADOS UNIDOS—Con este título publicaba *El Día* del 18 de Febrero de 1906 el artículo siguiente:

«Muchas veces se ha hablado de ella en los últimos tiempos; algunos de los periódicos de los mismos Estados Unidos, indignados de lo que allí ocurre, han revelado en distintas ocasiones toda la extensión del mal. Allá van algunos datos que permitirán apreciar á los lectores toda la extensión de esa en-

Pero admitamos la decadencia momentánea de las naciones católicas; el hecho sería perfectamente explicable y en favor del catolicismo, pues esa decadencia no es precisamente por ser católicas, sino por su apostasía más ó menos pronunciada. Para lo cual bastaría el ejemplo de Francia, hija primogénita de la Iglesia, que dá al mundo el escándalo del gobierno más anticatólico que haya existido: Estado, escuela, familia y ejército *sin Dios;* mientras Alemania, Inglaterra, Estados Unidos de América, no solo no persiguen á la Iglesia, sino que en sus libres instituciones están más cerca de la Iglesia.

En efecto: la Iglesia romana había civilizado al mundo antes de la aparición del cisma y de la herejía. Lo que ha sostenido á las naciones protestantes es el haber conservado la mayor parte de las *leyes sociales* del catolicismo: el reposo dominical; la plegaria pública, el respeto á la religión, el respeto á la autoridad paterna, al principio de autoridad, etc. Ba-

fermedad que parece haber invadido el entero cuerpo social de la nación americana.

Desde hace treinta años ha duplicado la población de la República; pero los suicidios son 14 veces más numerosos que en 1875. En este mismo espacio de tiempo ha cuadruplicado el número de asesinatos El año pasado hubo 120 488 y según el aumento de habitantes sólo debieran corresponderle 35.172 si la criminalidad quedara estacionaria. Los jueces dignos—algunos hay en los Estados Unidos—se asustan ante esa recrudescencia de criminalidad, que llega hasta las más tremendas audacias, quizá porque se siente apoyada por el propio ejemplo de muchos tribunales que abdican toda dignidad y conciencia. Se cita públicamente los nombres de los *coroners* encargados de instruir sumarios sobre homicidios y asesinatos, que cobran peritajes de médicos que jamás se ha verificado, las dietas de testigos que no se han citado. Los diarios relatan diariamente casos de sobornos y concusión y dan en sus columnas los nombres y retratos de magistrados convictos de venalidad.

Las Compañías de Seguros, á despecho de sus contratos se apropian el capital de los asegurados. El asunto de la *Equitable*, que ha tenido inmensa resonancia en el mundo entero, no es un caso aislado.

En Arkansas se persigue á cinco senadores por haber vendido su voto. Al presidente del Senado se le acusa de haber cobrado 6000 dollars. En California cuatro senadores miembros de una comisión de obras públicas aceptan propinas de 250 dollars. En Kansas el tesorero emplea el dinero de la administración como si fuera suyo. En New Orleans la policía cobra la mitad de las ganancias de las casas de juego y de los lupanares. En Nebraska un senador vende los empleados públicos. En Lago Salado están amañados los libros de contabilidad y el desfalco asciende á medio millon de dollars. En el Oregón una cuadrilla de bandidos eleva la falsificación de documentos públicos á un grado de perfección admirable, y con apoyo de las autoridades se apodera de miles y miles de hectáreas de tierra...

jo este aspecto, estos pueblos son católicos: la misma *carta magna* de Inglaterra, base de sus libertades políticas y civiles, es de la época católica, del rey Juan Sin tierra.

Al contrario las naciones católicas, maleadas por el espíritu *revolucionario* han dejado desarrollarse en ellas el desprecio de la autoridad divina y religiosa, el desprecio de la autoridad civil, de la autoridad paterna, con un espíritu anárquico y demagogo, que las trae en perpetua convulsión, y la mayor parte de sus gobiernos se han declarado *ateos* ó *francmasones*. Nada de extraño, por tanto, que las naciones protestantes prosperen con sus leyes inspiradas en el cristianismo, y que las naciones católicas se vean retardadas en su progreso natural por el espíritu pagano que las devora, según su grado de apostasía oficial, mas ó menos intenso. A este propósito debe recordarse el ejemplo de Bélgica, que al librarse de los gobiernos masónicos, ha adquirido un grado de prosperidad admirable, no inferior al de las naciones protestantes, mediante el gobierno católico de casi un cuarto de siglo.

Y en verdad, las doctrinas impías y antisociales impuestas á los pueblos católicos por la masonería, de una manera secreta ó pública, como sucede hoy en Francia, son una verdadera causa de ruina y decadencia.

«Pero reprochar al catolicismo los desórdenes que reprueba, desórdenes nacidos de principios que condena; hacer responsable al catolicismo de los males que se esfuerza por remediar con toda su influencia y por sus enseñanzas más categóricas ¿no es acaso el colmo de la injusticia y de la sinrazón?

«Los enemigos más acérrimos de los católicos con frecuencia han rendido homenage á su espíritu de prudencia, amor á la paz y tranquilidad pública, á su espíritu de abnegación y sacrificio. Y en verdad, que

no es entre católicos sinceros que se reclutarán los fautores de asonadas y de anarquía. Cuando se ve arrancar del corazón del pueblo por medio de una enseñanza laica y atea las últimas raíces de su antigua fé católica; cuando se le empuja por medio de una propaganda antireligiosa por las vías que llevan fatalmente del abismo, los mismos que provocan y precipitan las catástrofes por medio de sus doctrinas subversivas, osan afirmar que el catolicismo hace á los pueblos ingobernables; que los degrada y empuja á la decadencia y á la ruina. ¡Tal es su buena fé y tal su lógica!

«La Iglesia de Jesucristo ha sido desde su origen, y lo será hasta el fin del mundo, la gran civilizadora de los pueblos. Combatirla, pues, es combatir la verdadera felicidad temporal de los hombres y de las sociedades». (Rutten. loc. cit.)

*
* *

EL SYLLABUS, EL PROGRESO Y LA CIVILIZACIÓN MODERNA

Cuando Pio IX publicó la Encíclica que acompañaba el *Syllabus*, el mundo racionalista y la incredulidad dijeron enormidades increibles contra ese documento, hasta el punto de afirmar que en él se asentaba decididamente el antagonismo irreductible entre la Iglesia católica por un lado, y el progreso y la civilización moderna del otro. Hasta se llegó á afirmar que el Papa con un solo golpe había condenado todos los descubrimientos de las ciencias, de las artes y de la industria moderna, los caminos de hierro, el telégrafo, la fotografía, etc., etc., y otras necedades por el estilo, para impresionar á los pueblos y hacer antipático el catolicismo.

Y ¿sabeis cual es la proposición condenatoria de

donde se creyó poder deducir la declaración de ese antagonismo irreductible? Héla aquí: «El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna.» (Prop. 80.ª del Syllabus). De donde dedujeron que el Papa se declaraba irreconciliable con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna, mientras lo que negaba es que tuviera necesidad de conciliarse ó transigir con esas cosas, puesto que, ó se trata de la civilización *cristiana*, y entonces ya está conciliado con su obra; ó se trata de la civilización anticristiana, y entonces es imposible la conciliación.

¿Imagináis acaso que el Papa condena lo que hay de bueno en el progreso; de verdadero y útil en la civilización moderna, de verdaderamente liberal y cristiano en el liberalismo? Esto es un contrasentido y una suprema injuria á la civilizadora de los pueblos.

Nó; el Papa no tiene necesidad de conciliarse con lo que es obra y gloria de la Iglesia: la libertad, el progreso y la civilización.

Nó; el Papa no debe conciliarse ni transigir con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna, tales como los entienden sus enemigos, esto es, basadas en la negación del cristianismo. Esas cosas son las que deben conciliarse con la Iglesia, conformándose con la justicia y la religión. «La Iglesia es para la sociedad moderna, decía con un sentido tan justo como elevado el príncipe de Broglie, lo que es para la razón la fe; no el enemigo que la combate, sino la autoridad que la regula. Los principios constitutivos de la sociedad moderna deben encontrar en las verdades de la religión, no la contradicción que las condena, sino el complemento que las perfecciona y el freno que las contiene.»

Aludiendo á los enemigos del Syllabus, el conde de Montalembert decía: «El Papa ya les había respon-

dido en su Alocución. A los hombres que le requieren conciliarse con el progreso y la civilización moderna, responde: «A una tal civilización, que tiene por sistema premeditado debilitar, y hasta destruir la Iglesia ¿cómo se pretende que le estienda la mano la Santa Sede, *madre y creadora de toda verdadera civilización.* Y el Papa añade con un lenguaje magnífico, que nunca imitaréis: ¿Cómo es que el Romano Pontífice, que saca toda su fuerza de los principios de eterna justicia, los podría traicionar? Bellas palabras que recuerdan aquellas otras de M. Berthe en el senado francés: «El Papa es en el mundo el principal representante de la fuerza moral »

Más, lo que quieren sus adversarios es imponer al Papa y á la Iglesia sus fórmulas y definiciones anticristianas.

Nos hablan de progreso, de liberalismo y de civilización moderna, como si fueramos bárbaros y no supieramos una palabra de todo esto; pero esas sublimes palabras que falseais, fuimos nosotros los que os las enseñamos, que os dimos su sentido, y mejor aûn, su realidad sincera. Cada una de esas palabras, por más que os pese, tuvo, conserva aûn, y conservará siempre su sentido perfectamente cristiano.

Y tened entendido que el día que ese sentido pereciese, perecería también todo progreso real, toda libertad sincera, toda verdadera civilización.

¿Creeis que nos avergonzamos de esas palabras, por que rehusamos aceptarlas de vosotros y de recibirlas en vuestro lenguaje? No es así: el cristianismo se honraba ya con el nombre de progreso ante paganos y bárbaros; llamóse libertad cuando abolió la esclavitud, dignificó la mujer, los hijos, los ancianos, los pobres; y cuando remedió todas las flaquezas humanas conculcadas por la tiranía durante veinte siglos; combatió despues todos los despotismos imaginables, y defendió sucesivamente, los pueblos contra la tira-

nía de los príncipes, y á los príncipes contra la anarquía de los pueblos. Llamóse, se llama aún, y, si no perece la humanidad, se llamará siempre la civilización cristiana.

¿Cuál es aquí la verdad irrefutable? Es que la gran ley del progreso, de la libertad, de la civilización es del Evangelio; y fué Jesucristo, fundador de la Iglesia, quien dió al mundo el ideal más elevado, más puro, más vasto de estas tres cosas, en sus más nobles acepciones, cuando puso en la base de toda su doctrina estas palabras divinas: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto».

De seguro que antes que se haya rehecho en nosotros la imagen de Dios, el hombre y la sociedad tienen mucho que trabajar. ¡Manos á la obra, obreros del porvenir! La Iglesia, lejos de embarazaros en ese empuje, os grita por el contrario: ¡Adelante! La Iglesia hace mucho más que aceptar la ley del progreso; la estatuye, proclama sus reglas y su ideal.

Pero cuando por progreso entienden los adversarios de la Iglesia la negación de lo sobrenatural, la negación de Dios, la fé en Jesucristo arrancada al pueblo; cuando en nombre del progreso se pide á la Iglesia que modifique su símbolo ó sacrifique sus dogmas ó disimule su creencia en la divinidad de su fundador; y todo esto en homenage á lo que se llama ideas nuevas, ó emancipación de la inteligencia humana; entonces si este es el progreso que proclamáis ¿cómo venís á pedirnos ingenuamente que lo adoptemos, si es la negación del cristianismo?

Para la escuela positivista y modernista, progreso es simplemente el bienestar sobre esta tierra con exclusión de las *preocupaciones egoistas* de la salvación eterna; Pero esto es lo contrario de lo que dice Jesucristo «¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si ha de perder su alma?».... Hé ahí el

progreso que se intima al Papa para que se concilie y transija con él.

En cuanto á los que, al hablar de progreso, de liberalismo, de civilización moderna, entienden lo que esas cosas tienen de bueno, útil, aceptable y cristiano, el Papa rechaza también la intimación de conciliarse con esas cosas; porque aún en este sentido la propuesta es un ultraje, ya que la Iglesia es la promotora de todo eso y en todos los tiempos. ¿Cómo ha de tener necesidad de conciliarse con su propia obra?

Queda, pues, desvanecida esa miserable mistificación, ese espantajo pueril de una declaración de irreconciliable antagonismo hecha por el Papa al progreso y á la civilización moderna. ¡Mala causa debe ser la que sólo puede sostenerse con sofismas é imputaciones falsas á la Iglesia!

La libertad de cultos

Sea así, dicen los adversarios, pero *la libertad de cultos y de conciencia* ¿no ha sido condenada por la Encíclica y el Syllabus? Es necesario explicarnos, porque corren por el mundo modos extraños de interpretar la libertad de cultos. Y, desde luego, ¿será necesario declarar por la centésima vez, que el Papa sólo condena *el indiferentismo,* esto es, la indiferencia en materia de religión, ese absurdo, más absurdo quizás que la misma impiedad, y que nos repiten en todos los tonos cuando afirman que religión, Dios, alma, virtud, Evangelio, Alcoran, Budha ó Jesucristo, la verdad y el error, el bien ó el mal, todo es igual ó indiferente?

¿Quieren que el Papa apruebe todo esto y que los católicos nos reconciliemos con tales impiedades?

Más, repeler este insensato y culpable indiferentismo y sus consecuencias de licencia absoluta ¿será por ventura negar la tolerancia de las personas y la

libertad civil ó política de los cultos? Esto nunca se ha enseñado por los teólogos católicos, sino todo lo contrario.

De hecho, los Papas nunca condenaron los gobiernos que creyeron, atenta la necesidad de los tiempos, inscribir esa tolerancia y esa libertad en sus constituciones. Más aún; el mismo Papa la practicó en Roma con los judíos y protestantes. «El mal está en el error, no en la ley que, con buena intención tolera el error.»

¿Por ventura Pío VII no recibió, él mismo, el juramento prestado por Napoleón en el día de su consagración, juramento que contenía la obligación formal de respetar y hacer respetar la libertad de cultos?

Es muy memorable lo que entonces pasó, y muy á propósito para ilustrar en este punto á los hombres sinceros. La fórmula de este juramento inquietó al principio al virtuoso Pontífice. ¿No encerraría ella el indiferentismo, ó negación de la autoridad de la Iglesia y de los derechos imprescriptibles de la verdad? Hé aquí lo que con razón quiso saber el Papa. El Cardenal Gonzalvi pidió explicaciones; y el Cardenal Fesch respondió que estas palabras de ninguna manera contenían el mal principio que el Papa temía «sino la simple tolerancia civil y la garantía de los individuos.» Pío VII se dió por satisfecho; Napoleón prestó el juramento ante el Papa, y fué consagrado.

Tan es verdad que condenar la indiferencia religiosa no es condenar la libertad civil de cultos, y que condenar la doctrina no es fulminar las personas.

¿Pero síguese de aquí que debe la Iglesia proclamar la irresponsabilidad del error y del mal? Nó; y si ella lo hiciera reclamaría la filosofía y el simple buen sentido.

La distinción de lo verdadero y de lo falso, la obligación moral de procurar la verdad y aceptarla, de huir el mal, es exactamente lo que constituye el espíritu y el deber religioso. En este sentido la verdadera religión debe ser exclusiva, absoluta, porque, de lo contrario, deja de ser la verdad.

Pero asegurando á la verdad sus derechos y superior posición, elevándola por encima del error, proclamando cierto el deber de investigarla y, después de encontrada, el deber de someterse á ella; los teólogos, convencidos de que de la libertad civil de un culto disidente, no se deduce la adhesión á las creencias toleradas, ni se contradice al dogma cristiano, repiten y aprueban las célebres palabras de Fenelón al rey Jacobo II: «Concede la tolerancia civil, no aprobando todo como indiferente, más sufriendo con paciencia todo lo que Dios sufre, y tratando de convertir á los hombres por medio de una dulce persuación».

Pero hay quien, yendo más allá de estos principios, querría hacer de la libertad de cultos ilimitada el ideal universal, absoluto y obligatorio de todos los siglos, de todas las naciones, é imponer á todos, incluso al Papa y á la Iglesia, la anarquía de las inteligencias y la multiplicidad de las sectas, como el mejor estado de la sociedad, como el verdadero optimismo religioso y social.

Nó; el Papa no cree que ese ideal sea el mejor. Para él y para la Iglesia existe otro ideal; y nunca se les debe pedir la transformación de necesidades relativas en verdades absolutas, la elevación de hechos deplorables, de divisiones desgraciadas, aunque toleradas, á principios dogmáticos. Nó; el ideal del Papa y de la Iglesia no es la anarquía, es la armonía de las inteligencias; no es la división, es la unión de las almas. Ese ideal es la palabra admirable de Jesucristo: *Que todos sean uno*, (unum sint); *una sola grey, un solo Pastor*, (*unum ovile; unus Pastor*).

La unidad de los espíritus por la verdad, la unidad de los corazones por el amor: hé ahí el ideal hermoso del Papa y de la Iglesia, porque es el ideal de Jesucristo; así como el ideal de la ciencia es que sus conquistas en la verdad imperen en todo el mundo y en todos los espíritus.

Y séanos permitido indicar en honra de nuestros contemporáneos, que estas aspiraciones de la Iglesia, aún entre los disidentes, son compartidas por los más nobles espíritus, por las mejores almas. ¡Estáse cansado de divisiones, que solo producen estirilidad y guerra!

«He dicho muchas veces á nuestros hermanos separados, dice Dupanloup, una palabra á que nunca me han respondido:

¿Jesucristo vino á establecer la división?

Nó; luego la división no viene de él. Y ahora añado: luego el Papa no puede considerar que la división es lo mejor; (mientras la reforma es la división organizada por el exámen privado de la Biblia). Lo mejor, lo que él desea es que todos se hagan cristianos y que los protestantes se hagan católicos.» *¡Qué todos sean uno!*

Mas ¿quiere decir esto que queremos imponerles la fe por la violencia, y forzarlos á creer? De ningún modo; y desde luego, por que es imposible.»

«¿Puede la fuerza persuadir á los hombres, ó puede ella hacerles querer lo que no quieren? Nó; dice Fenelón, porque ningún poder humano puede forzar la trinchera impenetrable del corazón humano.»

Tal fué la doctrina de nuestros maestros en el cristianismo, de los que tienen la inmortal gloria de haber fundado y propagado la te en el mundo. El mahometismo pudo establecerse con el hierro; el cristianismo se estableció por la palabra.

Hé aquí, en efecto, la tradición católica sobre este punto, comprobada con la autoridad de los mejores autores y de los más grandes Papas.

...«No es, decía San Atanasio, con la espada, ni por medio de soldados y dardos que se propaga la verdad, sino por la persuación y el consejo; lo propio de la religión no es constreñir sino persuadir».

Y Tertuliano, aquel duro ingenio, escribía: «No es seguir la religión imponer por fuerza la religión, pues ésta debe ser aceptada libremente, y no impuesta con violencia».

Y San Agustín, el gran convertido, hablando á los herejes de su tiempo: «Enfurézcanse contra vosotros, decía, los que no saben con qué trabajo se descubre la verdad; en cuanto á mí, que sólo después de agitado por mucho tiempo y cruelmente por las ondas del error, pude en fin, contemplar la verdadera luz, no me es posible encarnizarme contra vosotros».

S. Hilario de Poitiers, en su nombre y en el de sus hermanos en el episcopado, escribía: «Si para servir la verdadera fe se emplease la violencia, á esto se opone la doctrina de los obispos, y todos dirían con razón: Dios no quiere confesión forzada; debe ser buscado con simplicidad, y á él nos debemos unir por la rectitud de la voluntad».

*
* *

Pero ¿quiere esto decir que la Iglesia, á la que hoy todo se niega, no tenga, como toda sociedad, su derecho de defensa, su disciplina canónica, su autoridad correctiva, y que deba vivir en el mundo como si solo tuviese que tratar con ángeles? ¿Que la Iglesia debe quedar sin fuerza para defenderse á sí misma y á sus hijos contra los ataques de la impiedad, como plaza abierta que puedan saquear á mansalva sus enemigos? ¿Quiere decir esto que la autoridad espiritual ni siquiera tendrá los derechos de la autoridad pa-

terna, de la que tiene los deberes, y deberá dejar extraviar y corromper impunemente los espíritus y los corazones, la fe y la moral de sus hijos?

Nó; no es posible negar que ella tenga lo que tiene esencialmente el más humilde padre de familia, el derecho, el deber y los medios de proteger á los que ama contra los enemigos de la familia y contra sí propios, impidiéndoles desviarse y perderse?

Mas aún ¿quiere esto decir que si hubo en el curso de los siglos, ó si existen todavía algunas regiones del mundo en donde la ley de la Iglesia se ha convertido, en consecuencia de la unidad de la fe y del acuerdo de las voluntades entre los ciudadanos, en la propia ley civil, y en donde el Estado se ha hecho Obispo exterior y protector de los sagrados cánones; quiere esto decir que la Iglesia y el Estado no tuvieran derecho para hacerlo? Pues este es el sentido de la proposición 77.ª del Syllabus, tan extrañamente interpretada, que proclama como ideal la unidad de religión en el mundo. ¿No fué este el esfuerzo de grandes naciones de Europa durante siglos, naciones que tuvieron su gloria y que estamos ciertos de no igualar?

¿Tan sabrosos son los frutos de la división? ¿No será la unidad moral y religiosa de un país un bien tal que sea lícito esforzarse por conservarlo? El estado social en que la ley religiosa había penetrado en la ley civil, fué por mucho tiempo el estado normal y general de Europa, y subsiste aún, en cierto grado, en los mayores y más libres países del mundo.

Y después de esto ¡aún nos hablan de la inquisición española, contra la cual tantas veces se quejaran los Papas!

En verdad no conocemos mayores doctores de intolerancia, más curiosos distribuidores de anatemas que estos señores: nos acusan de imponer á las conciencias nuestro credo; pero notad con qué tono im-

perioso nos quieren imponer el suyo? Quién es aquí el inquisidor? (1)

Los inquisidores son esos corifeos del anticlericalismo, tan divididos entre sí, pero de acuerdo en este único punto, esto es, que es menester acusar, calumniar, condenar siempre á la Iglesia y á los católicos. Causa risa oir decir que el error y la licencia andan perseguidos en este mundo: los vemos triunfantes; y á la verdad y al bien sufriendo en todas partes violencia. ¿Ni á quién harían creer el racionalismo y liberalismo que viven perseguidos por la Iglesia, cuando la insultáis á mansalva?

El Papa se limita á enseñar y amonestar á sus fieles; pero estos señores fulminan anatemas y pretenden dar la ley á todo el género humano, y al mismo Papa. ¡Qué arrogante intransigencia!

Más aún; en nombre de su credo, mal definido, decretan en las naciones católicas la exclusión, la opresión y el ostracismo: hé ahí su mentida tolerancia. Y ¿sabéis el ideal que oponemos á vuestra intolerancia? Ya que no existe la unidad religiosa en el mundo cristiano, en tal hipótesis, *el ideal es la libertad para todos*. Hé aquí el verdadero liberalismo.

¡Que no haya parias de la libertad! Imitad á la Iglesia que á nadie incomoda por razón de sus creencias. Quien puede quejarse hoy día por falta de respeto á las personas, aún en las naciones en que la Iglesia es Religión de Estado? Sois liberales sinceros! La libertad para todos traerá la paz y la tranquilidad.

1—¿Acaso no son intransigentes furiosos los incrédulos que con Nietszchel nos califican con tanta delicadeza, diciendo que *el cristiano es una bestia enferma*. ó nos acusan de *fanáticos, embrutecedores y envilecedores* de los espíritus? Aunque, en verdad, no sabemos de qué lado está la bestia, el fanático embrutecedor, cuando esto se afirma de un Pasteur, un Secchi ó un Leverrier, sabios católicos.

CONCLUSIÓN

Vamos á terminar con una dolorosa, aunque también consoladora, reflexión. Grandes quebrantos se ven en la sociedad moderna; y obsérvase al mismo tiempo que ésta no ha dado los pasos agigantados, que eran de esperarse, en las conquistas de la verdadera civilización. ¿Porqué esto? Porque se ha ido alejando de Jesucristo y de su Iglesia.

En efecto; ¡cuántos esfuerzos, cuántos proyectos y leyes, cuántas empresas filantrópicas, dignas dé mejor suerte! Jamás, quizás, se han inventado mayor número de sistemas destinados al mejoramiento moral, social y material de la humanidad. Y ¿adónde se ha ido á parar? A cabar un abismo en el que amenaza precipitar la sociedad entera: espíritu de insubordinación, de libertinage, de destrucción, de anarquía, de descontento é intranquilidad.

¿Porqué semejante resultado? Porque Jesucristo estaba ausente de todos estos sistemas, de todas esas leyes, de todas esas empresas. Se ha querido obrar y gobernar sin inspirarse en él; ni se han tenido en cuenta las enseñanzas de la religión, que él trajo á la tierra, ni se escucha á la Iglesia, aunque se imputen después á ésta todos los fracasos previstos por ella. (1) Ahora bien; Jesucristo nos lo había dicho expresamente en su Evangelio: *sin mí nada podréis hacer*.

Hé aquí porque todos esos grandes esfuerzos van á

1—¡Cómo se reiteran las acusaciones calumniosas contra la Iglesia! El paganismo moribundo y corrompido imputaba á la Iglesia todos los males y ruinas de que era víctima por su propia decadencia y en consecuencia de sus doctrinas inmorales y antisociales; y calificaba á la Iglesia de *enemiga del género humano*, cuando el cristianismo era la única esperanza de su salvación. Así la incredulidad y el anticristianismo de nuestra época, tacha de retrógada y enemiga de la civilización á la Iglesia y le achaca todas las rémoras que sufre la sociedad, cuando es su salvación...

terminar en una irremediable catástrofe, si no se recurre al cristianismo sinceramente.

Es verdad que el mal no data de hoy día; remonta á la época del Renacimiento. Hace mas de cuatro siglos, la educación, la legislación, la filosofía, las artes mismas, todo fué paganizado. Al Evangelio se sustituyó la erudición pagana: Cicerón, Horacio, Virgilio, Homero; se expulsó al cristianismo de los colegios y universidades para dar lugar á los autores paganos, griegos y latinos; el derecho romano sustituyó al derecho cristiano; la mitología al arte cristiano, y á la libertad política y civil del cristianismo le sucedió el antiguo cesarismo.

El paganismo en la éducación y en las leyes trajo el paganismo en las costumbres con la disminución de la fe cristiana, que ya no fué de moda, sino el desprecio á la misma. El resultado fué la terrible subversión que se llamó la *Revolución*, impregnada en el filosofismo volteriano.

Hoy día, en consecuencia de las mismas causas, vamos en dirección á una catástrofe del mismo género: su vanguardia es el anarquismo, nacido del liberalismo incrédulo. (1).



Y sin embargo, no podemos dejar de llamar la atención sobre los grandes destinos, que se abren, grandes como lo desconocido, para el siglo XX. ¿Van ellos á realizarse? ¿Adónde nos conduce el movimiento social que nos empuja? Es, en verdad, una ley constante de la vida de la humanidad, que lo que está arriba venga abajo, y que lo que está abajo suba. Pero se encuentran días en la historia en que se ve acelarar este movimiento, y Dios se sirvió de la Revolución fran-

1—Véase la Nota IV al fin de la obra.

cesa, como una de esas tempestades que conmueven, agitan, mezclan y confunden todos los elementos: entonces depuso á los grandes de sus tronos y exaltó á los pequeños: *deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles.*

Y desde entonces, ese movimiento, más ó menos acelerado, no ha cesado de agitar al mundo. Lo que fué grande continuó cayendo, y lo que fué humilde continuó elevándose: ¿en dónde se detendrá la caída, y dónde parará la ascensión?

Sin duda, de estos elementos en fusión, saldrá un nuevo orden de cosas, al que está prometida la duración; de esta sociedad en disolución saldrá y seguirá una nueva sociedad, que por una serie de siglos, quizás, será la sociedad definitiva. Pero ¿qué será de esta sociedad futura si no es cristiana; si quiere ser democrática sin el Cristo, si sus fundamentos no reposan sobre la roca del Evangelio? Esta cuestión sería terrible y desesperante, porque ya no es posible una sociedad pagana. Y sabemos de fuente cierta que el Evangelio no puede faltar en el mundo, y que el mundo, por más que haga, no puede librarse del Evangelio; que ni una sola letra puede quitarse del Evangelio; y que el cielo y la tierra pasarán, pero la palabra de Jesucristo no pasará.

Sí; esto es cierto, infalible, y las sociedades humanas, en su conjunto, no pueden librarse de esta certeza. Pero la promesa que ha sido hecha para todas, para la humanidad, no ha sido hecha para cada una en particular.

¡Ay! de los pueblos que desoyen las lecciones del Evangelio y las advertencias de la Iglesia. Tales son las preocupaciones que pesan sobre los espíritus generosos y reflexivos.

Pero, gracias á Dios, que para acelerar la verdadera solución, ahí está Roma, que dirije al mundo, como en otros tiempos, esas luminosas enseñanzas

que se refieren á los grandes intereses de la humanidad; problemas políticos y problemas sociales; todos esos problemas, tan pavorosos, encuentran en ellas la única solución que puede engendrar la paz y la unión entre los hombres y los pueblos. Y esa magistral palabra no se cansa ni fatiga; habla á los pueblos y habla á los reyes con eco inmenso en todas partes. Y ¡cuántos males nos hubiésemos ahorrado, cuántos peligros y temores, si todos hubiésemos escuchado esa voz y caminado según sus luminosas direcciones! Sí; esa palabra ha sido arrojada en el seno de la sociedad; y ella preparará y recogerá sus frutos.

Ciertamente el siglo XX verá terminar todas las evoluciones políticas y sociales, que hoy día fermentan en el trabajo de su preparación; pero en todas estas conquistas y terminaciones de evolución se encontrará el pensamiento dirigente y fecundo del Pontificado. El sabio León XIII y el providencial Pío X, han conocido su época y previsto el porvenir; y los ecos de esta gran palabra se prolongarán mas allá de los límites del siglo que empieza, y que tiene una misión grande y gloriosa.

*
* *

Hé aquí porqué no somos pesimistas, sin esperanzas en Jesucristo y en su Iglesia.

Muchos creen que la sociedad actual está irremediablemente perdida, y hasta que llega el fin del mundo: son víctimas del mas cobarde pesimismo. ¿Acaso la sociedad actual está más enferma que lo estaba la sociedad pagana de hace diecinueve siglos? El mundo entónces estaba perdido, profundamente corrompido, sumiéndose después en la barbarie más devastadora. No había en la sociedad antigua ni amor, ni caridad, ni libertad, ni compasión por el infortunio: un egoísmo brutal había dividido la sociedad en dos grandes categorías: los amos y los esclavos.

Y aún estos mismos amos se postraban á los pies de aventureros afortunados, que revoluciones sangrientas y contínuas llevaban al poder, que era tiranía y desprestigio... Pues bien; esta sociedad pagana ¿no era más difícil de convertir que la nuestra, en cuyo seno existe aún la Iglesia católica, conservando el perfume de las doctrinas cristianas que la hacen amar, sin saberlo, ideales grandes y sublimes para su regeneración?

Sí; mirad lo que hicieron los Apóstoles: Predicaron á Jesucristo, predicaron el Evangelio, sufrieron el martirio, y, á pesar de todas las trabas, de todas las persecusiones, esa sociedad fué salvada, haciéndose cristiana. Volvamos á Jesucristo, y á su Iglesia, eterna vencedora del mundo; y la felicidad y la paz volverán á reinar por la civilización y el progreso con perfeccionamientos inauditos. ¿Os espantan, ó hacen titubear las actuales persecuciones del anticlericalismo y de la francmasonería, tan hipócritas como iliberales? Mirad: las grandes persecuciones son mensajeras de grandes triunfos, sin que se sepa cómo. La última de las grandes persecuciones, la de Diocleciano, llamada la *era de los mártires*, fué la víspera del triunfo definitivo de la Iglesia. El Lábaro cristiano fué enarbolado en el Capitolio y el Imperio se hizo cristiano, bautizado en Constantino por el Papa San Silvestre.

Sí; la Iglesia triunfará; más, ese triunfo tiene que ser merecido por los cristianos, como lo fué entonces, porque no puede ser el premio de la apatía y de la indiferencia en las luchas por la defensa de la causa sagrada: luchad y venceréis: defendeos con valor, y Dios os ayudará otorgándoos la victoria, porque es la causa de Dios, de la civilización y de la humanidad. (1)

1—Véase la Nota V al final de la obra.

Queremos concluir con una advertencia final. ¿Por qué insistimos sobre este tema: «la Iglesia y la civilización?» De tal manera se han vulgarizado las calumnias contra la Iglesia, que es aceptado, poco menos que como dogma, creer á pie firme y sin discusión que la Iglesia es sinónimo de oscurantismo, de ignorancia, de despotismo; que es enemiga de la libertad, del progreso, de la civilización, de las luces, de todo lo que es bueno, grande y progresista. Y esto os lo afirmará cualquier imberbe y hasta un pobre mozo de cordel, con el mayor desparpajo, y hasta en tono arrogante y convencido, como quien dice una verdad indiscutible. Pues bien, esto da lástima y compasión. ¡Tanta ignorancia y tanta preocupación á título de ilustración y ciencia! ¿Cómo podremos desengañarlos y hacer la luz? Apelando á la historia, luz de la verdad. Sí; la historia imparcial será la salvación; y en efecto, contémplase que todos los historiadores imparciales que saben respetarse, sean liberales ó racionalistas, no dejan de reconocer que la Iglesia, es la más grande institución que ha existido, reputando como vulgaridades anticuadas, al uso de propagandistas ramplones, esos dicterios destemplados y palabras gruesas, que sin embargo hacen efecto entre ignorantes ó eruditos á la violeta. Apelamos, pues, á la historia, luz de la verdad y maestra de la vida, para defender á la Iglesia de esa plaga de calumnias vulgares. «El estudio de la historia es lo que me ha convertido», decía Donoso Cortés, por que vió que la historia de la Iglesia era la historia de la civilización. Y en verdad, basta estudiar con alguna imparcialidad la historia para comprender toda la grandeza y magnitud de la influencia de la Iglesia católica en la civilización moderna: basta conocer la historia para comprender que esa influencia «es mayor de lo que sus mismos adeptos han creído.» Y esta declaración imparcial del historia-

dor Guizot, en su historia de la civilización, es lo que nos proponemos comprobar por los hechos históricos en el adjunto opúsculo «La Iglesia y la Civilización», basándonos en Balmes, Felix y principalmente en las conferencias del historiador apologista Hettinger. (1)

También queremos declarar que de una manera especial dedicamos esta edición á la juventud, esperanza del porvenir; á esa juventud católica, que se levanta airosa en medio de las preocupaciones del anticlericalismo calumniador y del racionalismo incrédulo; á esa juventud, tanto más meritoria cuanto que sabe vencer el cobarde respeto humano y sobreponerse á los resabios de esa preocupación, que califica de ilustrado al racionalista más ignorante por el solo hecho de declararse anticatólico. Y á esta juventud, que así se levanta contra preocupaciones añejas, le decimos: Instruíos en la historia de la civilización, porque ya es tiempo de que no permitáis que la ignorancia continúe esparciendo esas calumnias tan vulgares contra la gloriosa causa que defendéis; y es necesario que os hagáis respetar por ese racionalismo vocinglero, ingrato hijo pródigo, que mientras malbarata la herencia que recibiera de la Iglesia, tiene el atrevimiento de insultarla, en vez de arrepentirse y volver al regazo de esa madre, á quien debe la civilización y el progreso la sociedad moderna en que ha nacido.

1—En diversas ocasiones nos hemos ocupado de esta materia; especialmente en la obra titulada *La Sociedad moderna.* etc; pero nunca de una manera particular como en la presente.

La iglesia y la civilización

PRIMERA PARTE

SUMARIO—Lo que demuestra la historia.—La Iglesia y la ciencia.—El cristianismo ha sufrido la prueba de la ciencia con tan buen éxito, que la ciencia se ha visto precisada á hablar por él y como él.—Desarrollo de los principios.—Alejarse del cristianismo es necesariamente retroceder.—Idea del progreso.—Las ciencias racionales ante las ciencias experimentales.—Civilización cristiana y civilización árabe.—La geografía, la historia natural, la lingüística y la historia en la Iglesia.—El humanismo ó renacimiento.—La economía política en la Iglesia.—La instrucción para todos.—Predicación y oración.—Lucha de la Iglesia contra la incredulidad.—Procesos por sortilegios.—El arte en el cristianismo.—La arquitectura, la pintura, la música y la poesía.—El cristianismo y la moral.—Rasgos fundamentales de la vida cristiana.—Los Santos.—Moral pública del cristianismo.—Idea del derecho.—Nota sobre Galileo.

Introducción—La restauración de los estudios históricos, que progresa cada día con las conquistas de la crítica imparcial, dice un notable publicista, confirma cada vez más la afirmación de que, prescindiendo del origen divino de la Iglesia, esta aparece en los anales de la historia como la institución más grande, más benéfica y admirable que haya existido al traves de los siglos: más grande que todos los imperios ha sido su dominación, pues además de ser eminentemente moral, ha sido más universal que el mismo imperio romano; nadie como ella ha colmado de mayores beneficios á la humanidad bajo todos los aspectos, moral, científico y artístico; y tanto en su establecimiento, como en su organización y propagación es la más admirable y ex-

traordinaria, apareciendo á las miradas imparciales del historiador filósofo como la institución única de que en su conjunto puede gloriarse y enorgullecerse la humanidad. Este triunfo ha sido obtenido por la crítica aguijoneada por los ataques injustos é incesantes de que ha sido víctima la Iglesia católica en los últimos siglos.

Y entonces no es de extrañar que el gran publicista Tocqueville haya declarado: «Tengo una admiración profunda, más grande de lo que podría declararlo, por esa admirable institución, la más grande que haya existido, y que se llama la Iglesia católica.»

Pero lo que es más admirable aún, es la existencia de ese número grande, muy grande, de semi-sabios y sedicentes intelectuales que desprecian y hasta abominan la Iglesia, paliando sus prejuicios históricos en nombre de la civilización, cuando es ésta precisamente la gloria especial de la Iglesia, como vamos á demostrarlo; ya que no debemos consentir que la ignorancia, frivolidad y mala fe continúen insultando á la institución más benemérita de la civilización de los pueblos.

*
* *

Lo que demuestra la historia—La historia de la Iglesia, ha dicho Donoso Cortés, es la historia de la civilización; pero hay más: los diez y nueve siglos de existencia de la Iglesia católica, todo lo grande que ha hecho, todas las bendiciones que ha derramado sobre la tierra, todo esto es tambien la demostración del principio sobrenatural y divino que obra en ella.

¿Qué otra cosa es la historia desde Jesucristo, sino una nueva creación, en todos los terrenos, de la existencia, de la inteligencia, de la moral, de la ciencia y del arte; creación en el alma de cada individuo, crea-

ción en el teatro de la historia, creación en el tranquilo hogar de la familia, creación en la vida agitada de los pueblos, en el derecho público y en la conciencia de las naciones? Inmensa transformación, en evolución contínua, del progreso y la civilización en las sociedades por el cristianismo!

Es cierto que la Iglesia ha permanecido fiel á las palabras de su divino Maestro: «Buscad primero el reino de Dios,» (Mateo, VI, 33); es cierto que jamás ha dejado de proponerse como objeto primordial la gloria de Dios y la salvación de las almas, y que ha mirado siempre la tierra bajo el punto de vista del cielo y de la inmortalidad; pero la fuente abierta para ella en Jesucristo se ha derramado sobre la vida temporal, y ha inundado la tierra de bendiciones de lo alto.

Las nuevas virtudes traídas por Jesucristo á la tierra, y el orden sobrenatural de cosas establecido por él, no puede desplegar su actividad y su energía, sin abrazar también el orden de la naturaleza, sin penetrarle y comunicarle cierta cosa sobrenatural.

Sí; la Iglesia ha trabajado por la adquisición del reino de Dios, y lo demás le ha sido concedido por añadidura, (Luc., XII, 31.); pero de tan prodigiosa manera, que ella ha ejercido una influencia civilizadora á que no ha llegado ninguna otra institución; se ha hecho el principio civilizador más elevado, más extenso, más poderoso y más duradero del mundo moderno, que ha creado, y de tal manera que la civilización moderna es esencialmente cristiana. (Guizot, *Curso de historia moderna*, lec. 4.ª)

Y no podía ser de otro modo: «Las grandes épocas de la historia del mundo, dice M. Muller (*Ensayos*), no se determinan por la fundación ó ruina de los imperios, ni por las emigraciones de los pueblos, ni por la revolución francesa. Esto no es más que la corteza de la historia, corteza formada por acontecimientos que sólo parecen gigantescos y predo-

minantes á aquellos cuya mirada alcanza y profundiza poco. *La verdadera historia de la humanidad es la historia de la religión,* la historia de los admirables caminos, por los que las diferentes familias humanas se dirigieron á conocer á Dios y á acercarse á él por el conocimiento y el amor. Hé aquí el fundamento sobre el que descansa toda la historia profana, hé aquí la luz, el espíritu y la vida propia de la historia.»

Pues bien; el cristianismo es la más elevada manifestación de Dios en el mundo, es la religión perfecta y absoluta. Él, por consiguiente, con un poder hasta entónces desconocido, debía dirigir las fuerzas de la humanidad, sus facultades, sus tendencias y sus necesidades, y darles un desarrollo completamente nuevo, cual ni aún pudo sospecharse en la antigüedad; y que ni hoy se podría suponer fuera de Jesucristo y de su religión.

Insistamos sobre este pensamiento: la revelación de Dios en Jesucristo es la manifestación plena de la razón divina, introduciéndose por la palabra y por la acción en la vida é historia de nuestra raza, no para fatigar la razón del hombre, sino para elevarla; no para contrariarla, sino para trasportarla, haciéndola traspasar los límites de su propia fuerza á una esfera adonde no llegaría si estuviese reducida á volar con sus propias alas. Y esto se comprueba comparando la civilización pagana con la moderna, y observando que los límites de la civilización son los de la influencia del cristianismo.

Por eso la Iglesia, á la que Jesucristo ha legado el depósito de la verdad, es la cabeza y el santuario intelectual del mundo. Ella es la escuela del género humano: el verdadero saber está por necesidad de acuerdo con ella, y de ella procede todo verdadero progreso. Ninguna contradicción, por más que brille un instante con engañosa luz, puede sostenerse ante ella. De

este modo la Iglesia es el más elevado principio de inteligencia que hay en el mundo, y lo es para todos los tiempos.

La revelación cristiana ha descubierto al hombre el único objeto digno de él y de sus deseos; ha dado un fin á su voluntad, y á su actividad en general una regla, una medida; ha colocado ante él un ideal de perfección moral y de santidad como ninguna religión ni filosofía la había conocido jamás ni la había imaginado; y como el hombre era demasiado débil para hacer por sí solo lo que se le pedía, como la perfección del modelo propuesto para su imitación era tal, que podía hacerle desconfiar de conseguirlo, le ha armado con la fuerza de lo alto, con un poder soberano, sobrenatural, que no se había experimentado jamás.

Así es como la Iglesia, en quien Jesucristo continúa viviendo y su gracia reinando, se ha hecho señora de los espíritus y la guardiana de las costumbres en el mundo, desde el advenimiento del Verbo hecho carne. Y en tanto que las religiones paganas no enseñan moral alguna, (San Agust., *Civit. Dei*. II. 6.), y que las filosofías no hacen más que poner de manifiesto su impotencia, la Iglesia cristiana ha regenerado la sociedad y ha renovado la faz de la tierra.

Habiendo bajado á la tierra para buscar lo que estaba perdido y para salvar lo que había perecido, Cristo reunió en torno suyo á todos los que estaban fatigados, para consolarlos. (*Mat.*, II, 28.) Y sucedió que un torrente de bendiciones, también temporales, salió de él para extenderse sobre la tierra; y todos han podido decir con Montesquieu (*Espíritu de las Leyes*, XXIV. 3): «¡Cosa admirable! la religión cristiana, que parece no tener otro objeto más que la felicidad de la otra vida, hace también nuestra felicidad en esta». O en otros términos: aunque el fin directo de la Iglesia es procurar al hombre la salvación eterna, promueve la civilización humana con tanta eficacia, co-

mo si para ello hubiese sido fundada directamente. (*León XIII*).

Mas aún; como toda verdad y toda vida proceden de la unidad, tienden á la unidad y crean la unión, Cristo ha venido á reunir á los que estaban dispersos, (Juan II, 52), y á juntar á los que el error y el pecado habían dividido. Fundada sobre la unidad y fuerte por la unidad, su Iglesia ha llegado á ser la potencia social por excelencia, que por todas partes por dónde aparece en la historia, edifica y asocia, como potencia universal y única como tal.

Centro y destino soberano del hombre, la religión se apodera de su corazón, penetra todas sus fuerzas y sus potencias y le eleva á una esfera de vida sobrenatural; y esto mismo sucede en mayor escala en la vida de la humanidad. El desarrollo religioso no se realiza en un instante y repentinamente en el individuo; con el tiempo y progresivamente este principio de calórico y de luz invade todas las faces de la vida interior, y penetra todas las esferas de su actividad; la misma marcha progresiva tiene lugar en la vida de la humanidad. Por eso la historia de la humanidad no es más que la historia del progreso, del desarrollo y de la aplicación sucesiva de las ideas y de las fuerzas que con el cristianismo han hecho su aparición sobre la tierra.

En efecto; al pasar una rápida revista á lo que la Iglesia ha hecho en el dominio de la inteligencia, de la moral, de la prosperidad pública de los Estados y de la cultura social, veremos una vez más brillar en este cuadro complejo la divinidad de esta obra de Cristo, y tendremos una hermosa prueba de su misión saludable, que aparecerá á nuestra vista con toda su importancia y en su elevada y plena majestad, constatando así que la Iglesia es la mayor influencia civilizadora de la humanidad. Veráse, por tanto, que afirmar que la Iglesia católica es oscurantista y retógrada no solo es un error ó ignorancia, sino una blasfemia histórica.

La Iglesia y la ciencia.—Y desde luego ¿qué es lo que la Iglesia ha hecho de notable en el dominio de la inteligencia? Cada religión lleva en sí misma gérmenes de verdad; una filosofía gana desde luego discípulos por el ascendiente que sobre los espíritus la da la suma de verdades, por pequeña que sea, que opone al error. Pero pronto contra estas obras del hombre se levanta la crítica, que pone de manifiesto á los ojos de todo el mundo su desnudez y miseria. La filosofía entierra ella misma sus muertos; no siempre es necesaria la intervención de la verdad para disipar la mentira, sino que á veces el error destrona al error. Todo sistema nuevo, apenas nace, sepulta á los que le han precedido y les envía á unirse con los muchos que en el curso de los siglos han sufrido la misma suerte. Esto es razonable, porque toda obra humana, por lo mismo que es humana, debe someterse al juicio de la crítica. Nada de lo que es obra del hombre es absolutamente bueno ni absolutamente verdadero. La crítica, por consiguiente, es la que se encarga de hacer oir á la ciencia humana su *Memento mori*, y á veces cuando más asegurada cree su inmortalidad.

Filosofías y religiones humanas había que resistirían á esta primera prueba, sin que por esto se librasen de su suerte. Pasarían necesariamente por una segunda prueba que destruye inexorable é infaliblemente todo lo que es fruto de los pensamientos del hombre y no está fundado sobre la verdad eterna. Ninguna obra del hombre resiste al tiempo. Este ejerce una última crítica sobre todo lo que es de la tierra; pronto ó tarde, si no después de algunos años, después de algunos siglos, todo concluye por serle sacrificado, y sólo la verdad del Señor dura eternamente. (Salm., CXVI; 2.) Así la Iglesia.

Todas las cátedras en derredor de las cuales se agolpaba una numerosa juventud, ávida de oir la

palabra de tal ó cual maestro, han sido destruídas. Religiones que contaban sus sectarios por millones, hoy no son más que el objeto de las sabias investigaciones de un pensador solitario, que descifra con dificultad sus dogmas en algunos documentos medio borrados, y apenas se comprende cómo tales religiones pudieron ejercer su dominio sobre los espíritus, sino fuera por el instinto religioso del ser humano.

Solo la Iglesia ha resistido á esta doble prueba. Las opiniones humanas han cambiado, la inteligencia general se ha desarrollado, la vida social ha hecho progresos, numerosos descubrimientos han sido hechos en el dominio de la naturaleza, y la fe de la Iglesia ha permanecido á través de los siglos inquebrantable como la verdad divina. Sólo ella no muere ni pasa.

*
* *

El cristianismo ha triunfado de la prueba de la ciencia.—Esta fe de la Iglesia es como un centro á donde todos los rayos de la verdadera ciencia, todos los descubrimientos de la experiencia, todos los pensamientos de la sana filosofía y todas las conquistas legítimas del espíritu vienen á encontrarse y á reconocer su parentesco y correlación. Allí es donde terminan, por opuestos que sean en la apariencia, todos los caminos que sigue el espíritu humano en la investigación de la verdad.

Ya se eleve hasta las estrellas para medir sus órbitas, ya descienda á las entrañas de la tierra para estudiar su formación y contar las capas superpuestas; ya analice los últimos elementos de la naturaleza para profundizar la esencia del mundo de los cuerpos; ya siga el desarrollo del pensamiento humano hasta su orígen para descubrir su naturaleza y determinar sus leyes; ya se lance hasta las extremidades de la tierra en donde reina el silencio de la muerte y la vi-

da desaparece entre los hielos; ya, por último, después de haber estudiado con cuidado ciertos caracteres grabados muchos siglos antes sobre una roca, ó sobre un trozo de mármol, medio desgastado por el tiempo, resucite como por milagro del polvo en que estaba sepultado todo un mundo que pone de manifiesto ante los ojos atónitos de sus contemporáneos, con tal que trabaje en servicio de la verdad, trabaja también en servicio de la religión cristiana, desmintiendo todas las pretendidas contradicciones entre la ciencia y la religión.

Así que todo cuanto la actividad del hombre ha sacado, durante el curso de los siglos, de las profundidades aún no agotadas de la ciencia, ha pasado á ser propiedad de nuestra fe y ha servido para confirmarla, ilustrarla y establecerla.

El dogma cristiano encierra dificultades, pero que con el progreso de los estudios se resuelven unas despues de otras. Asi la doctrina de la absoluta simplicidad y de la inmutable unidad de Dios, la de su potencia creadora, que da el impulso á la universalidad de las cosas creadas, esta doctrina contiene definiciones que á primera vista parecen contradictorias; de la misma manera, cuando se examina la cuestión del orígen del mundo visible, de la naturaleza del espacio y del tiempo y de sus límites, se ven surgir por todas partes aparentes contradicciones, y las representaciones de nuestra fantasía se cruzan en todos los sentidos como los hilos de una madeja enredada.

Por más que la luz de la divina verdad sea una, no es raro que al pasar de un medio científico á otro, parezca que sus rayos se quiebran; puede suceder en una cuestión dada que partiendo los investigadores de puntos opuestos, lleguen á obtener resultado en aparente contradicción; pero el tiempo ha hecho desaparecer siempre estas dificultades, y las oposiciones aparentes han venido á parar en la más bella armonía.

Todo esto ha sido constatado con el mas prolijo examen, primero por el sabio Leibnitz, y en nuestros días por infinidad de sabios, entre otros por el gran sabio Moigno en sus *Esplendores de la fe.*

¡Cuántas objeciones hechas contra la fe se han trasformado en demostraciones que han probado su divinidad! El mundo civilizado realiza en este momento un admirable progreso, que ocasiona contínuamente nuevos descubrimientos, y á cada generación extiende el campo del espíritu y le abre horizontes cada vez mayores; ¡y bien! es regla invariable que este progreso profundiza, ensancha y confirma más y más la verdad cristiana con sus resultados definitivos.

Ya un célebre escritor (Benjamin Constant) imparcial, ha emitido sobre esta materia un juicio, cuya verdad resalta cada vez más: «Los escritores del siglo XVIII, tan llenos de odio y de desprecio hácia los libros santos, no han logrado, queriendo envilecerlos, nada más que demostrar plenamente su propia ignorancia de la antigüedad. Para burlarse del Génesis, como lo hacía Voltaire, se necesita tanta ignorancia como frivolidad.»

Ignorancia y frivolidad que con frecuencia contemplamos aún hoy día entre los adeptos de la incredulidad.

Las falsas religiones han vivido también en el corazón de los pueblos, pero jamás han hecho alianza con la ciencia. Celebraban sus fiestas, edificaban templos y altares; los cantos de los poetas, las obras maestras de los artistas contribuían á dar brillo al culto de las falsas divinidades; pero la ciencia no las conocía; no se dignaba inclinarse ante ellas, por más que los príncipes y los pueblos les rindiesen homenaje.

La ciencia ocultaba en su seno un gérmen de odio y de ruina contra la falsa religión, y el día en que la filosofía adquirió la conciencia de su misión y de su dignidad, aquel día debió ser sacrificado como

una víctima á la religión de su patria, el más noble representante de la filosofía, Sócrates. Desde este momento quedó declarada la guerra entre la fé popular y la ciencia, y esta guerra no ha terminado sino con la ruina de las antiguas divinidades. Esto es una verdad en todas las religiones separadas de la Iglesia, porque la verdadera religión es única.

«No he habitado en la Grecia, dice J. de Maistre, (*Del Papa*, lib. IV, c. II.) pero he vivido mucho tiempo en el mundo, y he tenido la dicha de conocer algunas de sus leyes. Un matemático sería desgraciado si se viése precisado á calcular uno después de otro todos los términos de una larga serie; para este caso y para otros muchos hay fórmulas que facilitan el trabajo. Yo no necesito saber (por más que no confiese que lo ignoro) lo que hace y lo que se cree aquí ó allí. Sé, y esto me basta, que si la antigua fe reina aún en tal ó cual remoto país, la ciencia no ha llegado á él aún, y si la ciencia ha hecho ya su entrada en él, la fe ha desaparecido, y ha desaparecido, por más que esto no se entienda tan bien como se siente, por medio de un cambio súbito y gradual á la vez, siguiendo otra ley de la naturaleza, que no admite saltos, como dice la escuela.»—«Hé aquí la ley tan segura é invariable como su autor: ninguna religión, excepto una, la verdadera, puede sufrir la prueba de la ciencia. La ciencia es una especie de ácido que disuelve todos los metales, *excepto el oro*» (1).



Desarrollo de los principios—¿Cómo ha podido el cristianismo ejercer tal imperio en todos los tiempos, y asegurar su influencia bajo todas las formas de go-

1—Esto no está en contradicción con la conservación aparente de la fe en la Iglesia bizantina. Es que, en efecto, el ácido aún no la ha tocado; pero ha empezado, en Rusia, por ejemplo.

bierno, á pesar de todos los cambios y en las condiciones exteriores más diversas? La fé cristiana no sólo es verdadera, sino que es la verdad misma; por eso, no sólo nada tiene que temer de la ciencia, no sólo se la ha atraido, sino que lleva en su seno los principios y las leyes supremas de toda verdadera ciencia. No existe una sóla cuestión fundamental, de la que se ocupe el espíritu pensador, sobre cualquier orden de cosas, para la cual no se encuentre una solución en el admirable organismo de la fé cristiana.

«En esta señal reconozco que el cristianismo es una gran religión: en que tiene una solución para todos los problemas que interesan á la humanidad.» *Yoffroy*, Miscelánea.

Es preciso convenir en ello; la inteligencia humana no hubiese hallado, y ni aún hubiese imaginado, una religión que conviniese á cada hombre y á cada estado de la vida, que tuviese su raíz en las necesidades de nuestro espíritu y en los deseos de nuestro corazón, y que estuviese tan sólidamente fundada en la misma esencia de nuestra razón.

Esta religión ha sido anunciada por hombres extraños á la sabiduría helénica, y sin embargo, nos ha puesto en posesión de verdades que los grandes genios han buscado por mucho tiempo, andando á tientas en las tinieblas; nos da la solución de los problemas que el viejo mundo trató en vano de resolver; nos comunica, sobre todas las cuestiones que toca, ideas tan profundas y sublimes, como nunca el espíritu del hombre las hubiese adquirido ni imaginado siquiera por sí solo. No hay un solo espíritu verdaderamente profundo, noble y justo que, cuando detiene su mirada sobre esta religión, no se admire y sienta por ella un atractivo mezclado de veneración. Y esta afición que desde luego siente hácia ella, aumenta á medida que se entrega á su divina virtud, y que principia á sentir su influencia.

Por eso los incrédulos procuran ignorar esta sublime religión; y por eso el conde de Segur ha dicho de ellos que son prodigios de ignorancia en materia de religión.

Es cierto que la Iglesia profesa dogmas que la razón no puede profundizar, ni el espíritu del hombre comprende, y sobre los que se extiende un velo que ninguna inteligencia creada levantará jamas; pero antes de introducir al fiel en el misterioso santuario de sus dogmas, le muestra sus derechos y sus títulos, pone de manifiesto sus motivos de credibilidad, motivos que tomados de la esfera de los conocimientos naturales y racionales, deben, con el auxilio de la gracia, llevar á la fe á la razón que quiera permanecer fiel á sus propias leyes.

Sí; la razón es naturalmente cristiana, cuando se sobrepone á la pasión.

Y después de haber recorrido hasta los últimos límites el dominio de la verdad natural, el espíritu oye voluntariamente la palabra de la fe, única capaz de descifrarle el enigma de la existencia; halla en el orden natural imágenes y analogías que le inician en el orden sobrenatural, y por otra parte, el atractivo de lo infinito y el presentimiento de lo divino, le impulsan en la misma dirección...

Siempre hubo misterio en el mundo; pero mientras antes no era para el espíritu más que una carga, un tormento, y un manantial de errores, el cristianismo se ha servido de él para dar alas al alma y más vuelo á sus fuerzas y á sus más sublimes potencias.

*
* *

El cristianismo ha engendrado la ciencia—El cristianismo ha sufrido la prueba del fuego, la prueba de la ciencia, y ésta se ha inclinado ante su divinidad. No es esto todo. El cristianismo también ha

engendrado la ciencia. «La Iglesia, dice M. Guizot, (*Historia de la civilización en Europa*, lec. VI), ha ejercido grande influencia en el orden moral é intelectual, en la sociedad moderna, sobre las ideas, los sentimientos y las costumbres públicas. El hecho es evidente; el desarrollo moral é intelectual de Europa ha sido esencialmente teológico. Recorred la historia desde el siglo X hasta el siglo XVI; la teología es la que posee y dirije el espíritu humano; todas las opiniones son tomadas de la teología; las cuestiones filosóficas, políticas é históricas, son siempre consideradas bajo un punto de vista teológico. La Iglesia es tan soberana en el orden intelectual, que hasta las ciencias matemáticas y físicas se ven precisadas á someterse á sus doctrinas. El espíritu teológico es en cierto modo la sangre que ha corrido por las venas del mundo europeo, desde Bacon hasta Descartes.. Indudablemente que esta influencia ha sido saludable; no sólo ha sostenido y fecundado el movimiento intelectual en Europa, sino que además el sistema de doctrinas y de preceptos, en cuyo nombre imprimía el movimiento, era superior á cuanto el mundo antiguo había conocido». (1)

Wachler (Manual de la historia de la literatura,) hace esta confesión: «La teología era en el pasado el principal objéto de la actividad literaria de Occidente; sus producciones fueron muy numerosas, circunstancia que hace difícil enumerarlas, tanto más, cuanto que la mayor parte de ellas no han sido impresas; cada monasterio daba su contingente, y había algunos

1—Según Bœhmer, es una necedad creer que la filosofía haya principiado en Alemania con Kant, y que los grandes siglos de la edad media, que han ejecutado obras maestras tan admirables en el dominio de las artes y de las letras, hayan sido estériles en el de las ciencias especulativas. No hace aún mucho tiempo que se desconocian y se despreciaban muchas obras literarias, la pintura, la arquitectura y la escultura de nuestros padres, y lo mismo sucede hoy con la filosofía escolástica, hasta tanto que se la conozca. «Examínese primero para juzgar despues. En cuanto á mí, no puedo ménos de preferir el antiguo método filosófico al nuevo, á pesar de las pretensiones de éste.»

para los que el escribir era asunto de vocación, especialmente los benedictinos y los domínicos. Los hombres que en tiempo de la Reforma figuraban en las asambleas, en las conferencias y en el Concilio de Trento como defensores de la doctrina católica, mostraron una erudición digna de ser admirada y estimada». (1)

En efecto, cuando rotos, al fin, los diques que por mucho tiempo las habían contenido, las olas de la barbarie se precipitaron sobre el mundo civilizado, destruyéndolo y aniquilándolo todo; ¿quién guardó el fuego sagrado de la ciencia? ¿Quién cultivó de nuevo el campo de la ciencia, que estaba estéril y desierto? La Iglesia había preparado un retiro para la ciencia á la sombra de sus claustros; ella fundó lo mismo la escuela de aldea, que extiende en un pequeño círculo los primeros elementos de instrucción, que las universidades, esos baluartes de la ciencia, contra los que se han estrellado las olas de la barbarie, y de donde las ciencias se han extendido por el mundo. Si la Iglesia educaba en su santuario á los hijos de los príncipes, instruía también al hijo del obrero, y no por una sórdida ganancia, como hacían los sofistas y re-

1—En Alemania los monasterios de Fulda, de Reichenau y de San Galo, se distinguieron entre todos los demás por su actividad literaria. Los monasterios de mujeres rivalizaban con los de hombres en su amor á las letras. Roswitha de Gandersheim probó que las mujeres no habían permanecido ajenas á la cultura literaria de su época. «Un convento sin biblioteca es un castillo sin sala de armas;» este era un proverbio muy extendido. Algunos monasterios estaban destinados especialmente para servir de asilo á las letras; así por ejemplo, Absalon, arzobispo de Lund, dió este destino á Soroc y á otros. (Holberg. Cons. Hürter, Inocenc. III.)

Las escuelas episcopales de Francia han sido célebres por mucho tiempo, especialmente las de París, Orleans, del monasterio de Corbia, de Cambray, de Chartres, de Reims, de Toul y de Cluny.

Los prelados más distinguidos enseñaban ó habían enseñado. El mismo Hume reconoce que si la nación inglesa aventaja á todas las naciones de Europa por el gran número de sus analistas y por sus monumentos históricos, se lo debe exclusivamente al clero católico, que ha conservado estos tesoros.... Cualquiera que haya hojeado estos cronistas, habrá reconocido por todas partes en su estilo bárbaro reminiscencias y alusiones tomadas de los clásicos y especialmente de los poetas.—*Clérigo* y Clerc en francés ó *Pfaff* en alemán, significaban un hombre instruido. En italiano un *laico*, es un ignoraute. [Cons. Vico, *Ciencia nueva.*]

tóricos de la antigüedad, sino por una recompensa celestial.

A la vez que introducía á los espíritus eruditos en las profundidades de la sabiduría cristiana, se inclinaba también hácia los pobres de espíritu, los sencillos, á fin de que todos participasen del beneficio de la educación cristiana. *¡La instrucción para todos!* tal es la divisa que los rebeldes de estos últimos tiempos han puesto en su bandera. La instrucción para todos; esta palabra es eminentemente cristiana; el cristianismo ha hecho algo más que proclamarla; la ha puesto en práctica. Inocencio III había pronunciado ya esta palabra, que el liberalismo ha plagiado.

La antigüedad, que veía florecer la cultura intelectual en el suelo de la esclavitud, en donde, por consiguiente, no podía ni debía ser más que un privilegio reservado á la pequeñísima fracción de los afortunados de la humanidad; la antigüedad, que compraba los placeres estéticos de algunos á costa de las lágrimas, sudores y sangre de la masa desheredada, no nos hubiera comprendido si hubiésemos exigido de ella la instrucción para todos. Era necesario que una boca divina pronunciase estas otras grandes palabras: *El evangelio es anunciado á los pobres*, para que el mundo comprendiese que la verdad no puede ser el privilegio de una clase favorecida (1).

Según advierte Gilsebrecht, el clero no sólo representaba el elemento intelectual en las elevadas esferas de la sociedad, sino que también lo hacía descender hasta las últimas capas sociales, y allí, á la vez que hacía penetrar por todas partes la vida cristiana, asentaba, también los fundamentos de una cultura y de una civilización más elevada que la que entonces existía.

1—Cons. Hurter., *Inocenc. III.* Las escuelas, tanto de las catedrales como de los conventos, estaban abiertas para todo el mundo. Según el testimonio del abate Guibert de Nogent, no había en Francia un pueblecillo que no tuviese su escuela. En una capitular de Carlomagno se dice: *Presbiteri pervillas et vicos scolas nabeant, et cum sunma charitat parvulos doceant.*

La propagación de la religión cristiana entre las razas germánicas, realizada por la acción de Roma y en coincidencia con las emigraciones de estos pueblos, preparó el suelo de la Europa para recibir los gérmenes de un nuevo desarrollo intelectual y moral, de una nueva civilización que se puede llamar romano-germánica, y que ha impreso su carácter en la lengua y constitución política, en las costumbres y legislación, en la manera de concebir y de pensar, y hasta en los giros de imaginación de todas las naciones modernas.

De tal modo somos hijos de la Iglesia, que el Papa podría con razón decir á todos: «Sin mí no habríais llegado á ser lo que sois» (1), y la prueba de esto se ve en las lenguas de todos los pueblos de Occidente. El cristianismo se ha insinuado de tal manera en las lenguas indo-germánicas, las ha penetrado tan completamente de su espiritu, que le es imposible á un cristiano identificarse por el pensamiento con un Demócrito, un Aristipo, un Epicuro, ó con los estóicos panteistas. Queriendo asimilarse sus sentimientos, les hará sufrir siempre una metamórfosis y no sabe tomar de ellos más que su incredulidad. Condorcet desespera de ver formarse una lengua puramente científica y atea; tanto el cristianismo, dice él, ha inficionado nuestras lenguas (2).



Amplitud de la inteligencia por la fé.—Pío IX ha explicado con brevedad y justicia la causa de este fenómeno. «El conocimiento de las cosas divinas, dice él, ilumina, fortifica y perfecciona admirablemente la razón humana».

1—Palabras de Herder: *Ideas para la Filosofía de la historia de la humanidad.*
2—Cons. Wedewer. *El cristianismo y las lenguas*

Y así debe ser: la soberana razón, la razón divina es la que se nos manifiesta en la fe: ella disipa todas las tinieblas del espíritu, ella cercena cuanto hay de predominante en la parte sensible de nuestro ser, rompe el encanto de las representaciones sensibles que turban la inteligencia del hombre carnal y hasta la retienen cautiva, y entonces la razón, iluminada y sostenida por la fe, puede llevar á cabo su restauración.

Un solo error que caiga arrastra á otros en su caída; la solución que la fé da de una cuestión, es también la solución de otras muchas cuestiones. En la base de todas las verdades de la fe, no solo de las que pertenecen al órden natural, sino también de las que tienen por objeto los misterios, se encuentra una idea determinada de Dios, del mundo, de la naturaleza, del orígen y del destino del hombre. Ella formó el punto de partida y ofrece una dirección en las investigaciones científicas que, al llegar á su resultado final, confirman á su vez la verdad dogmática.

De este modo la razón rompe todas las trabas que impiden su desarrollo, y guiada por la certeza en las más elevadas cuestiones, la es fácil recorrer la esfera de la ciencia humana en toda su extensión. En las cuestiones científicas, especialmente en aquellas en que se trata de los principios y de las condiciones fundamentales de toda la vida intelectual y moral del hombre, la ciencia cristiana ha podido marchar con paso firme y seguro; porque la luz de la fe, que da una certeza absoluta, se refleja hasta en el dominio de los conocimientos naturales, y disipa la duda que paraliza las fuerzas del espíritu, y que detienen su vuelo siempre que con demasiada presunción trata de remontarse hasta las elevadas regiones de la verdad, en donde tan fácil es deslumbrarse y tan perjudicial es el error.

La fe, por consiguiente, es la que abre á la ciencia

todos sus caminos y le indica con el dedo todos sus resultados; la fe es la que da á la ciencia la posibilidad de comprender y representar, no fragmentos de la verdad, sino toda la verdad, un conjunto completo de principios religiosos y morales capaz de dirigir la vida humana; la fe es la que da á la razón natural aptitud para reinar por completo en toda la extensión de su propio imperio.

La vista iluminada por la fe, lo percibirá todo en su relación con la norma suprema; es decir, verá su verdadera esencia y su definición exacta; conocerá y llamará á las cosas como Dios mismo las conoce.

Todo cuanto se mueve en el mundo de la inteligencia, todo cuanto aparece en la naturaleza, no es más que una parte del gran conjunto que abraza el plan divino, y tiene señalado su lugar y su función en el grandioso organismo, que se llama orden de la gracia, en este *cosmos* sobrenatural, cuyo diseño llevaba Dios en sí mismo desde el principio, y á cuya realización concurren la naturaleza y la gracia, lo divino y lo humano, el libre albedrío y la necesidad.

Solo aquel que se mantenga en el centro está en estado de distinguir toda la circunferencia; cualquier otro punto de vista no le deja ver más que fragmentos más ó menos limitados. Para abrazar una obra en todas sus partes, y comprender toda su significación, es preciso haber tenido antes conocimientos del espíritu del artífice, y haber penetrado en el fondo de su pensamiento (1); porque este universo tiene muchas relaciones con lo sobrenatural que le domina y atrae como su fin; ¿cómo hemos, por consiguiente, de poder apreciarle con exactitud fuera de este punto de vista?

La fe nos pone de manifiesto la razón primera y

1—M. Cousin ha tenido razón, por consiguiente, al decir: «Ninguna ciencia particular es posible, á no ser en el seno de la ciencia general, que toma sus últimas explicaciones de la ciencia de Dios.» *Curso de filosofía.*

el fin último de las cosas; mas como el objeto de la ciencia, como tal, es comprender las cosas en sus primeras razones y el conocimiento de la razón primera, implica á la vez el objeto y fin de todas las acciones libres, y el conocimiento del fin constituye esencialmente la sabiduría, se sigue de aquí que la fe contiene los fundamentos de la verdadera ciencia y de la verdadera sabiduría.

Con frecuencia algunos han tratado de arrebatar á la Iglesia la palma que le pertenece como potencia civilizadora, diciendo que en aquellos tiempos toda la vida intelectual se concentraba en la Iglesia, y no salía de ella. Pero precisamente esto es lo que caracteriza á la Iglesia; ella no puede menos de dar impulso á los intereses espirituales, y elevarse al rango de una potencia que atrae á sí todo lo que le es simpático.

La ley primitiva de toda civilización es una ley eterna; por todas partes sale del santuario, y por todas partes la teología es la que ha levantado al espíritu abismado en la materia.

Esto, que se deduce *á priori* de la naturaleza misma de las cosas, lo demuestra tambien *á posteriori* la historia de las ciencias en cada una de sus páginas. Es innegable el progreso científico de los tiempos cristianos, y especialmente el progreso de la ciencia de las ciencias, de la filosofía. En las cuestiones fundamentales de la ciencia de Dios y del alma, de la moral y del derecho político y civil, ¡cuán atrás han dejado á Aristóteles, Santo Tomás y Leibnitz! ¡Cuán por encima de Platon y de los mejores espíritus de la antigüedad se ha elevado San Agustín con toda la escuela cristiana!

No llegan á la perfección artística del diálogo platónico, ni igualan á Aristóteles en penetración y exactitud; pero exceden á uno y á otro en la seguridad, solidez y claridad de sus resultados. No ha sido la superioridad de su genio la que les ha dado tal ven-

taja; trataban las mismas cuestiones en las que Platón sólo entreveía la solución con tanta dificultad que las comparaba á una navegación en un frágil esquife sobre una mar tempestuosa y sombría; y sin embargo, estos cristianos no disponían de mayores recursos humanos que Platón, y humanamente hablando, no poseían más que el frágil esquife de Platón, la razón humana.

Pero la fe era para ellos una brillante estrella que les orientaba, y la revelación les marcaba el término y punto de su llegada, de manera que seguros de no extraviarse en lo sucesivo, realizaban su travesía con más facilidad, rapidez y felicidad que pudo hacerlo la antigua filosofía. Es que la fé respecto á la razón es lo que el telescopio para el astrónomo, y la brújula para el navegante: es un poderoso auxiliar.

*
* *

Apartarse del cristianismo es retroceso—Esto explica el por qué es imposible un progreso fuera del camino trazado por la fe y en sentido inverso de los principios del cristianismo. Es innegable que, á partir del siglo XVI, desde que una inmensa apostasía hizo salir del seno de la Iglesia á la mitad de Europa, se han hecho ensayos, unas veces bajo la engañosa apariencia de una reforma de la antigua fe, y otras anunciando pomposamente una nueva era filosófica y un siglo de las luces, para reconstruir la ciencia del hombre y de Dios sobre nuevas bases.

Primero el racionalismo, esa doctrina de los espíritus débiles, esa señal infalible de insuficiencia é indecisión de espíritu, pareció por un instante que iba á hacerse dueño del porvenir; pero sus días estaban contados. Después vino el panteismo, que no hizo otra cosa sino sacar las rigurosas consecuencias ante las que el racionalismo había retrocedido.

En efecto, si la razón del hombre es la medida de toda verdad, aun de la divina, como dice el racionalismo, si nada hay real y verdadero más que lo que el sentido común comprende, puesto que la razón humana es Dios, hace bien el hombre al no querer admitir otra. Pero el brillo que dió al panteismo fué de corta duración. Apareció entonces el materialismo, y derribando de su usurpado trono al hombre, que se igualaba con Dios desde lo alto de esta grandeza que había soñado, le hizo bajar sin transición hasta el nivel de los brutos, proclamando el orígen simiaco del hombre.

El racionalismo, el panteismo y el materialismo, son los tres grados sucesivos que se desciende, desde el momento en que se separa el hombre de Cristo. El tercer error se deriva del segundo, que no era más que la consecuencia rigorosa del primero.

Aunque estos tres sistemas hubiesen sido nuevos, no por eso hubiesen constituído un progreso; pero ni aun tienen el mérito de la novedad, puesto que no son más que antiguos errores paganos rejuvenécidos, cuyas sombras había disipado ya la aurora de la luz cristiana. Mucho antes que nuestro racionalismo, la sofística de los griegos había atacado la creencia en Dios y la diferencia real entre el bien y el mal, base de la moral.

Más de dos mil años antes de Espinosa, había sido enseñada en las escuelas de los eleatas la doctrina de la única sustancia, y mucho antes de Jesucristo la corrupción antigua había producido entre los griegos y los romanos, como su fruto natural y emponzoñado, el materialismo de Epicuro y de Lucrecio, resucitado por Darwin y Compte con el nombre de positivismo.

Es, por consiguiente, algo que el mundo ya había visto, algo que había sido vencido ya por el espíritu del cristianismo; es el mismo paganismo, que más ó menos cínicamente, sale de su tumba con sus siste-

mas, es el espíritu de la mentira, el enemigo de Dios, que formando alianza con el orgullo, la pasión y el pecado, combate hasta el fin en el corazón del hombre por la posesión del mundo; es cualquiera cosa, menos un progreso.

*
* *

Idea del Progreso.—La idea misma de progreso, es una idea especialmente cristiana y católica. El paganismo no la tenía. Marco Aurelio, Séneca, Juvenal, Plinio y cuantos en su tiempo estaban en el apogeo de las cosas humanas y por consiguiente en condiciones á propósito para hacer pronósticos, no pensaban en ningún progreso y no contaban con él; en cuanto á un porvenir mejor, sólo sentían la desesperación.

La vida del mundo antiguo era desde el principio esencialmente nacional, y, por consiguiente estaba encerrada en un círculo limitado; debía, pues, gastarse y agotarse su materia y su fuerza. El cristianismo fué el que concibió la idea del progreso.

Esta esperanza del mundo fué expresada por primera vez en la Iglesia, que jamás se ha desprendido de ella, porque posee un ideal, un ideal infinito, el infinito personal. Los pueblos del mundo antiguo eran lo que podían ser, lo que su religión permitía que fuesen, valían más aun que sus dioses. Su grandeza declinó desde el momento en que agotaron su vida, que no tenía ningun manantial perpétuo de donde alimentarse.

Ahora ya es otra cosa; el teatro en que se mueven las naciones cristianas se ha extendido de una manera inmensa; abraza el conjunto de la creación en su latitud, longitud y profundidad; tienen abierto para recorrer un camino inconmensurable y les ha sido indicado un fin, al que se aproximan cada vez más en un progreso indefinido sin poder alcanzarlo

jamás, quiero decir, la perfección misma de Dios y de su Cristo. ¿Quién no conoce la razón primera y última del ascetismo cristiano, la tendencia á una perfección cada vez más elevada? La Iglesia propone este ideal á todos, lo mismo al que ocupa un trono que al mendigo. Ella podía concebir esta idea del progreso, porque su horizonte no está limitado á algunos días de esta existencia terrestre; su mirada penetra más allá en otra vida sin límites, vida de lo infinitamente inteligible y de lo infinitamente amable.

Ciertamente que esta idea concernia desde el primer instante á la religión y á la moral; pero una vez proclamada, no tardó en invadir los dominios de la ciencia y de la vida. Bendita religión! Qué empuje inmenso dió á la humanidad!

El progreso en el orden de la vida exterior, el progreso económico, industrial y comercial está indisolublemente unido con el progreso moral, por paradójica que parezca esta aserción. A pesar de las eminentes cualidades de sus ciudadanos, de la inteligencia de sus hombres de Estado, de la riqueza de su suelo y de la ventaja de su situación sobre el Mediterráneo, Roma y Grecia perecieron; este es un ejemplo instructivo puesto al principio de la historia de Europa.

La corrupción moral hizo de Italia un desierto y hundió en la tumba al mundo antiguo. Es, pues, una verdad que: *á toda violación del orden moral corresponde una ruina en el orden físico, y que la prosperidad material decrece desde el momento en que se corrompen las costumbres.* Y esto es sencillo; porque aquél está subordinado á éste, y las leyes vitales de la humanidad descansan sobre una grande unidad de plan.

Si la debilitación de los principios cristianos coincide hoy con un gran desarrollo industrial y comercial, de aquí no se puede deducir, como quieren algunos, que estos principios son indiferentes al progreso material, ó que le retrasan.

Nuestras experiencias son aún muy recientes para que puedan darnos resultados definitivos. Por otra parte, nuestro pensamiento público y toda nuestra existencia espiritual está aún bastante arraigada en el suelo cristiano para poder sacar de él, sin nosotros saberlo, su sustancia y su fuerza.

La civilización antigua, que tanto elevó las letras y las artes como la prosperidad material, y que, sin embargo, ha perecido por completo, basta por sí sola para demostrarnos la ley de íntima dependencia que existe entre el orden material y el orden espiritual; ella nos lo ha hecho ver con innegable evidencia en un vasto cuadro histórico de mil años de duración. Es una experiencia hecha muy en grande.

Entre los pueblos que aún viven, la China puede demostrarnos, adonde conduce el principio de lo útil seguido exclusivamente y hasta sus últimas consecuencias. Roma y la China se han empobrecido á pesar de, ó más bien, á causa de este principio. Lo que hay de cierto y duradero en las teorías de los que, con el pretexto de progreso, hacen la guerra á la religión cristiana y á la Iglesia, pertenece á la Iglesia, ha sido tomado de ella, y á consecuencia de mil años de influencias eclesiásticas, ha sido introducido y mezclado en la corriente de las ideas del mundo moderno. «Sin mí no seríais lo que sois», puede repetir el cristianismo.

El progreso se realiza en todas las direcciones en la Iglesia y por la Iglesia; el deseo de saber se desarrolló en un principio en su seno, y después la curiosidad científica extendió sin cesar sus investigaciones en todos los sentidos, arrastrándolo todo en su torbellino.

«El siglo XV, dice M. Guizot (*Loc. cit.*, Lección XI), es un siglo de viajes, empresas, descubrimientos, é invenciones de todo género.» El arte de la imprenta, el compás y la pólvora de cañón, inventados por

la Europa cristiana, la han dado el imperio del mundo.

Por una disposición providencial, el estudio experimental de la naturaleza no tomó desarrollo hasta después de haber tenido la Iglesia por espacio de mil años á los pueblos bajo sus alas. Por lo mismo que era muy fácil abusar de este estudio, convenía que fuese fundado por hombres de la Iglesia, por católicos.

La ciencia de Dios y la del hombre, de su naturaleza y de su destino, fueron desde luego el objeto de las meditaciones del espíritu humano. Los inmensos materiales debidos á la antigua filosofía y á los trabajos de los Santos Padres, preparados y dispuestos por una dialéctica rigorosa y por un método severo, sirvieron para componer esos grandes monumentos de la teología y de la filosofia de la Edad Media, semejantes á las catedrales y monasterios que el mismo espíritu creó en la misma edad, dos especies de obras maestras que una generación ciega ha desconocido y despreciado por algún tiempo, pero á las que al fin se ha hecho justicia.

Era preciso que el pensamiento filosófico, después de haber flotado por tanto tiempo, se fijase en un firme asiento y sobre un fundamento sólido. Convenía que las pilastras sobre que había de asentarse el edificio de la civilización moderna estuviesen bien aseguradas, para no tener que temer las tempestades. Era necesario que esta civilización tomase una dirección y un carácter que no cambiase, y esto es lo que sucedió.

De este modo se verificó la fusión de los pueblos en una gran comunidad de bienes espirituales, de tendencias, de ideas, de principios sobrenaturales y de carácter, que se llamó con propiedad *la cristiandad,* y que aseguró á todos estos pueblos su superioridad sobre los demás. A partir desde entónces la mirada del observador pudo interrogar á la naturaleza con mayor seguridad y mejor éxito.

El peligro de perder la unidad espiritual en medio

de la variedad de fenómenos, de ver á la materia predominante sofocar la sana vida del espíritu, y de dejarse fascinar el alma por las fuerzas de la naturaleza, hasta el punto de divinizarlas, este peligro no era ya de temer, porque estaba influenciado por el cristianismo.

Y aquí es donde se demuestra la superioridad de la civilización cristiana. Fuerte con la idea fundamental de que todas las ciencias deben formar un todo organizado, supo á cada nuevo descubrimiento que se hizo, marcarle su lugar en este gran todo, y continuar sin interrupción el tejido de la ciencia, á diferencia de la civilización de los judíos y de los árabes, que no hizo progreso alguno, ni tomó desarrollo, por más que desde el principio poseyese un fondo experimental más considerable en literatura y en historia natural.

*
* *

La civilización cristiana comparada—La civilización de los árabes aventajó en España y en Sicilia á la civilización cristiana de Occidente, y sin embargo, á excepción de algunos monumentos, ha desaparecido del suelo de Europa, á pesar de haber sido protegida y cultivada, especialmente en Sicilia, por los reyes normandos y por los de la casa de Hohenstaufen.

Fué vencida, no sólo por la caballería española y por el centro germánico, sino también y más especialmente por la superioridad del espíritu cristiano, que sacó la civilización de la religión, y cuyas creaciones llevaban por todas partes impreso el sello de la unidad y de la originalidad.

La civilización morisca se desarrolló sin la religión, y á pesar de la religión de Mahoma. Sus construcciones no forman en manera alguna un episodio original en la historia del arte, ni demuestran un desarrollo vigoroso.

Su gobierno, sus artes y su literatura llevan el sello de la aventura, del capricho y del desórden. La confusión del Estado y de la religión que formaban una sola cosa, de la autoridad religiosa y del poder material reunidos en la misma mano (1), la idea de establecer por la guerra la dominación exclusiva de una raza, contenían el gérmen de una disolución próxima é inevitable.

La devastación llevada á cabo por las tribus berberiscas, en un país para cuya defensa habían sido llamados como auxiliares naturales por sus correligionarios, es la prueba histórica de la oposición íntima que existía entre la vida religiosa y política de los mahometanos y esta civilización cuyo falso brillo duró tan poco.

Citaremos á este propósito las justas reflexiones de Maistre (*Veladas*): «La religión es la madre de la ciencia. La teoría y la experiencia concurren á proclamar esta verdad. El cetro de la ciencia pertenece á Europa, porque es cristiana. Si ha llegado á tan alto grado de civilización ha sido porque ha principiado por la teología, porque las universidades no fueron en un principio más que escuelas de teología, y porque todas las ciencias ingertadas en esta planta divina, han manifestado la divina savia por una inmensa vegetación.

«La indispensable necesidad de esta larga preparación del genio cristiano, es una verdad capital que no se les ha ocurrido á los modernos pensadores. El mismo Bacón se ha engañado como otros muchos inferiores á él. Es muy jocoso cuando trata esta materia y especialmente contra la escolástica y la teología. Es preciso convenir en que este hombre célebre parece haber desconocido por completo las preparaciones

1—Paralizados por su fanatismo y hundidos en su postración flamática, los árabes ofrecen un contraste perfecto con los españoles, entusiasmados por la religión cristiana.

indispensables para que la ciencia no sea un gran mal. Enseñad á los jóvenes física y química sin haberles imbuido antes en la religión y la moral, enviad á una nación nueva académicos antes de haberla enviado misioneros y veréis el resultado. La religión es el aroma que impide á la ciencia corromperse, ha dicho muy bien el mismo Bacón.

«Malebranche ¿no ha dicho que una falsa creencia sobre la eficacia de las causas segundas podía conducir á la idolatría? La idea es la misma; también ha dicho que los hombres pueden considerar la astronomía, la química y todas las ciencias naturales como distracciones de un hombre honesto; pero que no deben dejarse sorprender por su brillo, ni preferirlas á la ciencia del hombre.»

*
* *

Las ciencias racionales ante las ciencias experimentales—¿Qué hubiera sucedido si desde el siglo XV, ó aún desde los siglos XIV y XIII, se hubiese puesto la experiencia frente á las preocupaciones del espíritu humano? Gœthe y Liebig afirman que la influencia de Bacón ha sido más perjudicial que útil. Impulsando más aún por la vía de la experiencia á los espíritus ya lanzados por este camino, hizo que desde entónces se abandonasen á ella sin freno, y que despreciando absolutamente el método, tomasen el desórden y el caos por el único elemento en que el saber podía vivir y prosperar.

La ciencia católica no había excluído el estudio de la naturaleza, y el método empírico, á su advenimiento, no tuvo que poner en boga este estudio, como si antes hubiese estado abandonado. La ciencia de la naturaleza, tal como Aristóteles la había formado, continuando metódicamente los resultados de las investigaciones anteriores y contemporáneas, constituía

una parte integrante del cuerpo de las ciencias eclesiásticas, á la vez que formaba la base sobre la que se elevaba la ciencia de Dios y del hombre.

El príncipe de las escuelas afirmaba que el estudio de la creación era conveniente y necesario tanto para instruír en la fe, como para preservar del error, porque contemplamos la sabiduría y poder de Dios en sus obras, y porque se enciende en nosotros el amor divino á la vista de la belleza de las cosas creadas, belleza que procediendo de Dios, su primer principio, aparece parcialmente á nuestra vista en las criaturas y extendida como los rayos del sol sobre el mundo.

Adquiriendo el conocimiento de las cosas creadas, nos hacemos más semejantes á aquel que se conoce á sí mismo y conoce todo lo que no es él. Además, el conocimiento de la naturaleza preserva del paganismo y de todas las ilusiones paganas, como la astrología, el fatalismo, la magia y la superstición; y por último, esta ciencia pone al hombre en estado de apreciar su propia situación en el universo.

Ya en plena edad media, Gerberto de Reims, Alberto el Grande y el franciscano Rogerio Bacón habían tenido ideas profundas acerca de la naturaleza. No negaremos que estos hombres se dedicaban más á especulaciones que á observaciones sobre la naturaleza; pero esto era una consecuencia del impulso espiritualista que el cristianismo había comunicado al mundo. Todo el mundo se guiaba entónces en todo con arreglo á fines ideales.

El principio utilitario que hoy gobierna al mundo, y que consiste, no tanto en observar la naturaleza como en explotarla en provecho de nuestros goces y placeres, no había hecho aún su aparición, ó al menos estaba aún muy lejos de absorver por sí sólo la actividad y todas las preocupaciones de los hombres. Pero esto mismo alejaba el peligro de una vuelta á la barbarie y á la grosería materialista.

Formado, fortificado y aguzado el espíritu humano, durante mil años en la escuela del espiritualismo, pudo al fin lanzarse sin temor en el camino de la observación empírica, y pudo, dominando la multitud de hechos materiales que surgían por todas partes, condensarlos y avanzar á paso de gigante en el camino del progreso científico. «Los artistas japoneses no son inferiores á los europeos en la perfección de la ejecución y aún quizás les aventajen. Los chinos han conocido un siglo antes que los europeos el árte de la imprenta, la pólvora de cañón y la aguja magnética; pero indudablemente había en Europa, al lado de estos descubrimientos, alguna otra cosa que les comunicó una importancia que por sí sólos no tenían.» (Liebig, *Bacón de Verulam.*)

«Toda la luz de que hoy disfrutamos y de la que el europeo, con su genio activo y emprendedor hará disfrutar á todas las partes del mundo, procede de que á la caida del imperio de los Césares había una jerarquía que permaneció en pié. Esta, por medio de la religión cristiana, comunicó al espíritu europeo, miserablemente encerrado hasta entónces en un estrecho círculo, una especie de conmoción eléctrica, por la que, dotado de movimiento y de expansión, ha llegado á ser, después de haber triunfado de muchos obstáculos, tal cual hoy le vemos» (J. de Muller).

A nuestra época le estaba reservado poner fin á una preocupación de dos siglos, que hacía de Bacón de Verulamio, el fundador de las ciencias naturales. El espíritu humano se había desprendido de las trabas de la escolástica más de un siglo antes del famoso canciller, que nació en 1561 y ya se encomiaba á la experiencia en todas las lenguas de Europa antes que él hubiese nacido.

A últimos del siglo XV vemos ya formadas por completo el álgebra y la trigonometría, empleadas en el cálculo las fracciones decimales, mejorado el calen-

dario y preparada una revolución completa en medicina. El trabajo de minas, el arte del fundidor, del tintorero, del tejedor, del curtidor, del vidriero, del ingeniero, han hecho admirables progresos. Entónces fueron inventados el papel, el anteojo de aproximación, las armas de fuego, los relojes, las campanas, el grabado á buril en la madera, la preparación del acero, los molinos de viento, las sierras de agua, y fueron perfeccionados los molinos de trigo y los telares. *Aureum essc hoc saeculum minime dubitabit*, dice M. Ficin, nacido en 1543, *qui præclara sœculi hujus inventa considerare voluerit.* Leonardo de Vinci en Italia, y Paracelso en Alemania, florecieron un siglo antes que el canciller Bacón, que tuvo por contemporáneos y compatriotas á Harvey y Gilberto. Copérnico (un sacerdote á quien no se olvida) nació en 1472, Galileo nació en 1564 y Kepler acababan de fundar la verdadera astronomía. Guido Ubaldi (1577) había dado ya las leyes de la palanca y del centro de gravedad, y Simón Stevin (1596) había desarrollado la ley del movimiento y del equilibrio de los líquidos.

Las experiencias de Galileo sobre el péndulo y la caída de los cuerpos, eran ya conocidas desde el principio del siglo XVI; y las obras de Agrícola (1494-1555) nos demuestra que conocimientos se poseían ya en mineralogía y metalurgia.

Paracelso echó por tierra el sistema médico de Galeno y emitió ideas completamente nuevas sobre la naturaleza de las enfermedades y sobre los efectos de los medicamentos. Cada día casi daba lugar á un nuevo descubrimiento, mientras Bacón negaba todavía la rotación de la tierra y su movimiento de traslación en derredor del sol.

Ningún país fué más fértil en inventos importantes que la Italia. Con su Paolo Toscanelli, su Lucca Paccioli y su Leonardo de Vinci, la Italia era sin contradicción el primer pueblo de Europa en las ciencias

matemáticas y naturales, y los sabios de las demás naciones, como Regiomontanus y Copérnico, se confesaban sus discípulos.

Maso Finiguena de Florencia inventó la calcografía, y Torricelli el barómetro. Galileo contribuyó á la invención del telescopio y del microscopio. El termómetro pertenece también á Italia, tanto por su orígen como por su perfeccionamiento. Harvey, continuando las investigaciones de su maestro Fabricio de Padua, descubrió la circulación de la sangre (1610-1618).

La escuela de Salerno, fundada por unos discípulos de San Benito, que siendo sacerdotes y médicos á la vez, prestaban sus servicios á las almas y á los cuerpos de los enfermos, fué desde el siglo VIII hasta el XIV el único establecimiento de este género. Los monjes benedictinos se consagraron con mucho celo á conservar los establecimientos de aguas minerales, tranformados en establecimientos sanitarios, siempre por el celo de los mismos religiosos, que construyeron también capillas en los mismos lugares. «Los servicios prestados á la humanidad doliente por los benedictinos en estos tiempos de horribles enfermadades, serán siempre dignos de memoria» al decir de Harvey.

Galileo y sus discípulos Cassini, Bianchini y Maraldi enriquecieron la astronomía con preciosos descubrimientos. Los trabajos de varios sabios católicos, entre los que se distingue el jesuita Clavius (1), hicieron posible al papa Gregorio XIII la reforma definitiva del calendario.

*
* *

La geografía, la historia natural, la lingüística y la historia en la Iglesia.—La Iglesia dió un vigoroso impulso á la geografía y á las ciencias que con ella

1—Lalande ha hecho una larga lista de los astrónomos distinguidos de la Compañía de Jesús.

se relacionan (1). El canónigo Enrique de Maguncia, hizo un mapa-mundi para el emperador Enrique V, y Santiago de Vitri habla de una carta del Oriente que tenía á la vista al componer su descripción de esta región. Un domínico dibujó la tierra en doce hojas de pergamino. «Hoy, dice Ritter, es el interés comercial y científico el que nos mueve á conocer más y más la tierra; en la edad media eran la religión y la Iglesia.» Un Papa mandaba al Apóstol de la Germania, que describiese el género de vida de los pueblos que había visitado. Los franciscanos y domínicos habían recorrido, desde mediados del siglo XIII, la Mongolia y la Tartaria y habían escrito relaciones de sus viajes (2).

Todo lo que sabemos de la China, decía Sprengel (*Historia de los descubrimientos geográficos importantes*), á últimos del siglo XVIII, lo debemos á los misioneros jesuitas y á sus relaciones reunidas desde hace dos siglos; la obra más voluminosa que se posee sobre este país, (*Memorias concernientes á la China*, París, 1718, 13 vol. en 4.º), está formada toda ella de la reunión de estas relaciones.»

Los misioneros, por consiguiente, revelaron á Europa la existencia del país de Cathai (la China), *habitado por un pueblo culto é industrial.* Los que llevaron el Evangelio á las Indias á principios del siglo XIII disiparon la errónea creencia de que había un continente frente á las costas meridionales del Asia. Un jesuita alemán, José Tiefenthaler, escribió en latín una geografía completa de las Indias, obra con la que contribuyó al conocimiento de este país, en donde vivió más de cincuenta años, mucho más que lo

1—Cons. Zurla. «Dei vantaggi de la religione cattolica á la geografía e a le scienze annesse.»

2—En el año 1246 tres franciscanos se presentaron con una bula papal ante el emperador de los mogoles, y más tarde unos misioneros enviados por el rey San Luis penetraron hasta Caracorum, capital del Gran Mogol, situada sobre el Ocos á 47° de lat. N. y 105° 2' de long E. El franciscano Rubruquis permanecio 6 meses en la corte de Mangou-Chans.

que había contribuido el descubrimiento de los portugueses. Otro jesuita alemán, Thomann, fué el primero que dió á conocer, en 1788, la configuración exacta de la costa oriental del Africa.

El autor de cartas geográficas más célebre de la edad media fué fray Mauro, religioso camaldulènse del monasterio de San Miguel en Venecia, y que murió en 1459. Hizo sus trabajos más importantes para la república de Venecia y para Alfonso V de Portugal, bajo cuyo reinado principiaron los grandes descubrimientos de los portugueses.

Su mapa-mundi es, á juicio de Ritter, el más notable de la edad media en este género. Estas cartas debieron suministrar muchas y preciosas indicaciones á Vasco de Gama y á Cristóbal Colón. El monasterio de Alcozaba poseía una carta que en 1528 tenía ya 120 años y en la cual se hallaba ya indicado el camino marítimo de las Indias por el cabo de Buena Esperanza, (Antonio Galvaô, *Tratado dos Descobrimentos*, Lisboa, 1731).

Ya antes de Cristóbal Colón, un eclesiástico portugués, Hernan Martínez, había sugerido á Alfonso V la idea *de buscar el Oriente en la dirección del Occidente*, y había tratado antes por cartas este problema con el célebre astrónomo Florentino Paolo del Pozzo Toscanelli (nacido en 1397). La guerra interrumpió la empresa. Pero más adelante los misioneros Huc y Gabat y los que les han seguido al Tibet, han dado mucha luz sobre el estado geográfico y etnográfico de estos países, hasta entónces extraños á la ciencia europea.

Dos acontecimientos ó series de acontecimientos hicieron posibles y prepararon especialmente los grandes descubrimientos que de repente se hicieron en el siglo XV: las cruzadas y el descubrimiento de la América, dos frutos del genio cristiano.

El interés comercial y la pasión por el lucro mate-

rial influyen mucho, á no dudarlo, sobre los hombres; pero jamás hubiesen impulsado á la Europa á la grandiosa empresa á que en el siglo XI se lanzó toda ella sobre el Asia. No fué el egoismo, sino el espíritu de sacrificio, el que hizo de todos los pueblos cristianos un solo pueblo de Dios.

Ni aún «la paz de Dios» había logrado producir entre los cristianos la unión y concierto que produjeron las guerras de las cruzadas (1). El grito: *¡Dios lo quiere!* que indicaba un deseo común á tantos guerreros, fué una señal de paz en la cristiandad, dividida en mil fracciones enemigas, y á la vez dió el impulso al más grande de los movimientos de los pueblos que se ha visto desde los días de la caída de Roma. *Ninguna de las cruzadas logró su objeto y todas juntas lo lograron.* Ellas fundieron á todos los pueblos de Occidente en la unidad de un pensamiento y del peligro común, y rompieron la barrera que hasta entónces había separado al Oriente del Occidente.

Ellas abrieron al comercio nuevos caminos, que sirvieron también para la mayor propagación del cristianismo. Las ciudades anseáticas del Norte, Amalfi, Génova, Pisa y Venecia, lo mismo que los puertos de la Francia meridional, adquirieron desde entónces una importancia y una actividad comercial que debía difundir, especialmente por Italia, la luz de una cultura intelectual cada vez mayor (2).

La idea religiosa fué, por consiguiente, lo que abrió de nuevo el mundo antiguo á los pueblos germano-cristianos; y el descubrimiento del Nuevo Mundo, que fué señal de una revolución en la vida de la

1—«La religión que animaba todos los corazones velaba por el orden público.» Michaud.

2—Hé aquí, según Heeren (*Obras históricas*) cuáles fueron las consecuencias de las cruzadas: Inspiraron á la nobleza su espíritu religioso y caballeresco y crearon la caballería; ocasionaron el nacimiento de los municipios, favorecieron las franquicias del pueblo, hicieron nacer el comercio marítimo, desarrollaron la industria y extendieron los conocimientos geográficos y de historia natural.

humanidad, fué debido también á un pensamiento, á un impulso religioso.

Uno de los principales motivos que impulsaban á Colón, era la conversión de los indios, que deseaba con el celo de un ferviente cristiano, como lo indica el diario de su primer viaje. Estaba resuelto á abandonar á España, cuando llamó á la puerta del convento de los franciscanos de la Rábida en Palos, para pedir un pedazo de pan y un vaso de agua para él y para su hijo, agobiado de fatiga. Allí cautivó, exponiéndole sus designios, al franciscano Juan Pérez que se interesó seriamente por el extranjero, y decidió á Isabel, evidentemente por motivos religiosos, á tomar parte en sus proyectos. (1) Antes había permanecido entre los domínicos de San Estéban, en donde los sabios de la universidad de Salamanca examinaban su proyecto; los monjes le concedieron una generosa hospitalidad, y un preceptor del heredero del trono, el domínico Diego de Deza, le tomó bajo su protección especial.

Además la arqueología y la lingüística (2) han sido siempre cultivadas con esmero por la Iglesia, y la Iglesia ha sido también la que ha puesto en boga el estudio comparativo de las lenguas, que fué el orgullo del siglo XIX, (3). La paleografía, la numismática, la epi-

1—Hallábase entónces en el campamento frente á Granada, último baluarte de los moros. «Aunque tenga que vender mis joyas, dijo, no abandonaré esta obra.»

2—Cuando el rey Gontran hizo su entrada en la ciudad de Orleans, los escolares le cumplimentaron en latín, griego, español y hebreo. Alcuino se ocupaba con Carlomagno en comparar dos textos de la biblia, uno en latín y otro en griego. Theiner. Las controversias con los griegos y la necesidad de una buena traducción de Aristóteles influyeron mucho en el estudio del griego. El cardenal Jimenez de Cisneros editó la primera Biblia políglota. En el concilio de Viena (1311) se decidió que las universidades de Roma, Paris, Oxford, Bolonia y Salamanca, sostendrían dos profesores para cada una de las lenguas hebráicas, caldáica, árabe y griega. Clemente V, Pico de la Mirandola, Palmier, Augustiniani y Toseo Ambrosio, prueban que estas medidas no dejaron de dar sus frutos.

3—Esto fué obra de los jesuitas españoles y del misionero Hervas. Cons. M. Müller. *Ciencia del lenguaje.* p. 115. Coleccionó ejemplos y modelos de trescientas lenguas, y compuso gramáticas para más de veinte. El carmelita Fra Paolino di San Bartolomeo compuso la primera gramática sanscrita, que vió la luz pública en Roma en el año 1790.

grafía, y especialmente la crítica histórica, estaban ya formadas y elevadas á la dignidad de ciencias en la Iglesia, que se sirvió de ellas para su propia historia, mucho antes que se hubiese pensado en cultivar el campo de la historia profana. Para probar esto, basta citar á Baronio y á sus continuadores, y especialmente á los benedictinos de San Mauro.

Finalmente, hubiera sido imposible escribir la historia de la humanidad sin los archivos y crónicas de los conventos, de que se han aprovechado con ingratitud los historiadores modernos.

*
* *

El Humanismo ó renacimiento.—Cuando la escolástica hubo llenado su misión de habituar los pueblos á la lógica, de tratar los dogmas de una manera rigurosamente metódica, y de preservarlos de las interpretaciones abusivas; cuando la dialéctica pareció deber exagerar su imperio, excluyendo toda otra forma, entónces del seno de la Iglesia salió otro método más dulce, más suave y culto; en una palabra, más humano, y llamado por esta razón método de los humanistas; constituyendo lo que se llamó *Renacimiento.*

Protejido por los Papas Nicolas V y León X (1), el humanismo floreció primero en Italia y después pasó á Francia, Alemania é Inglaterra.

Estudiando á fondo y en todas sus faces la antigüedad griega y latina, se impuso desde el principio la tarea de animar con una vida nueva la filosofía y la teología, de depurar el gusto y de aumentar y revestir de una forma conveniente el tesoro de saber acumulado por los siglos; trabajo indispensable para que la escuela de civilización, abierta por la Iglesia al género humano, no dejase nada que desear.

1 -Desde el siglo XIV, nada elevaba con más seguridad á las dignidades eclesiásticas en la corte de los Papas, que la instrucción clásica.

Los estudios clásicos, según confesión del protestante Hagen, no se extinguieron nunca por completo en la Iglesia; y los mejores humanistas de todas las naciones fueron sacerdotes y hombres de Iglesia.

Desde el siglo XV tambien se establecieron cátedras para la enseñanza de la literatura clásica en Maguncia, Tubinga, Ingolstadt, Friburgo, Basilea, Wittemberg, Francfort, etc. Al lado de estas cátedras públicas había muchas escuelas particulares, en donde se daban los estudios clásicos.

Se fundaron sociedades literarias, como la del Rhin, la del Danubio y la de Estrasburgo. Los monasterios de hombres, y hasta los de mujeres, tomaban parte en el movimiento. Caridad Pirkheimer, abadesa de las religiosas de Santa Clara en Nuremberg, á principios del siglo XV, escribió con facilidad el latín clásico. Con no menos ardor se estudiaba la historia, la geografía y la física.

Las universidades eran muy frecuentadas. Oxford tenía en el año 1340 treinta mil estudiantes; Praga, treinta y seis mil estudiantes y setecientos profesores, en 1408; y en 1538, según una reseña hecha por Lutero, la universidad de París tenía aún veinte mil estudiantes! Era, pues, inmenso el movimiento intelectual.

Todas las libertades y privilegios posibles eran concedidos á la juventud de las escuelas. El Papa Urbano V sostenía mil jóvenes á la vez en diferentes universidades, al lado de las cuales continuaban floreciendo las escuelas monásticas. Y el mérito de haber producido este gran movimiento literario y científico, pertenece casi en su totalidad á la Iglesia: el poder espiritual trató con sus leyes de hacer adelantar los estudios, alentándolos y protegiéndolos; lo que hoy olvidan sus calumniadores.

En España, los nobles se gloriaban de ocupar las cátedras de las universidades, ó de dar público testi-

monio de su interés por la ciencia. Nobles damas dieron lecciones públicas de elocuencia y de literatura clásica, y la reina Isabel daba el ejemplo, porque era muy versada en el conocimiento de las lenguas, é hizo venir de Italia á los humanistas P. Mártir y Marineo Siculo.

La mayor parte de los escritores españoles del siglo XVI y los mejores, eran eclesiásticos, como los poetas Lope de Vega, Moreto y Montalban; los historiadores Solís, Sandoval, Mariana, Miñana, Dávila, Antonio, Carrillo, á los que pueden agregarse Gracian, Calderón, Paravicino, Zamora, Góngora, Argensola, Rioja y Villaviciosa. Tampoco en Alemania faltaban en esta época notabilidades literarias, pues poseía á Celtes († 1516), Agrícola († 1515), Enrique Bebel († 1516), Herman de Busch (1534), Villibold, Pirkheimer († 1530), Renchlin († 1522), y Erasmo († 1536).

En Italia, Gianozza, Manetti († 1459) tradujo del hebreo la Biblia por orden de Nicolás V, y su hijo Angelo estudiaba desde la infancia latín, griego y hebreo. Pico de la Mirándola poseía todo el saber talmúdico de un sabio rabino, y Andrés Mongajo de Bellune permaneció mucho tiempo en Damasco para aprender el árabe, que á su vuelta enseñó en Venecia á expensas de la república.

Los Papas Paulo III y Paulo IV, hablaban correctamente el griego en su vejez. Además de Florencia y Roma, otras ciudades, como Bolonia, Ferrara, Venecia, Perusa y Pavía, tenían cursos públicos de lengua griega. La imprenta de Alde Manucio, que aventuró toda su fortuna en sus ediciones, contribuyó mucho á la difusión de estos estudios. Princesas, como la hija de Fr. Sforza, llegaron á hablar y escribir perfectamente en latín. Victoria Colonna y Cassandra Fedele, se hicieron notables en poesía.

Pico de la Mirándola defendió vigorosamente la antigua ciencia escolástica contra la afición creciente

á la antigüedad clásica. Hace hablar así á los escolásticos: «Nosotros viviremos perpétuamente, no en las escuelas de los que rebuscan sílabas, sino en los círculos de los sabios, en donde se discute, no sobre la madre de Andrómaco ó sobre las hijas de Niobe, sino sobre las razones profundas de las cosas divinas y humanas. El que quiera venir á nosotros, se convencerá de que los bárbaros tenían también espíritu, no en la lengua, sino en el pecho.»

Poseyendo un latín vigoroso y un estilo claro, despreciaba el purísmo de los pedantes, tanto más, cuanto que la excesiva preocupación de la forma, era causa de que se descuidase el fondo de las cosas.

Guarino de Verona, que enseñaba en Ferrara lenguas antiguas y retórica, reunía y sostenía á estudiantes pobres en su casa, asilo de la religión, de la ciencia y del arte. Victorino da Feltre hacía lo mismo en Mántua, *por puro amor de Dios*. Uno y otro éran preceptores en los cursos de Mántua y de Ferrara. Sannazar, con su poema *De Partu Virginis*, demostró que se podía ser á la vez clásico y cristiano en poesía; y Vida, con su *Cristiana*, se puso á nivel suyo.

Pero llegó su fin, y el descrédito en que cayeron los humanistas en el siglo XVI fué debido á ellos mismos. Las quejas que por todas partes se elevaron contra su presunción, contra sus envidias y calumnias recíprocas, contra sus escritos licenciosos y contra su vida desarreglada no carecían por completo de fundamento. Se les echaba en cara, y con razón, su ridícula afición al paganismo.

Gyraldus los trata de charlatanes sin convicción, glosadores de palabras, viles pedantes que no saben más que arrastrarse á los piés de los grandes y alzarse contra sus maestros. Sin embargo, es preciso confesar que muchos de los más distinguidos humanistas eran á la vez hombres de una piedad ejemplar; tales

fueron Fra Ambrosio Camaldolese, Niccolas Niccoli, Gannozzo, Mannetti, Donato Acciajuoli, el Papa Nicolás V, Victorino da Feltre y Maffeo Vegio.

Lo que estos hombres se proponían y esperaban, era lo mismo que se había propuesto la academia platónica de Florencia: hacer renacer las formas antiguas, penetrándolas del espíritu cristiano. El paganismo del estilo podrá parecer á muchos una simple cuestión de gusto; más, sin embargo, esta manía no dejó de ejercer una perniciosa influencia, produciendo extravíos en las ideas, que fué lo que acabó de desacreditar el humanismo ó renacimiento en sus últimos tiempos.

La astrología, el fatalismo, la fortuna sustituída á la Providencia, tales fueron los frutos inmediatos de esta irrupción del paganismo en plena civilización cristiana, que la Iglesia salvó por fin.

Mas aún; si la lengua alemana fué relegada al olvido por los humanistas del renacimiento, á la Iglesia debe especialmente su formación. Sus más antiguos monumentos, tales como la traducción de la Biblia por el obispo ostrogodo Ulfila (siglo IV), y el libro de los Evangelios de Otfried (siglo IX), han salido del seno de la Iglesia y fueron debidos á su influencia (1). El lenguaje poético principió por tartamudear las leyendas de los santos, que le comunicaron quizás el acento profundo y misterioso que ha conservado, y refundieron el espíritu del pueblo germánico.

La prosa, á su vez, se formó gracias á los grandes predicadores de la edad media y por los escritos de los místicos. Lo mismo puede decirse de las demás lenguas de Europa, formadas por la Iglesia, como había formado las nacionalidades.

*
* *

1—Baumer, *Influencia del cristianismo sobre el alemán sabio*, Sttutgart, 1845.

La economía política.—De la influencia de la Iglesia en el terreno político y social, nos ocuparemos más adelante; bástenos aquí decir, que las más importantes cuestiones de la economía política habían sido ya en la edad media objeto de las meditaciones de los teólogos. Nicolás Oresme, obispo de Lisieux (1382), exponía ya una teoría de la moneda, á la que el siglo XX nada tendría que objetar, y esto con una brevedad, claridad, precisión y sencillez de lenguaje que el siglo XX quizás la envidiaría, y que en todo caso es un testimonio de la gran capacidad de su autor.

A esto añade Roscher (*Revista de ciencias políticas*) una reseña muy importante: «Ciertamente, dice, la precocidad de Oresme como economista tiene algo de admirable; pero considerándolo detenidamente, ya no parece tan extraño. Los escolásticos, especialmente Scoto, han ido más allá de lo que generalmente se cree en el camino de los estudios económicos. Voluntariamente consagran á esta materia la parte de sus volúmenes dogmáticos en folio, en la que tratan especialmente del sacramento de la penitencia. Allí se trata la cuestión de las condiciones con las que puede darse la absolución á un pecador, siempre que se obligue á reparar el mal que ha causado, y de aquí la necesidad, con respecto á las cuestiones que tocan á la economía, de penetrar en la esencia misma de las instituciones económicas. Gabriel Biel, á quien se ha llamado el último de los tres escolásticos, es también un economista en este sentido.»

Patricius pasa revista á todas las ramas de la actividad humana, la agricultura, el comercio, la industria y los oficios, que considera como partes integrantes en el organismo de la economía política, y se da cuenta de la importancia de las selvas y de sus productos. Santo Tomás y San Bernardino formularon ya el principio de la división del trabajo.

Esto no debe sorprendernos: los intereses materiales están indisolublemente unidos al progreso moral, y éste está regulado por la doctrina de la fé, de manera que los verdaderos principios fundamentales de la economía política, se imponen por sí solos á los espíritus ante toda reflexión instintivamente, y se hacen lugar en la vida de los pueblos al lado de los principios fundamentales de la fe, como lo ha demostrado León XIII en su Encíclica sobre los obreros.

Los filósofos del siglo XVIII hablaban mucho de una economía racional, de usos y de leyes conformes á la razón: pero lo que ellos llamaban razón no tenía nada de común con el sentimiento popular que despreciaban, lo mismo que al pueblo; no era más que su opinión propia y personal, de la que eran idólatras.

Si sus previsiones salieron falsas y sus experiencias tuvieron terribles consecuencias, no debemos extrañarlo. Considerada bajo este punto de vista, la moral cristiana, que tiene en su favor el consentimiento universal del género humano, además de una larga y decisiva experiencia, ofrece ya una garantía infinitamente superior. El mérito propio de los escritores de la edad media, en las cuestiones de economía política, está en que las tratan siempre bajo el punto de vista de la moral y en que colocan siempre la ciencia económica al lado de la ética.

Por el contrario, todos los escritores modernos que desde Adam Smith han escrito sobre esta materia, se han encerrado en el mercantilismo puro, considerando al hombre como un simple instrumento. En nuestros días se vuelve al método de la edad media, y muchos trabajos importantes han hecho penetrar de nuevo la moral en la economía política; comenzando por los de Rosdser, Schœffle, Perin, etc. Si la idea fundamental que la edad media tenía del dinero, si la elevada estimación que profesa á la pobreza, pueden ser consideradas como un ideal propio para aquel tiempo, y

que influía indudablemente en las condiciones económicas de la vida, es preciso no olvidar tampoco que aquello era también una necesidad en un mundo que tanto había sufrido por la avaricia y lujo de los romanos.

El mundo necesita formarse un nuevo ideal para atender á las necesidades de la vida de cada día. Por las ideas económicas que le eran propias, el derecho canónico produjo la idea del trabajo libre, que no hacía perder nada de su consideración política y social al que se entregaba á él. (1)

*
* *

Influencia general de la Iglesia.—De este modo el dogma de la Iglesia lo ilumina todo con los rayos de su luz y dilata el horizonte de nuestra mirada en todas las regiones de lo verdadero, sin excluir nada de lo que atrae y pone en movimiento al espíritu humano.

«La Iglesia, por otra parte, había removido todas las grandes cuestiones que interesan al hombre; se había ocupado de todos los problemas de su naturaleza, y de todas las eventualidades de su destino. Por eso su influencia en la civilización moderna ha sido muy grande, mayor quizás, no sólo de lo que la han creido sus más ardientes adversarios, sino sus más celosos defensores. (Guizot, *loc. cit.*, lección V.).

Con la misión y poder que ha recibido de Dios para enseñar y juzgar, la Iglesia sola ha sabido estimular al espíritu humano y contenerle á la vez, darle á un mismo tiempo libertad y límites. Ella cultivó siempre, á la vez que la escolástica, la mística; la vida contemplativa al mismo tiempo que la vida activa; el ascetismo más austero halló siempre un lugar en su seno al lado de los goces puros y sanos de la vida.

1—Cons., Endemaum, *Los principios de economía política del derecho canónico en Hildebrando, Anales de economía y de estadística.*

En ella se ven habitar y marchar juntos la penetración del sabio y la sencillez del niño, el frio de la justicia de Dios, que penetra hasta la médula de los huesos y una caridad misericordiosa que nunca se cansa, el espíritu investigador del sabio que profundiza todas las cuestiones y el entusiasmo del poeta; ella tiene palabras de humildad para los santos y de consuelo para los mayores pecadores.

Estos contrastes no sólo estuvieron siempre exentos de peligros para la Iglesia viviente, moderándolo y regulándolo todo, sino que además influyeron de la manera más eficaz y feliz en el desarrollo de su vida interior. Fuera de la Iglesia y desde el momento en que sacuden su freno; estos contrastes se transforman en fuerzas enemigas que luchan entre sí contra el cristianismo, á quien devoran.

Lo mismo el niño, cuya inteligencia aún no está desarrollada por completo, que las almas elegidas que se dedican á la contemplación en la soledad y viven de la mortificación y del amor de Dios, ó el que está sentado sobre un trono y gobierna á los pueblos, todos encuentran siempre en la Iglesia las luces que necesitan; no hay un solo punto en la esfera de la vida adonde ella no envie un rayo de su luz, ni hay una sola posición á la que no haga llegar los auxilios de su verdad y de su sabiduría; es la religión universal y humanitaria; única que se adapta á todas las situaciones de la vida.

Más aún; toda verdad procede y vuelve á Dios; hé aquí lo que la Iglesia ha dicho siempre. G. de Humboldt no ha hecho más que tomar de ella estas palabras: la idea de considerar á todas las ciencias humanas como formando un vasto conjunto en el que unas ayudan, ilustran y sostienen á las otras, y como apoyándose en un pensamiento fundamental común á todas, esta grande idea es propiedad de la Iglesia; la Iglesia es la que la ha puesto en práctica con la creación de los

grandes centros científicos llamados con el significativo nombre de *universidades*, y de los que, al advenimiento de la pretendida Reforma, tenía sesenta y seis la Europa cristiana.

Las universidades tuvieron su origen en las escuelas de teología. Ellas representaban la universalidad del saber humano, ó la razón divina, tal como la refleja la inteligencia humana, con sus ramas, sus formas y con sus diversos grados que convergen todos hácia su común origen, hácia el sol de la verdad, hácia la fuente absoluta de toda salud.

Más tarde se rompió el lazo que unía á las ciencias entre sí y se vió á éstas sustraerse á la influencia inmediata de la Iglesia; pero el espíritu cristiano no ha dejado nunca de penetrar á la Europa y de ser el alma de este gran cuerpo; él ha sido el que ha inspirado siempre todo el bien que han hecho aún aquellos que más libres se creen de su influencia. Es como un manantial siempre puro que purifica las aguas que en él caen, sin poder ser enturbiado.

* * *

Historia de la civilización.—Hemos indicado al principio que la historia de la Iglesia es la historia de la civilización, basándonos en la influencia civilizadora de la Iglesia. Sin embargo, entre los modernos, que han escrito la historia de la civilización, se encuentra Buckle, que concede un gran papel á la religión, pero un papel puramente negativo. Hubiera debido fijarse en que una institución tan grande, capaz, según él, de emplear su fuerza contra el progreso, estaba también indudablemente en estado de ayudarle. Sucede que el incrédulo, nacido en el seno de la civilización cristiana, al contemplarse él mismo sin religión, piensa que esta no es necesaria para ser civilizado, mientras inconsciente-

mente recibe su influencia: hé aquí la causa del error.

Por otra parte, todas las fuerzas morales tienen en la religión sus raíces, y ¿cómo podría la moral cristiana ser infructuosa para el progreso de la civilización, como él pretende? Que la voluntad humana es suceptible de mejora y de disciplina no es una ilusión, sino un hecho, y pasar del sentimiento á la conciencia del derecho, ¿no será por consiguiente, un progreso de la civilización? Es propio de la civilización, no sólo aumentar la ciencia propiamente dicha, sino también cultivar el corazón y el sentimiento.

La historia de la civilización por Buckle no es más que la explicación de una teoría exclusiva, restringida y falsa del progreso; el autor no ha visto que al lado de su historia de la civilización se podría muy bien poner una historia de la corrupción, la cual pondría más en claro toda la importancia de las fuerzas morales. Es preciso repetir muy alto al oído de Buckle estas palabras de Tocqueville: «La restauración de la ciencia histórica es la restauración de la grandeza de la Iglesia», y esto ha hecho el ilustre Molitor contra los errores de Buckle y Fiore».

La aserción fundamental de Buckle, de que la civilización no es producida por la religión, y sí la religión por la civilización, contiene algo de verdad. Por eso los misioneros, cuando tratan de convertir á los salvajes, principian por hacer de ellos hombres antes de hacer cristianos, porque allí también la gracia supone la naturaleza. También es cierto que cuanto más completa es la civilización, mejor comprendida es la religión; pero esta verdad no es nueva.

Donde Buckle se equivoca por completo, es cuando considera la religión como absolutamente dependiente del estado intelectual del pueblo que la sigue. No hay una sola religión pagana á la que tal afirmación pueda ser aplicada sin restricción. Él cita la Abisinia para probar su aserto, pero el aislamiento

político y religioso de este país, basta para explicar la alteración que en él ha sufrido el cristianismo.

Sus recriminaciones contra la Iglesia se dirigen á sostener que no ha elevado con bastante rapidez á los hombres del siglo VIII á la civilización del siglo XVIII; pero esto es injusto, dadas las dificultades que debió superar; también le achaca que la inmovilidad es su ley, es decir, que la echa en cara la *inmutabilidad* de sus principios, que constituye su gloria, pues es distinta de la *inmovilidad*: la verdad es inmutable, pero fecunda. Por último, pretende que el clima es la razón última de todo lo que es un pueblo y de todo lo que hace; pero esto hoy día ya no merece la pena de ser refutado.

En cambio; que el protestantismo ha retardado dos siglos la civilización en Alemania, es un hecho puesto fuera de toda duda. «El protestantismo, dice Grimen, que provocó por reacción la energía de los pueblos neo-latinos, no hizo más que paralizar las fuerzas de los que le abrazaron.»

Además, es injusto no distinguir el estado en que la Iglesia encontró la sociedad, con aquel en que la encontró la Reforma. Sabido es en que estado halló la Iglesia á los pueblos de Europa cuando los visitó por primera vez; tuvo que luchar primero con la corrupción de Roma y con las invasiones de los bárbaros después; pero á principios del siglo XVI, cuando apareció la Reforma, la Europa estaba transformada; el europeo era ya otro hombre; cultivaba la cieneia en todas sus ramas; su antigua apatía por la cultura intelectual se había transformado en entusiasmo; todos los estados y todas las condiciones tomaban parte y contribuían al movimiento general dela civilización, que avanzaba con regularidad.

Pero apareció la Reforma, y todo se detuvo. «Los libreros cuentan, escribe Erasmo, (*Ep. ad Fr. Germ.*) que antes de la división del Evangelio habían vendi-

do más pronto tres mil volúmenes que ahora trescientos.» «Este siglo, exclama dolorosamente Melanchthon (*Ep. duc. Megalopol*, Witeb., 1556), se ha hecho un siglo de hierro; las ciencias se perderán infaliblemente á menos que los príncipes (1) las salven.» El diploma autorizando la fundación de la universidad de Magdeburgo en 1529, reconoce también la decadencia contínua de las ciencias. Las mismas confesiones hacen Lutero, Bucero y Sarcerius. Las escuelas fueron destruidas ó abandonadas, y habiendo perdido los estudios la consideración de que gozaban antes de la reforma, no solo fué detenida la corriente científica, sinó rechazada (2).

*
* *

La instrucción para todos—Aún haciendo lo que acabamos de decir que ha hecho, la Iglesia no ha cumplido más que la mitad de su misión en esta materia. Como principio de desarrollo y de perfeccionamiento intelectual, no sólo ha desplegado su actividad en los rangos elevados de la sociedad y entre los espíritus elegidos; el beneficio de la cultura cristiana debía ser común á todos, aún á los más humildes y pequeños, en quienes el paganismo jamás había pensado. Fué una reforma trascendental en la instrucción del pueblo.

Platón quiere que los hijos de la aristocracia sean educados por el Estado, por mercenarios extranjeros, el rico padre de familia romano confía sus hijos á un esclavo, impropio para cualquier otro servicio. El conocimiento de las leyes del Estado para los hijos, y el trabajo manual para las hijas, tal era la materia de esta enseñanza mezquina que dejaba sin cultivar el espíritu y el alma.

1—Este papel de Mecenas, con que se invitaba á los soberanos, les era bien pagado. Se les daba el absolutismo y no se les escaseaban las lisonjas. La literatura se hizo cortesana. Los humanistas habían contribuido ya á su envilecimiento.

2—Véanse los datos justificativos en Dœllinger, *Reforma*.

Una vez que la Iglesia tomó á su cargo el cuidado de educar á los pueblos, ni el hijo del último siervo se quedó sin enseñanza. Confió á la madre la primera educación religiosa, como su deber más importante.

La Iglesia y los conventos fueron las primeras escuelas del hijo del pobre (1). La Iglesia ponía en manos del maestro un libro admirable, que era la base de la enseñanza. «Hay un librito que se hace aprender á los niños, y sobre el que se les pregunta en la Iglesia; leed en este librito, que es el catecismo, y hallareis en él la solución de todas las cuestiones que plantea la filosofía, de todas sin excepción. Preguntad al cristiano de dónde procede la especie humana: lo sabe; preguntadle adónde irá á parar, y también lo sabe; preguntad á este pobre niño, que en su vida ha pensado en ello, por qué está aquí abajo, y qué será de él después de la muerte; él os dará una respuesta sublime que no comprenderá, pero que no por eso será menos admirable. Preguntadle por qué ha sido creado el mundo y para qué fin; por qué Dios ha puesto en él animales y plantas; como ha sido poblada la tierra, si por una sola familia ó por muchas; por qué los hombres hablan muchas lenguas; por qué sufren; por qué se combaten, y como terminará todo esto; él lo sabe. Orígen del mundo, orígen de la especie, cuestión de razas, destino del hombre en esta vida y en la otra, relaciones del hombre con Dios, deberes del hombre para con sus semejantes, derechos del hombre sobre la creación, nada ignora; y cuando sea mayor, no dudará tampoco sobre el derecho natural, sobre el derecho político y sobre el derecho de gentes, porque todo esto sale y se deriba como por sí mismo y naturalmente del cristianismo. En esto reconozco que es una gran religión, en que puede dar una respuesta á cuantas cuestiones puede el hombre

1—Hefele, *Documentos para la historia de la Iglesia*, etc., I.

plantear!» (Jouffroy, *Miscelaneas filosóficas*, p. 424.)

La predicación era también una verdadera cátedra de enseñanza que la Iglesia abrió para todos. Allí ofrecía una doctrina clara y bien definida á los espíritus que antes se entretenían con mitos nebulosos y oscuros; obligaba á los fieles á reunirse y á concentrar su atención sobre un objeto; á distinguir, definir y disponer, en una palabra, á pensar. Despue de haber definido el dogma, tenía cuidado de demostrarlo, y á la vez que enseñaba la fe, enseñaba también el arte de pensar.

Enseñaba á los bárbaros á meditar sobre la vida, sobre la muerte y sobre la eternidad; les acostumbraba á reflexionar y á examinar, proponiéndoles á todos cuestiones de las que en la antigüedad no se ocupaban más que un corto número de privilegiados de la inteligencia y de la fortuna.

La ciencia y la filosofía popular cristianas era un campo de ejercicio intelectual para todos, aún para aquellos que hasta entónces habían permanecido extraños á toda cultura intelectual. De este modo la predicación y la oración eran un medio de desarrollo para el espíritu, á la vez que de renovación moral y un principio de civilización universal, que jamás se había visto en el mundo.

*
* *

Lucha de la Iglesia contra la superstición— Es cierto que el antiguo error pagano no se dejó vencer al primer golpe, sino que se perpetuó bajo la forma de superstición, y atrincherado en ciertas ideas, usos y costumbres, á las que la Iglesia hizo una guerra incesante. Los antiguos libros penitenciales, los concilios nacionales y provinciales, y sobre todo el derecho canónico, contienen numerosas declaraciones contra la magia y los hechizos, contra la adivina-

ción y la astrología, contra los amuletos y las ordalías. ¡Cuántos males y afrentas se hubieran evitado las naciones cristianas si se hubiesen observado mejor estos preceptos del derecho canónico! «Si hemos de creer á algunas mujeres viciosas, ellas cabalgan durante la noche con Diana, diosa de los paganos, ó con Herodiada y otras muchas, sobre ciertos animales que se ponen á su servicio.... Los sacerdotes deben en sus sermones poner al pueblo en guardia contra estas inventivas... ¿Quién es el que nó vé en sueños muchas cosas que nadie ha visto jamás despierto? ¿Quién sería tan loco que creyese que una cosa, por haber pasado en la imaginación, ha pasado también en realidad? ¡El que tome por realidades esta especie de delirios y crea en las metamórfosis, atribuyéndolas á Dios, es un impío.»

He aquí lo que enseñaba la Iglesia en medio de tanta superstición, heredada del paganismo.

Una asamblea general de Cistercienses prohibió, bajo las penas más graves, á los miembros de la orden, dedicarse á la adivinación. Si en una época en que la naturaleza era tan poco conocida y entre pueblos aficionados por naturaleza á lo novelesco y maravilloso se creyeron cosas extraordinarias, no por eso hemos de culpar de ello á la Iglesia. «En los tiempos más ilustrados, dice Lœbell, y con los predicadores más instruidos no es siempre fácil hacer desaparecer estas ideas y prácticas supersticiosas que proceden de las opiniones erróneas formadas acerca de las relaciones del mundo sensible con el mundo suprasensible. ¿Con cuánta más razón la cizaña de la superstición debía brotar en una tierra que encerraba aún en su seno tantas raíces del paganismo, tanto helénico como germánico?» ¿Y no vemos los abusos que producen aún hoy día los consultorios de adivinas tolerados por la autoridad civil?

La capitular de Gregorio II en 715 prohibía la

magia, la adivinación y la interpretación de los sueños. El concilio nacional germánico del año 742 deliberó también sobre los usos supersticiosos. El concilio de Leptina renovó esta prohibición, y dió en treinta artículos una lista de los usos supersticiosos y paganos. La activa vigilancia de la Iglesia se extendió también á los abusos á que dieron ocasión el culto de los santos, las peregrinaciones y la veneración de las reliquias. Los reyes francos dieron fuerza de leyes á las decisiones de la Iglesia, y velaron también por su observancia.

La Iglesia no dejó en los siglos siguientes de fijar su atención sobre esta materia. El libro X del *Volúmen Decretorum*, del obispo Burkard de Worms († 1025), contiene una serie de disposiciones sobre esta materia, enunciando cada una un punto de doctrina, con citas de los Santos Padres en su apoyo. El concilio de Letrán, celebrado en tiempo de Inocencio III, prohibió á todos los sacerdotes bendecir el agua fría ó caliente y el hierro rojo para el juicio de Dios.» El concilio provincial de Tréveris (1227) mandó que se guardase cuidadosamente el agua bautismal y el santo crisma por temor de que se abusase de él por superstición. Durante los siglos XV y XVI, los sínodos de Alemania elevaron su voz contra la superstición.

***

Procesos por sortilegios—En cuanto á los célebres y terribles procesos por hechicería, no principiaron hasta después de la edad media y fueron más benignos en los países católicos que en los países protestantes. Los jueces eran seglares, como consta por las actas, y los sacerdotes católicos favorecieron siempre á los inocentes perseguidos.

Conocidos son los esfuerzos que Federico Spée, que

nació en 1595, y su hermano de órden Conrado Tauner, hicieron para curar esta plaga social.

Setenta años después el protestante Thomassius de Halle alzó tambien su voz; aunque las posesiones diabólicas á que Lutero estuvo sujeto y el tinte nóstico-maniqueo de sus doctrinas contribuyeron mucho á afirmar este error entre los protestantes. Ya también antes de Spée, un sacerdote católico, Cornelio Loos de Maguncia († 1593), había trabajado con celo contra la inhumanidad de los procesos por hechicería.

No era sólo condenándola directamente como la Iglesia trataba de destruír la superstición. Fundándose en la verdad dogmática de que el hombre después de su caída ha conservado sus facultades naturales, y que no todo es pecado ni procede del mal en la naturaleza humana, como enseñaban los pretendidos reformadores, la Iglesia realizaba también su misión civilizadora y buscaba por todas partes en donde reanudar el hilo de las ideas cristianas, ya en la historia, ya en los hábitos y costumbres de los pueblos.

Por todas partes por donde la verdad cristiana ha sido anunciada, la mentira y el error han huído ante ella; pero siempre que las costumbres y usos de los pueblos han sido compatibles con la doctrina de la Iglesia, ésta, en vez de destruírlas las ha hecho servir sábiamente para sus fines.

Así la destrucción de los templos paganos no era necesaria, lo mismo que la muerte del hombre, que era preciso ganar para Dios. Desde el momento en que un templo sirve para el culto divino, tiene su destino verdadero; bastaba por lo tanto arrojar de él las falsas divinidades y sus imágenes. De esta manera la Iglesia toma al hombre con todas sus cualidades naturales, pero exigiendo de él que con su concurso ennoblezca su naturaleza, subyugue sus pasiones y se trasforme en un verdadero templo del verdadero Dios. Guiada del mismo espíritu, sustituía las fiestas

de sus santos á las solemnidades paganas; erigía cruces en vez de los árboles venerados por los paganos; empleaba las maderas de estos árboles para construir capillas; daba un sentido cristiano á los oráculos de los paganos, en una palabra, trataba de hacer cristiano cuanto quedaba del antiguo paganismo.

Nada más instructivo bajo este punto de vista que la carta que el Papa San Gregorio el Grande escribió al abad Melitus. En vez de los sacrificios que los paganos ofrecían á sus ídolos, se establecían fiestas cristianas, celebradas con regocijos y banquetes. «Quitarlo todo de un solo golpe sería sin duda alguna imposible; por otra parte, cuando se quiere llegar al colmo de la perfección, en cualquier género que sea, no es buena marcha el querer elevarse de un solo salto, sino que es preciso subir por grados y paso á paso» (1).

Algunas formas litúrgicas paganas han podido pasar al culto cristiano, algunos usos de carácter noble y elevado han podido ser tomados del Antiguo Testamento y hasta del paganismo; pero todas estas cosas se hacían cristianas desde el momento en que el cristianismo las penetraba de su espíritu. La prudencia de los misioneros supo hacer de la forma exterior del error un vehículo para la propagación de la verdad y de la vida.

La antigua fiesta de las semillas, celebrada en el equinoccio de la primavera, coincidió con la fiesta de pascuas; y la fiesta del solsticio de estío fué en adelante la fiesta de San Juan Bautista. En la piedra de las fuentes bautismales vió el neófito la fuente sagrada y en las piedras druídicas fué grabado el nombre del Salvador. Las aspiraciones excéntricas, pero no desprovistas por completo de razón, de los *Pobres de Lyon,* fueron realizadas según el espíritu de la Igle-

1—San Agustín piensa del mismo modo. Ep. XLVII *ad Publ.*

sia con la fundación de los franciscanos. «No se puede negar á la Iglesia, dice Augusti, una rara sagacidad para escoger un término medio entre las opiniones opuestas». Todo lo verdadero y de buena ley que se encuentra pertenece á la Iglesia, que lo ha utilizado; siendo el Cristo verdadero hombre, todo lo que es verdaderamente humano es propiamente cristiano.

***

El arte en el cristianismo—El arte es el esplendor de la civilización, y nadie como la Iglesia ha sabido sublimarla y protegerla al mismo tiempo. Y en verdad, que es necesario ignorar la historia de las artes liberales y bellas letras para tener el atrevimiento de calificar de oscurantismo católico la influencia de la Iglesia. En efecto; lo que más ha penetrado con su bendita influencia el espíritu cristiano, lo que ha renovado por completo en muchos sentidos y llevado al más alto grado de perfección, ha sido el arte. «Todas las religiones alimentan al arte, escribía Cánova á Napoleón, pero ninguna lo hace como la nuestra.»

«El jardín de la Iglesia, dice Bœhmer, está tan bien adornado con las flores de las bellas artes, que muchos hoy admiran y estiman, por más que trabajen por destruír, si pudiesen, el tallo que las sostiene, en el que se abren y sin el cual mueren. Es la túnica de muchos colores de José, que envidiaban sus hermanos, y á cuyo dueño aprisionaban y vendían sin cuidarse de la amenaza suspendida sobre su cabeza.»

Si el arte es la expresión de lo ideal, su manifestación bajo una forma corpórea, una revelación de lo divino; si es el infinito apareciéndose en lo finito, lo celestial en lo terrestre, entonces puede decirse que bajo el punto de vista de la riqueza y elevación de las

ideas, de la profundidad y calor del sentimiento, el cristianismo ha abierto al arte un mundo tanto más nuevo, cuanto su doctrina sobre Dios y sobre el hombre aventaja infinitamente á las doctrinas admitidas hasta entonces.

El cristianismo pone ante la consideración del espíritu un orden de cosas superior á los sentidos y á la tierra; le muestra las ideas eternas de Dios representadas de una manera santa y sublime en las figuras visibles de Cristo y de sus santos; crea en el alma y para el alma todo un mundo interior con los más puros y poderosos motivos que mueven al corazón humano, desde el sentimiento y dolor del pecador por la falta cometida hasta el entusiasmo que produce el éxtasis de las almas entregadas á la gracia; hace brillar, como una estrella polar, por encima de las agitaciones de la vida, la idea del sacrificio, y con ella la esperanza, la redención y la reconciliación final; trasforma todos los sufrimientos de la tierra y santifica la paciencia; ha fijado su atención en el combate que se libra entre las potencias celeste y terrestres, santas y pecadoras; ha provocado el esfuerzo del hombre sobre sí mismo; ha desarrollado hasta el más alto grado el heroísmo de la virtud; ha dado á la naturaleza, que estaba triste y sin vida, un alma y una voz, de tal modo que se ha hecho un santuario y habla al hombre el lenguaje de Dios: hé aquí lo que el cristianismo ha hecho, uniendo de este modo estrechamente á la religión y al arte, que debe á esta unión sus mejores triunfos.

Con su luz difundida por todas partes, la verdad revelada ha iluminado toda la esfera de lo bello; ha hecho ver en todo su esplendor la belleza de los seres corporales que no son bellos más que por el espíritu y para el espíritu, que ve en ellos su propia semejanza, es decir, un pensamiento de Dios; ha hecho ver también la belleza del alma, que consiste en la armonía de

su vida interior, y la belleza del hombre que se encuentra en el perfecto concierto de sus dos naturalezas, en la penetración mutua y armoniosa de lo real y de lo ideal, del pensamiento y de la forma, y que, por una inducción sublime, eleva la inteligencia hasta el prototipo eterno de toda belleza, Dios.

El culto de la Iglesia es, por consiguiente, la más sublime y perfecta de las obras maestras del arte, ó más bien la reunión armoniosa de todo lo mejor que el arte, inspirado del espíritu cristiano, ha producido.

«Jamás había sentido yo el poder de las artes, dice un personaje de Schiller; la Iglesia que me ha educado huye de lo que encanta á los sentidos, y no tolera las imágenes. ¿Qué me sucedió cuando penetré en el interior de las iglesias, descendió á ellas la música de los cielos y multitud de figuras resaltaron con profusión en los muros y en las bóvedas; cuando pareció animarse ante mis atónitos ojos cuanto allí hay de más grande y más augusto; cuando ví los seres divinos, la salutación del angel, la natividad del Señor, la santa Madre de Dios, la Trinidad descendida de lo alto, la transfiguración luminosa... cuando ví, por último, al Papa celebrar la gran misa con toda su pompa y bendecir á los pueblos? ¡Ah! ¿Qué es en comparación de esto el brillo del oro y de las joyas con que se adornan los reyes de la tierra? Él solo está rodeado de una majestad divina. Su casa es un verdadero reino de los cielos, porque lo que allí se ve no es de este mundo. (Schiller, *María Estuardo.*)

*
* *

La arquitectura y la pintura—La arquitectura nos muestra, en primer lugar, la basílica, la Iglesia románica, con su construcción, que respira tranquilidad y paz, con el techo de su elegante cúpula, atrevidamente suspendido sobre el altar mayor, con sus elevadas

naves de una majestuosa sencillez, en donde admirables pinturas murales hacen pasar ante nuestra vista toda la historia de la humanidad, lo mismo que las glorias del cielo.

Pero el espíritu, que sin cesar se eleva, tiende á romper las trabas de la materia y á dominarla más y más. El cruzamiento de dos arcos dió la idea de la ojiva, formada de dos segmentos de círculo reunidos frente á frente; los macizos muros se convirtieron poco á poco en una especie de obra formada por partes salientes é intervalos vacíos ó ligeramente llenos, y hé aquí la catedral gótica que se eleva atrevida y ligeramente apoyada sobre sus numerosas haces de esbeltas columnas.

La luz y el espíritu de la vida penetran todas las partes del edificio; el movimiento que circula por todas partes lo arrastra todo de abajo arriba. Todo el monumento con su admirable frontispicio, con su *rosa mística* abierta en medio de la nave é iluminada por los rayos del sol poniente, con sus altas ventanas cuyas ojivas se extienden de pilar á pilar, y por las que penetra una luz mágica, con sus torres que se elevan en punta hasta el cielo, presenta un grandioso simbolismo, que fundándose en la forma de la cruz, nos habla con su lenguaje poderoso y significativo.

La mirada vaga sin cesar de arco en arco, de pilar á pilar, guiada y arrastrada por las líneas de construcción que se sostienen y abrazan unas á otras de uno á otro extremo. La grandeza de la perspectiva que se presenta á la vista sin poder llegar al término, despierta en el alma la idea de la inmensidad y del misterio. Los haces de columnas que, semejantes á juegos de agua, alzándose de la tierra se elevan en el espacio; las santas imágenes que desde lo alto de su gloriosa calma, dirigen sus miradas sobre la humanidad que milita y sufre; todo este conjunto contribuye á llenar el alma de presentimientos de la eternidad.

Es siempre el templo ó la iglesia románica, pero más grandiosa, trasfigurada, esbelta, ligera y graciosa, es la expresión arquitectónica por excelencia de la idea cristiana. *Sursum corda* son las palabras que el edificio hace oír á los que en él penetran.

La pintura decora los muros y ventanas de la casa de Dios. Aquí es donde el arte cristiano ha alcanzado sus mejores triunfos. En los primeros tiempos del cristianismo, la pintura fué la que principalmente sirvió para la ornamentación de los monumentos, y sólo en segundo lugar se empleó entónces la escultura.

Con la distribución hábil de la luz y del color, y con la perspectiva, cuyos principios sentó y siguió rigorosamente, consiguió dar alma á la piedra y hacerla vivir y hablar para expresar las cosas del mundo espiritual. En la pintura, los ojos y sus miradas nos dicen cuánto el alma puede de más grande, augusto y sublime. La inocencia del niño, el valor viril, la majestad del profecta y la pureza virginal, se leen en todos estos semblantes llenos de vida.

Un mito oculta una idea bajo una figura sensible. El cristianismo es más que una simple idea, es un hecho que ocupa grande espacio en la vida y en la historia de la humanidad, y que ha formado también la historia. Por eso ha suministrado al arte una materia inagotable en la vida del Señor y de sus santos, y ha creado de este modo la forma superior del arte de la pintura, que es la pintura histórico-religiosa. Los progresos de la ejecución técnica, principalmente en la pintura al óleo, hicieron posible confiar al lienzo las ideas y sentimientos nuevos con toda su profundidad y calor.

Sea el que quiera el objeto de su composición, el pintor ha encontrado en la religión cristiana un ideal nuevo, y por las ideas que tiene de Dios, del hombre y de la naturaleza, el artista cristiano deja muy atrás al artista de los tiempos antiguos. Como Dios se hizo

hombre en Jesucristo, y ha vivido entre nosotros bajo la figura de hombre, por eso quien ve al Cristo vé al Padre; en él se han hecho visibles la santidad y la justicia de Dios, su misericordia y su severidad de juez.

Hoy todas las condiciones humanas han sido consagradas y santificadas, especialmente la pobreza, la humildad, el dolor y la muerte. Comparad el dolor de Laocoonte con el de Cristo en la cruz: aquél está anonadado en una lucha mortal y desesperada contra la fría crueldad de un destino inexorable; éste experimenta sufrimientos más agudos; pero su dolor está trasfigurado en el sacrificio de un mérito infinito, y por encima de la oscura noche del sufrimiento se ve aparecer el día de la reconciliación y de la páz eterna para la humanidad.

¡Qué diferencia entre Niobe que se transforma en estatua bajo la opresión de una desgracia inexplicable enviada por la venganza de los dioses, y la madre de los dolores, María, que se resigna cuando la aguda espada atraviesa su corazón! Estos dos ejemplos bastan por sí solos para probar que, dando más profundidad al sentimiento, ennobleciéndole y transfigurándole, el cristianismo ha dado al arte moderno el medio de crear obras de un carácter nuevo y más sublime, y le ha abierto una carrera completamente cerrada al arte antiguo.

Las pinturas de Fra Angélico son oraciones. Las figuras ideales de un Leonardo de Vinci, las grandiosas concepciones de un Miguel Ángel, las vírgenes de Rafael, los lienzos de Murillo, maravillas de gracia y de majestad, todas estas flores del arte se han abierto bajo la influencia de un sol que no habían visto los ojos del artista antiguo. Allí, en efecto, los sentimientos más profundos y más humanos han sido refundidos para formar un solo todo con las más sublimes ideas de la religión. El pintor llegaba por la vía de lo bello á aquél que es el más bello de los hijos de los hombres.

Las pinturas murales de las Catacumbas nos demuestran de una manera muy instintiva cómo la fé cristiana influyó en la pintura. Allí se ve formarse ya un principio nuevo y figuras de otro carácter; al lado del arte pagano de los siglos II, III y IV, se forma y se desarrolla un nuevo arte; la transformación es ya casi completa.

Es regenerado lo que queda del arte antiguo, y lo que desde luego resulta en el nuevo estilo es la grandeza y gravedad; el arte cristiano tiene su asunto, su expresión, y hasta su ornamentación propia. El Antiguo Testamento y los Evangelios presentan todo un nuevo mundo de ideas que exigen una nueva expresión.

Abraham sacrificando á su hijo; Moisés haciendo saltar de una peña torrentes de agua viva, ó subiendo al monte Horeb; Isaías profetizando á la Virgen, Madre de Dios, ¿qué precedente, qué modelo podría ofrecer el arte antiguo al pintor cristiano cuando tratase este asunto?

Lo que hay de indeciso é indeterminado en muchas obras hace ver precisamente que el pintor no ha hallado aún la forma que corresponde á la idea; es lo que caracteriza á un arte que principia y titubea. Cuando el arte antiguo representa la oración, sea la que quiera la actitud exterior, la expresión es siempre fría. En las Catacumbas se nota en la expresión de la oración algo completamente nuevo, que pone estas pinturas, á pesar de su falta de corrección y de sus defectos, al lado de las mejores de todos las tiempos.

En la pintura, y especialmente en la escultura antigua, la mirada está amortiguada; aquí, por el contrario, el ojo domina y la mirada irradia sobre toda la figura. Esta tranquilidad y compasión, esta solicitud del buen pastor por el cordero que llevan sus espaldas, la mirada suplicante del cordero que yace á

los piés del pastor y desea que éste le reciba de nuevo, todo esto marca el principio de una nueva época en el arte.

Lo que el arte subterráneo de las Catacumbas tenía de común con el arte pagano contemporáneo, el traje y la composición, aparecía, bajo la tierra, purificado, ennoblecido y sin el exceso de lujo de mal gusto que le desfiguraba, y sobre la tierra, el estilo oficial corrompido por la mala influencia y la molicie del arte asiático.

Cualquiera que con mirada atenta y sin prevención haya examinado las pinturas descubiertas en las escavaciones de Pompeya y de las Catacumbas, verá que desde luego se presentan al espíritu muchos y muy interesantes puntos de comparación. Bajo el punto de vista del arte, como de la religión y de las costumbres, reinaba en las Catacumbas una atmósfera más pura, en la que la mirada del artista podía, en cierto modo, distinguir mejor el ideal.

*
* *

La Música—Mientras el arte de construir edifica templos monumentales para la piedad cristiana, y la pintura los decora con sus sublimes figuras, la música sagrada, á su vez, llena el vasto recinto con sus ondulaciones poderosas y sonoras, que embargan, conmueven, inspiran y arrebatan.

La pintura y la arquitectura sagradas hacen descender el cielo á la tierra, y la música sagrada eleva al cielo lo que es de la tierra. Pero el edificio, estatua, pintura y música, todo descansaba sobre un pensamiento fundamental, se elevaba teniendo una misma raíz, y contribuía á formar una grande obra de arte. En la música es en donde especialmente vemos la esencia y dirección de la vida cristiana. Su cuna, como la de la música. La Iglesia, por la naturaleza de su

misión y por los medios que para cumplirla la suministraba la música, ha dado grande importancia desde su orígen al arte musical.

Una religión que, vuelta siempre hácia lo inmenso é infinito, despierta en el alma sentimientos misteriosos, para los que es preciso hallar una expresión, debía, por necesidad, siguiendo la inclinación de su naturaleza, apoderarse de la música para expresar lo que de otro modo no puede expresarse, para decir lo que no podían decir la oración ni el color. Desde entónces la música, segura del porvenir, entró en el coro de las artes religiosas; nada más original ha creado el espíritu humano.

La pintúra sirvió en cierto modo de transición entre el ojo y el oído, entre el mundo antiguo y el mundo cristiano. Con la música fué casi lo inmaterial, lo espiritual, lo que se hizo un medio de expresión para las cosas mas sútiles del espíritu. La música formó desde luego una parte esencial del culto; fué la voz misteriosa de lo infinito, de lo incomprensible, de lo divino. Ella necesitaba este sublime destino para transformarse en un arte.

Realmente encubren todo un mundo de sentimientos estas pequeñas melodías reunidas por San Gregorio el Grande, y así era preciso que fuese, puesto que contenían el gérmen de una música como la de Palestrina. Los primeros cantos de estas almas, llenas del epíritu divino, que celebraban á su Redentor en las Catacumbas, carecieron por necesidad de arte; estaban íntimamente ligadas con los sentidos; pero al fin el espíritu, tanto tiempo contenido, se escapó en torrentes luminosos á favor del arte, que se cierne en una región superior á los sentidos, y se creó una poesía de una sublimidad á la que nada iguala.

Ya entre los hebreos se dió á conocer la inspiración religiosa por medio de ligeros ensayos de recita-

ción musical, pero que, lo mismo que los cantos y aires de la Grecia, no eran propiamente música.

Estos gérmenes fueron desarrollados por los primeros cristianos, que sacaron de ellos esa magnífica corona de tonos, singularmente expresivos, que encierra el Antifonario de San Gregorio el Grande. Fueron aumentados los tonos para mejor expresar las aspiraciones del alma hácia Dios, y se hizo del sentimiento que vibra en las palabras, apoyado sobre una vocal, el asunto capital del canto.

La música actual es un fruto de la civilización cristiana. Si ha perdido de vista su orígen, esto no impide que se derive del canto gregoriano, música esencialmente cristiana que se apropió, al principiar, las melopeas antiguas, y que ha llegado á su más elevado grado de perfección en las obras maestras de los Palestrina, Orlando di Lasso, Lotti, Allegri, Pergolese, Scarlotti, Perosi, etc.

Esta música celestial, que sucesivamente hace descender y elevárse al alma, que excluye del corazón toda malicia é impureza, y que le llena de tranquilidad y de luz, de paz y de dicha; esta mezcla de grandeza y austeridad, de suavidad y vigor, de sencillez, majestad y delicadeza penetrante y amable, el que una sola vez en su vida haya tenido el placer de oirla en la capilla Sixtina, comprenderá fácilmente lo que decía modestamente un maestro: «No he hecho más que escuchar á los ángeles, y repetir lo que ellos cantaban.»

*
* *

La poesía y la elocuencia—Vivificar y elevar, estas dos palabras resumen la influencia del cristianismo en la poesía, y esta influencia es fácil de demostrar. La poesía lírica ha sido la primera que la ha experimentado. La fe en el Redentor ha desarrollado sobre la tierra una

nueva vida interior, animada de los sentimientos más puros, más profundos, más santos y más entusiastas; la adoración, los piadosos deseos, el dolor del arrepentimiento, una cierta tristeza mezclada de inefables delicias, el amor delicado, tierno y confiado, es lo que respiran los sagrados cánticos.

Los salmos adoptados por la Iglesia y que forman, como la trama de su culto, estas obras maestras del género lírico que tanto penetran en el corazón humano, son cantos compuestos para la eternidad. Siempre que un corazón lata por amor de Dios sobre la tierra, aspirando á la luz y á la vida desde el seno de las tinieblas y de la mortalidad; siempre que un alma busque una expresión para su dolor ó para su gratitud, la poesía de los salmos se escapará de los labios humanos.

¿Quién podría pensar en las maravillas de la gracia, en los esplendores del mundo sobrenatural, en la belleza de la Iglesia cristiana y en los beneficios de la redención sin que saliese de su corazón el himno de reconocimiento y de adoración? La religión favorece hasta la canción vulgar que sale alegre y gozosa de un pecho en donde vive una personalidad libre y que no tiembla ante los poderes ciegos de la naturaleza.

Mejor que Orfeo, la religión cristiana sabe encadenar la fuerza con la dulzura, unir la calma de la reflexión con la actividad devoradora, moderar los salvajes arrebatos de la pasión, purificar y espiritualizar el amor carnal, endulzar la amarga tristeza, hacer noble la alegría y trasfigurar el dolor.

En María, Virgen y Madre, ha sido dado al mundo cristiano un ideal de la mujer que lo ha honrado y consagrado todo en su sexo. El culto de Nuestra Señora y el respeto de la mujer, que caracteriza los tiempos cristianos, tienen entre sí la misma relación que la causa y el efecto.

En el cristianismo ha sido permitido á la mujer participar de la vida intelectual de su siglo y de su nación, resultando de aquí que su corazón ha ganado mucho en riqueza y grandeza. El sentimiento del amor ha sido ennoblecido á la vez que la mujer que es objeto de él, y el matrimonio cristiano ha ganado intensidad, pureza é idealismo.

Otra cosa sucedía en la antigüedad clásica: la mujer permanecía excluida del banquete de la cultura intelectual, y estaba retenida en su casa en un retiro casi oriental, y por consiguiente, condenada á una especie de desfallecimiento moral.

Vemos, entre los pueblos del Norte, al cristianismo dar el alerta al sentimiento de la naturaleza, apoderarse del corazón, de las costumbres, de toda la vida de las naciones germánicas y lanzarlas en un camino que debía conducirlas al desarrollo de la poesía caballeresca.

Cuando el poema heróico cristiano expiró en el canto de amor, por afeminada y profana que fuese esta poesía, pareció sin embargo acordarse de repente de su orígen y volver al amor divino, al símbolo del amor puro, al tipo perfecto de la gracia femenina, y entónces se elevaron los más bellos cantos en honor de María.

Los piadosos cánticos de la Iglesia se hicieron cantos populares, y la alegre canción del pueblo dió tonos y aires al cántico de la Iglesia. De este modo un lazo común y espiritual abrazaba y conciliaba todos los géneros de poesía, uniéndolos á la religión como al centro de la vida humana.

Así como se ve á la catedral de la edad media dominar las casas que la rodean, del mismo modo el poema inmortal del Dante se eleva por encima de todas las producciones de su género. Colocado en los confines de las dos edades, explota el pasado y sus tradiciones en provecho de su tiempo, de su país y de

la civilización actual, y crea á la vez para su nación una poesía y una lengua.

Su *Divina Comedia,* monumento construído sobre la ancha y sólida base de la teología de Santo Tomás, penetrada de su espíritu é iluminada con su luz, abraza cuantos tesoros intelectuales poseían el mundo antiguo y el mundo cristiano, la Iglesia y el imperio, la ciencia y el arte. Las delicias del cielo y los horrores del infierno, el lenguaje de Dios y el de los hombres, las terribles palabras de la justicia divina irritada, y los tiernos suspiros del alma poseída por la gracia; los trasportes de júbilo de los bienaventurados y los alaridos de los condenados, hé aquí lo que sucesivamente nos hace oir la admirable armonía de sus versos.

Es realmente la obra poética más vasta que ha creado jamás el genio del hombre; es la epopeya de la Iglesia en sus tres estados de lucha, sufrimiento y triunfo, que procede de su mismo espíritu y es verdaderamente digna de ella.

Un género que pertenece por completo al cristianismo, es el poema épico en prosa, ó la novela. Por muchos vergonzosos abusos que de este género se hayan hecho en nuestro tiempo, no se puede, sin embargo, desconocer su orígen cristiano y su aptitud para servir al principio cristiano.

En la historia de las almas y de este dédalo de la vida moderna, sujeta á tantas vicisitudes y complicaciones, ¿no es necesario que se sienta la presencia de la eterna sabiduría y del eterno amor, que purifica el corazón y conduce á la paz por medio de la fe y de la confianza?

***

En la cumbre de la poesía reina el drama. El politeismo antiguo encerraba una formidable contra-

dicción, que acabó por quebrantarle y destruirle. Por un lado sus dioses eran considerados como potencias verdaderamente divinas, sagradas é inviolables, y por otro, estos mismos dioses eran los que sostenían este detestable estado de cosas, reconocido ya como tal por la antigüedad, y que era el triunfo de los impíos y la desgracia de las almas piadosas.

El enigma de la vida no fué descifrado por el mundo antiguo. Los hombres colocaban entónces sobre sus cabezas el pie brutal de una potencia desconocida, violenta é inexorable, que se complacía en destruir cuanto había de grande y de noble en el mundo y que se burlaba de las inspiraciones y de la felicidad del hombre.

La religión cristiana ha sido la primera que nos ha dado la clave de esta vida terrestre y de sus sufrimientos; ella nos ha mostrado el ideal heroico y trágico realizado en la persona de su fundador, ideal que no es otro que la justicia abrazando á la misericordia, la acción divina combinándose de una manera maravillosa con nuestra propia libertad, que es al mismo tiempo toda la base de la *filosofía de la historia*, que fué imposible en el paganismo, por lo que Vico la llama *ciencia nueva*.

La religión nos representa al hombre como determinado por Dios, sin dejar por eso de determinarse á sí mismo, y su suerte como el resultado de la acción de Dios sobre el hombre y del trabajo del hombre cooperando con Dios. La pretendida fatalidad, bajo cuyo peso se encorvaba el hombre en otro tiempo, se reduce á una sentencia de condenación en que ha incurrido libremente, aunque contra su gusto.

Las angustias del Viérnes Santo y el triunfo del día de Pascua; una muerte ignominiosa y una resurrección gloriosa; Jesucristo, que al morir ha vencido la muerte, y que sucumbiendo en apariencia en este mundo de mentira, de pecado y de muerte, ha

asegurado en realidad la victoria de un nuevo mundo del reino de la verdad, del amor y de la gracia, hé aquí los acontecimientos que han descifrado el enigma de la existencia, y que han dado su verdadero sentido á la tragedia de esta vida terrestre.

El dolor no ha sido desterrado de la vida; las duras necesidades de la existencia no han sido disminuídas, sino que por el contrario han sido comprendidas y sentidas más profundamente; pero el dolor, las necesidades y la muerte han sido explicadas, y las disonancias han desaparecido fundiéndose en una bella armonía; la fatalidad, el inflexible destino de la antigüedad.

La reconciliación, de la que Jesucristo es el autor, no es sólo una excelente forma dada á un dolor inconsolable; esta reconciliación es más que estética, es real, perfecta, completa, que alcanza hasta las últimas raíces de la vida que inunda con la paz de la eternidad.

*
* *

El culto de la Iglesia, que no es otra cosa que la representación del gran drama de la Redención, condujo naturalmente á las representaciones de estos *misterios dramáticos*, de los que nos ha quedado uno, venerable reliquia de un mundo que ya no existe y que fué tan diferente del mundo actual; y este poema de la edad media, que encanta á los ojos y refresca el corazón, puede sostener comparación con los dramas modernos y desafía la crítica.

Este género ha producido al que es la gloria de la poesía española y aún de la poesía cristiana, al ilustre Calderón, el poeta de los misterios de nuestra fe, inmortalizado por sus comedias y sus autos, por más que se noten ya en él las huellas visibles de la decadencia del gusto, y que no siempre satisfagan por

completo á la conciencia, que exige la intervención efectiva en el drama del orden y de la justicia de Dios.

El elemento cristiano está menos pronunciado en Shakespeare; en el fondo de sus creaciones, tan naturales y tan verdaderas, se encuentra un modo de considerar al mundo, que está completamente conforme con las ideas cristianas. En él el recurso trágico no consiste en un poder oculto y tenebroso que haga sentir á todos su opresora dominación; el destino ciego no pesa sobre la vida del hombre, sino que éste es el dueño de su conducta y de sus acciones, y autor de su propio destino.

Este *chiste,* atributo ordinario de las naturalezas sanas y fuertes, que le caracteriza, y que va unido por todas partes á su más sublimes caracteres, como las figuras grotescas de las antiguas catedrales, burlándose de la vida presente y de sus fastuosas mentiras, procedía precisamente de la convicción profunda que el poeta tenía de la caducidad de las cosas terrestres, y del desprecio que de ellas hacía, comparándolas con los bienes incorruptibles de la vida futura.

Schiller ha tomado sus caracteres y las leyes de su mundo ideal de la filosofía crítica; pero al mismo tiempo debe al espíritu cristiano la vida, y el fondo verdadero que ha sabido dar á sus figuras. En una carta á Gœthe llama al cristianismo una encarnación de la santidad y la única religión estética que existe, y esto apesar de que en su tiempo el espíritu cristiano no se manifestaba por ninguna parte en toda su fuerza y la plenitud de su vitalidad.

Las ideas de Schiller se puede decir que son cristianas en el fondo; pero es preciso añadir en seguida que el círculo de las verdades cristianas es más extenso que las ideas de Schiller, y que éste hubiese cambiado mucho en sus opiniones, si hubiese conocido en toda su amplitud el círculo de las ideas cristianas.

Sus ojos, que se abrían por sí mismos á todas las cosas nobles y grandes, no podían cerrarse á las maravillas de la caridad cristiana, y en sus *Joannitas* la consagra una de las perlas de su poesía: «No hay más que tu religión de la cruz, dice, para saber tejer en una misma corona la doble palma de la humanidad y de la fuerza.»

El *Fausto* de Gœthe nos trae á la memoria el antiguo mito de los titanes. Gœthe ha sabido pintar el corazón humano, *este objeto tan altivo como bajo*, con todas sus sublimidades y bajezas, sus deseos y pasiones; él ha visto los grandes problemas de la existencia, la profunda discordancia que hay en toda nuestra vida y naturaleza; de una parte, el ardiente deseo de una conciliación y de una solución armónica; de otra, la desesperación de la victoria final; hoy una elevación que nos aproxima á Dios; mañana una bajeza que nos pone al nivel de la lombriz; ha sabido, por consiguiente, representar al vivo y con mano maestra la suerte de la humanidad no rescatada, y lo ha hecho con más profundidad que hubiera podido hacerlo cualquiera otro; pero ¿á qué debe esta ventaja sino al fondo del cristianismo sobre el que se dibuja en relieve esta gran pintura de nuestras luchas y de nuestros combates?

El hace decir á su héroe estas palabras, que el Verbo divino enseña á los fieles: «Ningún placer le satisface, ninguna dicha le contenta, y corre tras de todas las figuras que pasan.» Llama, por consiguiente con súplicas á otra potencia de un órden superior que arranca al hombre de la dominación del mal y de la desesperación, puesto que no puede salvarse á sí mismo.

Gœthe plantea con franqueza el problema, pero dudaba sobre la solución. Este drama universal de Gœthe, que contiene la sustancia y esencia de toda tragedia es, por consiguiente, también un *prefacio humano del Evangelio*.

Lo que el cristianismo ha hecho de la elocuencia todo el mundo lo sabe. La antigüedad clásica nos ha legado bellos modelos. El genio encontraba un alimento en las grandes cuestiones de la vida pública en Grecia y en Roma. Los siglos cristianos han ofrecido á la elocuencia, tanto sagrada como profana, una esfera de actividad no menos vasta, pero más serena y sublime. La historia nos atestigua que cuando el espíritu cristiano se debilita, la elocuencia también pierde proporcionalmente brillo y amplitud.

El cristianismo, por consiguiente, revelándonos lo verdadero, nos ha revelado á la vez lo bello, y de este modo ha regenerado al arte. El arte cristiano tiene por carácter evidente lo infinito, y el arte antiguo, por lo contrario, no se eleva jamás por encima de lo finito; de donde resulta el esplendor radioso de las obras de arte cristianas.

El cristianismo, secundado por el sentimiento de la belleza intelectual, no hallando en el arte antiguo con qué satisfacerse, ni medios suficientes de expresión, ha creado para sí una poesía y un arte. De este modo han sido dadas las condiciones necesarias para la apreciación del arte, hasta del antiguo; y la superioridad del cristianismo como cosa innegable. Pero así como es Roma el centro del cristianismo, de ella han hecho los Papas el emporio del arte y la peregrinación obligada de todo genio artístico: es el foco desde donde irradió al mundo civilizado.

*
* *

El cristianismo y la moral—Si es asombrosa la acción ejercida por el cristianismo en el dominio de la inteligencia, lo es más quizás en el orden moral. «Somos superiores á vosotros por el conocimiento de la verdad y de la moral,» decía Tertuliano á los paganos; y lo demuestra Bautain en *La moral del Evangelio.*

El cristianismo, no solo es, según declaró el Cristo, *luz del mundo*, LUX MUNDI, sino tambien *sal de la tierra*, SAL TERRÆ, (Matt. 5). En efecto; como la religión cristiana comprende á todo el hombre y ha entrado en la historia como potencia restauradora del mundo, no sólo ha reformado la inteligencia, sino también con la inteligencia, la voluntad y el conjunto de la vida. Ella ha introducido un nuevo orden de cosas, especialmente en el terreno de la moral, y ha trazado un nuevo camino, el camino de la salvación, por el que es preciso que pase el género humano para que llegue á su propia perfección. Bajo el punto de vista de la moral especialmente es como el Cristianismo ha reformado y renovado al hombre por completo, y en este trabajo es en donde es preciso contemplarle para ver su carácter divino y para que se nos manifieste en todo su esplendor.

Si la religión cristiana es la religión absoluta, es porque es capaz de una influencia social inmensa; porque en ella el dogma, el culto y la moral se unen armoniosamente, formando un solo todo. El brahmanismo y el helenismo encierran una religión mitológica, pero nada de moral; la filosofía griega da los principios fundamentales de la moral, pero no tiene religión, y lo mismo sucede con el budhismo.

Sólo el cristianismo ofrece á la vez la más sublime filosofía, el culto divino más puro y la más perfecta moral. Así se elevó sobre las más grandes instituciones.

Los beneficios morales del cristianismo pueden reducirse á dos clases principales: en primer lugar, el cristianismo ha fijado al hombre en su propia y verdadera naturaleza; le ha revelado que es un compuesto de dos sustancias, una material y otra espiritual, en las que el pecado ha introducido la discordia y la lucha, como lo prueba la experiencia ordinaria; le ha indicado el fin que ha de alcanzar y el camino que ha

de seguir para llegar á la perfección moral, fin y camino igualmente distantes de un idealismo exclusivo y de un grosero *eudemonismo.*

En segundo lugar, á los motivos naturales ha agregado otros mucho más elevados y más fuertes, quiero decir, los de la fe, de la esperanza y de la caridad; y lo que vale más aún, ha puesto en el alma humana fuerzas sobrenaturales que la protejen y sostienen; la fortifican y hacen capaz de realizar el ideal de la perfección moral, que no es otro que la misma perfección de Dios por su modelo en Cristo.

Bajo este doble punto de vista el cristianismo se eleva de tal modo sobre todas las filosofías y religiones, que sus mismos enemigos, después de haber rechazado cuanto enseña la fe, no pueden menos de tributar homenaje á la pureza de la moral cristiana.

Hoy sabemos que somos los templos del Dios vivo (I *Cor.*, III, 16), que habita en nosotros, nos santifica, nos bendice, y nos salva; que por una sumisión sin límites á la voluntad de Dios nos libramos de la servidumbre y alcanzamos la libertad (I *Cor.*, III, 17,), puesto que entonces el corazón no desea más que amar á Dios con todas sus fuerzas (*Mateo,* XXII, 37) y á sus hermanos con un heroísmo pronto á dar la vida por ellos. (I *Joan,* IV, 19.)

¡Qué noble y elevada ambición la que tiende nada menos que á imitar la santidad de Dios! ¡Qué franqueza y sinceridad en esta alma á la que la gracia ha renovado por completo! (*Efes.*, IV, 23.) ¡Qué pureza de intención al proponerse en todo únicamente la gloria de Dios! (1 *Cor.*, X, 31.)

Si la moral cristiana ha renovado la faz de la tierra ha sido porque, para elevar al hombre por encima de sí mismo, ha tomado su punto de apoyo del mundo sobrenatural. ¡Cuán impotente es la moral en la que el hombre es el único que manda, legislador y súbdito á la vez! La pasión lo domina al fin, como confie-

sa Horacio: «Veo lo mejor, lo apruebo, y sin embargo hago lo peor.»

Cuando tenemos la tierra, por decirlo así, suspendida de nuestros piés y tirando de nosotros hácia abajo con todo su peso, ¿no es preciso por necesidad que el alma, para resistir y triunfar, sea solicitada de abajo arriba por una fuerza contraria, es decir, por una ley santa, inviolable, imprescriptible, que mande en nombre de Dios vivo, y no por motivos humanos, siempre ligeros y fáciles de tergiversar, como sucede con los sistemas de *moral filosófica* llamada *independiente*?

¿Qué es lo que hará inclinar la balanza de nuestra libertad del lado del bien, sino la eternidad feliz ó desgraciada? La caridad perfecta, este fuego que Jesucristo ha venido á traer á la tierra, que se alimenta de su gracia y de sus sacramentos, he aquí lo que aleja la duda y el temor, lo que hace abrazar con ardor todo género de sacrificio; he aquí el principio enérgico de la santidad cristiana y también el principio de toda civilización verdadera y permanente.

La filosofía, que separa la moral de la religión y que pretende hacer que se sostenga por sí sola sobre su propia base, no ha logrado más que transformarla y destruirla.

El antiguo protestantismo, que tomando por divisa *la fe sola justifica sin las obras*, no cesaba de oponer la religiosidad, que encomiaba, á la moralidad, que despreciaba, ha quitado á la fe, precisamente por este medio, toda su virtud, puesto que la fe sin las obras es una fe muerta. (*Santiago*, II, 20.)

Lo que constituye la fuerza y verdad de la moral católica, es que impone la religión como primer deber, que la fe conduce á las obras, y que la religión pasa á ser verdad y vida en las obras. En cuanto á la fe misma, no es un sistema de concepciones abstractas, es el conjunto de los hechos que se refieren á la salvación, á la reconciliación, á la redención y á la san-

tificación del género humano, con su centro y su eje, la manifestación real de Jesucristo, Dios-Hombre.

Toda la vida del cristianismo consiste en recibir á Jesucristo en espíritu de fe, en entregarse á él por completo, y en entrar en comunidad de vida con el Padre en Jesucristo y por él. Y este amor de Dios por Jesucristo y del prójimo en Jesucristo, no es simplemente el fruto de la reflexión y del razonamiento, sino más bien el producto de fuerzas misteriosas que obran en el alma y realizan la obra de la regeneración.

De este modo comprendemos las grandes palabras del Apóstol: *Yo vivo, pero más bien no soy yo el que vive, sino Jesucristo que vive en mí.*

Jesucristo, el modelo de la santidad perfecta, el ideal de la moralidad absoluta, entra en el alma fiel para transformarla á su imágen, por una admirable alianza de la libertad con la gracia; para penetrar de su divina vida todos los miembros que componen el gran cuerpo de su Iglesia, para conciliarlo todo y para perfeccionarlo. ¡Qué sublimidad inaudita sobre todas las teorías y sistemas!

Allí se encuentra realizada la más íntima unión del hombre con Dios; de allí sale el espíritu de vida y de santificación que consagra las obras exteriores, y hace de toda acción una oración, y de la oración el acto moral más sublime.

El decálogo, este sumario de la ley moral que contiene los deberes esenciales para con Dios y para con los hombres, base de la vida religiosa, social y doméstica, y que el Señor ha venido, no á abolir, sino á perfeccionar y á cumplir. (*Gal.*, II, 20.)

El decálogo ha dado á la Iglesia las grandes reglas de su legislación y de sus mandamientos, que practica con espíritu de amor y de obediencia filial, no con temor servil. Y no existe, ni ha existido legislación superior, como lo demuestra Chateembriand, al compa-

rar todas las religiones del mundo. (*Genio del cristianismo*).

En efecto; los tres primeros mandamientos arreglan nuestras relaciones con Dios, principio y fin de nuestra existencia. El cuarto sienta los fundamentos de las familias y de los Estados. El quinto, séptimo y octavo fundan el derecho personal, protejen la vida, la propiedad y la seguridad; el sexto santifica los principios de la vida y sienta la condición de la felicidad, tanto particular como conyugal; el noveno y el décimo arrancan de los corazones hasta la raíz del mal.

Por otra parte, en la oración dominical la ha sido legado un modelo perfecto de oración, modelo que comprende todo cuanto el hombre necesita, todo cuanto puede pedir á Dios, y en donde el fiel halla la expresión en que conviene á cada necesidad de su alma y á cada combate de la vida.

En las primeras peticiones aparecen las santas idealidades á que aspira el hombre con todas las criaturas racionales, que no serán realizadas por completo más que en la otra vida, pero que indican en la vida presente su fin y término invariable; las otras peticiones indican el camino que ha de seguir el hombre para llegar á su destino á través de las necesidades corporales y espirituales, y á través de las tentaciones y peligros.

Grande cuando publica la nueva ley, la religión cristiana no lo es menos cuando nos enseña á pedir gracia y fuerza para llegar á la perfección. No en vano el Señor ha legado á los suyos el ejemplo de su vida y de su muerte, de su trabajo y de su pasión, de su humildad y de su amor; que no ha tenido la muerte sino á fin de que sigan sus huellas; que no en vano ha puesto en sus labios las sublimes palabras de su oración, sino á fin que de allí saquen fuerzas sobrenaturales. ¡Qué miserables aparecen esos sistemas filosóficos que pretenden sustituirse al Cristo y su Iglesia!

¡Ah! el ejemplo de Cristo ha inflamado todos los corazones, y su advenimiento ha llevado todos los pueblos á un grado de elevación moral que ninguna fuerza humana ha podido alcanzar jamás. Los romanos admiraban y alababan á Escipión por un acto de continencia; pero tal elogio es para ellos una venganza, porque lo que Escipión hizo una vez es el deber del cristiano. La imitación de la vida humilde de Jesús ha creado héroes superiores á los héroes antiguos en toda la grandeza de la causa por la que han combatido: hablo de los santos de la Iglesia, que son la encarnación del heroismo en perfección moral.

El mundo se inclinará siempre ante un Vicente de Paul (1), que se entregó al heroismo de la caridad, avergonzando á la filantropía, que tuvo que erigirle una estatua. Este amor superabundante del prójimo, admirado ya por los paganos (Tertuliano, *Apologético*, c.39. ¡Ved como se aman!), es el que ha dejado al mundo un capital inagotable del que continúa viviendo.

Pero el suelo en que floreció este árbol, y en donde maduraron estos frutos de la caridad, es el santo amor de Dios que ocupaba el corazón de los santos de tal manera, que no dejaba subsistir en ellos más que un pensamiento, el pensamiento de Dios, y que esclamaban con San Francisco Javier: «¡Mi Dios es mi todo!» Amar más, esta es toda la moral, esta es la plenitud de la ley. (*Rom.*, XIII, 10.)

La caridad no se contenta simplemente con hacer lo que manda el extricto deber, sino que va mucho más allá en la perfección por el camino de los consejos evangélicos, se inmola todos los días y á todas las horas, y se renuncia á sí misma por Jesucristo hasta privarse de las cosas necesarias á la vida.

1—«No es necesario ser católico para inclinarse ante Vicente de Paul. Todos los rayos de la activa caridad que hace la gloria del catolicismo, se reunieron en derredor de la frente de este hombre del pueblo, que fué esclavo en Túnez y cuyo corazón sufrió todas las angustias morales y todos los sufrimientos físicos.» Dr. Heinrich Merz, *Pobreza y cristianismo.*

Ehtónces el alma está tan completamente entregada á Dios, cuyo amor la penetra y abrasa, que todos los deseos terrestres están muertos en ella. Toda la vida viene á ser entonces visiblemente una anticipación del cielo. Y con esto, esta alma no sabe nada de su belleza, ve sólo las manchas que aún quedan en ella, evita la lisonja, y quiere ser cada vez más perfecta.

Este estado de santidad no es la obra de un momento de entusiasmo, es elegido con reflexión, conquistado y conservado á fuerza de sacrificios y de combates durante una larga vida.

Este espíritu de santidad sopla adonde quiere; se apodera de la joven virgen á su entrada en la vida, lo mismo que del asesino que ha encanecido en la práctica del crímen: elige en todas las edades, en todos los sexos, en todas las vocaciones y en todas las condiciones: el celo ardiente de un San Pablo y el amor más tranquilo de un San Juan proceden igualmente de él; él es el que santifica también la vida activa, como santifica la vida contemplativa.

En las ciudades populosas como en los desiertos, en la paz del santuario y en la sangrienta confusión del campo de batalla, en el palacio del rey y en la choza del pobre, por todas partes va á buscar sus elegidos. ¡Qué expansión de perfeccionamiento moral ha implantado en el mundo el cristianismo! Los espíritus carnales y positivistas no comprenden estas cosas, como ya lo advertía San Pablo: «*Animális homo non percipit ea, quae sunt spiritus Dei-el hombre carnal no percibe las cosas que son del espíritu de Dios*»; más no por eso dejan de encarnarse en las almas escogidas y transformadas por la gracia; y la doctrina de Cristo ya ha vencido al mundo.

La Iglesia cuenta sus santos por millares, y sin embargo, cuán pocos son en comparación de los muchos que pasan la vida sin ser notados ni conocidos,

que conversan de corazón en el cielo, y de los que el mundo no es digno! Dios solo los conoce, y el día de la eternidad los descubrirá. La moral del cristianismo será siempre *la sal de la tierra*, y no se disolverá jamás.

*
* *

Moral pública del cristianismo — Así como el cristianismo lo ha cambiado todo en el interior del corazón, así también lo ha reformado todo en la vida pública y en las instituciones políticas, creando una moral pública cristiana.

Es cierto que el bien tendrá siempre que librar nuevos combates para establecerse en la tierra; el hombre ha continuado siendo el hombre viejo con todas sus debilidades, susceptible de una espantosa degradación y capaz de todos los crímenes.

Por elevado que sea un ideal y por puro que sea un principio, es preciso siempre que haya hombres que le apliquen; por eso parece necesariamente más ó menos oscurecido en la práctica. Pero el crímen busca la noche, porque tiene miedo del día; la moral pública le condena sin consideración.

No sucedía así en la antigüedad pagana: la inmoralidad, la crueldad, la violencia abierta y el egoismo cínico estaban allí sancionados por los usos y por las máximas religiosas, filosóficas y políticas. Sabido es cual era la condición de la mujer, como se la creía de una naturaleza inferior á la del hombre, y como era tratada por consiguiente.

Se sabe también cuán baja era la idea formada del matrimonio, y como era considerado como cosa indiferente el comercio de los dos sexos fuera del matrimonio.

Demóstenes decía delante del pueblo de Atenas: «Tenemos cortesanas para el placer, concubinas para

el cuidado diario de nuestro cuerpo, y esposas para darnos hijos legítimos». El hombre podía violar impunemente el matrimonio. Los divorcios eran fáciles y frecuentes (Senec., *Octav.*, c. 34).

«No ignoro, dice M. Troplong (*Influencia del cristianismo en el derecho civil de los Romanos*), la admiración que merecen Porcia y la madre de los Gracos; pero no debemos tomar estas bellas y nobles figuras por el tipo de las mujeres romanas. La conjuración de las bacanales, los sordos complots contra el pudor, los divorcios indecentes, los atrevidos adulterios, todo este desbordamiento de las malas costumbres, de que los historiadores, filósofos y poetas satíricos nos hacen la descripción y que obligó al emperador Augusto á buscar un medio de salvación en las leyes políticas, ya que las leyes domésticas no ofrecían alguno, hé aquí signos más ciertos del estado general de la sociedad romana».

Las pinturas que traza Tácito de las mujeres germanas no merecen crédito alguno, como lo han demostrado Bálmes y Ozanam. Compárese si nó, lo que dice César de las costumbres de los galos. (*De Bell. Gallic.*, V).

¿Había visto Tácito lo que cuenta de los germanos? Esto es más que dudoso. Baumstark (*Eos*) Demuestra que Tácito realmente no había puesto el pie en la Germania y que ha idealizado mucho las costumbres conyugales, domésticas y religiosas de estos pueblos, para impresionar á los romanos corrompidos; pues se sabe que el matrimonio era una venta y la mujer pasaba á ser propiedad del hombre que la compraba, el cual podía hacer de ella lo que quisiera, aunque fuera matarla. Cuando él moría, su mujer era quemada y enterrada con él (Grimm., *Derecho antiguo de los germanos*).

El desprecio con que los griegos trataban á la mujer podría demostrarse con muchos pasajes tomados

de sus escritores. Hesiodo: «Esta raza maldita, el mayor azote del género humano.» Eschylo: «Sois para la ciudad y la casa los peores azotes.» «Soltad la brida, dice Catón, á este animal sin razón y lisonjeaos después de poder moderar sus arrebatos.»

Muerte y exposición de los niños, es un principio de la jurisprudencia romana. El mismo derecho pertenecía al padre de familia entre los germanos. (Wilda).

La pederastía reinaba entre los griegos y romanos y los autores hablan de ella sin censurarla, con indiferencia, como de una cosa ordinaria. Cuán extendida estaba esta peste, se ve por las severas y repetidas prohibiciones de la Iglesia primitiva.

Sobre la crueldad para con los esclavos, que no tienen ningún derecho, baste recordar que todos los esclavos de una casa, cuyo dueño hubiese sido asesinado, eran llevados al suplicio. Se arrojaba un esclavo para pasto de las murenas, solo por romper un vaso. En los festines, el esclavo pasaba noches enteras de pié é inmóvil. El esclavo es tratado, no como un hombre, sino como una bestia de carga. Catón, el ideal del romano, arrojaba á sus esclavos cuando eran viejos y estaban mutilados.

Un escritor pagano nos describe de este modo á los esclavos: «Su piel está surcada por los golpes del látigo; su frente marcada con un hierro albando; su cabeza medio despellejada; sus piés encerrados en un anillo de hierro: está pálido, delgado, descarnado y no tiene figura humana.—El látigo, el caballete, las cadenas á los piés, la marca con el hierro albando, la cruz, hé aquí los suplicios con que se le castigaba con frecuencia por los más leves motivos.

Mientras la mujer romana hace su tocado ó se entretiene con sus amigas, introduce, á manera de pasatiempo, largas agujas en el seno de la esclava que la sirve. El que mata á un esclavo debe pagar á su dueño el precio de una mula. Toluck. (*El carácter moral del paganismo*).

La inmoralidad romana, tanto de las mujeres como de los hombres, es descrita por Juvenal (*Satir.* VI). Los crímenes contra la naturaleza, que habían sido la plaga mortal de la Grecia, se habían extendido también por todas partes en Roma. Una mezcla de sangre y cieno, hé aquí lo que era el imperio de los Césares. Un grán deseo de novedad y un profundo tédio de la vida lo habían invadido todo. *Vitae communis fastidium,* Tholuck, *op. cit.*

Hemos querido recordar el estado de la sociedad antigua civilizada para que así se comprenda toda la grandeza del esfuerzo y de la perfección moral verificada por la Iglesia.

Y en verdad; ¡qué transformación la realizada por el cristianismo en el mundo moderno!

Toda nuestra vida pública está penetrada y regulada por la moral cristiana, que es también la madre y moderadora del derecho, porque éste se deriva siempre de las costumbres, y por decirlo así, de las entrañas de la nación. Matrimonio, familia, autoridad y libertad individual, en una palabra, toda la sociedad está fundada sobre los principios del cristianismo: en suma, nuestro estado social es realmente un fruto del espíritu cristiano; es un hecho constante, y no bastan para destruirle algunas disidencias de carácter secundario.

Fuerte, con la poderosa organización de su jerarquía, la Iglesia recibió en su seno maternal y en la extensa esfera de su actividad moralizadora, á las razas y á los pueblos de Europa que se agitaban en la confusión del caos y de la barbarie; y, salvando los elementos de civilización de un mundo que había perecido, creó sobre sus ruinas un nuevo orden de cosas en el Estado y en la sociedad, de tal modo, que reinos antes extraños unos á otros, y hastá enemigos, se fundieron en una gran república de pueblos que se llamó la cristiandad.

La idea del derecho—La idea misma del derecho ha sido modificada en un sentido completamente espiritual. La ley deberá, en adelante, para ser ley, estar conforme con la religión, contribuir á la educación y servir para la salvación. De este modo se encontraba vencido en principio el egoismo del derecho romano.

Lo que convenía á la Iglesia en el derecho romano, era su carácter de unidad y su espíritu de análisis, delicado y penetrante. La Iglesia tomó, pues, la forma, pero no el fondo. El derecho germánico, por el contrario, no la ofrecía forma alguna que pudiese adoptar; producto de costumbres y usos populares, era demasiado restringido y no tenía valor más que para algunas razas aisladas. Pero la Iglesia se apropió voluntariamente lo que había más elevado, más liberal y más puro en las costumbres é instituciones germánicas.

El derecho canónico es, por consiguiente, un producto del espíritu romano y del espíritu germánico, fundidos en uno, y del cristianismo, que ha operado la fusión. Comprende formalmente al romanismo, y sustancialmente al germanismo y al cristianismo, los tres elementos de que se compone la Europa moderna.

Depositaria de la revelación divina, la Iglesia poseía la fuente misma y la síntesis del derecho universal, el gérmen que debía asimilarse cuanto bueno se encontrase por el mundo: ella podía recibir en su seno todas las variedades jurídicas de la tierra.

Al Papa le había sido conferido el arbitraje entre el rey y su pueblo y entre las diferentes naciones. El es el guardian vigilante del nuevo derecho público é internacional que había nacido de las costumbres y usos cristianos. El interés del género humano exige que haya un freno que contenga á los soberanos y que ponga en seguridad la vida de los pueblos; la religión,

por un convenio general, había puesto este freno en manos de los papas. (Voltaire, *Ensayo sobre la historia general*, t. II, c. 60.)

«¿Han ganado los pueblos y los reyes con la supresión de la jurisdicción universal de los Papas? Séanos permitido dudarlo; porque la herencia ha venido á parar á manos de un terrible heredero, de la revolución.» (Nettoment, *Literatura de la Restauración*).

«El imperio germánico, que estaba fundado en el cristianismo, no reconocía por miembro legítimo de la sociedad nada más que al cristiano y súbdito fiel de la Iglesia. Separarse de la Iglesia era violar esta ley fundamental, y tenía por necesaria consecuencia el destierro y la pérdida de todos los derechos, especialmente del de desempeñar cargos públicos, inclusa la dignidad imperial. De aquí resultaba que el emperador que se obstinase en permanecer fuera de la Iglesia, no tenía ya poder alguno sobre sus súbditos cristianos. El juicio que desligaba á los súbditos del juramento de fidelidad, no era más que una sencilla aplicación del derecho común, mencionada formalmente en el Código de Sajonia (lib. I, art. 1.º).

«Se quiere volver á la edad de oro,» dice Leibnitz (*Obr.* V, 65), pero es preciso establecer de nuevo un tribunal en Roma para arreglar las diferencias que haya entre los príncipes; el Papa será presidente, el que en otro tiempo era el árbitro de los reyes cristianos.»

Los jueces extraordinarios y el sistema de penitencia practicado en estos tiempos antiguos, ofrecían medios para penetrar hasta el fondo de las almas. La Iglesia lograba de este modo afirmar los principios de la Justicia, de la libertad y de la caridad cristiana en el corazón de los pueblos, aún muy groseros, y siempre aficionados á las prácticas y hábitos del paganismo y de la superstición; ella dulcificaba poco á poco su fiero orgullo con la mansedumbre evangélica.

Como los mayores crímenes, hasta el de homicidio, podían ser expiados con dinero, y no se recurría á las penas aflictivas sino á falta de dinero, resultaba de aquí que el rico podía cometer impunemente todos los crímenes.

Pero las penitencias de la Iglesia le alcanzaron; por ella el castigo halló su base moral y dejó de ser una mera indemnización pecuniaria; la criminalidad fué puesta de manifiesto ante los ojos de la conciencia y la diversidad de penas indicó hasta el grado de la falta. Ya las leyes de los visigodos distinguían entre el homicidio cometido libremente y á sangre fría, y el que es efecto de un súbito arrebato ó de la inadvertencia.

«La Iglesia sola, dice Lotze (*Microcosmus*), tuvo por mucho tiempo el cuidado de formar el espíritu y el corazón de las generaciones. Si no hubiese estado organizado en Iglesia, el cristianismo no hubiese podido resistir á las tempestades que la han asaltado, ni hubiera ejercido la benéfica influencia que realmente ha ejercido en el mundo. Por la civilización antigua, la de que era heredera, por medios propios por algunos extraños de que su autoridad ponía á su disposición, la Iglesia logró desde luego, contener la invasión de la barbarie y después invadió á su vez los países meridionales en donde jamás había penetrado la luz y los llenó de iglesias, conventos, sedes episcopales y de establecimientos económicos y de caridad. Instalada de este modo, enseñó á los bárbaros á edificar, á cultivar la tierra, á ejercer los diversos géneros de oficios; les inició en los elementos de las ciencias, protegió y amparó el comercio naciente, y no cerró jamás sus puertas á los enfermos y á los débiles, que siempre hallaban en ella alivios y consuelos. Por todas partes, al principio de la edad media, la Iglesia estaba á la vanguardia del progreso.»

*
* *

Nota sobre Copérnico y Galileo—«Los Papas, dice el doctor Beckmann (*Historia del sistema de Copérnico*), jamás han condenado el sistema copernicano. Un tribunal inferior la suspendió únicamente hasta más amplio informe, con motivo de la hipótesis de Tyco, que nacía entónces, saludada con entusiasmo en Alemania, especialmente en Wittemberg y Tubinga, y de los recientes descubrimientos de Kepler, que parecían destruir el sistema de Copérnico, especialmente el descubrimiento de la rotación solar».

«El descubrimiento de Copérnico, dice Apelt, (*Épocas de la historia de la humanidad*), fué el que abrió el siglo de las luces, y no la rebelión de los reformadores contra la jerarquía eclesiástica».

Scheleiden, (*Estudios*) dice de Kepler: «Lo poco que recibió por precio y estímulo de sus trabajos lo debe á los jesuitas. Los Papas trataron de enviarle á Bolonia. Sus correligionarios lo despreciaron á causa de sus desgracias, especialmente los teólogos protestantes de Tubinga, que creian en la astrología y odiaban en Kepler al partidario declarado del sistema de Copérnico».

«Cuando el sistema de Copérnico principió á ser conocido, dice Newman, era cosa generalmente admitida que la Santa Escritura enseñaba que la tierra estaba inmóvil y que el sol, por el contrario, con toda la bóveda celeste, giraba en torno de ella. El error duró poco tiempo, y por medio de un detenido exámen, se adquirió fácilmente el convencimiento de que la Iglesia nada había decidido en este género de cuestiones. Esto es también, digámoslo de paso, una prueba en favor de nuestra santa religión. ¿No es, en efecto una cosa admirable que jamás la Iglesia haya llegado á reconocer formalmente la interpretación, tan generalmente y desde hacía tanto tiempo, dada, á ciertos pasajes de la Escritura por los que se reputaban sabios y defendían el sistema de Ptolomeo?

Ahora, acerca de Galileo, hé aquí lo que dice Reumont:

«Cuando las antiguas fábulas acerca de Galileo son sin cesar repetidas en Alemania sin malicia, pero en Italia con una intención manifiestamente hostil á la Santa Sede; cuando el diccionario de Brockhan refiere que Galileo sufrió algunos meses en prisión, y (otra fábula) que repetía, golpeando la tierra con el pié y con rabia reconcentrada, su *Eppur si muove*, no creemos supérfluo decir la verdad una vez más sobre esta cuestión, tantas veces puesta en claro, y otras tantas olvidada, como si fuese desconocida. Claramente se deduce de las cartas de Galileo y de las del enviado toscano Nicolini, lo mismo que de las actas del proceso, que Galileo jamás fué puesto en prisión; que permaneció una parte del tiempo en casa del embajador y diez y nueve días en casa del abogado fiscal, á expensas del embajador y como su huésped; que por orden expresa del Papa conservó su completa libertad; que hizo su retractación en la Iglesia de Santa María de la Minerva, en presencia de numerosos testigos; que cuatro días más tarde abandonó á Roma para trasladarse á Sienna, al lado del arzobispo Piccolomini, y por último, que se encontró en disposición (cinco días después de la tortura á que se supone fué sometido) para andar, siendo setuagenario y padeciendo de la gota, cuatro millas á pié, como se ve por la carta que desde Viterbo escribió á Nicolini.»

«Todo esto está demostrado por documentos auténticos. Monseñor Marini ha dado una prueba auténtica de ello con las actas del proceso, lo mismo que Alberi en su colección de obras de Galileo. Todo esto ha sido reconocido como verdadero por Biot (*Diario de los Sabios*, 1858), por Alejandro de Humboldt en presencia mía, algo antes de su muerte, por Trouessart en la *Revista de Instrucción Pública*, 1860, y por Ph. Charles en un escrito sobre Galileo.

Jarcke, en su artículo publicado por las *Hojas históricas y políticas,* ha definido perfectamente el estado de la cuestión, y ha resumido todo el debate en cuanto á los hechos, aunque con una severidad excesiva para el sabio. Por último yo mismo, en 1849, he aclarado esta cuestión, con el auxilio de documentos originales, en una Memoria titulada *Galileo y Roma.* Está demostrado que la carta de Galileo á Ranieri, por la que se pretende demostrar la verdad del tormento, es un documento falso, compuesto á últimos del siglo pasado, una indigna injuria del duque de Sermoneta, abuelo del duque actual. Pero esto nada importa. Los historiadores, como Libri (¡que sabía la verdad!), y últimamente Parchappe, novelistas, folletinistas, poetas y pintores, continúan explotando el tormento de Galileo, y calumniando á la Roma del siglo XVII de obrar contra la Roma de hoy.—«No, dice M. Trouessart, Galileo no fué atormentado físicamente en su persona, pero horrible fué el tormento moral que debió sufrir cuando se vió miserablemente obligado á ser perjuro á sí mismo. Honrando al genio y á la desgracia, la posteridad, con su imparcial justicia, no debe, ni exagerar las violencias ejercidas, ni callar ó disimular las agresiones tan imprudentemente provocadas.» (1)

Galileo enseñaba el mismo sistema que Copérnico había enseñado ya públicamente en Roma setenta años antes que él, y en verdad que nadie le hubiese contradicho si en mala hora no se le hubiese ocurrido «hacer de su sistema una cuestión teológica.» En diferentes ocasiones se le aconsejó que expusiese su sistema como una simple teoría filosófica, y se trató de

1—«El modo de tomar por lo serio estas voces que continuamente se oyen de oscurantismo é inquisición, después que está demostrado para las gentes instruidas que Galileo fué simplemente una víctima de una de esas pequeñas envidias de profesor á profesor, con que cualquiera está expuesto á encontrarse en su camino en este siglo de las luces.» [*Gaceta general de Augsburgo,* 1867. *El Galileo* de Ponsard].

hacerle comprender que sus pruebas no llegaban á dar aún una completa certeza. Según el testimonio de Lalande, el sistema no fué suficientemente demostrado hasta algunos años más tarde. Galileo quería imponer á la Iglesia un sistema aún no demostrado, y en contradicción con las leyes físicas generalmente admitidas entónces. Primero se le mandó guardar silencio; y sólo despues de haber publicado con su nombre un escrito satírico, fué condenado, no por la Iglesia, sino por un tribunal ordinario (1).

Si los adversarios de la Iglesia no quieren cejar en su propósito, y se obstinan en hacer un mártir de Galileo, esto no prueba más sino que la Iglesia les ofrece pocos puntos vulnerables. Ella había tenido á su cargo la dirección de los espíritus durante más de mil años, cuando llegó la cuestión de Galileo. Todo el que conoce la historia de la medicina, de la jurisprudencia y de las ciencias naturales, sabe que se la podría llamar con razón la historia de los errores humanos. Por eso, *si se la examina de cerca*, esta censura hecha á la Iglesia *es realmente una prueba en su favor*.

Es una verdadera derrota para los adversarios de la Iglesia el que para demostrar que esta es enemiga de la ciencia no tengan más que este solo caso, y controvertible por lo menos, durante veinte siglos! Lo que prueban es su mala fe, callando todo lo que la Iglesia ha hecho por la ciencia, según hemos demostrado. Y ellos mismos ¿podrán negar que el desarrollo científico y las grandes conquistas modernas del saber no son debidas á la influencia del cristianismo? Bastaría para ello hacerles observar que los prodigios de la ciencia moderna solo aparecen y se realizan en el seno de los pueblos civilizados por la Iglesia.

1—Cons. Wiseman, *Influencia del Cristianismo en la ciencia*. El mismo Whewell no aprueba de ningún modo la conducta de Galileo. [*Historia de las ciencias de inducción*].

Si algún progreso existe en Turquía, China y el Japón, es importación cristiana.

Alguien ha dicho: Tyndall, Huxley, Darwin y otros grandes sabios modernos ni siquiera son cristianos; luego no se necesita del cristianismo para ser sabio. Nosotros contestaríamos: pero son producto del espíritu científico inoculado por el cristianismo, pues no sería posible su existencia en ninguna de las naciones que no han sido conquistadas por la Iglesia católica, aunque despues hayan apostatado, como Alemania ó Inglaterra.

*
* *

Nota sobre las civilizaciones no-cristianas—Con esta ocasión queremos citar un notable ejemplo: sábese que el célebre conde de Okuma, engreido porque sus compatriotas los japoneses habían conseguido vencer en importantes combates á Rusia, declaró arrogante: «Probaremos al mundo que no es necesario ser cristiano para ser civilizado.» Se le ha contestado muy bien que su afirmación, tomada al pié de la letra, es una vulgaridad, y, mirando la intención del que la dice, un insulto al mundo civilizado.

El conde de Okuma cree que los cristianos nos preciamos de hacerlo todo mejor que los demás por el hecho de haber sido bautizados, y que para encargarnos un traje, por ejemplo, no preguntamos si el sastre corta bien, sinó si va á misa y ha cumplido con la Iglesia, como si la fidelidad á estos deberes religiosos le diese especial aptitud para manejar la tijera acertadamente.

Para civilizar el espíritu, para sanear las costumbres, para dignificar la familia, la mujer, el hijo y los padres; para engrandecer, en fin, al hombre moral, es necesario, sí, ser cristiano; para tejer primorosamente la seda, afinar la porcelana, cultivar los campos

con esmero y hacer maravillas con las manos, no hay ciertamente necesidad ninguna de creer en el símbolo de los Apóstoles...

Si es esto lo que quería decir el arrogante conde de Okuma, ya ve que no nos ha dicho nada nuevo.

Los secuaces de Mahoma se hicieron dueños de casi toda el Asia, de gran parte de Africa y de no pequeñas regiones de Europa, en donde residieron durante largos siglos, y sin ser cristianos fueron civilizados y tuvieron notables poetas, filósofos insignes, médicos y esclarecidos y agricultores é industriales de primer orden.

¿Y qué? ¿Con probarnos que no era preciso ser cristiano para ser civilizado, nos probaron algo contra la civilización cristiana? ¿No acabaron por sucumbir ante el poder y la influencia de los pueblos civilizados cristianamente? ¿No son hoy el oprobio de la humanidad, mientras nosotros, los vencidos de ayer, somos siempre los portaestandartes de la civilización y del progreso?

Pero es que si hay alguien que no tenga derecho á decir lo que ha dicho el conde de Okuma, es precisamente el Japón.

No es menester recordar que aquel imperio se abrió merced á Portugal, hace pocos siglos, á la civilización cristiana con una brillantez tan deslumbradora, que si las persecuciones, hoy jacobinas en todas partes, no hubiesen ahogado en sangre la expansión religiosa, llevando al cielo multitud de mártires que se veneran hoy en los altares, sería hoy el Japón uno de los Estados cristianos más fervorosos de la tierra.

Desde entonces puede decirse que el Japón volvió á la barbarie; y ¿quién lo ha sacado de esa oscuridad y le ha puesto en condiciones de hombrearse con las potencias más fuertes de Europa? ¿El budhismo acaso? ¿El fetichismo abyecto de aquellas familias que parecen compuestas de niños crédulos? No; todo

lo que hoy tiene el Japón, sus leyes políticas, su régimen administrativo, su organización militar, sus acorazados, sus torpederos, sus cañones, sus fusiles, sus ferrocarriles, sus tranvías eléctricos, todo es europeo, todo es producto de las naciones cristianas; y aunque repetimos que el cristianismo no ha venido á inventar teléfonos, ni rayos X, ni á escribir y representar óperas de grande espectáculo, da la casualidad de que todo lo notable que se inventa en el mundo, y que el Japón, como Turquía, y como Persia han recogido, se inventa cabalmente en las naciones cristianas.

Es como si los proletarios, cuando hablan de sus derechos y de sus reivindicaciones de justicia y equidad, y protestan contra los abusos de los capitalistas y de los ricos en general, acusasen al cristianismo (y, en efecto, le acusan alguna vez), de ser indiferente á esas desdichas de los pobres, y dijesen que para favorecer á los desheredados de la fortuna no es necesario ser cristiano.

Cierto que sin ser cristiano se puede favorecer á los desheredados de la fortuna; pero ¿de dónde han aprendido los proletarios las doctrinas que enaltecen al trabajador y al humilde?

¿En qué religión, ni en que escuela, ni en qué organismo social han visto que Dios se haga obrero, al tomar carne mortal, y establezca el principio de la humildad como base del engrandecimiento moral del hombre?

La igualdad, la fraternidad, la abnegación, la pobreza voluntaria, ¿qué son sino productos naturales de la caridad cristiana?

Pues así el Japón, en las arrogancias de que hace alarde por boca de su conde de Okuma, olvida que probablemente continuaría en la obscuridad y el atraso en que ha vivido durante tantos siglos si no hubiese mandado á Europa, á la Europa cristiana, á sus militares, á sus marinos, á sus diplomáticos y á

sus hombres de ciencia á aprender lo que hoy saben y á llevarse sus terribles instrumentos de guerra, que tan hábilmente manejan ahora contra la misma raza blanca que los ha fabricado y que se los ha vendido.

No; no hay motivo para que se enorgullezcan tanto. Los turcos se hicieron dueños del imperio de Oriente, llegaron hasta las puertas de Viena y amenazaron á la Europa entera.

Pero así y todo jamás poseyeron la civilización moral; y lo poco que tienen de cultura y de barniz moderno lo deben á la *civilización cristiana.*

Son efímeras las civilizaciones que no tienen por base el cristianismo, ideal de la perfección humana.

SEGUNDA PARTE

SUMARIO—Virtudes que pertenecen propiamente al catolicismo —Humildad.—Obediencia.—Virginidad.—La Vírgen, el Cristo y la virginidad.—La virginidad y las mujeres.—Las mujeres en la historia de la Iglesia.—La virginidad y el sacerdocio cristiano.—La castidad sacerdotal y la Iglesia.—La castidad y la prosperidad de las naciones —La castidad, la virginidad y el matrimonio.—La cuestión de la población.—La libertad de conciencia por la castidad sacerdotal.—La castidad y el amor.—El amor en el paganismo y en el cristianismo.—El hombre de la razón y el hombre de la fe.—La historia de la Iglesia es una historia de misericordia.—La caridad cristiana para con los pobres, y los sistemas modernos.—El trabajo en el paganismo y en el cristianismo.—La esclavitud.—El trabajo libre y la emancipación.—Modo de acción y legislación de la Iglesia.—La Iglesia en el mundo moderno.—Ideas cristianas aceptadas por la filosofía y legislación paganas.—Condición en la Iglesia de los que alimentan, instruyen y defienden la sociedad.—La Iglesia y el poder civil.—El poder público y los derechos de los pueblos.—El protestantismo y la libertad política.—La Iglesia y la libertad de creencias.—La Iglesia, modelo de los Estados.—El imperio romano-germánico.—La vida social entre los cristianos y entre los paganos.—Ojeada sobre el porvenir.

Virtudes que pertenecen propiamente al catolicismo—Lo que hemos expuesto en la primera parte bastaría para demostrar que la Iglesia constituye la influencia civilizadora mas grande y benéfica que ha existido en la historia de la humanidad. Pero no conoceremos más que á medias la influencia que la Iglesia ejerce en las costumbres, hasta tanto que hayamos considerado las costumbres propia y exclusivamente cristianas, estas grandes y hermosas flores que la fe en Jesucristo hace nacer y abrirse en el suelo de nuestra vida terrenal. Son tres, y corresponden á la triple relación del hombre consigo mismo, con su cuerpo y con su prójimo; se llaman humildad, castidad y caridad; ellas regenerando las costumbres, han regenerado la sociedad. El florón que estas virtudes constituyen es tan fragante, que su

perfume es percibido aún por los que viven sin practicarlas, los soberbios, lujuriosos y egoistas, por mas que no lo confiesen. Sería necesario el mas grosero cinismo para declarar que la humildad, la castidad y la caridad no son virtudes que ennoblecen al hombre y á las sociedades. En cuanto á la Iglesia, si no exige á todos sus fieles la práctica de tales virtudes en grado heroico, porque el heroismo de la perfección no está al alcance de todos, ha logrado hacerlas practicar por un gran número de sus hijos, y hacer trascender su aroma á la sociedad que ha formado, é inocularle sus efectos.

*
* *

La humildad—¿Quién no conoce, estima y ama la humildad? Todos los que han sido educados en el espíritu cristiano, creen sin trabajo que es grande, noble y bello ser humilde. Por muy penetrados de orgullo que estemos interiormente, aún nos agrada la humildad como un velo con el que nos envolvemos.

Aun cuando nuestra urbanidad moderna no fuese más que una modestia, una humildad de convención destinada á reemplazar á la virtud ausente, siempre esta falsa humildad sería, como dice Larochefoucauld, un tributo que el mundo pagaría á la virtud. Esta virtud, por consiguiente, reina aún en la actualidad sobre la opinión pública.

Preguntemos por el contrario, al mejor de los paganos la que es la humildad. No podrá contestarnos, por no tener ni aún idea de una virtud que tan familiar es al cristiano; ni aún tendrá palabras con que expresarse.

Ya sabemos á que atenernos acerca del frío egoismo y de la justicia estrecha de un Sócrates, y sabemos que Diógenes menospreciaba el fausto de Platón,

pero por otro fausto. Si es la más bella y amable de las virtudes, la humildad es á la vez también la más rara y difícil. Ella apareció en la tierra por primera vez con todo su esplendor en la persona de Aquel que, siendo la grandeza personificada, se despojó de ella y se hizo el esclavo y servidor de todos, y que ha sido el único que ha podido decir: «Aprended de mí que soy manso y humilde servidor, Jesucristo.»

Ella es el fruto del verdadero conocimiento de sí mismo, conocimiento que el hombre debe á la luz cristiana, que le ha demostrado cuán débil es por sí solo, y cuán fuerte con la gracia de Dios. Ella es el efecto inmediato de la sublime posición á la que el cristianismo ha elevado al hombre, de ese vasto horizonte á que ha llegado por el conocimiento de la grandeza divina.

El orgullo, que se complace en sí mismo, disminuye y falsea la idea de Dios y de la criatura; pero la humildad lo restablece todo en el orden y en la verdad. La humildad muestra fuerza. En todo pecho humano existe un misterioso resorte que despierta la imaginación juvenil del adolescente y excita la actividad viril del hombre maduro; pero en el orgulloso, la triste realidad, es decir, el sentimiento que, á pesar suyo, adquiere de su impotencia, destruye inmediatamente esta maravillosa potencia, y el corazón, al que nada irrita más que esto, cae y se hunde en una triste y profunda apatía.

No sucede lo mismo con el humilde. Nada posee suyo más que debilidad y desórden; él lo sabe y sabe que es para Dios y para la Iglesia un miembro inútil. Por grandes cosas que haya hecho, por ricos dones que haya recibido, no fija en ellos sus miradas de complacencia, engañado por un loco amor propio, sino que todo se lo atribuye á Aquel que se lo ha dado todo, ó más bien, que se lo ha prestado todo, sin mérito alguno de su parte. Todo lo posee, como

si no poseyese nada. Despotismo y servilismo, arrastrarse en la abyección para elevarse á la dominación, tal es en compendio la historia de este mundo. «La grandeza, subsistiendo aún en la posición más humilde, exceso de fuerza bajo la apariencia de la debilidad, tal es la historia del alma que sirve á Dios. Sabiendo que posee á Dios, no le importa someterse á otro hombre.. «La libertad no sucumbe, porque la humildad se abdica libremente,» dice un monje del siglo VIII.

Allí donde el orgullo se inclina, por carecer de recursos, la humildad no muestra, ni temor pusilánime, ni cobarde condescendencia. Fundándose en la verdad y justicia de Dios, la humildad es fuerte en el combate contra la injusticia de los hombres; es la que forma los grandes caracteres, crea los corazones firmes y las naturalezas magnánimas y fuertes, que no saben ceder cuando es vergonzoso hacer'o.

Servidor de Jesucristo, el cristiano no es esclavo de ningún hombre, y penetrado del temor de Dios, no conoce el temor de los hombres. «Jamás hombre alguno, dice un publicista, conoció menos que los monjes, que son humildes por estado, el temor del más fuerte, ni las cobardes complacencias con el poder. En el seno de la paz y de la obediencia del claustro, se formaban todos los días corazones templados para la guerra contra la injusticia, é indomables campeones del derecho y de la verdad.

En ninguna parte fueron más numerosos los grandes caracteres y los corazones verdaderamente independientes, como bajo la capucha del fraile. Allí había muchas almas apacibles y valientes, rectas y elevadas, no menos que humildes y fervientes, de esas almas á las que Pascal llama *perfectamente heroicas*... Allí he conocido y gustado esta noble independencia que pertenece á las almas humildes y magnánimas por su misma humildad... Se verá que estos

pretendidos *holgazanes* eran ante todo hombres en toda la extensión de la palabra, *viri*; hombres de corazón y de voluntad, en quienes la caridad más tierna y la más ferviente humildad no excluían la perseverancia, la decisión ni la audacia. Ellos sabían querer.»

El claustro fué, durante la duración de las edades cristianas, la escuela permanente de los grandes caracteres, es decir, de lo que falta á la moderna civilización. Por eso es preciso repetirlo sin cesar: la gloria más brillante y duradera de la institución monástica es el temple vigoroso que supo dar á las almas cristianas la fecunda y generosa disciplina que impuso á tantos millares de corazones heroicos.

La humildad es invisible, pero sus frutos son visibles. Tienen sus raíces en lo más profundo del alma, pero da flores del más suave olor y cuyo perfume embalsama toda la vida humana. Tal es la modestia, esta virtud privilegiada de todos los hombres de verdadero mérito, la cual no es otra cosa que el conocimiento que el hombre tiene de su imperfección y de la distancia siempre inmensa que separa la realidad de lo ideal.

La humildad se funda en el conocimiento de la debilidad humana y de la gracia divina, tal como el cristianismo la enseña, y por eso crece á medida que aumentan los dones. Por donde quiera que la modestia va unida al talento, hace que los más hermosos dones sean vistos por todos con alegría, aún por aquellos que están privados de ellos.

Desde que la humildad constituye el fondo de la vida común, no hay grandeza intelectual desconocida, y el genio no es envidiado, denigrado y arrastrado por el cieno, desde el momento en que se manifiesta; la religión lo ha santificado todo. El que ha recibido poco, admira, en aquel á quien ha tocado más, las riquezas de su Dios. Todos glorifican, no á sí mismos, sino á Aquel que distribuye sus dones como le place.

Así la humildad embellece la vida, hace más aún, la sostiene, y es la condición indispensable de toda la vida social bien ordenada y verdaderamente humana.

*
* *

La obediencia—Desde el momento en que la humildad se halla en alguna parte, se encuentra también con ella la obediencia voluntaria, ese lazo de los espíritus, único digno del hombre, ese secreto de la paz. «Saber someter, dice Guillermo de Humboldt, su voluntad á la voluntad de otro y contra su propia inclinación, es necesario á cada uno, y aún al hombre ya hecho.»

Esta virtud hace los caracteres más dóciles y blandos, y cosa singular, los hace también mas firmes, más independientes y más dignos de la libertad.» Quitad de la familia y de la sociedad la libre obediencia, y no dejaréis más que un despotismo brutal y una abyección servil.

Quitada la humildad, todo señor se hace un tirano y todo servidor un esclavo pronto á rebelarse. Allí donde la humildad ha reconocido un orden de cosas distinto, á saber, el que el Cristo ha inaugurado con su humilde manifestación, el que consiste en tratar al hombre conforme á lo que vale ante Dios y ante la eternidad, allí el más elevado no está muy elevado, ni el más bajo está muy bajo, allí el primero entre todos es el servidor de todos. (*Mat.* XX, 16.)

La humildad, por consiguiente, ofrece un factor importante para la solución del problema social; ella concilia lo más elevado con lo más bajo, y hace callar la envidia que siempre se agita en el corazón del hombre. No es sola Atenas la que tiene su tribunal de ostracismo para desterrar á un Arístides, porque la envidia se impacientaba de oirle llamarse el justo.

La autoridad manda en nombre de Dios, porque

ninguno es superior por derecho propio. De este modo la obediencia á los poderes públicos, y á la autoridad legítima se encuentra ennoblecida, puesto que se rinde, no al hombre, sino al orden establecido por Dios; y puesto que el cristiano no vé, en el que manda y en el que obedece, más que el papel asignado por Dios á cada uno en el cuerpo social. (*Juan*, XIX.) ¿Cuántas veces no se ha dicho ya: Para que son las órdenes mendicantes? ¿Para qué ese hábito grosero y singular y esos piés desnudos? Existen para consolar á los que solo tienen un mal vestido y marchan con los piés desnudos; para levantar, con sola su aparición la abyección que se arrastra y sucumbe bajo el peso del desprecio por todas partes por donde no reina Jesucristo; para alentar á los pobres y á los pequeños y hacerles comprender que lejos de ser una cadena de esclavitud que les sujeta al polvo, su pobreza es un lazo que les une al cielo y les aproxima á Dios.

En todos los siglos la Iglesia muestra millares de cristianos que, siendo ricos y honrados en el mundo, han renunciado voluntariamente á todo para vivir oscuros y despreciados, imitando la infinita humildad de su Maestro, que vino al mundo para servir y no para ser servido; y de este modo ha puesto en millares de corazones, en vez de la desesperación la abnegación, y en vez de una rabia impotente, la dulce y consoladora esperanza.

«Desde la cuna de la institución, los Padres y los doctores de la Iglesia afirmaban ya el consuelo que experimentaba el pobre viendo á los hijos de las mejores familias vestidos con los miserables hábitos del monje, que los más indigentes hubiesen desdeñado; al labrador echado sobre las mismas pajas que el señor, ó que el general; unos y otros libres con la misma libertad, nobles con la misma nobleza, siervos con la misma servidumbre, y todos confundidos en la santa igual-

dad de la humildad voluntaria. ¿Qué lección más elocuente de resignación y de humildad ha podido imaginarse jamás para los pobres, que la vista de una reina, de un hijo de un rey, ó de un sobrino de un emperador, ocupado, por un esfuerzo de su libre elección, en lavar la vajilla ó dar aceite á los zapatos del último de los campesinos hecho novicio? Por millares se cuentan los soberanos, duques, condes, señores de todas clases y mujeres del mismo rango, que se entregaban á estos humildes oficios, sepultando en el claustro una grandeza y un poder del que no podrían darnos una idea las grandezas pequeñas, efímeras y desprestigiadas de nuestra sociedad moderna». (Montalembert.)

Sólo la religión preserva al hombre del abuso del poder, de la riqueza y de la posición, abuso que no podría impedir ninguna combinación humana. Encadénense todos los poderes, con todo el arte que se quiera, no se evitará por eso que uno de estos poderes sea el más elevado y más fuerte, y que abuse de su posición, si no está sometido á la ley de Dios.

Divídanse y conciértense también estos mismos poderes, de manera que se equilibren mútuamente; si por encima de ellos no está la ley divina, sucederá necesariamente que el espíritu de odio y de orgullo se apoderará de estos poderes humanos separados de Dios, se combatirán entre sí, se romperá el soñado equilibrio y prevalecerá el más fuerte, que, imponiendo su yugo á los demás, marcará cada uno de sus pasos con un abuso del poder.

Poned, por último, todo el poder en manos de un pueblo impío, y veréis á las masas populares ahogar bajo su peso todo talento elevado, toda posición social distinguida, toda nobleza de sentimiento y de virtud que no esté conforme con su manera de ver, veréis los más formidables abusos, los abusos de la demagogia.

Saber ser grande, hasta en la más humilde condición, y dominarse á sí mismo en la grandeza, es el primer fruto del espíritu cristiano. La filosofía ensalza la estimación de sí mismo; pero esta estimación degenera pronto, como sucedió en el mundo antiguo, en egoismo y deificación de sí mismo, exceso demasiado grande para no provocar el exceso contrario, odio y profundo desprecio á la humanidad: dos maneras de ver igualmente falsas, siendo únicamente la humildad y la obediencia cristianas las que están en lo cierto.

*
* *

La Virginidad—El hombre no es un espíritu puro, sino un espíritu unido á su cuerpo. Considerando el cuerpo es como mejor se ve aparecer toda la grandeza á que el cristianismo ha elevado al hombre; porque su fruto más bello es la *virginidad.*

¿Qué es la virginidad? No es más que una castidad eminente, una castidad consagrada á Dios, y por consiguiente, completa y perfecta. Consiste en un santo respeto del hombre hácia sí mismo; y decimos santo respeto, porque procede del conocimiento que en el cristianismo tenemos de la naturaleza y destino de nuestro cuerpo, purificado y alimentado con la sangre de nuestro Redentor, consagrado por la unción de la gracia, elegido por el Espíritu Santo para templo suyo, (I *Cor.* VI, 19.), miembro de Jesucristo, y hecho una misma cosa con él en el banquete sagrado, apto y destinado para compartir la gloria del cuerpo trasfigurado de su Salvador. (*Philem.* III, 21).

La castidad evita, por consiguiente, todo lo que mancharía nuestro cuerpo consagrado de este modo, y todo lo que sería indigno de su destino. Es un combate santo del hombre contra sí mismo, contra ese infernal poder, siempre en rebelión contra el espíritu,

combate en donde se trata de salvar las cualidades y dones más santos, que el monstruo destruye y corrompe, médula y el jugo de nuestra vida, que devora y no cesa de destruír hasta que se haya dado muerte á sí mismo por la impureza.

Es una ley general que desde el momento en que el hombre se separa de la fe cristiana, la flor de la castidad se marchita en él, y pronto muere por completo. El hombre no deshonra á Dios sin deshonrarse á sí mismo. Emancipación de la carne, ¡qué delirio! Cómo si la emancipación de la carne no debiese por precisión producir la muerte de la carne, puesto que el cuerpo no vive sino mientras está bajo la dependencia y dirección del espíritu, y apenas emancipado, es devorado enseguida por el fuego de las pasiones.

Vivir en una santa continencia, combatir la carne y sus peligrosos deleites, es lo que manda el Señor, y hace caer su maldición sobre el alma que degrada su naturaleza santa é inmortal con obras de tinieblas.

Toda la vida, tanto pública como particular, estaba manchada por la lujuria en la antigüedad. La filosofía era impotente ante ese torrente destructor de sensualidad, que enervó á la Grecia y la hizo presa de los extranjeros y minó los fundamentos del poderoso imperio de los romanos. Sin embargo, la antigüedad pagana no había olvidado la importancia y grandeza de la pureza virginal.

El pensamiento de que: *Casta placent superis, todo lo casto agrada á la divinidad,* se encuentra expresado en muchas leyendas medio olvidadas de las antiguas edades, y jamás desapareció por completo del espíritu de los hombres, aún en las épocas de mayor corrupción moral. Por eso los romanos tributaban á sus vestales los mayores honores.

Pues bien; lo que toda la antigüedad había entrevisto en sus presentimientos como un ideal de perfección, sin poder realizarle en la práctica, se cumplió

plenamente el día en que resonaron en el cielo estas palabras: *el Verbo se ha hecho carne.* La carne se hizo en el templo sagrado del Hombre-Dios, y el Cristo, revistiéndose de nuestra naturaleza, la ha santificado, la ha colmado de gracias y dotado de virtudes sobrenaturales.

Se hizo carne para que la carne se hiciese espíritu. Desde entónces principia una raza nueva. No hay más que una Vírgen que pueda dar á luz al Salvador; unas manos virginales dieron al mundo su salvación hecho hombre. El hijo de la Vírgen, vírgen á su vez y desposado con su Iglesia por toda la eternidad, viene á ser nuevo Adan, el Padre de la humanidad santificada; la sucesión carnal es reemplazada por la generación espiritual. El discípulo vírgen descansa en el pecho del divino Maestro, y para ser apóstol es preciso abandonar la mujer y los hijos, para entregarse completamente á él.

«Habiendo nacido de una Vírgen Nuestro Señor, dice San Gregorio Nazianceno, convenía que fuese el legislador de la virginidad. De un seno virginal nació el Cristo; guarden, pues, las mujeres su virginidad para que lleguen á ser madres del Cristo.»

«¿Porque, dice San Metodio, los profetas y los justos del Antiguo Testamento, á quienes somos deudores de tantas lecciones y ejemplos, jamás nos han predicado la virginidad, ni con sus discursos, ni con su vida? Es porque estaba reservado para el Señor el enseñarnos esta virtud, á él que, humillándose hasta hacerse hombre, enseñó á los hombres á elevarse hasta Dios. Era preciso que él, el rey de los sacerdotes, de los profetas y de los ángeles, fuese también el rey de las vírgenes. En la ley antigua no era bastante perfecto el hombre para abrazar la perfección de la virginidad.

La sangre con que fué inundado en la cruz el sagrado cuerpo del Hombre-Dios, ha lavado las man-

chas, ha consagrado y santificado todo el cuerpo de la humanidad y ha roto el antiguo encanto de la sensualidad. Con el virginal Hijo de la Virgen descendió á la tierra un nuevo perfume. Por todas partes por donde se deja sentir la benéfica influencia de la gracia, han brotado las azucenas de las almas puras: de todas las innumerables maravillas que han rodeado la cuna del cristianismo, ésta es la más brillante y sublime.

Qui potest capere capiat, (Mat., XIX 11,) estas palabras han creado un nuevo mundo, han realizado el antiguo ideal de una virginidad sobrenatural é inmortal, y han abierto una fuente de donde saca la fuerza y la vida todo lo que hay de bello, grande y sublime en la tierra. Hoy toda alma elegida debe, á imitación de Jesucristo, hacer el sacrificio de la vida de los sentidos, á fin de unirse con Él para siempre con el lazo de un amor puro, completo y sin mancha; aunque no todos son llamados á tanta perfección.

Es preciso también que esta alma sea la esposa del Espíritu Santo, como la Virgen María, madre fecunda de vírgenes, que no conoce otro esposo que el Espíritu Santo, que ignora lo que es la sensualidad; pertenece para siempre y en su belleza, siempre joven á este único esposo, y no tiene otro pensamiento ni otro deseo que el de agradarle.

La virginidad elegida libremente, con amor y espíritu de sacrificio, la virginidad abrazada para siempre y ligada á ella con un voto indisoluble, sostenida con perseverancia heroica y guardada con magnánima fidelidad; hé aquí la hermosa azucena que embalsama con sus divinos perfumes el jardín de la Iglesia, la preciosa flor del árbol del cristianismo, el noble fruto del espíritu cristiano.

Por este sacrificio de sí mismo que el hombre ofrece á Dios, el espíritu del hombre se diviniza; su cuerpo se espiritualiza y trasforma á la vez por el sacri-

ficio del espíritu, y la carne, esta cosa caduca y frágil, se conmueve ya con la esperanza de su glorificación. La castidad es la que hace *los ángeles en la carne* y de la tierra un cielo anticipado en donde no se contrae matrimonio.

La Virgen María, que se consagró á Dios como virgen (*Luc.* I, 34.), el nacimiento virginal del Salvador y su vida virginal, tal es la triple raíz de donde ha salido en la Iglesia la flor de la virginidad. El elogio de la virginidad, como imitación de Nuestro Señor Jesucristo y de su Santa Madre, se lee en las obras de muchos Padres de la Iglesia.

Ahora bien; que la virginidad debe ser considerada como el hecho propio y exclusivo del cristianismo, lo confiesan terminantemente escritores á quienes no se puede acusar de parcialidad con el cristianismo. Hé aquí la declaración que hace Schopenhauer: «El verdadero cristianismo lleva esencialmente consigo este carácter de ascetismo; esto es absolutamente cierto, por más que ahora haga el protestantismo grandes esfuerzos para borrar este carácter. Así hemos visto en estos últimos tiempos á los enemigos declarados del cristianismo acusarle de que enseña la abnegación, el sacrificio, la castidad, y especialmente la mortificación completa de la voluntad, en una palabra, de tener tendencias contrarias á las del mundo (en cuanto simboliza la decadencia del hombre representada en los siete pecados capitales: soberbia, lujuria, avaricia, etc, ya que considerado el mundo como sinónimo de la humanidad es precisamente á la que el cristianismo quiere redimir y regenerar: salvar), y han probado hasta la evidencia que estas tendencias son de la esencia del primitivo y sincero cristianismo. Ciertamente que ellos estaban en su derecho; pero presentar como una objeción contra el cristianismo lo que precisamente constituye su gloria y el carácter en que se manifiestan con más brillo su verdad y su

valor, esto indica un oscurecimiento de espíritu que no se explicaría si no supiésemos que hay cabezas que lo padecen, y de éstas hay millares. Imposible parece, en efecto, no reconocer que la tendencia ascética pertenece en propiedad al cristianismo desde su orígen, tal como ha salido de la esencia del Nuevo Testamento, para desarrollarse en los escritos de los Santos Padres; el ascetismo es la cima de la perfección adonde todo tiende á elevarse. La doctrina del celibato es enseñada ya formalmente en el Nuevo Testamento (*Mat.*, XIX, 11; *Luc.*, XX, 35, 37; *I Cor.*, VII, 1-11 y 25-40; *I Tesal.*, IV, 3; *I Juan.*, III, 3; *Apocal.*, XIV, 4). Eliminando el celibato, es decir, el punto principal del ascetismo, el protestantismo ha eliminado también por la misma apostasía al cristianismo en lo que le constituye esencialmente. Esta apostasía se hace más visible hoy, que el protestantismo se confunde más y más con el más estúpido racionalismo, con ese pelagianismo moderno que llega á enseñar que un Dios bueno, un padre amable creó un día el mundo por pasatiempo, lo creó muy bonito, y se ocupa ya en hacer otro más bonito y agradable. Esto podrá ser una religión muy cómoda para pastores amigos de lo confortable, bien casados, ricamente retribuidos é instruidos en las creencias humanas; pero no es el cristianismo.»

«Para no dejar decir á Jesús nada que estuviese en oposición con las ideas actuales (entre los protestantes), se han apresurado á atenuar su pensamiento, diciendo que no consideraba más que las circunstancias presentes, y que si había recomendado el celibato, había sido únicamente con el objeto de librar á sus discípulos de todo lo que pudiese servirles de obstáculo en sus trabajos apostólicos: pero el contexto no permite admitir esta interpretación, lo mismo que en cierto pasaje análogo, por ejemplo, *I Cor.*, VII, 25».

Strauss y Ern. Renan expresan el mismo pensa-

miento en sus *Vida de Jesús*; este dice que el cristiano perfecto es el monje que se somete á las reglas que tienen por objeto realizar el ideal evangélico. (1)

«La moral tradicional, dice Kirkegaard, no condenaría tan enérgicamente las pasiones del hombre, si no se presentase por todas partes como una necesidad absoluta, la abnegación del mundo, por ejemplo, en lo que se refiere á la virginidad consagrada á Dios».

*
* *

La virginidad y las mujeres en la Iglesia.—Consideremos ahora esos millares de almas virginales que nos presenta la historia, larga y blanca procesión guiada por el Hijo de la Virgen; veámoles agruparse en derredor del altar de la Virgen de las vírgenes. En todos los países cristianos se elevan agradables moradas que son de la paz celestial y de la virginidad, santos jardines de la vida interior y espiritual, así los benditos en donde se refugian las almas que aspiran á un objeto más digno que el que les ofrece el amor terrestre, y que sienten consumidas interiormente por un fuego inextinguible. Allí es donde se ven esos acabados modelos de perfección femenina, esas mujeres de un heroísmo completamente ideal, como Santa Inés. Por la naturaleza misma de las cosas, la vida virginal se manifiesta por el abandono del mundo y de sus vanidades, por la abnegación y por el sacrificio. La vida regular, con sus tres votos de pobreza, castidad y obediencia, era, por consiguiente, el fruto natural que debía dar la virginidad. El voto que consagra el corazón á Dios es el único lazo capaz de defenderle contra sí mismo, contra su propia inconstancia y contra sus caprichos.

1—Adviértase sin embargo, que todos los cristianos no deben ser monjes, religiosos, porque esto sería imposible, aún en su mayor número; pero el monje, el religioso perfecto, es el ideal del cristiano, como el sabio es el ideal del hombre inteligente, aunque la inmensa mayoría no es de sabios.

Allí reside el principio de toda vida noble y santa, de todo amor interior; de allí procede ese carácter de íntima profundidad que distingue á nuestra civilización cristiana. En otros tiempos se vió en éstas mansiones á la patricia romana, á la hija de los Escipiones, de los Marcelos, de los Anici, de los Paulo-Emilius, decir adios á las pompas mundanas, despojarse de su ropa de púrpura y de sus adornos de joyas, y hacerse la compañera de la que, ayer aún, era su esclava y no se presentaba ante ella más que temblando, y decirla: «Vén, hermana mía, vivamos para el celestial esposo.» Y ella, que antes se hacía llevar por esclavos, y para la que un traje de seda era una carga demasiado pesada, va ahora á levantar á los enfermos que yacen en las calles, les lleva á sus casas sobre sus espaldas y lava sus llagas. ¡Ah! nadie puede negar que esto es heroismo sublime, aunque el criterio positivista y sensual lo repugne.

Pero los mismos bárbaros formaron por esto una elevada idea de la mujer cristiana. La Virgen había difundido sobre todo su sexo el reflejo de su belleza inmaculada; las vírgenes y madres habían recibido una especie de santa consagración de aquella que es á la vez virgen y madre, María.

«¡Alégrate, oh Eva, dice San Bernardo, tú por quien el mal y el deshonor han invadido á tu sexo! Ha llegado el tiempo en que esta mancha será lavada. Habla ahora al Señor ¡oh Adam! y díle con un sentimiento de profundo reconocimiento: La mujer que me habéis dado por compañera me ha dado el fruto de la vida, y hé aquí que estoy regenerado.» Hoy, en efecto, la ignominia secular que pesaba sobre la mujer ha desaparecido, y mientras que antes no era más que la bestia de carga de la casa y un vil instrumento de placer, hoy se ha transformado en la reina de los corazones, y reina en el interior de la familia, protegida y defendida por su sublime dignidad de madre cristiana.

La posición de las mujeres en la antigüedad parecía estar en conexión con la antigua tradición conservada en los libros sagrados de la India y de la Grecia, lo mismo que en la Biblia, á saber, que *la compañera del hombre había sido su seductora y había introducido el mal en el mundo.* En su consecuencia, pesaba la maldición sobre la cabeza de aquella que había sido la causa del mal.

Excluida de la sociedad civil, cuyas leyes la declaraban en perpetua tutela, y privada de todo derecho, ocupaba el último lugar en la familia.

Degradada por una constante cautividad, deshonrada por la poligamia y el divorcio, descendía al rango de esclava del hombre y de una especie de mercancía que se compra y se vende. Cuando después de esto, trataba de endulzar su dura condición; cuando, rompiendo los lazos que la retenían cautiva en la casa del hombre, lograba con sus encantos subyugar á los hombres de Estado, á los filósofos y á los artistas, nada había ganado con esto sin deshonrarse con ellos; trasformada en cortesana, la especie de dominio que ejercía no era para ella más que una nueva deshonra.

Entre la esclavitud y la vergonzosa dominación de una Firné ó de una Aspasia, no había libre para ella más que un solo camino, permanecer virgen, encerrándose en un templo como sacerdotisa, ó como vestal. ¿Y quién podría asegurar que allí no había una débil reminiscencia del antiguo oráculo que anunciaba que la salvación del mundo vendría por una virgen?

En efecto, el cristianismo, salvando á todo el género humano, abolió muy especialmente, con la doctrina de la Virgen Madre, la ignominia que pesaba sobre la mujer. Y aunque todas las consecuencias del pecado no han desaparecido ni para ella ni para nosotros, sin embargo, han sido corregidos los inconvenientes morales.

No era posible que la religión desconociese la diferencia real y efectiva que existe entre los sexos, pero al mismo tiempo enseñó la igualdad de las almas. La debilidad de las hijas de Eva hubiera sucumbido bajo el peso del sacerdocio; pero han participado del poder de la oración, lo mismo que de la gloria y dignidad de la virtud.

Ellas han sido colocadas sobre los altares, y los Papas se han arrodillado ante sus imágenes. Ellas han permanecido ajenas á las penas y trabajos de la vida política, pero han participado de todas las libertades civiles. Ellas han creado las costumbres más poderosas que las leyes, y han tomado la mejor y principal parte en la educación, de la que depende el porvenir de los pueblos. Su competencia abraza tres cosas, que se penetran hasta lo más profundo de la vida: la maternidad, la pobreza y el dolor.

La misma transformación se realizó en la vida de la familia. Esposa por elección y libremente, la mujer se sienta como una reina en medio de sus hijos; la esposa ejerce la función de apóstol para con su esposo; las hermanas son los ángeles de la guarda de sus hermanos. Aun para aquellas que han cometido alguna falta es posible la rehabilitación, y las Afras, las Pelagias, las Marías Egipciacas y las Thais, han ganado la corona de la santidad.

Desde luego puede decirse que nada grande se hará en la Iglesia sin que intervenga en ello una mujer. Desde el principio se vió á gran número de ellas sufrir el martirio en los anfiteatros, y á otras retirarse á los desiertos para hacer allí una vida mortificada de anacoretas.

Después que Constantino plantó el estandarte de la santa Cruz sobre el Capitolio, Santa Elena elevó el lábaro sobre las ruinas de Jerusalén. Clodoveo invoca en Tolbiac el Dios de Clotilde; Santa Mónica compra con sus lágrimas la conversión de San Agustín; Santa

Nonna educa á San Gregorio Nacianceno; Antusa á San Juan Crisóstomo; San Jerónimo dedica su traducción de los libros santos á Santa Paula y á su hija Eustoquia; San Basilio y San Benito, primeros legisladores de la vida monástica, son ayudados por sus hermanas Macrina y Escolástica, y San Francisco es auxiliado por Santa Clara.

En los siglos posteriores, las castas manos de la condesa Matilde sostienen el trono vacilante de Gregorio VII; la sabiduría de la reina Blanca dirige el gobierno de San Luis; la doncella de Orleans salva la Francia; Santa Catalina de Sena sale atrevidamente al encuentro del Papa en Aviñón, y le decide á volver á Roma; Isabel de Castilla preside el descubrimiento del Nuevo Mundo; y por último, vemos después á una Santa Teresa figurar entre la multitud de obispos, doctores y fundadores de órdenes, que realizaron la reforma interior de la Iglesia; á San Francisco de Sales cultivar el alma de Santa Francisca de Chantal como una preciosa flor, y á San Vicente de Paul confiar á Luisa de Marillac la organización de la caridad.

«Constantino, dice M. Troplong, abrogó la tutela antenatural á que estaban sometidas las mujeres y reconoció á las mayores de edad derechos iguales á los de los hombres. En el mismo año (321), memorable ya por su ley sobre las manumisiones de esclavos, concedió á todas las madres el derecho general de tomar parte en la sucesión de sus hijos.

Entre Constantino y Justiniano se encuentran los acontecimientos que prueban que la mujer ha sabido elevarse á la altura de sus nuevos destinos. Hay mujeres que sostienen los imperios; otras que los convierten, las hay para la cultura de las letras, para las aventuras novelescas, para sublimes abnegaciones religiosas, en una palabra, para todas las cosas que alimentan á ese gran drama que tiene su desenlace en la edad media.

Ya, por consiguiente, las mujeres marchan á la cabeza de su siglo y dirigen los grandes acontecimientos.»

Pero las mujeres permanecieron siendo mujeres y los hombres hombres; mientras que en tiempo de la decadencia de Grecia y Roma, las mujeres notables renunciaban á los atributos propios de su sexo, es decir, á la castidad y al pudor, y tomaban las costumbres de los hombres, así como éstos tomaban las de las mujeres. Por eso el cristianismo ha elevado, pero no ha emancipado á la mujer, puesto que la emancipación de la mujer pondría de nuevo en peligro la existencia de la familia, y haría surgir la concurrencia de sexos, que, por precisión, daría por resultado, como en otro tiempo, la esclavitud de la parte más debil.

Entre los germanos, la Iglesia se valió principalmente de dos medios para poner fin á la degradante esclavitud de las mujeres: suprimió la poligamia y prohibió el divorcio. Una vez sentado el principio de que el derecho es igual para el hombre y para la mujer en todos los asuntos conyugales y domésticos, estos dos abusos debían desaparecer por sí solos.

Pero su influencia se ejercía también bajo otra forma menos rigurosa, modificándose según las circunstancias de tiempo y de lugar, para acomodarse en lo posible á las exigencias de las pasiones humanas, gobernar sus movimientos y evitar las explosiones perjudiciales. Antes de que hubiese degenerado en galanterías insípidas ó culpables, la caballería era una buena y santa institución. Todo lo que era débil, carecía de armas y de fuerza, encontraba en ella auxilio y protección; ella tomaba á su cargo la defensa de la viuda perjudicada en sus intereses, de la esposa ultrajada y del huérfano entregado á un tutor desleal. De trascendencia incomparable ha sido la obra de la regeneración de la mujer por la Iglesia; porque tal es la

influencia de la mujer en la sociedad que si ella se degrada todo queda contaminado, mientras que si la mujer se eleva todo se engradece con ella.

*
* *

La castidad, el sacerdocio y la Iglesia—Puesto que la virginidad es el fruto más sublime del espíritu evangélico, la prueba más fuerte y el principal efecto de estas virtudes y fuerza de lo alto, cuya divina efusión no cesa de descender á la vida terrenal para consagrarla y fecundizarla, ¿en dónde deberemos hallarla más necesariamente y más pura que en aquellos cuya misión es predicar el Evangelio?

Se necesitaba un sacerdocio virginal para celebrar los misterios de la Virgen; sólo unas manos virginales podían tocar el cuerpo virginal del hijo de la Vírgen; sólo los castos deben predicar la castidad; sólo el que todo lo ha sacrificado por medio de una renuncia voluntaria puede convenientemente y con autoridad exhortar á sus hermanos á la abnegación perfecta y al amor puro de Jesucristo.

Sólo con esta condición los sacerdotes serán dignos de la misión que el Cristo, el patriarca supremo de la nueva raza, les ha confiado de regenerar espiritualmente lo que ha sido engendrado carnalmente, y de continuar el ejercicio de su sacerdocio eterno.

Ellos deben ser los padres de los recien nacidos; siendo, por consiguiente, los padres de una raza espiritual, es preciso que estén exentos de la paternidad carnal. Ligados, como Jesucristo, por un matrimonio místico con la virginal Iglesia de Dios, deben darla sin cesar nuevos hijos; fundar un reino espiritual, y con la palabra y los sacramentos, con la virtud santificante, que el orden ha puesto en ellos, propagar la vida sobrenatural en todas las regiones y en todos los siglos.

Que la continencia es una cosa agradable á Dios y que aproxima al Cielo, convencido está de ello todo el género humano, que considera las funciones sacerdotales como incompatibles con el comercio carnal. El sacerdote israelista debía estar puro para entrar en el santuario, (*Levitic.*, XV, 18), y lo mismo sucedía entre los paganos. Los mismos principios se encontraron en la India, en la China, y hasta en el Perú y Méjico. (Cons. de Maistre, *Del Papa*, Volk, *El Celibato*). El protestantismo, permitiendo á sus pastores las segundas nupcias, se ha puesto en contradicción formal con su mandamiento formulado dos veces por el apóstol (*I Timot.*, III, 2; *Tit.*, I, 6). «El obispo no puede haber sido esposo más que de una sola mujer.»

Atrevido era, por parte de la Iglesia, no querer para sacerdotes más que vírgenes. Se ha dicho á veces que el celibato sacerdotal exigido por la Iglesia católica era efecto de un cálculo puramente humano. Los hombres no calculan de esté modo; un cálculo humano hubiera dado un resultado completamente contrario. ¿Qué otra religión, á no ser la de Jesucristo, hubiese concebido jamás la idea de componer exclusivamente de vírgenes un clero cuyos miembros se cuentan por centenares de miles y están extendidos por toda la superficie de la tierra? ¿Qué hombre se hubiese atrevido á pedir tal sacrificio al género humano? Solo la Iglesia, poniéndose á la puerta de su santuario, plantea, á todo el que se presenta para entrar en ella, esta cuestión. *¿Queréis ser casto como un ángel del cielo?*

Ella sólo ha empleado este lenguaje durante todos los siglos de su larga existencia, y sólo ella ha podido emplearle. Es que cree en la omnipotencia de la gracia, en un comercio incesante de Dios con el alma consagrada á él, del Dios, que hace fuerte y poderoso al debil.

Ella sabe que en su propio seno tiene manantiales de fuerza y de vida para contener los arrebatos de la

naturaleza y de los sentidos. Con este motivo, más de un sujeto, por más que esté dotado de ventajosas cualidades, y más de una vocación aparente se volverá triste como el joven del Evangelio (*Luc.*, XVIII, 23). La Iglesia no tiene cuenta con nada, desde el momento en que falta la condición capital. (*Luc.*, XVIII, 22). ¿Quién podría decir lo que vale un alma virginal? Todas las demás cualidades son terrenales; pero la castidad virginal no es de la tierra. (*Prov.*, XXI, 11).

Cuando el Señor celebra sus misterios, como el de la cena, quiere tener á su lado al ménos un alma virginal y casta como la de Juan, el apóstol virgen. Confiando en la promesa de su Divino fundador, la Iglesia cree firmemente que habrá siempre en el mundo una multitud de almas que solicitarán el honor de consagrarse á la virginidad para ponerse á su servicio, y que la gracia de Dios, que es bastante poderosa para suscitar hijos á Abraham hasta del seno de las rocas, sabrá también hallar para ella un sacerdocio elegido, aún en los tiempos de mayor corrupción.

Esto, sin embargo, no debía hacerse sino progresivamente. Cuando los apóstoles fueron llamados, la virginidad no existía aún como institución. Debía salir el ejemplo del Señor y del de su Madre virginal. Lo que desde el principio podía hacerse, se hizo. Se principió por poner esta condición y regla al ministerio pastoral: que el obispo no hubiese estado casado más que una sola vez; y entre los nuevos convertidos, la Iglesia no tomó para pastores de almas más que aquellos que nunca se habían divorciado, ó que habiendo quedado viudos no se habían vuelto á casar.

Despues hallamos la ley de la continencia impuesta á los eclesiásticos hasta en el matrimonio. Con el tiempo, cuando los principios cristianos se arraigaron y fructificaron, la elección de la Iglesia se limitó á

los hombres no casados y por lo menos á los viudos. Por último, mucho antes de la terminación de las grandes persecuciones de los tres primeros siglos, hallamos admitido como regla absoluta en el clero el voto de virginidad.

Este voto marca la línea que separa la simple vida humana con sus inclinaciones naturales, vida aprobada entre los cristianos y santificada, vida que es necesariamente la del mayor número, de otra vida más perfecta elegida libremente por un pequeño número, y que descansa sobre inclinaciones y esperanzas sobrehumanas y en un auxilio sobrenatural.

Por este voto el hombre dirige sus aspiraciones de felicidad terrestre únicamente hácia el sacrificio y elige sólo á Dios por su herencia. ¿Cómo el clero, cuyo sólo nombre significa *Dios por herencia,* podría tener otra que ésta? Cuando el imperio romano consideraba la Iglesia como su mortal enemigo y hacía inauditos esfuerzos para aniquilarla, entonces era cuando el clero, bajo la influencia sin cesar creciente del espiritualismo cristiano y á impulsos del sentimiento, también cristiano escogía su única herencia.

De este modo se llegó á considerar la virginidad como una condición que era preciso cumplir para entrar en la compañía de los que tenían por misión guiar y apacentar el rebaño de Cristo y que por lo mismo eran los que estaban más expuestos á las hostilidades del mundo.

Este voto de virginidad, que el judío miraba con horror y que el paganismo consideraba como una contradicción con el destino del hombre, vino á ser una institución y un poder sobre la tierra. Fué exigido para la consagración especial de los que debían continuar la obra del Señor, como la condición y prenda de su victoria sobre el mundo, de su éxito en su vocación y misión en el mundo, como condición de su independencia y duración, de su valor y de su espíri-

tu de sacrificio y como un signo que indica que son dignos de guiar á los demás y de servir de modelo á aquellos á quienes deben gobernar.

Y así es preciso que suceda en todos los tiempos; porque estos principios están fundados en la naturaleza de las cosas. Sólo pueden luchar con éxito contra el mundo, aquéllos que nada tienen que temer de su cólera, ni que esperar de sus favores.

Todo poder ejercido sobre las almas supone el sacrificio, y si está separado del sacrificio, se hace infiel á su orígen é impotente. Los que ocupan el lugar del Cristo en el gobierno de las almas, están obligados á seguirle, porque seguir es imitar, y esta imitación es la que marca el límite entre lo terreno y lo celestial, entre lo natural y lo sobrenatural.

La confianza de la Iglesia no ha redundado en perjuicio suyo. Hace más de diez y nueve siglos que pasa entre las filas de sus enemigos, que la observan con millares de ojos abiertos. El mundo conoce que la virginidad de tantos hijos é hijas de la Iglesia, es su más bello y sublime adorno y el sello resplandeciente del espíritu que la gobierna; que carece de fuerza contra una institución que dispone de semejantes poderes y que le condena á él mismo. Hé aquí otra gloria de la Iglesia que quisieran arrancarle sus adversarios para envilecerla y debilitarla.

Un sólo ejemplo de esta naturaleza, es una prueba de la divinidad de una religión, y una prueba que nadie podría refutar, porque es el efecto de un poder sobrehumano y que se encuentra por encima de todo cuanto puede hacer una civilización puramente humana, aún la más grande y elevada.

De aquí ese triunfo del mundo cuando descubre una mancha en el puro cristal de un alma virginal, como si la Iglesia acabase de perder una de las más hermosas perlas de su corona; de aquí esa alegría de malignidad diabólica, cuando por casualidad un sacerdo-

te de la Iglesia ha dejado empañarse el oro puro de la castidad, y el mundo, olvidando que también el angel ha caído, le dice: Hé aquí que has caído como nosotros; tú eres lo mismo que uno de nosotros. Es la satisfacción del pequeño en la caída del que está más elevado, sin desconocer su elevación.

Ozanam ha escrito estas líneas acerca de la importancia del celibato eclesiástico: «Si el episcopado era una magistratura, el clero formaba un ejército; era necesaria una disciplina y lo fué el celibato. Desde los tiempos apostólicos, la ley prohibía el matrimonio á los obispos y á los presbíteros, y tres concilios del siglo VI, los de Elvira (305), de Cartago (390), y de Turín (397), habían impuesto la continencia al clero de Occidente, de donde se sigue qua nada hay más antiguo que esta regla que se ha querido hacer pasar por obra de Gregorio VII. El sacerdocio cristiano quería todo el vigor de la virginidad y toda la independencia de una vida solitaria. Era necesario que el sacerdote pudiera introducirse en las comarcas desconocidas entre los infieles, sin mirar atrás.

No era conveniente que necesitase del favor de los grandes, de la complacencia de la multitud, ni de otra cosa que del pan de cada día, quo no falta jamás. Estaba tambien en el interés de las naciones, que el sacerdocio no pudiese hacerse hereditario, que tomase sus reclutas de la sociedad laica, y que estuviese, por decirlo así, adherido á ella por sus raíces. Sin embargo, si bien todo el mundo podía entrar en la Iglesia, convenía que al entrar en ella se hallase el celibato como una compensación de los privilegios del sacerdocio, y que la grandeza del sacrificio hiciese dudar, al llegar á los umbrales, á aquellos que no hubiesen sido llamados. Nada más sabio que esto, pero nada más nuevo también para los bárbaros. Lo que constituía el orgullo y la fuerza del bárbaro era, no tanto sus armas, como su familia; era la fecundidad de su mujer

y el vigor de sus hijos; era un numeroso linaje de parientes que combatían con él en las batallas, que juraban por él ante los jueces si era acusado, y que debían vengar su muerte.

Cuando los germanos convertidos entraron en las filas del sacerdocio, no renunciaron sin sentimiento á estos poderosos atractivos de la naturaleza humana.... Fué un espectáculo provechoso el de un gran pueblo sacerdotal, libre de los instintos de la carne, juzgados por tanto tiempo como irresistibles. Cuando se vió á estos hombres sin hijos, que tomaban al género humano por familia y á las naciones por su posteridad, se principió á conocer algo más puro y más fuerte que la autoridad paterna, una paternidad de las almas, un poder libre por completo de los lazos de la sangre. Se comprendió la posibilidad del cariño por intereses más amplios que el parentesco, y se manifestó la idea del bien público. Pero el ejemplo decisivo y que acababa de ilustrar los espíritus, era el del clero monástico.»

La importancia del celibato sacerdotal ha sido reconocida hasta por protestantes imparciales, como Steffens y Luden.

*
* *

La castidad y la prosperidad de las naciones. —La virginidad ha elevado como una gran muralla, como un poderoso baluarte tras del cual se han abrigado por espacio de diez y nueve siglos los bienes más preciosos y más santos de la humanidad, y que les ha preservado y preservará de las devastadoras olas de la sensualidad, á la que acompañan siempre la violencia cruel y la destrucción. Ella ha comunicado á los individuos, lo mismo que á los pueblos, una nueva juventud, ha refrescado la sangre de las naciones y ha dado alas á las almas para elevarse á las regiones de lo ideal. Ella ha hecho millones de

santos, ha fundado millones de asilos para el desarrollo de las más nobles facultades del hombre, ha creado establecimientos para el aprendizaje y práctica de todas las artes y de todas las ciencias; ella ha predicado, enseñado y alimentado á los pobres, ha cuidado á los enfermos, ha cultivado la tierra y ha colonizado. (1)

Antes que todo, estas fundaciones monacales eran moradas de paz, oasis de santidad en medio del desierto del mundo; el corazón que renunciaba á sí mismo para dedicarse por completo al amor eterno y trabajar en su santificación, encontraba allí un imperturbable reposo en Dios, dirigía desde allí sus oraciones al cielo por la salvación eterna y bendición temporal de los hombres, por el rey y por el pueblo, por la patria y por la Iglesia, pidiendo á Dios que haga descender sobre la tierra el rocío de su gracia. Eran como otros tantos centros vitales donde irradiaban sobre el mundo la civilización y las buenas costumbres, la dignidad de la vida y la paz.

«Las comunidades religiosas, ha dicho el gran Pío IX, muy numerosas desde su orígen, se han hecho notar de todo el mundo por el gran número de santos y sabios que han producido, hombres que, inflamados de amor á Dios y á sus semejantes, no conocían otro placer que poner todo su cuidado en llevar día y noche en su cuerpo la mortificación de Nuestro Señor Jesucristo, en propagar la fe católica de uno á otro confín del mundo, en sufrir con alegría todas las amarguras, todos los tormentos y hasta la misma muerte, en arrancar á los pueblos groseros y bárbaros de las tinieblas, del error, del salvajismo de sus costumbres y de la tiranía de todos los vicios, para

1—«Las tres octavas partes de las ciudades y pueblos de Francia, deben su existencia á los monjes.» Montalembert. En Alemania la proporción sería aún más considerable. El obispado y la abadía hicieron más por la civilización y el desarrollo de las ciudades, que el comercio y el lujo de los palacios imperiales. Dœllinger.

conducirlos á la luz de la verdad evangélica, y la práctica de las virtudes y de la moral cristiana; y por último, en cultivar, conservar ó hacer nacer las letras, las ciencias y las artes. Revestidos de la gran misericordia de Jesucristo, no hay un acto de heroica caridad que no hayan practicado; hasta el sacrificio de su vida por la edificación de la piedad cristiana, por el consuelo de los esclavos, de los cautivos, de los enfermos y de los pobres.»

«Todos los oficios, dice Neander (*Historia de la Iglesia*), que podían conciliarse con los hábitos de la vida monástica, eran ejercidos allí, y ejercidos según el espíritu cristiano que debía animar á cada profesión. La oración, la lectura de la Biblia, los cánticos piadosos alternaban con el trabajo corporal ó le acompañaban: el monaquismo fué el que especialmente puso de manifiesto la opinión cristiana acerca de la igualdad original de todos los hombres ante Dios; á las distinciones admitidas en la sociedad civil opuso la imágen de Dios, cuyo sello llevan del mismo modo todos los hombres... El desprecio de las apariencias terrenales y el amor del prójimo brillaron en todas las manifestaciones de la vida monacal... Los conventos vinieron á ser escuelas que se distinguieron por el esmero con que se dedicaron á la cultura religiosa y moral, en aquellos tiempos en que la educación estaba tan abandonada... Los monjes merecieron además bien de la humanidad por la práctica de la hospitalidad y de la beneficencia. Los monasterios de Egipto distribuían alimentos por los áridos desiertos de la Libia, y hacían partir navíos cargados de trigo y de vestidos para ser distribuidos entre los pobres.»

También en nuestros tiempos ha habido monasterios y bosques. La industria ha desmontado éstos para plantar betárragas en su lugar, y ha suprimido aquellos para trasformarlos en fábricas. Pero el suc-

lo se ha hecho árido y estéril desde que le falta un regulador para la humedad y el calor, y las fábricas se han trasformado en horribles lugares habitados por la pobreza, la miseria y el vicio.

«Los Benedictinos, ha dicho Guizot, han cultivado la Europa». Lo que no era obra de *holgazanes*.

«Una abadía, dice A. Thierry, no era sólo un lugar de oración y de contemplación, sino que era también un asilo público contra la invasión de la barbarie. Este lugar de refugio para los libros y las ciencias, encerraba también talleres de todos los géneros, y sus tierras formaban una granja modelo. Esta era la escuela adonde venían á instruirse los conquistadores que, con un interés bien entendido trataban de cultivar y colonizar sus dominios.»

Miguet y Cibrario (*De la economía política*, etc.) llaman á los monasterios «repúblicas agronómicas, industriales y económicas.» Á ellos principalmente debe el comercio su desarrollo. Se necesitaba todo su espíritu de sacrificio, de abnegación y de disciplina para transformar tantos eriales estériles en tierras cultivadas y fértiles. Los monjes roturaron los viejos bosques, regularizaron las corrientes de agua, desecaron los pantanos y robaron á las aguas por medio de diques, fértiles terrenos. En el Norte activaron las relaciones comerciales y fundaron la industria. En otras partes conservaban las selvas y creaban otras nuevas. En las comarcas septentrionales se dedicaban con preferencia á la cría de ganado, y en los climas templados al cultivo de cereales, de legumbres ó de vino; y también por ellos han progresado los oficios.

«La agricultura perfeccionada es originaria de los conventos, dice Roscher; éstos eran escuelas de progreso económico, á la vez que espiritual. De ellos ha recibido la Noruega cuantos frutos cultiva. Los trabajos de irrigación de la Lombardía han sido he-

chos en su mayor parte por hombres de la Iglesia.» En los conventos ha sido en donde se ha visto principiar la división del trabajo.

«Yo he visto libros de operaciones catastrales de los siglos XIII y XIV, dice A. de Tocqueville, los cuales son obras maestras de método, claridad, exactitud é inteligencia.» Y no han sido superados en los tiempos posteriores y esto á despecho del progreso general de las luces.

Los monasterios aplicaban en grande escala el principio de la división del trabajo. «Los habitantes del famoso monasterio de Bangor, en el país de Gall, estaban divididos en siete secciones, cada una de trescientas personas, obreros y peones. En un monasterio irlandés, tres mil religiosos se alimentaban con el trabajo de sus manos. De este modo los monjes abrieron el camino al trabajo libre y prepararon el desarrollo de la clase media. Se puede afirmar, dice Mascher, que los monasterios, instituciones derivadas de la más pura doctrina evangélica, han sido la cuna de las artes, y que á la sombra de los conventos el arte se ha separado por primera vez del oficio.»

Hé aquí lo que dice M. Guizot (en su Hist. de la Civiliz. lec. VI): «El segundo hecho que pertenece á aquella misma época (la de la invasión de la Europa meridional por los bárbaros del norte) es el engrandecimiento del orden monástico en el Occidente. Sabe todo el mundo, que á principios del siglo VI dió San Benito su regla á los monges del Occidente, y que, poco numerosos hasta entonces, tomaron un incremento prodigioso. Aunque antes de aquella época se sacaban y elegían de entre los monges muchos sacerdotes, y aún obispos, no eran reputados aún miembros del clero; esto no tuvo lugar hasta fines del siglo quinto y principios del sexto. Viéronse en aquella sazón muchos sacerdotes y muchos obispos abrazar la vida monástica, *obedeciendo los im-*

pulsos de su ascética religiosidad; y entonces fué, cuando de repente hizo el orden monástico rápidos é imponderables progresos. Por otra parte, los monges herían con más fuerza la imaginación de los bárbaros; su nombre solo les infundía respecto: *su vida ejemplar* les inspiraba veneración y acatamiento. El clero secular, un simple sacerdote, un obispo, era para ellos una cosa común, tan usada, estaban tan acostumbrados á verlos, á robarlos, á maltratarlos, que ninguna superioridad podían ejercer sobre ellos. Atacar empero un monasterio, insultar á tantos *hombres santos* reunidos en un lugar sagrado, era trascedental, era más horroroso. Héteos aquí como los monasterios se convirtieron durante la época de la barbarie en impenetrables asilos para la Iglesia; y héteos aquí como la Iglesia pudo ofrecer un lugar seguro á los seglares. Los *hombres piadosos* se refugiaron á ellos, así como en el Oriente se habían refugiado á la Tebaida para huir la vida mundanal, para librarse de la *corrupción* escandalosa de Constantinopla».

Así habla un verdadero filósofo, sea de la opinión que quiera, pero que tiene rubor de conculcar audazmente la historia á presencia de sus contemporáneos y en el juicio de la posteridad.



La castidad, la virginidad y el matrimonio.— La llama del amor divino, traida á la tierra por el Señor, estaba ya desde entonces encendida y extendía por todas partes sus resplandores. Sus rayos cayeron sobre el matrimonio y sobre el amor terrenal, que ennoblecieron y santificaron, dando de este modo á la unidad é indisolubilidad del lazo conyugal su más segura salvaguardia.

A las costumbres groseras de los pueblos bárbaros que invadieron el mundo civilizado, lo mismo que á la

corrupción y sofística de los tiempos posteriores, la Iglesia opuso, en sus almas consagradas á Dios y en primera línea en su sacerdocio, el ejemplo de una castidad absoluta, como una prueba irrefutable; echó por tierra todas las objecciones, y con el espectáculo de una continencia completa y perfecta, dió á sus leyes matrimoniales una consagración inviolable.

El protestantismo ha tratado de condenar la virginidad, con el pretexto de que es un insulto al matrimonio; pero la historia ha puesto en claro el lazo que es une estrechamente.

Los dos tienen sus raíces en el mismo suelo, beben en la misma fuente y descansan sobre el mismo pensamiento fundamental, á saber, que hay juramentos pronunciados ante Dios y ante la eternidad, que el hombre no debe romper, ya obliguen á un alma para con Dios, ya á dos almas entre sí, ante Dios y para siempre; que el conocimiento adquirido por el hombre en la hora de la iluminación, y el estado de la vida elegido por él, son siempre una verdad y un deber, aun en los momentos en que las nubes impuras de la sensualidad se extienden sobre su espíritu; y por último que hay una gracia bastante poderosa para resistir á todos los asaltos de un corazón sublevado por las locas pasiones. El protestantismo ha minado la virginidad, y con el mismo golpe ha quebrantado los fundamentos sobre que descansa el matrimonio cristiano.

«*No hay una sola de las objecciones hechas contra la vida monástica, que no pueda aplicarse con la misma fuerza á la vida conyugal.* El cristiano, el verdadero sabio, sabe muy bien que jamás las obligaciones voluntariamente perpetuas han hecho al hombre desgraciado de una manera permanente: él sabe, por el contrario, que son indispensables para el triunfo del orden y de la paz en su alma. Lo que le atormenta y le consume, no es la regla ni el deber;

es la instabilidad, la agitación, la fiebre del cambio». (Montalembert, *Los Monjes de Occidente*).

Esta terrible consecuencia del error protestante se ha manifestado al fin con el tiempo, y la herejía busca hoy con ansiedad, sin poder encontrarle, un medio de evitar la inminente ruina del matrimonio.

Desde el momento en que los pastores y los doctores de los pueblos no han ejercitado con la práctica de la virginidad las facultades más elevadas del alma humana, y que el ideal de la castidad no ha iluminado ya su vida, desde entonces les ha faltado el valor á ellos mismos, y á su palabra la fuerza necesaria para conducir á los demás á esta virtud.

Desde el momento en que desapareció el sacerdocio virginal, único capaz de proteger la pureza del matrimonio contra los asaltos y la petulancia de las pasiones, fué roto el dique que hasta entonces había defendido la santidad de la unión conyugal, y las impetuosas aguas de la sensualidad minaron hasta sus últimos fundamentos. La ley conyugal dejó de ser santa é inviolable desde el momento en que no estuvo ya en manos de los hombres capaces de apreciar las cosas de la vida con mirada tranquila é imparcial y con corazón libre y fuerte.

No, ciertamente; si la Iglesia hubiese pesado con la balanza de los hombres las fuerzas de que dispone la naturaleza humana, lo mismo que las dificultades que tenía que vencer, si hubiese apreciado con ojo humano las probabilidades en pro y en contra, jamás hubiese hecho un dogma de la virginidad sacerdotal, ni de la indisolubilidad del matrimonio.

En los dos casos el espíritu de Dios es el que la ha impulsado y el que ha hecho lo que estaba por encima de todos los cálculos y razonamientos humanos. Desde los reformadores hasta los modernos predicadores de la emancipación de la carne, ha sido demostrado que el que ataca á la virginidad ataca

también por el mismo hecho á la santidad del matrimonio. Ella sola es la que eleva un dique para impedir que los intereses materiales y los goces sensuales inunden toda nuestra vida; es como una voz que nos llama de lo alto, como un testimonio siempre persistente de la naturaleza supra-terrestre del hombre.

Por más que la virginidad tenga por objeto principal hacer vivir la vida espiritual, sin embargo es indudable que contribuye también al bienestar físico y social. Ella sola tiene el secreto de poner límites al formidable crecimiento de un exceso de población enervada por la inmoralidad; así como también la de crear, por la influencia de las costumbres castas, pueblos fuertes, sanos y contentos con su suerte, en tanto que todos los medios indicados por nuestros economistas adolecen de crueldad é injusticia y forman verdaderos atentados contra la naturaleza y la moral.

***

La castidad y la población—El siglo XVIII había condenado el celibato religioso y había destruído los monasterios por la razón de que la fuerza de los Estados crecía con su población. Hoy está hecha la prueba. El pauperismo, en unión de la inmoralidad, de la sed de placeres, de la envidia, del orgullo, y resultado en gran parte de estos vicios, el pauperismo, está en pié como un espectro amenazador en el fondo del cuadro.

Hoy se quiere poner trabas al matrimonio como antes se ponían al celibato religioso. Rousseau, Warburtan y Montesquieu combaten el celibato porque dificulta el movimiento de la población y hace más costoso el trabajo, disminuyendo el número de trabajadores.

Hoy el problema es otro; con Malthus ha principiado la reacción. El Estado no tiene más que tres medios para oponerse al exceso de población: el vicio, la fuerza y las influencias morales. ¿Quién se atrevería á decidirse por los dos primeros? Roma pereció por la falta de población; y esto era la consecuencia de los vicios. Ninguna ley podía crear el matrimonio casto, esta fuente única de una población numerosa y sana.

Pues bien; la falta y el exceso de población son dos peligros que la Iglesia supo evitar. Ella favorece el matrimonio, pero aleja de él los abusos; no teme la fecundidad, pero exhorta al trabajo. Ella modera indirectamente la población y previene su exceso con el celibato de los sacerdotes y de las órdenes religiosas, que sirviendo de modelo á las personas no casadas, son una predicación contínua de la castidad (1).

La prohibición del matrimonio por falta de medios de subsistencia, aconsejada por Malthus, quita al pobre aquello de que más necesita, el consuelo, el lazo moral de la familia, la felicidad del hogar doméstico; estándole prohibido el matrimonio legítimo, se entrega al concubinato, y recarga á la sociedad con sus bastardos, desgraciada semilla cuya multiplicación no puede menos de tener funestas consecuencias.

Estando demostrado que la prohibición es impotente, á la vez que contraria á la moral, no queda otro recurso más que el crímen y los vicios contra la naturaleza, dos medios ya propuestos por Platón para su república, y admitidos también por Aristóteles. Pero el crímen de infanticidio autorizado ocasionará infaliblemente, excitado por el egoismo y por el interés, la falta de población. En los países católicos, mien-

1—«Ya en 1868 el numero de mujeres á las que la desproporción de sexos impide casarse era en Inglaterra y en el país de Gales de cerca de 400.000. Las mujeres que viven fuera de matrimonio pasan de 1.500.000.» (*Gaceta general de Augsburgo.*)

tras vive en ellos la fe, vemos, á pesar, ó más bien á causa del celibato religioso, aumentar constantemente á una población vigorosa y sana (1); como sucede, por ejemplo, en Italia.

Por todas partes por donde el principio del bienestar material es proclamado por una sociedad como su principio dominante, podrá aumentar el número de matrimonios y de uniones ilícitas, pero su fecundidad disminuirá en la misma proporción.

Si se introduce en las costumbres un lujo exagerado, veremos entonces una deserción general del matrimonio, que estará siempre en razón directa de la decadencia de las costumbres en los dos sexos y del decrecimiento de la población (2). Las leyes civiles son hoy tan incapaces para impedir que impere siempre este estado de cosas, como lo fué en otro tiempo la ley Papia-Poppœa entre los romanos.

Sólo la Iglesia, con la enseñanza y práctica de la castidad, con la sobriedad, la moderación y el amor al trabajo, que favorece, con el principio del amor del prójimo que practica, lo mismo con el niño abandonado y con el huérfano, que con el jefe de familia que cae en la miseria, es capaz de crear una población sana y fuerte, condición indispensable para todo progreso material.

Y todo esto lo realiza con espíritu de libertad conforme al principio del Apóstol. (*I Cor*, VII); así que estaría en el interés de los Estados fomentar la influencia de la Iglesia en vez de contrariarla, como lo hacen hoy día; pero ya la pagarán.

«Es un triste triunfo de la moderna economía po-

1—Para los datos justificativos véase Perin. *op. cit.*, p. 595. La inmoralidad entre los pueblos salvajes es causa de la falta de población, lo mismo que la poligamia. Roscher.

2—La lujuria ayudando y el concubinato estéril reemplazando al matrimonio político, marchamos al mismo término que tuvo la Roma imperial.» Proudhon.—El descenso de población de la Grecia y de Roma siguió la misma marcha que la decadencia de las costumbres.

lítica, dice Arnoldo (1) á propósito de los obreros de las fábricas de Lancaschire, el haber producido esta raza de hombres macilentos y encorvados, de ojos tiernos y estúpidos, de rostro enjuto y de una palidez enfermiza, de facciones alteradas y de miembros deformes». La industria produce el aumento y el descenso de población á la vez.

Malthus fué el primero que se apercibió de los límites naturales de la humanidad; él demostró que no es sólo por ciertas leyes caprichosas por lo que toda la tierra no es para todos una tierra de promisión, sino que es debido también en parte á la parsimonia de la naturaleza, y más que nada, á las pasiones y vicios de los hombres.

Las consideraciones generales de Malthus pueden pasar por un resultado adquirido á la ciencia; aunque ya en 1790 Ortes había afirmado que en una población convenientemente desarrollada el celibato está en proporción del matrimonio.

*
* *

La libertad y la castidad en el cristianismo—El celibato sacerdotal es también la base sobre que descansa la prerogativa más grande, y la más importante de las consecuencias del mundo cristiano, quiero decir, la separación del poder espiritual y del poder temporal; la libertad religiosa.

Sin el celibato sacerdotal, la Iglesia estaría desde hace mucho tiempo confundida con el Estado; las

1—«Lo que es necesario ante todo es la previsión del obrero; es preciso que sepa dominarse y que evite tener muchos hijos; sin esta virtud, las condiciones más favorables no tardarían en ser alteradas. Roscher. ¿Pero de dónde sacará esta virtud el pobre?—St. Mill. (*Principios de economía política*), declara que no hay otro remedio para esto más que el considerar y tratar el hecho de procrear hijos en la pobreza lo mismo que á la embriaguez ó á cualquier otro desórden físico. Dice que la obligación moral de no dar á luz ningún hijo que deba ser una carga para la sociedad debería convertirse en una obligación legal. Kirchmann opina por el libertinaje [*Social-Democrat.*] ¡Qué aberraciones, por apartarse de las doctrinas de la Iglesia!

dignidades espirituales se habrían perpetuado como los feudos temporales, el príncipe sería á la vez Obispo y el emperador Papa, y la Europa hubiera visto extinguirse y desaparecer de su seno hasta la idea de la separación y de la independencia de los dos poderes, esta idea que el mundo pagano jamás ha comprendido en ninguna parte.

Esta separación es la que ha hecho libre á la Iglesia y la que ha protegido el derecho de Dios y de la conciencia contra los atentados del poder político.

«A no ser por el celibato hace mucho tiempo que el clero católico, con su admirable organización habría venido á ser una casta sacerdotal hereditaria.» (Rielh, *La sociedad civil*).

En la lucha del obispo de Beauvais contra sus canónigos y sus presbíteros, hallamos una razón capital de la lucha sostenida por los Papas. Los canónigos de este tiempo creían poder dar la vida legítimamente á un canónigo, y los sacerdotes á un sacerdote. De este modo la sucesión espiritual hubiese sido trasmitida por la sangre, lo mismo que en el judaismo y y en las castas sacerdotales paganas... Todo se dividía entónces en castas: la nobleza dependía únicamente del nacimiento.

La Iglesia debía necesariamente producir una reacción. Sin el celibato, las que se llaman clases bajas se habrían hallado excluidas del estado eclesiástico, como ha sucedido en todas las sectas que han rechazado el celibato. No habría en la Iglesia un solo lugar para el hombre ó el cristiano como tal.

En la Iglesia católica y sólo en ella reina la libertad y la igualdad ante la ley; en ella no se encuentra ni aún huellas de ese desprecio universal que pesa sobre las clases bajas, á pesar de todas las leyes constitucionales.

En los tiempos del feudalismo, la ley del celibato fué la única salvaguardia del respeto del hombre; el

hijo del siervo se igualaba con el conde llegando á ser obispo; se reconocía de hecho que la ciencia y principalmente el mérito intelectual, valía tanto como la nobleza hereditaria.

El celibato impedirá siempre en lo sucesivo que los príncipes se hagan pontífices á la vez y mantendrá á la Iglesia y al Estado separados, y libres cada uno en su esfera. Si el obispo pudiera casarse, ¿qué es lo que impediría al príncipe ser soberano pontífice? En vano se aducen ciertos ejemplos, sacados de la historia moderna, en donde, á pesar de la supresión del celibato, la Iglesia y el Estado han continuado separados; se trata de saber, no lo que hoy sucede, sino lo que sin el celibato hubiera sucedido.

Todas las Iglesias separadas han tomado de la Iglesia católica, como un bien hereditario, la idea de la libertad eclesiástica. Si la Iglesia católica hubiera sido ya absorbida por el Estado antes de la separación de estas Iglesias, lo que necesariamente hubiese sucedido sin el celibato, estas mismas Iglesias no hubiesen tenido ni una sombra de independencia y ni aún hubiesen podido nacer.» (Mælher *Obr. complet.*)

Jamás se ponderará bastante este beneficio social y esta gloriosa conquista de la Iglesia; en efecto: «los que combaten á la Iglesia católica no tienen noción alguna del profundo pensamiento que ha presidido á su fundación; no sospechan que la independencia del poder eclesiástico es la única que sostiene la independencia moral del hombre, el mayor presente que ha podido hacerse al género humano, y que ha bastado por sí solo para elevar la civilización de los pueblos modernos, que es obra suya, tan por encima de la de los pueblos de la antigüedad.» (De Fiquelmont. *El aspecto religioso de la cuestión de Oriente.*)

«Antes, es decir, cuando el emperador era también gran pontífice, el mundo estaba sumergido moralmente en el oprobio, en la barbarie, en la muerte y en la

ruina, y por qué causa, sino porque los romanos dejaban que un solo hombre ejerciese sobre todos los demás un poder absoluto en las cosas tanto espirituales como temporales.» Juan de Muller (*Escritos históricos*).

Solo el poder de los Papas, dice M. Coquerel (*Historia del cristianismo*) ha impedido los excesos del despotismo. Por eso, aún en los tiempos más borrascosos de la edad media, no hallamos tiranía alguna que se pueda comparar con la de un Domiciano en Roma. Un Tiberio se había hecho imposible, Roma papal le hubiese aniquilado. Los grandes déspotas se forman porque, imaginándose los reyes que no existe poder alguno por encima de ellos, se hacen capaces de los más formidables excesos, dejándose arrastrar de la ilusión de un poder sin límites».—Por esta razón el despótico emperador Federico II consideraba muy dichoso á su contemporáneo Saladino, porque no tenía un Papa frente á él; y el Czar se declaró autócrata, soberano, de la Iglesia rusa.

M. Guizot expresa el mismo pensamiento, en *La Iglesia y la sociedad cristiana*, declarando que la separación de los dos poderes sostenida por el Papa es el fundamento de nuestra civilización. Y en la *Historia de la civilización*, dice: «La separación de lo espiritual y de lo temporal ha sido, pues, el orígen de la libertad de conciencia más vigorosa y más amplia. El gran principio de esta libertad estaba depositado en la cuna de la civilización europea; y la Iglesia cristiana es la que le ha introducido y sostenido.»

Todo lo que puede decirse en alabanza de la castidad y de la virginidad se resume en la palabra con la que la designa el lenguaje usual. Es la perfección moral en el sentido más elevado de la palabra.

El antiguo protestantismo, rechazando la virginidad ha completado la obra de destrucción de los fundamentos de la vida moral, que ya había principiado con su enseñanza doctrinal de la fe sin obras.

Pero aún no hemos manifestado la razón más profunda y última que explica por qué la virginidad hace la felicidad del género humano.

La virginidad no es otra cosa que el sacrificio que el hombre hace de su corazón, que pone todo entero, sin reserva y con todas sus afecciones en manos de Dios. El que no tiene mujer no se cuida más que de una cosa, de como agradará al Señor; pero el que tiene mujer cuida de las cosas del mundo, piensa en agradar á su mujer y está dividido.

Jamás se ofrece á Dios un sacrificio sobre la tierra, sin que descienda una bendición del cielo. La mujer que es madre y el hombre que es padre no pueden disponer de su último trozo de pan en favor del pobre; pertenece primero y ante todo á sus hijos; á sus hijos pertenecen también su amor, sus cuidados y su trabajo, como es natural; y han perdido la libertad de poderse sacrificar como el Cristo se ha sacrificado.

Desde el momento en que un hombre tiene mujer é hijos, está en el deber de alimentarlos: «El que no cuida de los suyos es porque es un pagano.» (II, *Tim*, V, 8.) Cuidar de la familia y correr tras de la oveja descarriada son dos deberes incompatibles, que no deben ser impuestos á uno mismo, puesto que son opuestos entre sí.

El hombre casado haría por necesidad del ministerio pastoral una profesión, un medio de ganar la vida, lo cual está en contradicción con su naturaleza. La misión del sacerdote es continuar el ministerio de Cristo entre los hombres; y por eso debía necesariamente y por la naturaleza misma de las cosas, estar libre del lazo matrimonial, debía ser célibe.

Sólo la mujer que ha permanecido extraña al hombre, puede consagrarse y sacrificarse en el servicio de los pobres y en el alivio de todas las miserias. Sólo el que se ha entregado por completo á Dios puede ser una hostia ofrecida por sus hermanos.

El sublime amor del prójimo en el cristianismo— De este modo se nos manifiesta la tercera flor que se abre sobre el árbol de vida de la Iglesia católica, el santo amor del prójimo, que es una emanación del amor de Dios. «Os doy un nuevo mandamiento, que os ameis los unos á los otros. (*Juan*, XV, 17.)

Si dirigimos nuestras miradas sobre el mundo antiguo, ¿qué descubrimos? De un lado un pequeño número de ricos, de poderosos, de privilegiados y felices, y de otro una gran masa, un rebaño de esclavos.

El principio de su moral, el objeto de sus esfuerzos, el móvil de todas sus empresas era el egoismo, que para los particulares no tenía otro límite que el egoismo del Estado.

El pagano amaba exclusivamente á aquel de quien él era amado, y consideraba muy natural y hasta como un precepto, el odiar á su enemigo. El mismo israelita, á quien había sido mandado que amase á su prójimo, (*Deuteron.*, VI, 5), preguntaba: ¿Quién es mi prójimo? (*Luc.*, X, 29.) Y entónces el Señor dijo: «Os doy un mandamiento nuevo, el mundo conocerá que sois mis discípulos si os amais los unos á los otros». (*I Juan.*, III, 18).

Su palabra se ha cumplido, y se ha hecho un principio de vida y de amor en millares de corazones. «Ved cómo se aman», exclamaba con admiración el mundo pagano, en vista de las obras de sublime caridad y de abnegación sin límites de los cristianos para con sus hermanos.

En efecto, es preciso que este amor haya sido muy poderoso entre los cristianos contemporáneos de los Apóstoles, pues de otro modo no se hubiese realizado jamás la fusión de elementos tan distintos y aún contrarios, como lo eran los judíos y los paganos, hombres libres y esclavos, pobres y ricos, sabios é ignorantes. (Dœllinger, *El cristianismo y la Iglesia*).

Por todas partes por donde pasaban los mensajeros

de la fe, los mensajeros de Dios, que es amor, este amor sublime y divino seguía sus pasos. El ha elevado los sentimientos del individuo, ha penetrado y consagrado la familia, ha regenerado la sociedad, ha ennoblecido y embellecido la vida.

Hoy la esclavitud está destruida en principio, la pobreza enriquecida, la abyección elevada, y toda miseria está aliviada. Hoy el esposo no es ya un déspota con poder ilimitado; la mujer es la compañera de su vida y confidente de su alma. (*Ephes.*, V, 25). Hoy maltratar, exponer y dar muerte á sus hijos, es un crímen en el mundo cristiano. Ya no hay judío ni gentil, sino sólo una criatura renovada y regenerada en Jesucristo. (*Rom.*, X, 12; *Gal.*, V, 6).

Queremos, dice Tertuliano, (*Apologet.*, c. 38), hacer de todo el género humano una sola república, mientras que el horizonte del pagano de su tiempo y de todos los tiempos no se extendía más allá de los estrechos límites de su patria, y todo extranjero era para él un bárbaro y un enemigo. (Platón, *De republ*).

Las iglesias de Asia saludan á las de Roma, los cristianos de Lyón y de Viena están en comunión con los de Esmirna; todas las naciones de Oriente y de Occidente, desde Tesifón, más allá del Eufrátes, hasta lo último de España, no forman más que un solo pueblo; todos se acuerdan de la unidad de su orígen; todos se consideran hermanos.

De este modo fué asentada de una manera inquebrantable la piedra fundamental, sobre la que debía ser edificada la civilización cristiana. «Grecia y Roma sabían á lo más formar griegos y romanos perfectos; la religión de estos pueblos, aun en su mejor época, era incapaz de formar al hombre perfecto. Para el ateniense, todo lo que no era la Grecia, era un desierto salvaje y bárbaro. Ninguno de nuestros estados podría gloriarse de tener un derecho civil como el de los romanos; pero en cambio poseemos un bien

que un romano, si quería continuar siendo romano, no podría conocer». Schiller.

«Entonces por el cristianismo se fundó una sociedad espiritual al lado de la sociedad civil y política, una sociedad que rompió las cadenas del excluvismo nacional antiguo, que reunió á griegos, romanos y bárbaros, bajo la autoridad de un mismo señor, y que llevaba en su seno la tendencia de abrazar á toda la humanidad. Con esta revolución nació la historia universal. Antes había historias de pueblos aislados, que, á la verdad, tenían entre si puntos de contacto y una dependencia mutua exterior; pero que no tenían conciencia de un interés universal, común, en el que debían buscar el centro más íntimo de su vida.» (H. Ritter, *Historia de la filosofía*.)

Pero los signos de caridad que distinguen al mundo moderno del mundo antiguo, debían brillar más aún. El Señor ha traído el fuego á la tierra y se ha declarado el incendio. Las almas de los Santos han sido abrasadas con un amor heróico, armadas con un poder subrehumano, dotadas de una actividad infatigable, y han realizado sacrificios ante los que la naturaleza humana retrocede con espanto.

Lo que refiere un obispo del siglo III, San Dionisio de Alejandría, se ha repetido una infinidad de veces: «La peste nos ha visitado; esta es el azote más terrible y más espantoso para los paganos; para nosotros es simplemente una ocasión de ejercitar y probar nuestra fe. Muchos de nuestros hermanos, llevados de su caridad, han visitado, curado y servido á los enfermos por el amor de Jesucristo, y han sacrificado generosamente su vida con ellos. Muchos, después de haber curado á otros á fuerza de cuidados, han muerto en su lugar. De este modo hemos visto salir de este mundo á muchos de nuestros mejores hermanos, sacerdotes, diáconos y legos; este género de muerte, que procede de la piedad y de la fe, no me parece inferior

al martirio. También los que han cerrado la boca y los ojos á los cristianos moribundos, los que les han llevado sobre sus espaldas, les han lavado y amortajado, han sufrido después la misma suerte. No ha sucedido lo mismo con los paganos. Ellos abandonaban á los que principiaban á sentirse enfermos, evitaban el contacto de sus más próximos parientes, y los arrojaban á la calle aún medios muertos; tanto era lo que temían el contagio. Recuérdese lo que sucediera en nuestros días en un hospital secularizado de Marsella: al declararse la peste bubónica los enfermeros se rehusaron á asistir á los apestados, y tuvo que llamarse de nuevo á las heroicas Religiosas, que fueron expulsadas sin embargo, al terminar la peste!

Si consideraramos al hombre á la luz natural de la razón, ¡cuántas cosas repugnantes! ¡Qué incuria en las cosas del cuerpo y del espíritu! ¡Qué lunares y miserias! ¡Qué estupidez y que crueldad! ¡Qué de vicios y de crímenes! ¡Qué de ingratitud y de ódio! ¿Cómo, pues, ha de amar tal criatura con un amor sublime, santo, pronto siempre á sacrificarse y que jamás se desanime?

Jesucristo ha hecho posible este amor, le ha mandado y ha hecho que sea algo real. El nos ha hecho conocer cuánta felicidad se encierra en hacer bien, poniendo de manifiesto ante el mundo la sublime dignidad del pobre. El ha echado un velo sobre toda esta miseria, sobre esas mil debilidades y defectos de nuestra naturaleza, y ha extendido el encanto de una belleza sobrenatural sobre este hombre desfigurado y afeado por el pecado y por la enfermedad.

Hoy el hombre, el último de los hombres, es más que un espíritu inmortal, más que la obra maestra de la creación; esto lo había visto Platón, y su corazón permaneció extraño al amor del pobre; es algo más aún que la obra de Dios, obra creada por su mano y destinada á servirle; Israel sabía esto, sin que sospe-

chase este amor, cuya inmensidad abraza al mundo. Qué es, pues, el hombre? Es un alma, sobre la que ha caído la sangre del Redentor, que la ha consagrado y santificado para hacer de ella un templo del Espíritu Santo.

Orígenes refiere que su padre Leonidas se levantaba en el silencio de la noche, y acercándose á la cama de su hijo dormido, besaba respetuosamente su pecho, como el Santo Tabernáculo de Dios. Tal es el hombre á los ojos de la fe. El Hijo de Dios, haciéndose hombre, ha extendido sobre las sangrientas y horrorosas llagas de la humanidad pecadora el manto de su propia naturaleza divina; ha cubierto al hombre con el vestido de su santa humanidad, y le ha revestido de la gloria del cielo. «Lo que habeis hecho con el menor de mis hermanos, lo habeis hecho conmigo mismo». (*Math.*, XXV, 40).

La fe, por consiguiente, ve al hombre rodeado del resplandor de una luz divina, y nosotros vemos á Jesucristo en el último de nuestros hermanos. De este modo el pobre, como miembro muy precioso del cuerpo de Jesucristo, de objeto de desprecio y de horror que antes era, ha pasado á ser hoy un objeto de veneración. La antigüedad tenía el culto del heroismo y de la fortuna, el mundo moderno tiene el culto del genio; pero la Iglesia tiene el culto de la pobreza. De este modo comprendemos, hasta en su propia esencia y en su razón última, la santa y saludable influencia que la Iglesia ejerce por medio de la caridad; que es su gloria más sublime, y el más hermoso florón de la civilización cristiana.

***

La historia de la Iglesia es la historia de la misericordia—Si se puede comparar la misericordia con un río que riega y fecundiza la tierra con sus benéfi-

cas aguas, es preciso decir que este río tiene su orígen al pié del altar de Dios, que está en la Iglesia. Allí se encuentra el pesebre del Niño Jesús, que consagra y santifica á los niños, los preserva de la muerte, les pone, como un santo depósito, entre los brazos de sus padres, asegurando su educación y su porvenir.

La Iglesia era también la que principalmente adoptaba los niños expósitos. Los concilios de Arlés (412) lo mismo que el de Macon (581), ordenaban á los curas que invitasen á las jóvenes seducidas para que depositasen los recién nacidos á las puertas de las iglesias en un nicho destinado á recibirlos, y el que encontraba uno de estos niños debía llevarle á los administradores de la Iglesia.

A falta de padres, los fieles se encargaban de los expósitos (1). La cruel costumbre de exponer á los niños, tiene el mismo orígen que la esclavitud, y se encuentra en todos los pueblos paganos. Nadie consideraba injusto el que un padre arrojase su propia carne y su sangre para que sirviese de pasto á los perros. (Lactanc., *Inst. div.*, VI, 20.) El derecho eclesiástico fué el primero que declaró un crímen esta costumbre. (Conc. Agath., 506, can. 24).

Es que también la Iglesia posee la cruz del Salvador que ha sido dada al mundo pobre, como la gran limosna del cielo, para que los hombres amen como él ha amado. (*S. Juan*, XIII, 15.) Es que en medio de ella se celebra el banquete celestial, en donde todos se hacen una misma cosa, hermanos con Cristo y entre sí por Cristo, no formando todos ellos más que un solo cuerpo y una sola alma.

El pensamiento de ocuparse de los pobres y de socorrerlos, completamente extraño al paganismo, ha partido también de la Iglesia. Ya Juliano el Apóstata trataba de imitar en esta materia á la Iglesia, que ha

1—*De los hospicios de niños recogidos en Europa*, por B. B. Remacle. París, 1838.

permanecido inimitable aún para la filantropía moderna; porque si da oro, no tiene corazón, ni abnegación.

Desde su orígen la Iglesia tomó bajo su protección á los pobres, á las viudas y á los huérfanos; desde los primeros días de su existencia, sentó como principio que todos los donativos que se le hacían pertenecían á los pobres. Ella fué la que durante todos los siglos edificó por todas partes hospitales al lado del altar del Señor (1), la que reunió en derredor suyo á los hermanos y amigos de Cristo y la que ha pronunciado por primera vez estas palabras: ¡Bienaventurados los pobres! Que se proponga cualquiera escribir la historia de la misericordiá, y escribirá, sin quererlo, la historia de la Iglesia.

Tal es la relación íntima y misteriosa que existe entre el primer mandamiento: *Amarás al Señor tu Dios sobre todas las cosas*, y el segundo que es semejante al primero: *y á tu prójimo como á tí mismo.* Cualquiera que rompa este lazo y separe la caridad de esta fe, el amor de Dios del amor del prójimo, no posee más que un fruto abortado, sin gérmen y sin vida. «Vuestro ministerio, decía San Ambrosio, á su clero, brillará con un resplandor tanto más vivo cuanto más impidáis que los poderosos opriman á las viudas y á los huérfanos y cuanto más probéis con vuestra conducta que valen más para vosotros los mandatos de Dios que el favor de los hombres».

Una disposición eclesiástica del siglo III contiene

1—Desde el siglo tercero hallamos á Roma dividida en siete diaconias para la distribución de los auxilios á los pobres, en los diversos barrios de la ciudad. La diaconisa compartía con el obispo y con el diácono el cuidado de las enfermas pobres. *Constit. Apost.*, III, 15.—San Ambrosio vendía los vasos sagrados para rescatar á los prisioneros [*De offic.*, II, 28.] Los monjes admitían á los huérfanos en sus conventos [Basil., *Reg. fus. tract.* inter 15]; desde el siglo segundo hubo hospicios, construídos por sacerdotes [*Corp. Jur.*, I tit. 3; I 32. 35], y asilos para las viudas. Melania vendió sus inmensos dominios y dió el precio de ellos á la Iglesia para que fuesen distribuídos entre los pobres; Paula, Fubiola y Placilla cuidaban á los enfermos con sus propias manos. Cons. la excelente obra de Ratzinger, *Historia de la caridad eclesiástica.*

la siguiente exhortación dirigida al clero: «Servid de padres á los huérfanos, sed el apoyo de la viuda, procurad trabajo al artesano y sed misericordiosos con los que están en necesidad; recibid al extranjero bajo vuestro techo, dad de comer y de beber á los que tienen hambre y sed, dad vestidos á los que no los tienen, visitad á los enfermos, y asistid á los presos». Cuando la invasión de los bárbaros, los infelices á quienes habían despojado hallaron por todas partes, en las iglesias y conventos, un asilo y los auxilios que necesitaban.

La regla benedictina contiene esta prescripción: todos los extranjeros serán recibidos como el mismo Cristo. Los concilios de España, de Francia y de Germania, insisten incesantemente en el deber que tienen los obispos de tomar bajo su protección á los pobres, á las viudas y á los huérfanos, debiendo para ello hacer uso de las armas eclesiásticas para reprimir á los opresores.

Con objeto de librar á los pobres de las persecuciones de los poderosos y de la sentencia injusta de jueces prevenidos en contra, se estableció poco á poco como principio, que los procesos de los pobres, de las viudas y de los huérfanos serían juzgados de derecho por los tribunalas eclesiásticos. La Iglesia era también ordinariamente la tutora de los huérfanos de raza real.

Contra los desastrosos efectos de la venganza de sangre, que desafiaba todas las leyes y tan arraigada estaba en el carácter de los germanos, la Iglesia creó el derecho de asilo y los lugares de refugio para detener, al menos por algún tiempo, la espada que amenazaba á los que eran perseguidos, y hacer posible la reconciliación.

El bárbaro sistema de penas usado entre los pueblos paganos de las orillas del mar del Norte y la costumbre de matar á sus hijos y de sacrificar hom-

bres, sólo por el cristianismo fueron suprimidos. Una de las supersticiosas creencias de los paganos, era la de que los naufragios les eran enviados por los dioses. Aquellos eran males que podían ser desarraigados por la Iglesia, pero no por las leyes humanas.

Todos los desgraciados tenían derecho á la protección de la Iglesia. Las más terribles penas no eran suficientes para impedir que las mujeres piadosas visitasen á los mártires en sus prisiones y vendasen sus llagas. La casa del obispo, los conventos y las Iglesias, eran los asilos para todos los perseguidos y aflijidos, el clero elevaba su voz en su favor, aunque fuesen los últimos y los más despreciados de los hombres.

Cuando sus advertencias eran inútiles, recurría á las penas eclesiásticas contra un orgullo intratable. Se hizo más aún. San Clemente de Roma podía, desde la terminación del siglo I, escribir á la Iglesia: Conocemos á muchos de entre nosotros que se han hecho voluntariamente esclavos para libertar á otros (1). Y no sólo correligionarios y prójimos, sino también extranjeros y paganos han sido objeto de esta caridad que ama hasta el enemigo que atenta contra su vida.

Practicar la caridad con los enfermos y rodearlos de los más tiernos cuidados, es una recomendación que se encuentra con frecuencia en las cartas de los obispos. Este celo de nada se asusta, ni aún de la más terrible de las enfermedades, la lepra, siendo los desgraciados que están atacados de ella los que más necesitan de auxilios.

Desde el siglo IV se erigen hospitales, institución completamente desconocida de la antigüedad, lo mismo que las casas para recibir extranjeros: Cuidar á los enfermos y socorrer á los pobres, era el deber caritativo por excelencia.

1—Así Acasio, obispo de Amida, vendió los vasos sagrados para rescatar siete mil persas cautivos de los romanos [Socrat].

San Basilio construyó en Cesárea la mejor de estas casas; era semejante á una ciudad, tenía salas para los enfermos, alojamientos para los viajeros y talleres para los pobres (San Basil., *Ep.* CL). Por la misma época encontramos ya los primeros hospitales de leprosos. En tiempo de Teodosio, toda iglesia importante tenía una casa de este género, que estaba bajo la dirección del clero. No había convento que no tuviese su hospicio para extranjeros.

El *Xenodochium* de San Pammachius in Porto, cerca de Roma, ha sido descubierto en estos últimos tiempos.

La caridad cristiana extendía también su influencia al modo de tratar á los criminales. Ya el concilio de Elvira, aconseja la dulzura. En todo caso, el procedimiento criminal, tal como se encuentra al fin de la edad media, establecido sobre la base del derecho romano renovado, no emana del espíritu de la Iglesia. Las penas de los códigos germánicos eran muy duras y bárbaras. La Iglesia no dejó de trabajar para aliviar la suerte de los condenados. Jamás ha ocultado su horror á la crueldad y á la efusión de sangre. Un juez eclesiástico no podía condenar á muerte en ningún caso y á los clérigos les estaba prohibido asistir á una ejecución. Durante toda la edad media los obispos reclamaron y tuvieron á su cargo la vigilancia de las prisiones; impedían que se maltratase injustamente á los prisioneros y con frecuencia intercedían por los condenados á muerte. Con motivo de las grandes festividades se concedía siempre la libertad á algunos prisioneros. Vemos que los códigos iban siendo más humanos á medida que la Iglesia tomaba parte en su composición. Las capitulares de Carlo-Magno no hablan sino rara vez de la pena de muerte. Aún para los mayores crímenes, una penitencia eclesiástica muy severa parecía suficiente.

La caridad cristiana para con los pobres, y los sistemas modernos—En los constantes esfuerzos de la Iglesia para mejorar la condición de las clases pobres, se explica el favor de que disfrutaba en aquellos tiempos, aprovechando su influencia para organizar la beneficencia y las obras de misericordia, según hemos visto; pero la empleó también para perfeccionar la legislación social en favor de los proletarios. Así, moderando la usura, la legislación eclesiástica protegía al pobre contra la tiranía del capital, y oponía un dique al pauperismo.

El principio cristiano, dice Bensen, (*Los Proletarios*), de que la grandeza consiste en la abnegación, y que en ella está todo el honor á los ojos de Dios, continuó en vigor durante la edad media. Entónces se ve á los más nobles y poderosos abrazar voluntariamente la pobreza sin perder nada de su consideración, á juicio de cualquiera.

Por otra parte, se ve á los hijos de los pobres, y aún de los siervos, elevarse á la dignidad de príncipes eclesiásticos del imperio, y una vez allí continuar en una pobreza voluntaria que les aproximaba á sus familias. Hombres de esta especie, no estaban ciertamente dispuestos á favorecer á una aristocracia de nacimiento ó de fortuna, como esos obispos y esos pastores de la iglesia anglicana, todos hijos secundones de la más alta nobleza, cuyas aficiones conservan, por ejemplo, la afición á los perros de caza, y á los caballos de carrera.

Esta disposición del clero fué la fuerza principal que luchó contra este egoismo político, que creciendo á medida que crecen las naciones, apenas reconoce la dignidad del hombre en los pobres y en los humildes, y abusa de ellos sin escrúpulos para llegar á sus fines.

La predicación daba satifacción al más humilde, y el clero, el tribunal de la penitencia, como en los tribunales extraordinarios, exigía reparación para las

ofensas contra la humanidad, ofensas que ninguna ley civil reprimía.

El socialismo parte de un supuesto esencialmente falso, á saber, que la pobreza no es más que un mal fortuito y que va unida al estado de la sociedad. Quiere suprimirla por medio de reformas sociales; pero á cada paso que da en el camino de las reformas, el mal empeora.

Cuando las familias, las corporaciones y los municipios, estos miembros importantes del cuerpo social, se apoyaban aún sobre una base religiosa; cuando el principio de la caridad cristiana y de la abnegación estaba aún en vigor, esto era una fuente inagotable de consuelos para la desgracia y la pobreza, y era también un dique levantado contra el pauperismo, dique que necesariamente debía romperse y desaparecer con la antigua fe. «El uso de la propiedad supone una necesidad real y razonable. Fuera de esta suposición, la propiedad pierde su derecho esencial. Hé aquí lo que no debe olvidar la riqueza opulenta é inmoral, cuando quiere demostrar al proletariado el derecho de propiedad. ¿Será un medio para evitar las crísis sociales el que los ricos crean que les es permitido no tener entrañas, en vista de la miseria de la multitud?» Schœffle.

Nada más fuerte y más atrevido que el lenguaje de los Padres acerca de este deber de la caridad. Mío y tuyo, absurdas palabras, dice San Juan Crisóstomo. San Ambrosio, San Basilio y San Agustín se expresan de la misma manera. Allí se encuentra la solución de las cuestiones sociales. Lo que el derecho divide, es preciso que lo una la caridad. La propiedad tiene su razón última en el plan universal y eterno del mundo, lo mismo que la pobreza; una y otra tienen por objeto servir para la salvación, lo mismo del que posee como del que nada tiene, del primero por la misericordia, del segundo por la práctica de la paciencia y

de la resignación. Sin el *comunismo* de la caridad cristiana, la propiedad sería un agravio hecho á la humanidad. En cuanto al comunismo forzado, no es más que la consecuencia necesaria de un sistema que no deja lugar para la caridad libre destinada á unir lo que el derecho y el nacimiento separan.

El egoismo del rico provoca el egoismo del pobre. Si Platón hubiese conocido la caridad cristiana, hubiese fundado la comunidad de bienes en su república ideal bajo otra base que la de la ley. ¿Y qué otra cosa es la asistencia legal de los pobres, sino un verdadero comunismo, aunque suavizado en la forma?

«Hay, dice Blanqui, cuestiones de economía política que no pueden ser resueltas hasta tanto que la religión católica ponga en ellas la mano.»

En verdad que es fácil (Cons. Montalembert), después de las experiencias que hemos hecho, descubrir medios más eficaces que los del pasado para auxiliar á los pobres y prevenir la pobreza. Ya no basta, por ejemplo, la antigua organización de los gremios para los obreros y las artes. Pero no era solamente por medio de la limosna directa y material como la la Iglesia con sus monasterios servía y salvaba á la sociedad cristiana, y ejercía sobre ella una influencia moralizadora; este resultado se obtenía más especialmente por el honor de que la Iglesia rodeaba al pobre y á la pobreza. Esta era una de las mayores ventajas que el mundo sacaba de las órdenes religiosas, pero hoy es, desgraciadamente, una de las principales razones que las hacen insoportables para el espíritu del siglo, que quiere excluir á Dios por completo de la sociedad moderna.

El impío no ama á los pobres; estos le recuerdan demasiado la idea de una justicia que recompensa y castiga, el pensamiento de un porvenir en el que cada uno tendrá señalado su lugar conforme á sus obras y para toda la eternidad. El rico perverso, el glotón de

nuestro tiempo, más duro aún que el del Evangelio, tampoco quiere sufrir á Lázaro á la puerta de su palacio.

Esto es precisamente lo contrario de lo que han hecho las órdenes religiosas. No se han contentado con aliviar á la pobreza, sino que la han rodeado de respeto y honor, la han santificado, la han elegido por patrimonio suyo y la han abrazado con amor como á la cosa más elevada y más real que existe sobre la tierra. Los conventos continuaban ofreciendo á la contemplación del cristiano el ideal de la vida cristiana bajo todas sus fases, y en especial bajo aquella en que no existe distinción entre el rico y el pobre, y que se había manifestado con esplendor en la primera comunidad cristiana.

«Y no había pobres entre ellos. Todo cuánto poseían en tierras y en casas lo vendían y ponían su precio á los piés de los Apóstoles para que fuese distribuido á cada uno según sus necesidades». (*Act.*, IV, 34 y 34. Cons., V, 4.)

*
* *

Sobre este principio formalmente expresado en el Evangelio (*Matth.* V, 42), descansa la doctrina de la Iglesia sobre el préstamo, *mutuum*, y la prohibición que hace de la práctica de la usura. Lo que el cristiano presta á un necesitado no debe como tal producirle interés alguno. El daño emergente, el lucro cesante y el peligro de perder el capital, son los únicos motivos que pueden legitimar el interés. El préstamo es esencialmente un contrato gratuito.

«Cuando se trata de un préstamo hecho simplemente para el consumo, y por el cual el que recibe prestado no se hace más rico que lo que antes era, hacer de este préstamo una ocasión de lucro, explotar la necesidad y penuria de una persona es indudablemen-

te vergonzoso, y así lo ha comprendido la antigüedad lo mismo que la Iglesia». (F. Lassalle.)

Por consiguiente, cuando la Iglesia prohibe el préstamo con interés, es simplemente la usura exhorbitante la que condena. No se deja guiar en esta materia por un rigorismo insensato; no tiende á paralizar el comercio; no perjudica los derechos de los que poseen en provecho de las clases pobres; no está dominada por ideas comunistas, no da de ningun modo pruebas de ignorancia en materia de economía, sino que es el órgano de la más estricta justicia.

Sin cesar era inculcado á los fieles el deber de asistir á los pobres.

La caridad cristiana ha creado las tres grandes órdenes hospitalarias de San Juan, de San Lázaro y de Santa María, y una multitud de nuevas congregaciones, cuyos miembros hacen voto de consagrar su vida á socorrer á los pobres, servir á los enfermos, auxiliar á los débiles y oprimidos, y defender el reino de Dios sobre la tierra, la santa Iglesia. Los historiadores nos refieren minuciosamente la vida guerrera y los brillantes actos de los caballeros de San Juan, pero callan su vida oscura y sus obras de humildad y de misericordia. Durante trescientos años los hospitalarios sirvieron con tanta gloria en los hospitales como en los campos de batalla.

«Sois bellos bajo la coraza, oh caballeros de noble raza; pero sois más bellos aún bajo el delantal del humilde hermano hospitalario.»

Los lazaristas tenían la costumbre, mientras permanecieron en Oriente, de elegir para gran maestre de su orden á un leproso. Sus casas, los lazaretos, se extendieron por todas partes. La cofradía de los constructores de puentes (*fratres pontifices*), fundada en el siglo XII por un pobre pastor, se obligaba por medio de voto á proteger á los mercaderes contra los salteadores de caminos, y ayudar gratuitamente á

pasar los ríos, á construir asilos y hospicios para los viajeros pobres y enfermos en la orilla de los ríos ó en lugares retirados y peligrosos, y á construir puentes y caminos.

En los tiempos modernos han sido alegados el interés mismo de los pobres y algunos pretendidos principios de economía política para atacar la limosna hecha según el espíritu de la Iglesia; se ha dicho que fomenta la imprevisión, y la pereza y que envilece al que la recibe. Nosotros estamos muy distantes en nuestras diversas instituciones caritativas, de considerar *como único objeto la salvación eterna.*

Sabemos que la limosna, cuando es repartida sin discreción ó se asegura como un derecho, es más bien perjudicial que provechosa. Pero esta censura afecta precisamente, no á la caridad libre y cristiana, sino á los socorros que se prèstan por medio de una tasa legal, ó de una filantropía ostentosa.

Es indudable que la limosna, hecha sin delicadeza y pedida sin necesidad, envilece; pero honra, concilia y conmueve, cuando, conforme al precepto de la religión, es un don generoso que un hermano hace discretamente á su hermano. Cada uno de nosotros pide limosna, y la pide todos los días; porque, ¿qué es la limosna si no la caridad cristiana en ejercicio, la caridad que da primero su corazón y después todo lo que posee?

El cristianismo precisamente es el que ha ennoblecido el trabajo. Nuestra civilización moderna da á muchos la posibilidad de ganar su sustento con el trabajo, pero no á todos, ni siempre. No hay ley civil, economía, ni previsión individual que pueda evitar con seguridad los días de angustia y escasez; y cuando estos días llegan, es preciso que la caridad cristiana cure los males que ocasionan.

La caridad hace que el rico se baje hasta el pobre, y que el pobre se eleve hasta el rico. La ley de

justicia tiene una misión que cumplir en la sociedad humana; pero la caridad libre tiene también la suya. Siempre que se ha querido obtener por la violencia aquello á que la libertad por sí sola podía proveer, se ha conmovido y trastornado el orden social.

Pobres y ricos se hacen mejores con la práctica de la caridad cristiana, única que contiene el principio de la verdadera fraternidad y de la verdadera igualdad. Sin ella no existiría más que la guerra franca ó disimulada de unos contra otros.

Todas las censuras que se hacen á la caridad cristiana alcanzan con más justicia aún á los socorros legales dados á los pobres. Estos socorros favorecen la imprevisión, quitan al pobre el sentimiento del honor y fomentan la pereza; la cuota dada á los pobres es un salario dado á la corrupción, una prima concedida al vicio y una carga pesada para la población. (Naville, *De la caridad legal*).

Desde el momento en que se intenta obviar estos inconvenientes, se pasa al exceso opuesto, á la crueldad para con los pobres. Sólo la caridad cristiana puede marchar con paso firme por entre estos dos escollos contrarios. Se imputa á la caridad cristiana, el favorecer la pereza; pero nada menos cierto que esto. Se ha dicho en las constituciones apostólicas (II, 4): «Trabajad sin cesar». «El que se ha hecho pobre por sus vicios, no merece que se le auxilie». «Que no se dé, dice San Ambrosio, al pobre desvergonzado lo que pertenece á la verdadera pobreza». San Jerónimo y San Basilio se expresan del mismo modo.

Todo convento importante tenía su limosnero, cuyo deber y cargo era averiguar las necesidades de los pobres y distribuir los socorros con caridad, á la vez que con circunspección. Es preciso ser realmente pobre, ó por lo menos en espíritu, para saber amar á los pobres. Por eso los pobres son siempre los más

limosneros. La Iglesia católica, no sólo ha honrado constantemente la pobreza y ha proclamado bienaventurada la pobreza de espíritu, sino que ha pasado á la práctica, y ha dado al mundo, con sus órdenes religiosas, un ejército de limosneros y limosneras que, siendo ellos pobres, saben, sin embargo, abrir sin cesar nuevos manantiales de auxilios, para el cuerpo como para el alma.

«Excitar en nombre de la religión al rico á que cumplà sus deberes para con el pobre, es estrechar los lazos sociales; es una obra de concordia y de fraternidad evangélica; sublevar al pobre en nombre del derecho, es promover una guerra civil, es aumentar sus sufrimientos, y de ningún modo aliviarlos.» (Barante, *Cuestiones constitucionales*, c. 5.)

*
* *

Inventad todos los sistemas y teorías sociales y económicas, que queráis, y que pueden ser muy buenas, como lo aconseja León XIII en su Encíclica famosa sobre los obreros; pero sin la intervención de las fuerzas morales no hay medida administrativa, proceda de donde quiera, que pueda suprimir el pauperismo en su razón de ser más profunda y más general; en efecto, ¿qué legislación dará al pobre el espíritu de trabajo, de ahorro, de previsión y de modestia, por más instituciones sociales que se inventen?

El tantas veces citado Roscher, *Sistema de economía política*, dice: «En un pueblo sano todo es sano, hasta el lujo. Hacer á un pueblo sano, no es obra capaz de ser realizada por el Estado, puesto que el Estado es el producto y el resultado del pueblo.»

La pobreza no desaparecerá jamás por completo de la tierra, puesto que tampoco desaparecerá jamás, la desgracia y el vicio, que tantos pobres hacen. Pues

bien; sólo hay una fuerza moral que se encuentre en estado de encerrar al pauperismo en unos límites tan estrechos como sea posible, cortando en el mayor número posible la raíz misma de la pobreza, es decir, la sed de goces, la imprevisión, la pereza, etc.

Y lejos de hacer desaparecer la pobreza; los sistemas socialistas, reducirían á ella á toda la humanidad. «La comunidad de bienes no puede existir, dice Roscher nada más que entre las bestias, ó entre los ángeles.»

«La igualdad del comunismo, dice Bastiat (*Armon. económ.*) es la más enojosa de las desigualdades, puesto que es la explotación del fuerte y del trabajador en provecho del débil y del perezoso.»

Cada cual querría trabajar lo menos posible y gozar, en cambio, lo más que pudiese: el resultado final de esto sería la barbarie universal. (Cons. Proudhon, *Contradict.*, c. XII.) La repartición sería imposible si había de llegar á ser justa.

Veríamos, en efecto, romperse en seguida todos los resortes de la actividad y del trabajo: un Estado comunista sería por necesidad un Estado pobre y anárquico.

Santo Tomás refuta ya en su tiempo el comunismo. «Le es permitido al hombre, dice, poseer cosas en propiedad. Esto es hasta necesario para la vida humana, por tres razones; la primera es que cada cual dedica á una cosa que le pertenece cuidados más asíduos que los que dedicaría á un bien absolutamente común, ó que muchos poseyesen á la vez... La segunda razón es que reina el orden más perfecto en las cosas humanas cuando el cuidado de cada cosa en particular corresponde de derecho á los individuos, mientras que reinaría una confusión general si los cuidados de cada individuo hubieran de dirigirse indistintamente á todas las cosas. La tercera razón es que se conserva mejor la paz entre los hombres, pudiendo mejor cada uno contentarse con su

bien, de donde procede que entre los que poseen una cosa en común y *pro indiviso* se ven frecuentes querellas.» ¡Qué genio tan previsor!

Por lo demás, puede verse la decisión de la Iglesia respecto al derecho de propiedad y al comunismo, en la citada Enc. de León XIII, 1885.

En cuanto á las ideas socialistas son más antiguas que la revolución francesa. (Cons. Morelly, *Código de la naturaleza.*)

Los enciclopedistas dirigían miradas de envidia á la China, en donde parecía ¡florecer el ideal del Estado! y el mismo Montesquieu hace derivar el derecho de propiedad del reconocimiento del Estado. (*Espíritu de las leyes,* XXVI, 15.)

Pero el comunismo es inadmisible, pues no cabe duda que la diversidad de necesidades y de talentos produciría en seguida la diversidad de fortunas. Solo en una atmósfera de libertad es en donde se desarrollan las fuerzas. La industria particular es menos dispendiosa que la industria del Estado. La caridad, y no el derecho, es el que dará al mundo, si no la comunidad de bienes, al menos algo que se aproximará á ella; ella debe venir de parte del rico, y no ser exigida por el pobre. La comunidad de bienes entre los primeros cristianos y en las órdenes religiosas es la realización de esta idea, pero es la expresión de una caridad sobrehumana y la consecuencia de un consejo evangélico. (*Matth.,* XIX, 21.), que no puede reducirse á ley común social.

Por lo que hace á la instrucción, tampoco puede esta ofrecer un remedio eficaz contra la pobreza. Ya mucho antes de la revolución francesa se había considerado la instrucción como la panacea de todas las llagas políticas y sociales. Turgot lo esperaba todo de las luces de la ciencia, ó, como él decía, «del mecanismo de una educación conforme con los verdaderos principios». Pero la instrucción multiplica desmesuradamen-

te las necesidades y los deseos, y sin la influencia de la religión y de la moral, no está en estado de combatir al vicio, padre de la pobreza. La experiencia lo ha demostrado suficientemente; privada de bases religiosas, la instrucción no es con frecuencia más que un instrumento del crímen, un aguijón para el orgullo y para todas las pasiones; como lo demuestran las estadísticas citadas por Guillot y Manouvrier, libre-pensadores.

No es entre los ignorantes, sino entre los hombres instruídos, en donde se encuentran los criminales más audaces y perversos. Por eso es indispensable la acción de la Iglesia en la instrucción del pueblo, puesto que sólo ella puede dar al trabajador esa instrucción sólida, armadura de acero para el combate de la vida, y cuanto más extensa sea la libertad política y social del hombre, más afirmada deberá estar también la ley interior é individual por la que se gobierna á sí mismo. No solo la Iglesia había pronosticado los efectos subversivos é inmorales de la instrucción sin religión; sino que se ha visto apoyada por los grandes estadistas: así Portalis anunciaba que de las escuelas sin religión saldría un pueblo feroz é indomable; y Girardin ha dicho que era organizar una barbarie, que es la decadencia y corrupción de los pueblos. (1)

1- Véase lo que dice M. Guillot: Piénsese y créase lo que se quiera de la religión, desde el punto de vista metafísico; pero lo que es incontestable es que ella, para los niños sobre todo, es no solo un elemento moralizador, sino el más sólido y eficaz de todos. El niño que se cree observado por Dios en todas partes, seguido á todas partes por Dios, castigado por Dios cuando delinca, está muchísimo mejor guardado y preservado que aquel que solo tiene que escapar á la vigilancia de un ojo humano, que no lo ve ni sigue á todas partes. Pues bien, esta suprema salvaguardia la religión, ha sido eliminada en las esferas oficiales y en muchos institutos privados. *Puede afirmarse, no por sentimentalismo, ni por espíritu religioso, sino por una observación constante y práctica de los hechos, con la estadística en la mano, que esa es la causa fundamental de la profunda decadencia moral que nos inquieta,* [precocidad criminal y corrupción de los jóvenes].

El ideal religioso, al irse, arrastra á menudo consigo todo otro ideal: la patria, la familia, el deber, el honor, se convierten en otras tantas palabras vacías, que hacen reir, no menos que la misma palabra religión. No queda más que la lucha por la vida, las necesidades inmediatas, los instintos impulsivos; y todo esto se despierta en el niño.... *y arrastra inevitablemente á la taberna, al lupanar, á la cárcel, y con frecuencia, al cadalso.»* Esto es horriblemente cierto; pero más triste y criminal es sostener escuelas laicas ó sin religión.

En el interés que se toma por los pobres, la caridad cristiana va derecha á la raíz del mal; combate al vicio, á la inercia, y á la disipación, de cuyos vicios libra al hombre, con tal que éste le abra su corazón.

La beneficencia oficial procede de otro modo, y por eso no es eficaz. El donativo material no tiene valor más que como expresión de la caridad que hay en el corazón. Desde que el pobre se apercibe de este sentimiento, concede toda su confianza y se deja conducir: La caridad es tan paciente que ningún corazón podría resistirla.

La cuota legal produce resultados completamente contrarios. Este sistema tiene algo de la dureza antigua para con los pobres. Sólo la religión enseña á amar á los pobres. La legislación inglesa y los proyectos de los filósofos enciclopedistas nos han dado una prueba suficiente de ello. Ella desmoraliza al pobre, le aconseja la pereza y la disipación, extingue en él el sentimiento del rubor y toda delicadeza, hace vivir al hombre sin vergüenza en la abundancia, mientras que el pobre vergonzoso se muere de hambre.

Además de ser contraria á la justicia, ¿no es por su naturaleza, como el comunismo, de cuyo principio participa, á propósito para multiplicar el número de pobres? Todo el mundo sabe lo que sucede en Inglaterra. Ella cierra y sella por una parte la fuente tan pura de la caridad individual y de la compasión voluntaria, mientras que por otro lado abre por todas partes las fuentes de la miseria, de la imprevisión y de la pereza, haciendo nacer la idea del derecho al socorro. Este socorro legal es el primer paso dado en el fatal camino que conduce necesariamente á un pueblo al régimen de la antigua Roma, cuando el Estado tenía que alimentar á las ocicsas masas con *pan y juegos*

Favorecer el lujo para dar ocupación y pan á los pobres es un medio desesperado, pero consecuente,

allí en donde se ha renegado del principio de la caridad cristiana. El egoismo debe alimentar al egoismo. Se olvida que este sistema, semejante al salvaje que corta el árbol para comer sus frutos, disipa el capital, proporciona socorros pasajeros y de corta duración, y esto solo á una parte de la población obrera, á la que está sana y puede trabajar, que irrita el espíritu de los pobres y aumenta sus necesidades.

La renovación moral del mundo por Cristo dió una base para la regeneración social. La Iglesia ha dado á Europa la libertad, dándola las buenas costumbres: «Que se nos den, podía decir ya San Agustín, esposos y esposas como los quiere la doctrina cristiana, padres é hijos, patrones y sirvientes, reyes, magistrados, soldados, ciudadanos y funcionarios de todo género, animados de sentimientos cristianos, y se confesará que, lejos de ser contraria á los intereses de las naciones, la religión cristiana es la mejor garantía de su salvación.

*
* *

El trabajo, la cuestión social y la Iglesia—La fuente de donde emana todo el bienestar de una nación, la condición necesaria de toda independencia, y de toda verdadera libertad, lo mismo que de toda nobleza de sentimientos, es el trabajo.

¿Qué era el trabajo antes de Jesucristo? En Grecia, cuantos más goces ofrecía la civilización creciente á quien tenía tiempo para consagrarse á ellos, más prisa también se tenía por acabar con el trabajo que cubre las necesidades de la vida, y por desembarazarse de él y echar su peso sobre otros. La vida humana propiamente dicha, no principiaba sino con el ocio: saber, por consiguiente, ocupar agradablemente estos ocios y saber gozar de ellos, era el objeto de la educa-

ción, helénica que era el privilegio de los hombres libres.

Esta aversión instintiva é innata del hombre al trabajo y á las penalidades, llevó necesariamente consigo el desprecio del trabajo (1), especialmente de todos los oficios mecánicos y hasta del arte. Este desprecio á todo trabajo manual, del que no estaba exento el mismo artista cuyas obras maestras eran admiradas, debía tener consecuencias incalculables. Él produjo la esclavitud (2) este desgraciado fundamento, sobre el que descansaba toda la vida política y social del mundo antiguo, institución contraria á la verdad y á la naturaleza, y que corrompía radicalmente el carácter del hombre.

No se conocía esta inclinación de cada uno á su evocación, esta fidelidad al deber, esta conciencia, que es el fruto de una profesión determinada y ejercida constantemente. El orgullo de una civilización desdeñosa que no veía objeto digno de ella más que en las asambleas del pueblo, en los tribunales, adonde todo ateniense debía asistir, recibiendo por ello tres óbolos cada vez, y en los teatros, y que despreciaba todo lo lo demás, no era una de las menores causas de estas interminables facciones que desgarraban al Estado, lo mismo que la deslealtad, que se vendía al que más daba, y hacía traición á los intereses más sagrados de la patria.

Lo mismo sucedía en Roma. Cicerón manifiesta en muchas ocasiones y en los términos más fuertes su desprecio al trabajo y á los trabajadores (3). El sala-

1.—«Los jornaleros no merecen el nombre de ciudadanos; no tienen nobleza alguna de sentimiento, ni hay diferencia alguna entre ellos y los esclavos.» Aristót.

2.—«Hay trabajos, dice Aristóteles [*Polit.*, I, 3], á los que un hombre libre no puede someterse sin degradarse; por eso la naturaleza ha creado cierta especie de hombres para que trabajen por nosotros con sus cuerpos.»

3—El comercio en grande escala y el ser gran propietario, son las únicas profesiones que no degradan. Los filántropos del filosofismo, que tenían siempre en los labios *el bienestar del pueblo*, no dejaban por esto, y entre ellos el mismo Turgot, de manifestar su desprecio al pueblo. (Cons. de Tocqueville *Op. cit.*, p. 215.) ¡Tan cierto es, que es preciso ser cristiano de corazón para amar al pueblo!

rio envilece por su naturaleza. Las letras y la filosofía, la arquitectura y el comercio en grande escala, son las únicas ocupaciones compatibles con la dignidad de un ciudadano romano. De aquí esa plebe; siempre pronta á sublevarse, y cuya amistad se conciliaban los depositarics del poder, dándole pan y juegos: *¡panem et circenses!*

De aquí los rebaños de parásitos, la acumulación de la riqueza en las manos de algunos pocos, la desaparición cada vez mayor de la clase media, y el que disminuyese cada vez más el número de los trabajadores libres, por no poder sostener la competencia con el trabajo de los esclavos. De aquí, esa *latifundia* ó grandes propiedades que, según testimonio de Plinio, perdieron á Italia; de aquí, la decadencia de la agricultura, y por último, el pauperismo.

Entre los israelitas, el año del jubileo, que llegaba cada cincuenta años, y que ponía de nuevo al propietario en posesión del bien que había enajenado, hacía imposible la acumulación de las riquezas, en las manos de algunos pocos, la espoliación del pobre y el pauperismo.

Filipo afirmaba (104 antes de J. C.) que no había en Roma dos mil ciudadanos que tuviesen fortuna. Todas las medidas adoptadas para remediar el mal fueron inútiles é ineficaces, por ejemplo, las numerosas leyes agrarias dadas con objeto de detener el desarrollo de las grandes propiedades, y de restablecer una clase de campesinos libres; el decreto mandando que todos los grandes propietarios de ganados tomasen al menos una tercera parte de sus pastores entre los hombres libres, etc. Es una lección terrible la que nos da la historia, cuando refiere que sólo entre seis propietarios poseían la mitad de la provincia de Africa, y que Nerón les hizo dar muerte.

Esta aversión y este desprecio al trabajo se encuentra por todas partes en el paganismo. El indio

de la América, como en otro tiempo el germano, aborrece el trabajo y le impone á su mujer; los galos y los lusitanos consideraban como vil el trabajo, aún el agrícola. Los escitas, los persas, los tracios y los lidios pensaban del mismo modo.

En medio de esta civilización griega tan floreciente, una cosa hay que indigna, y es la desvergüenza con que los espíritus más eminentes consideran la esclavitud como una necesidad evidente de su constitución política y social. Cuando las lanzaderas puedan moverse por sí solas, dice Aristóteles, entónces no necesitaremos esclavos

Con la esclavitud se trató de realizar la idea contradictoria de una máquina obrando con intención é inteligencia, sin dejar de ser máquina. Fácil es ver oculto bajo las razones de Aristóteles el egoismo aristocrático que, sentando como principio su propio privilegio y su necesidad de goces, saca de él, como conclusión evidente, la necesidad de la esclavitud para los demás. Este filósofo admitía almas reales y almas serviles. Esta justificación de la esclavitud es peor aún que el hecho mismo.

Los jóvenes Lacedemonios emboscándose en las selvas y recorriendo las campiñas para cazar á los ilotas descontentos y exterminarlos, ¡qué cuadro digno de la India en medio de la Grecia tan elogiada! Hé aquí el sombrío fondo en que brillaba la civilización del mundo antiguo. La satisfacción, que la filosofía griega celebraba como el colmo de la perfección humana, se apoyaba en este régimen social. El goce del uno se fundaba en el trabajo de los demás.

Por muy brillante que haya sido una civilización, es más brillante aún el haber llegado á un estado en que todo lo que había de irracional é insostenible en tal constitución social, es ahora claro y evidente para la conciencia universal; y esta es la gloria de la civilización cristiana.

La gran cuestión del trabajo ha suministrado á la Iglesia uno de sus principales puntos de apoyo; por allí ha sido por donde ha introducido la palanca en el edificio de la sociedad antigua. Cristo, el Hijo del carpintero, rehabilitó y ennobleció para siempre el trabajo, hasta el trabajo manual más humilde. El mandato primordial: *Comerás tu pan con el sudor de tu rostro*, ha recibido de él la más elevada consagración y ha sido cambiado en una bendición, en un culto tributado á Dios, en un testimonio de amor por la imitación del Señor. (*Gen.*, III, 19).

Viviendo del trabajo de sus manos, los primeros predicadores de su doctrina condenaron para siempre la ociosidad que devora el fruto del trabajo de otro. (I *Thessal.*, IV, 11). Desde entónces el trabajo dejó de ser una deshonra, y los Padres apenas encuentran bastantes palabras para hacer su elogio.

Indudablemente el trabajo es una expiación por el pecado; pero para la voluntad debilitada por el pecado é inclinada hácia el mal, es también un escudo contra la tentación, un remedio que fortifica por su naturaleza moral, una obra realizada para el servicio de Cristo, el ejercicio de todas las virtudes, la escuela de la santidad, la prenda de un rico salario que hemos de recibir de Dios, un manantial de paz, el honor y la alegría del hombre (1), cuya vida debe ser un esfuerzo contínuo para ser digna del hombre y asemejarse á la vida de Dios. El trabajo es el que da al pobre el medio de sostener á su hermano, aún más pobre que él.

He aquí, pues, que en adelante el trabajo estaba ennoblecido por la caridad cristiana, y las manos de las reinas se ocupaban en cuidar á los enfermos y en hacer vestidos para los que estaban desnudos.

Ante todo, los conventos estaban fundados en el

1—«Si comes del trabajo de tus manos, serás feliz y prosperarás.» *Ps.* CXXVII, 2.—El derecho sobre el fruto de nuestro trabajo para nosotros y nuestros descendientes, hé aquí la propiedad.

trabajo, y más especialmente en el más antiguo y más conforme con la naturaleza, la agricultura. Esta, con los oficios, formó siempre parte de la enseñanza monacal. Los monjes representaban siempre plásticamente á los ojos del mundo la importancia y significación del trabajo; el trabajo para el hombre, y el hombre para Dios.

De este modo fué introducida en el mundo la idea del trabajo libre; el trabajo adquirió una profunda base moral, el trabajo cristiano espiritualizó á la materia y fué fijada para siempre su elevada posición en la gran vida de la humanidad. El trabajo, pues, no es una carga que sea preciso echar sobre un esclavo, como creía la antigüedad, pero tampoco es el único y supremo destino del hombre, como han dicho los socialistas en medio de sus delirios. La posición del trabajador ha sido determinada para siempre.

«La verdad es, dice un publicista, que el mal que sufren las clases obreras es esencialmente un mal moral, y que sin el orden moral no se encontrarán los medios para curarle. Que se doblen mañana los jornales; las demás condiciones continuarán siendo las mismas y el mal no habrá disminuído, sino que quizá habrá empeorado. No queremos decir con esto que no haya muchos obreros para quienes es imposible una vida regular en el estado actual de los salarios, pero afirmamos que la causa principal de la miseria en que se encuentran las clases obreras, está en la depravación de sus costumbres, y que en tanto que esta causa no desaparezca, todo cuanto pueda hacerse para mejorar su suerte, ya aumentando los salarios, ya bajando el precio de los medios de subsistencia, se estrellará contra sus vicios y su imprevisión.» En la cuestión social, pues, entra por mucho, además de la economía y la distribución equitativa de las riquezas, la cuestión moral y religiosa.

La cuestión social pertenece á la moral más aún

que á la economía; ó más bien, la moral y la economía no pueden separarse en manera alguna. «Al que os diga, exclamaba B. Franklin hablando á los obreros, que podéis enriqueceros de otro modo que por el trabajo y el ahorro, no le escuchéis, es un envenenador».

El domingo, ese bendito día en que el trabajador eleva al fin con libertad su mirada hácia el cielo, y en que su alma, sacudiendo el polvo del trabajo, se empapa en el rocío del cielo, el domingo no es menos necesario para el desarrollo armónico de la vida social, que los penosos días de la semana, que no le permiten respirar un instante.

Este es el día del Señor, pero es también el día del hombre, el verdadero día de la humanidad. Se han calculado los días de trabajo que se pierden en las fiestas de la Iglesia católica y en las peregrinaciones. ¿Pero es el hombre una pura máquina; un simple instrumento de trabajo? Nó, y es propio del cristianismo querer que el espíritu pueda también elevarse libremente á la meditación de sus necesidades eternas, morales y religiosas. El hombre no es un simple bruto.

No hay nadie que no viaje por placer ó por instrucción. Una peregrinación no es más que un viaje emprendido con un pensamiento religioso. Cien veces hemos experimentado la verdad de estas hermosas palabras: «El lugar que ha pisado un hombre virtuoso es desde entonces sagrado, y el eco generoso de su voz y de su vida resuena allí sin cesar. ¿Por qué esto no ha de ser más verdadero cuando se trata de la religión?»

***

El trabajo honrado y hecho un deber, se ha mezclado de una manera íntima con la vida moral de la nueva sociedad; haciéndose libre se ha hecho incompara-

blemente más fecundo que el trabajo servil de los antiguos, y por él se ha realizado en el bienestar material y en la riqueza de los pueblos un progreso del que antes no se tenía idea.

La riqueza de los pueblos de Occidente, que no tiene por base la esclavitud, excede en mucho á la del mundo antiguo, porque el principio del trabajo libre ha desarrollado nuevas fuerzas productoras. El tiempo presente, bajo este punto de vista, vive, aunque sin él saberlo, del capital que le ha suministrado el principio cristiano, que olvida y hasta desprecia con tanta ingratitud ó ignorancia.

La opinión pública honra y favorece al trabajo; pero esa misma opinión ha sido formada por el cristianismo, por más que algunos individuos y en ciertos centros, las masas hayan renunciado en cierto modo al cristianismo. Así vemos á la alegría y á la dicha huir á medida que se abandonan las leyes de la moral cristiana.

Los sistemas anti-cristianos adulan al pueblo y excitan el orgullo del obrero; pero no por eso es menos cierto que el obrero es despreciado por sus mismos aduladores, y que cada uno de ellos evita su contacto, á menos que se le presente ocasión de hacer de él un instrumento de revolución. Tan cierto es, que sólo el cristianismo enseña á amar al pobre, porque en él ama al Cristo, como este se lo enseñó.

A la libertad del trabajo, la moral cristiana había asociado un segundo pensamiento, el de la abnegación; no se puede negar que el trabajo tiene su orígen en la abnegación, puesto que el hombre sensual no ama el trabajo. Elevando al hombre por encima de los placeres de los sentidos, y dirigiendo su actividad hácia un objeto más sublime, el cristianismo ha garantizado el fruto del trabajo, ha hecho que sea eliminado todo goce de un orden inferior, y de este modo ha podido multiplicarse el bienestar material;

así vemos en buena hora desarrollarse entre los pueblos cristianos una comodidad y un bienestar general, de que el mundo antiguo no tenía idea alguna.

Con razón, pues, se ha dicho que el capital es la expresión material de la fuerza moral de un pueblo; porque el capital no se crea más que por el trabajo, el orden, la previsión, el ahorro y la sobriedad.

M. Pelletán, *Profesión de fe del siglo XIX*, confiesa que la predicación cristiana ha sido para los pueblos una fuente de riqueza. «El orden, la previsión y el dominio de sí mismo, son las condiciones morales del ahorro del capital.»

La abnegación, inspirada por el espíritu de caridad y de sacrificio, da al rico los medios de socorrer á los pobres; el trabajo y el espíritu de abnegación dan al pobre la facultad de ganar con que atender á las necesidades de la vida. La abnegación, unida al trabajo contínuo, hé aquí lo que crea el capital; la abnegación restringe y modera el egoismo, y hace una verdad de esta fraternidad, que con mucha frecuencia no es más que una palabra vana; la abnegación, en fin, trasmite el fruto de los esfuerzos del pasado á las generaciones venideras.

El progreso moral, por consiguiente, es también por necesidad un progreso material. Si se busca éste exclusivamente, podrá, por algún tiempo y en algunos casos aislados, ser obtenido bajo una falsa apariencia; pero no será en realidad más que una decadencia cuyas terribles consecuencias aparecerán más pronto ó más tarde á la vista de todos. «El pueblo más rico, dice Roscher, (*Sistema de economía política*), se hará pobre si decae moralmente.»

Mientras la riqueza en manos del egoismo degrada á un pueblo, le empobrece y le corrompe, cuando se usa de ella cristianamente, es para todos una fuente de bendiciones, aprovecha á toda la sociedad, eleva, consuela y sostiene al pobre, y le da de mil

maneras la facultad de apropiarse los bienes más sublimes de la vida espiritual. La riqueza en manos del cristiano sirve á Dios, al Estado, á la Iglesia, á la humanidad, y especialmente á los pobres, ya sea proporcionándoles trabajo, ó con los auxilios de la caridad.

La riqueza cristiana es un bien para la humanidad; por eso la Iglesia, que siempre ha condenado el lujo excesivo, grosero é inmoral, se muestra por el contrario favorable siempre á la magnificencia noble y de buen gusto, digna del hombre y capaz de elevar los sentimientos de un pueblo; así como cultiva la arquitectura sagrada con todas sus artes auxiliares, funda bibliotecas y construye palacios. Y en esto también la ciencia no puede menos de darle su aprobación y su voto. (Roscher, *ibid*).

Sin duda que debe continuar el progreso en la condición social y económica del proletariado; pero la caridad siempre será necesaria, como inspiración y reguladora de todas las mejoras en favor del proletario y como auxiliar en las miserias inevitables; ya que por encima de todas las teorías y adelantos, siempre permanecerá la caridad, ese sentimiento sublime y elevado de hacer bien al prójimo por amor de Dios. El cristianismo se basta para realizar la regeneración de la humanidad en todo sentido, y no tiene necesidad ni de Marx, ni de Lassalle, de Bebel, ó de Jaurez; antes bien, estos, en lo que tienen de racional y justo sus teorías, lo deben al ambiente de la civilización cristiana, que respiran.

Libertando y ennobleciendo el trabajo, la religión cristiana había, pues, sentado el principio de la libertad del trabajador, y había roto un apoyo, pero un apoyo exterior, sobre el que se fundaba la esclavitud del mundo antiguo. Pero la virtud de la Iglesia debía penetrar aún más allá, debía destruir el principio mismo de la esclavitud, que había sido formulado en

ley y convertido en realidad. Y esto, sólo ella podía hacerlo, porque ella únicamente llevaba al mundo ideas nuevas, grandes y regeneradoras.

* * *

La Iglesia y la abolición de la esclavitud.—Y esto es lo que ha hecho, más no por medios materiales y violentos, no por una *proclamación de los derechos del hombre,* ni rompiendo violentamente las cadenas con las que tenía sujetas las manos la mitad del género humano (1).

Las cadenas cayeron por sí solas á medida que la fe y la moral cristiana penetraron en la vida de los pueblos; la caridad cristiana fué la que, con su dulce influencia, que avanzaba insensiblemente, pero con paso seguro, operó esta gran revolución. Era necesario, primero hacer caer las cadenas del pecado y conquistar la libertad de las almas en Jesucristo, sin la cual, la libertad exterior no hubiese producido ningún resultado feliz. El primer ejemplo y más palpable del espíritu que ha realizado la manumisión de los esclavos, nos la da la carta de San Pablo á Filemón (*Philem.*, 10.) á quien devuelve su esclavo Onésimo, que se había fugado, y al cual él había convertido: «Yo te suplico en favor de mi hijo Onésimo á quien he engendrado en mi prisión... Si, pues, me consideras como amigo, recíbelo como me recibirías á mí.

Si te ha causado algun perjuicio, si te debo algo, pónmelo á cuenta. Yo, Pablo, que he escrito esto con mi mano, te lo pagaría por no decirte que tú también me eres deudor de tu alma».

Este modo de hablar del apóstol no era más que la

1—Cons. I *Cor.*, VII, 21. Una manumisión repentina, no sólo hubiera trastornado por completo las relaciones é intereses sociales, sino que hubiese entregado al hombre á ser presa del hambre y á un porvenir lleno de peligros de las masas de hombres no preparadas para la libertad, como lo declaran Guizot y todos los grandes estadistas.

consecuencia de las sublimes palabras que sin cesar anunciaba al mundo: Sois todos hijos de Dios por la fe en Jesucristo, porque todos habéis sido bautizados en Jesucristo, os habéis revestido de Cristo. Ya no hay judíos ni gentiles, esclavos ni libres, hombres ni mujeres. Todos sois una misma cosa en Jesucristo. (*Galat.*, III, 26, 27 y 28.)

La doctrina de la cruz, de un Dios que habiéndose hecho hombre ha muerto para salvar las almas de todos, ha establecido para siempre la dignidad del alma, aún de la del esclavo. La muerte del Hijo de Dios, que es muerte de la muerte de los esclavos para todos los hombres, aún para los esclavos, ha destruído en principio la esclavitud.

En el altar en donde el amor infinito hecho hombre se sacrifica, el sirviente se sienta en el mismo banquete al lado de su señor, el esclavo cerca del hombre libre y el mendigo con el príncipe, puesto que todos son hermanos en Jesucristo.

Destruir de un solo golpe las relaciones exteriores y la constitución social, suprimiendo pura y simplemente la esclavitud, la Iglesia no podía ni quería hacerlo; sin embargo, modificó esencialmente sus condiciones y mejoró desde el principio la suerte del esclavo. El esclavo no fué ya un *mancipium*, un instrumento animado, según la idea que de él se formaban los griegos y los romanos (1); era cristiano y como tal igual á su señor; y este no tuvo ya sobre él un poder sin límites, sino que era responsable ante la Iglesia (2) y ante su fe de la manera como trataba á su esclavo.

1—La designación moderna del obrero como *fuerza productiva* le hace considerar como una cosa impersonal, y haçe olvidar que es un hombre y que tiene un alma inmortal. El materialismo moderno, ligado con la economía liberal, tiende necesariamente á explotar *estas fuerzas productivas* en provecho suyo; y sin embargo aún en los tiempos de mayor opresión del feudalismo, la relación del señor y del siervo era una relación personal.

2—Muchos sínodos como los de Orleans [511], Elvira [305], Lérida [517], Epaona [524]. Toledo [675] y Worms 868, prohibieron, bajo pena de excomunión, maltratar á los siervos.

No hay esclavitud natural; San Clemente de Alejandría y San Basilio lo demuestra contra Aristóteles. Dios, dice San Juan Crisóstomo, no ha creado esclavos; ha creado á Adán y á Eva, á los dos libres, con la misma dignidad, las mismas almas y las mismas prerogativas; no existe más que un esclavo propiamente dicho, y éste es el de las pasiones.

La injusticia por una parte, y la desgracia por otra, son la causa de la esclavitud. Así, por más que las circunstancias exteriores continúen siendo las mismas, ya no hay esclavitud entre los cristianos. Servir á Jesucristo, es lo que hay de más grande, es la prueba de la más elevada caridad; ser siervo del Cristo es un honor. La relación íntima del señor y del esclavo debía de este modo cambiar por completo.

«Se nos podría objetar, dice Lactancio, que entre nosotros hay también esclavos. Se engañaría el que lo dijese; no los hay. Nosotros nos llamamos mútuamente hermanos y lo somos. Si aún hay entre nosotros alguna diferencia de condiciones, es una diferencia completamente exterior y material, que desaparece, y no es nada para nosotros que juzgamos las cosas de la tierra bajo el punto de vista del espíritu. Nosotros no tenemos esclavos. Los llamamos hermanos nuestros y les tenemos por tales, por nuestros compañeros en el servicio de Jesucristo, nuestro común Señor.» Nosotros inspiramos á los esclavos sentimientos nobles, y nuestra doctrina hace de ellos hombres libres, dice Orígenes á Celso.

Si por una parte la Iglesia contenía á los esclavos é impedía que pasasen á la libertad por un salto súbito y violento, en cambio, por otra parte, enseñaba á sus dueños que debían tratarlos con justicia y humanidad, con mansedumbre y caridad. «Si existe aún en el mundo distinción entre un hombre y otro hombre, dice San Juan Crisóstomo, es lo cierto que no la hay ante Dios.» El deber de los señores es tratar á

sus esclavos como á sus hermanos, como á sus hijos, á quienes deben dar el ejemplo de las virtudes cristianas. La edad media nos ha dejado cerca de trescientos decretos de concilios, definiciones sinodales y ordenanzas pontificias en favor de los siervos: en ellas se dice que no pueden ser condenados á muerte sino en virtud de una sentencia judicial; que no les es permitido á sus señores imponerles trabajos superiores á sus fuerzas, y que ellos pueden ahorrar para comprar más tarde su libertad. Los matrimonios de los siervos no debían ser anulados.

Todo esto preparaba eficazmente la abolición de la esclavitud. En efecto: la caridad hizo tambien caer por necesidad las barreras exteriores que separaban al señor y al siervo y esto lo hizo por medio de la manumisión por el amor de Dios, á la que la Iglesia no cesaba de exhortar.

Ella restauró de este modo poco á poco el orden natural primitivo. y realizó más y más el ideal de la vida cristiana. «Es justo y saludable, dice San Gregorio el Grande, restituir al hombre á quien la naturaleza ha hecho libre el beneficio de la libertad primitiva.» El primero que dió el ejemplo de estas manumisiones fué Hermes, prefecto de Roma en tiempo del emperador Trajano, el cual puso en libertad á sus 1250 esclavos el día de su bautismo; y en seguida le siguió Cromacio que libertó á sus 1400 esclavos con ricos presentes, por la razón de que «los hijos de Dios no debían ser esclavos de los hombres.»

Mientras que el romano pagano sacrificaba por disposición testamentaria centenares de esclavos en los juegos del circo, la Iglesia invitaba á los fieles á dar libertad á sus esclavos, y aún á hacerles legados. La ceremonia de la manumisión se celebraba en la Iglesia, ante el altar y con la bendición del sacerdote.

San Ambrosio había dicho que convenía vender los vasos sagrados para emplear su valor en rescatar cau-

tivos, y éste es un principio que hallamos frecuentemente confirmado y reiterado por diversos concilios celebrados posteriormente, y que fué muchas veces aplicado en aquellos tiempos de perturbación universal y de emigraciones de los pueblos.

Entre los germanos, tanto la opinión pública, como el derecho consideraban al esclavo como privado de todo derecho é igual á la bestia de carga. Su señor podía maltratarle, matarle ó venderle según su capricho. Se le medía por la fuerza, como podía hacerse con un caballo. Al tomarle una declaración se principiaba siempre por el tormento; y sus castigos consistían en las más horribles mutilaciones.

El clero trabajaba sin cesar en mejorar la suerte del esclavo. La constitución social, el estado de la propiedad territorial y el hecho de haber sido fundados los nuevos Estados por solo la fuerza de las armas, todo se oponía á una abolición instantánea de la esclavitud; tal medida hubiese provocado una revolución de incalculables resultados y hubiese empeorado el mal.

*
* *

La sociedad no podía ser reconstruída sobre mejor plan, sino de una manera lenta y piedra por piedra. La obra principió en España bajo la dominación de los visigodos. Se había extendido entre todas las personas libres la creencia de que la manumisión de los siervos allanaba el camino del cielo. Desde entonces estas emancipaciones fueron, según testimonio de Salviano, un espectáculo diario en la Iglesia. Un sínodo celebrado en Inglaterra hizo de ello una ley para el caso de muerte de un obispo. En un sínodo celebrado en Roma, el Papa San Gregorio decretó la libertad de todos los que abrazasen la vida monástica. No era raro que la Iglesia eligiese sus sacerdotes entre los esclavos emancipados antes, ya por ella ya por sus dueños.

«Se deben mencionar con reconocimiento, dice Alejandro de Humboldt, los nobles y valerosos esfuerzos que hizo el clero (1), al final de la edad media y en los primeros tiempos del cristianismo para revindicar los derechos que la humanidad tiene por naturaleza.»

En la paz del convento, en donde los hijos de reyes, duques ó condes, compartían fraternalmente con un hijo de un esclavo las penas y alegrías de la vida, la mirada libre y penetrante del espíritu, rasgando fácilmente el velo que oculta á los ojos del vulgo la verdadera nobleza del hombre, sabía referirla á su orígen más elevado, que es la regeneración por Jesucristo. No sólo muchos siervos entraban en el sacerdocio y se elevaban de este modo á las más altas dignidades de la Iglesia, sino que estos mismos, que de este modo se habían elevado, no cesaban hasta que obtenían cartas de emancipación para todos sus parientes. La antigua nobleza franca veía con gran disgusto estas emancipaciones y elevaciones. Theganus, hombre de elevada nobleza, no era más que corepíscopo, mientras que Ebbo, siervo de orígen, ocupaba en Reims la primera silla de Francia.

La Iglesia protegía á los siervos emancipados y muchos concilios adoptaron decisiones con este objeto. Ante todo el clero se ocupaba en proporcionar medios de subsistencia á los emancipados, porque este era el mayor impedimento para la abolición rápida de la esclavitud. Fueron propietarios de terrenos y ejercieron oficios independientes.

En muchos testamentos eran legados á los emancipados grandes porciones de terrenos. El comercio

1—Y especialmente los Papas; [Cons. Rattinger]. La misma confesión hacen Biot, Montesquieu, Babington y Gibbon.—Roscher dice que el Papa permitía aún al principio del siglo XVI que los prisioneros de guerra fuesen vendidos como esclavos, y cita á este propósito el testimonio de Sismondi: *(Historia de las repúblicas italianas*, XIII, p. 343], que á su vez se apoya en la bula que trae Rainald, *Annal*, año 1506 Pero es un error, porque esta bula no contiene ni una palabra que pueda dar lugar á semejante acusación.

de esclavos fué considerado como deshonroso, criminal y cruel, y en el seno de la Iglesia se formaron órdenes especiales, como la de los Trinitarios (1), y de la Merced para la redención de cautivos y esclavos en países infieles (2), que veinte años después de su fundación contaba con cerca de 600 casas en los diferentes países de Europa. Sólo, pues, la Iglesia es la que ha llevado á cabo la supresión de la esclavitud (3), servicio incomparable para la civilización moderna.

En el Nuevo Mundo, apenas descubierto, ya en 1510 se establecieron los Domínicos en Haití, y apenas hacía un año que habían llegado al Nuevo Mundo, cuando ya se consagraron á la defensa de la antigua población contra una opresión insensata.

Esta era una empresa atrevida, dice Peschel, porque tenían que luchar contra todos los colonos. Los monjes principiaron su obra con circunspección, exponiendo desde luego sus principios por escrito y proclamando solemnemente su designio.

Montesino principió su ataque desde el púlpito, y el ruido de esta cuestión llegó hasta la corte de España, interesada en la conservación del antiguo estado de cosas, por las considerables rentas que de él sacaba. A los domínicos les costó gran trabajo hacerse escuchar por el rey Fernando, á pesar de los inauditos esfuerzos de Fray Bartolomé de las Casas. Se objetaba que los indios eran más bien animales que hombres, y que la esclavitud era para ellos un beneficio.

Una asamblea de teólogos y de jurisconsultos decidió sobre esta cuestión que los indios debían ser considerados como libres, y que se les ocuparía en un trabajo moderado mediante un salario. A instancias

1—Fundada por San Juan de Mata, que nació en 1160 en la Provenza.
2—Fundada por San Pedro Nolasco y San Raimundo de Peñafort.
3—Esto no sólo lo afirmaba la historia, sino también Macaulay, [*Histor. of. Ingland*, c. I].

de los domínicos se añadieron á esta ley disposiciones aún más favorables para los desgraciados indios. «La historia deberá estar eternamente agradecida á los valerosos domínicos por su atrevimiento.» (Peschel).

Cuando en 1584, Carlos V, creó un Consejo Supremo de Indias, el primer presidente de este Consejo, el general de los domínicos, García de Loaysa, acabó de libertar de la esclavitud á los indios. La acción de la Iglesia en esta materia era doble, es decir, exterior é interior, y de este modo se ejercía en el terreno del derecho civil. Si un hombre era esclavo para la ley, la Iglesia no podía darle la libertad; pero sí, bajo cualquier pretexto, se cometía un atentado contra la libertad de un hombre, la Iglesia era la primera que hacía oir su voz para recordar su deber á la justicia humana. Esta voz era, unas veces la de un simple misionero, otras la de una comunidad, y otras la del jefe supremo de la Iglesia, que hacía oir una protesta ó una censura.

Una serie de saludables leyes dadas en favor de la libertad personal de los indios en las colonias españolas y portuguesas, forma un monumento duradero de los esfuerzos hechos por la Iglesia por el bienestar de la humanidad. Todo cuanto en todos los tiempos ha sido hecho en favor de la libertad de los indios, lo ha hecho el clero. La predicación, el tribunal de la penitencia y las censuras eclesiásticas eran los medios empleados por la Iglesia.

Respecto á la esclavitud ya establecida (la esclavitud de los negros), la Iglesia estaba reducida á solas sus fuerzas. Ella, bautizando al esclavo, le daba una nueva madre, le confería nuevos derechos en la ciudad de Dios, mejoraba su condición temporal y con frecuencia le conducía á la emancipación. La libertad del matrimonio de los esclavos fué siempre sostenida firmemente por la Iglesia. De aquí procede el que la

esclavitud no tomase jamás en los Estados católicos de América, las formas bárbaras y opresivas que ha tomado en los Estados protestantes, lo cual confiesa Macaulay, lo mismo que cuántos lo han visto de cerca.

Las colonias españolas deben mucho á los misioneneros, y especialmente á los jesuitas, según confesión comun de Alej. de Humboldt, de Roscher y de Beer. Mientras que las gentes de color, ó bien no son admitidas en los templos protestantes, ó son colocadas en un rincón completamente separado de la Iglesia por un tabique, las catedrales católicas se llenan de servidores de Dios de todos los colores y condiciones. (Cons Hamilton. *Vida y costumbres de la América del Norte*).

*
* *

La Iglesia y la sociedad civil—«Lo que constituye la esencia de la vida política, dice Hegel (*Lecciones sobre la Filosofía de la Historia*) es la libertad individual, que se manifiesta en los tres círculos concéntricos de la humanidad, de la nación y de la ciudad. En el despotismo asiático, uno solo es libre, y los demás son esclavos; el sultán reina por medio de su gran visir sobre la tierra y sobre las personas, como sobre una masa homogénea y confusa. En el mundo helénico y romano hay muchas personas libres, pero están en mayoría los esclavos (1); y en el mundo germano-cristiano, todos quieren ser libres».

No es únicamente la desaparición de las cadenas de la esclavitud, sino especialmente, la conciencia de la dignidad personal y de la independencia, lo que caracteriza la vida de los pueblos modernos. Para el griego y el romano, el Estado lo absorbe todo; el individuo no existe más que para la masa; la voluntad del Esta-

1—La república de Atenas tenía en los tiempos de su mayor esplendor cerca de 500.000 habitantes, entre los que había 135.000 personas libres, y 365.000 esclavos. Corinto tenía 460.000 esclavos, y la pequeña isla de Egina 470.000.

do debe ser la voluntad de todos, y si el suicidio es digno de castigo, lo es únicamente porque quita al Estado un ciudadano. Entre los cristianos, por el contrario, se tiene para el hombre como hombre una consideración, un respeto tan arraigado en la opinión pública, que ningún poder se atrevería á atentar contra él, y todos los poderes tratan de apoyarse sobre lo que se llama los derechos imprescriptibles de la humanidad.

Si hemos de creer á M. Guizot, al amor innato de los germanos hácia la libertad, es deudor al mundo moderno de esta preciosa conquista, que Sybel considera como fruto de la revolución francesa. Dos opiniones tan opuestas demuestran que es preciso ir á buscar en otra parte el principio en cuestión, es decir, en la Iglesia.

La boca del Apostól ha pronunciado las grandes palabras que han asegurado para siempre el santuario de la convicción religiosa y de la conciencia, y han opuesto á los atentados del poder secular una barrera insuperable. «Conviene obedecer á Dios más que á los hombres» (1).

Tres siglos de sangrientas persecuciones descubrieron y demostraron la importante significación de estas palabras, y el poder del sentimiento de independencia personal y de libertad, que se funda en la fe y sale del seno de la Iglesia. Haciendo depender toda una eternidad de la libre decisión de cada uno, el cristianismo ha levantado del polvo el alma humana.

Todo cristiano dice con San Justino: «Despreciamos á los que nos dan la muerte, porque no ponemos nuestra esperanza en las cosas temporales, y porque, por otra parte, la muerte es inevitable.» Nuestra religión, colocando el centro de gravedad de nuestra existencia en la determinación libre, ha renovado y ensan-

1—*Act.*, V, 29. La Iglesia y no el individuo juzga lo que Dios manda. Fuera de la Iglesia, este principio podría dar lugar á los más funestos abusos.

chado la esfera de la vida interior, y la ha abierto un nuevo mundo, es decir, el reino de Cristo *que está en nosotros*.

De aquí ha resultado que la vida privada y la vida social primero, y después el arte y la literatura, han sido marcados con un nuevo carácter, el de la vida individual, libre y personal, por oposición á la antigüedad, cuyas formas son bellas, pero frias y faltas de originalidad y de vida.

Entre los antiguos, el ciudadano no era más que un instrumento en manos del Estado, y toda la vida, todo la actividad individual pertenecía al Estado, y debía emplearse en provecho suyo; entre los cristianos, por el contrario, en la coronación de los emperadores y de los reyes, son proclamados solemnemente, como ideal de un buen gobierno, la protección de las viudas y de los huérfanos, la defensa de la Iglesia, la madre de los pobres, y la justicia hecha á todos sin distinción de personas.

Jamás los reyes habían escuchado antes palabras como las que la Iglesia les dirigía el día de su coronación. (Pontifical romano, *De benedictione et coronatione regis*): «Lo que hay de más augusto entre los mortales, es la dignidad real; pero está llena de peligros, de fatigas y de solicitud. Todo poder procede de Dios, por quien los reyes reinan, y por quien los legisladores definen el derecho; por consiguiente, tendréis que dar cuenta á Dios del pueblo que se os confía. Ante todo, debéis de tener piedad y servir á Dios vuestro Señor con toda vuestra alma y con un corazón puro. Debéis confesar en su integridad y hasta el fin, y defender con todas vuestras fuerzas, contra sus enemigos, á la religión cristiana y á la fe católica que habéis conocido desde vuestra infancia. Mantened con firmeza para todo el mundo la justicia, sin la que ninguna sociedad puede durar, y distribuid á los buenos la recompensa y á los malos el castigo á

que se hayan hecho acreedores. Proteged á las viudas y á los huérfanos, á los pobres y á los débiles contra toda opresión. Mostraos benigno, dulce y afable, como conviene á vuestra dignidad real, con los que deseen acercarse á vosotros. Desempeñad de tal modo vuestro cargo, que se vea que gobernáis, no por interés propio, sino por el de todo el pueblo, y esperad la recompensa, de vuestras buenas obras, no en la tierra, sino en el cielo». Esto era decirles que los gobiernos son para los pueblos, y no estos para los reyes.

De este modo, la coronación y la unción que la acompañaba, recordaban al rey su sublime dignidad, y á la vez la importancia de sus deberes, y al pueblo lo que debía esperar del príncipe, á la vez que el honor y la obediencia á que este tenía derecho.

*
* *

De este sentimiento de dignidad personal y de libertad fundado en la dignidad del alma cristiana y en el hecho de la propia determinación, nacía naturalmente la ley de la igualdad cristiana, verdad que hoy nos parece muy sencilla, pero á la que el mundo antiguo con sus más sublimes pensadores no se había elevado, y sobre todo que jamás se hubiera realizado en la práctica, aún cuando el mismo Aristóteles la hubiese reconocido.

Todos han salido de las manos de Dios, todos han sido formados á imagen suya, y todos han sido objeto de la caridad divina y de la gracia del Espíritu Santo. Sólo existe una nobleza, la del alma, y una sola prerogativa, la de la virtud. Considerado en sí, hay algo grande en el hombre. Todos los hombres son hermanos, dice Tertuliano, por más que los paganos que nos persiguen no sean buenos hermanos. Por eso debemos amarnos unos á otros, según el mandato y ejemplo del Señor, como miembros que somos todos del

cuerpo de Jesucristo, por quien hemos sido rescatados, y que nos ha alimentado con su cuerpo y con su sangre.

Por eso, como hace notar San Agustín, sin caridad no hay libertad ni justicia. Los griegos y los romanos, decía Lactancio, no podían cultivar la verdadera justicia, puesto que entre ellos había tan gran desigualdad entre los hombres, entre el pobre y el rico, entre el pequeño y el grande, entre el súbdito y el príncipe.

No hay justicia desde el momento en que no son todos iguales; la desigualdad excluye por sí misma á la justicia, cuya esencia consiste precisamente en que todos los que han entrado en la vida bajo las mismas condiciones sean tratados de la misma manera.

Nada hay que demuestre tan bien la fuerza con que las ideas y los hechos del cristianismo se apoderaron de la vida, como la influencia que ejercieron hasta en el mismo pensamiento pagano. (Cons. Villemain, *De la filosofía y del cristianismo*).

Todos los escritores reconocen la diferencia que se nota en la filosofía estóica antes y después de Jesucristo. Desde el momento en que se fundó en Roma una iglesia cristiana, vemos en los filósofos de la escuela estóica, y especialmente en sus más ilustres representantes, ideas nuevas y completamente desconocidas en los tiempos anteriores, tales como las ideas de misericordia, de sacrificio voluntario, y hasta un presentimiento de la humildad.

El derecho personal es tomado en consideración y entra decididamente en la legislación. «Aquello no es simplemente un progreso natural de desarrollo, dice M. Troplong, son por el contrario, principios completamente nuevos.» Sin quererlo, la filosofía experimentaba la influencia de la verdad cristiana. El mundo antiguo, tan cruel y tan perverso se iba haciendo humano, aunque imperceptiblemente, aún antes de haber

abrazado la religión cristiana. La creencia en una Providencia que conoce á todos los hombres y hasta sus más secretos pensamientos se encuentra expresada en Séneca; ante ella no hay distinción alguna de personas; sólo la virtud constituye la verdadera nobleza, la riqueza y la libertad; el hombre es un ser sagrado, del que es un crímen abusar; hay, por consiguiente, derechos del hombre. Séneca rechaza el derecho absoluto del padre de familia. El rico debe ejercer la beneficencia para con los pobres, puesto que Dios tampoco cesa de colmarnos de sus beneficios. Condena la venganza, porque el castigo no debe hacer más que curar y corregir. Recomienda la dulzura para con los esclavos y censura los juegos de gladiadores.

Aun cuando no supiésemos que muchos de la casa del emperador se convirtieron por la predicación de San Pablo, (*Phil.* IV, 22; I. 12), que Gallion, que le absolvió, y que Burrhus, prefecto de los pretorianos, que guardaban al apostol, eran amigos de Séneca, bastarían la novedad manifiesta de los pensamientos y ciertas expresiones para convencernos de que la influencia cristiana se hizo sentir en él.

Los escritos de Plinio el Joven, de Plutarco, de Epicteto y de Marco Aurelio, dan lugar á las mismas observaciones. Las relaciones sociales y las costumbres mejoraron, aproximándose á los principios del cristianismo, por más que bajo otros puntos de vista se manifestase aún el pensamiento pagano con bastante vigor. Las ideas sobre la vida social, sobre la dignidad de la persona humana, sobre el matrimonio y sobre la educación de los hijos, se elevaron poco por encima del egoismo, de la frialdad y de la dureza de los tiempos antiguos. Los esclavos, los pobres y los desgraciados hallaron auxilios y socorros.

Pronto el derecho mismo recibió el sello del espíritu cristiano que llenaba el mundo y penetraba por todas partes. Se reconocía la excesiva dureza del an-

tiguo derecho romano; la dulzura y la humanidad deben, según Ulpiano, presidir á la aplicación de las leyes. Se eleva la situación de las mujeres, se limita el poder absoluto del padre de familia y se ponen trabas á los divorcios y á la exposición de los niños. Nerva se encargó de los niños pobres, y mandó que fuesen alimentados á expensas del Estado. Trajano sostenía cinco mil en Roma, y su ejemplo fué imitado por Plinio y aún por Faustino, pero estas fundaciones perecieron pronto.

Con Trajano principian á manifestarse unas ideas más humanas respecto de la esclavitud, penetran en la legislación y toman una consistencia cada vez más firme en tiempo de Adriano, los Antoninos y Alejandro Severo. En el reinado de este último, Ulpiano declara lo que ningún jurisconsulto había declarado antes que él, que la esclavitud es contraria al derecho natural. Adriano quita al señor el derecho de vida y muerte, y en tiempo de Antonino es calificado de homicidio el dar muerte á su esclavo. Al mismo tiempo la ley aseguraba á los esclavos un tratamiento más dulce y benigno.

Adriano quería admitir á Cristo entre los dioses y construir templos sin ídolos. Alejandro Severo rendía homenage á la santidad de Jesucristo y á la pureza de su moral, é hizo colocar su imagen en su palacio.

La indicación de estos nombres y de estos hechos basta para demostrar la influencia creciente de la religión de Cristo. Su acción sobre las costumbres, que tendía á purificar, se manifiesta claramente hasta en su enemigo más encarnizado, Juliano el Apóstata. El sentimiento de beneficencia que animaba á los cristianos, su mútua caridad, que se extendía aún hasta los paganos, su ejemplar vida de familia, todo esto excitaba su envidia, y hubiera querido introducirlo entre los paganos por la vía legal. También pensaba fundar monasterios de hombres y de mujeres, pero

estos eran abortos, porque faltaba el espíritu, que es el único que vivifica.

*
* *

La Iglesia, por consiguiente, era una potencia, pero una potencia capaz de crear Estados y sociedades. Según la expresión de Gibbon, ella ha formado las grandes monarquías de Occidente, como las abejas forman su colmena, y ha marcado con el sello cristiano la civilización europea. Para realizar todas estas obras, disponía principalmente de dos medios; primero su doctrina, y después el ejemplo de sus virtudes y de sus instituciones.

A ejemplo del clero, los guerreros se organizaron en asociaciones santas; las órdenes militares, en las que había un orden de caballería, como en la Iglesia había un orden sacerdotal, y para llegar á él pruebas y grados por que pasar, lo mismo para los escuderos que para los diáconos. A ejemplo de las comunidades religiosas y monásticas, los artesanos tuvieron sus corporaciones, sus instituciones fraternales, sus banderas y sus santos patronos; los que se dedicaban á la ciencia hicieron lo mismo con sus grados de bachiller, licenciado, doctor; y por último, hasta los mismos campesimos formaron sus cofradías.

Las corporaciones, dice Blanqui, en su *Historia de la economía política*, han sobrevivido á sí mismas; la libre concurrencia ha destruído sus privilegios, y se puede añadir que por falta de éstos han muerto ellas. La libre concurrencia descansa sobre un principio esencialmente cristiano, el de la libertad y de la igualdad de derechos; sin embargo, en manos del egoismo, que abusa de ella, se hace un instrumento de que se sirven los fuertes para despojar á los débiles.

Como toda libertad, la libre concurrencia deja libres todas las fuerzas, así buenas como malas, y su

efecto, por consiguiente, es pricipitar la ruina de una nación, en cuyo seno predominan las fuerzas del mal. La asociación, la justicia cristiana, y especialmente la caridad, están llamadas á protejer á los pequeños contra el abrumador poder del capital.

No hay término medio: el que quiere la libertad, debe querer también la libertad cristiana; sin ella la libertad no es más que el camino que conduce á una nueva esclavitud. Y entónces, ¿qué será de los proletarios? Por otra parte, la única ley que pueden admitir nuestras sociedades modernas, es la de la libre concurrencia; ella tiene sus defectos y sus peligros; pero imprime al trabajo un impulso que ningún monopolio le puede dar.

«El cristianismo, dice M. Perin, nos ha elevado en la vida moral á tal altura, que no podemos vivir sin la libertad; pero lo que preserva del abuso de la libertad é impide que no degenere, es el principio de la abnegación.»

Es un hecho constante que la Iglesia católica ha sacado el trabajo manual del desprecio en que estaba, y si se considera que las ciudades en que residen los obreros se formaron en derredor de las sedes episcopales, se puede también decir que la Iglesia ha fundado el trabajo libre.

Otro hecho no menos cierto es que toda Iglesia saludaba como un día de libertad aquél en que pasaba de la jurisdicción del conde á la del obispo. «Bajo el báculo se vive bien. Los obispos no eran los opresores, sino los protectores de las ciudades, cuyo desarrollo favorecían.» (Arnoldo, *El desarrollo de la clase obrera en la edad media.*)

Las fiestas que se celebraban en algunos lugares, atraían también á los mercaderes, y fueron la causa de la fundación de más de una ciudad. Por último, es también un hecho que las corporaciones, fundadas bajo los auspicios de la religión, puesto que cada una es-

taba colocada bajo el patronato de un Santo, prosperaron mucho bajo la protección de la Iglesia. Así como en la edad media se trataba de protejer, por medio de las corporaciones ó jurados, el trabajo individual contra el trabajo extrangero, así el objeto que se propone alcanzar la edad moderna es luchar contra la preponderancia del capital por medio de asociaciones de capitales, y la solución completa del problema no es quizá posible sin la influencia de la religión y moral cristiana.

Gracias á estas corporaciones y á estas órdenes, sucedió con los demás estados lo que con el estado eclesiástico; el hombre libre y el siervo, el rico y el pobre, se aproximaron uno á otro por la comunidad de su vocación, y se hallaron ligados entre sí por deberes recíprocos. Ya no fué la suerte del nacimiento; sino la libre elección de la vocación, la que decidió el lugar y prerogativa de cada uno en la vida.

El que no podía apoyarse en sus propias fuerzas, encontraba el apoyo que necesitaba, ya en uno más fuerte, ya en una corporación, ó en último caso, en la Iglesia, y los lazos indisolubles de una mútua fidelidad abrazaban á su vez al protector y al protegido.

Y véase también cómo la Iglesia influyó en las instituciones mas preciadas de la civilización moderna.

Con arreglo al modelo de los sínodos eclesiásticos y de lo que se practicaba con motivo de las visitas episcopales, se formaron los parlamentos, las asambleas nacionales y provinciales, en donde los jefes de las diferentes órdenes se ponían en relaciones con el soberano para deliberar y decidir con ellos acerca de los grandes intereses del Estado, en virtud de la parte del poder y de jurisdicción de que eran depositarios.

La inmunidad eclesiástica era para las diferentes órdenes el alma y la salvaguardia de su libertad de adhesión y de concesión. Este mismo derecho se ha-

llaba también guardado y determinado por la conciencia. «La paz de Dios» protegía al labrador de sus campos, al mercader en los caminos (1), y cuando la Iglesia no podía impedir la guerra, trataba al menos de hacerla más humana y de disminuir por todos los medios posibles sus terribles consecuencias. Montesquieu, *Espíritu de las leyes*, 1. XXIX.

Ella no autorizaba la guerra no siendo por causas justas; condenaba la que se hacía por el pillaje, la gloria ó la conquista, y aprobaba la que tenía por objeto rechazar la violencia y castigar la injusticia. Prohibía el uso de armas demasiado mortíferas, los saqueos y la destrucción de la propiedad particular.

Quería se guardase la palabra dada á un enemigo, que se observasen los convenios hechos con él, y que el vencido, el cautivo, fuese tratado con dulzura y moderación. Muchas guerras principiadas fueron terminadas por intervención de los obispos y del Papa.

En verdad que, si echamos una mirada retrospectiva, lo hecho por la Iglesia en pro de la humanidad y de la civilización nos parecerá inmenso, incomparable, increible. ¡Tanto es lo que se ha esforzado por hacer bien á los hombres y á los pueblos! Y sin embargo, existen beneficios mayores aún; y es lo que vamos á ver, pues nadie, absolutamente nadie, se ha sacrificado más heróica y constantemente por la humanidad.

*
* *

1—Semichon, *La paz y la tregua de Dios*. Todas las personas desarmadas sacerdotes, monjes, mujeres. mercaderes en viaje, peregrinos, los pastores con sus rebaños, los campesinos con sus ganados y utensilios, debían gozar de una paz no interrumpida, y desde el miércoles por la tarde hasta el lúnes por la mañana todas las armas debían descansar. El concilio de Clermont, exigió en el año 1095 la paz de Dios para toda la cristiandad en una ley universal; su violación llevaba consigo la pena de excomunión y aún penas temporales.

La Iglesia, el poder público y los derechos de los pueblos— La Iglesia es la primera que ha determinado claramente y ha fijado con autoridad el orígen, dominio propio y significación del poder político de la manera mas digna para los pueblos. Ella reconoce la razón última del poder en Aquel que ha establecido á los gobernantes y á los soberanos para que sean sus vicarios en este mundo, y cuyos derechos están escritos en el libro de los consejos eternos.

No és que Dios haya querido una forma particular de gobierno, ó que un jefe sea llamado al poder por una institución divina positiva, como sucede en la Iglesia. Pero sin embargo, todo poder procede de Dios, por la razón de que Dios ha creado al hombre para la sociedad y que la sociedad no puede formarse y conservarse más que por el reconocimiento y la institución de un poder soberano, ya sea que gobierne con la forma republicana, aristocrática ó monárquica. La soberanía en sí es de orígen divino, las formas de gobierno son de orígen humano.

Por eso la Iglesia manda la obediencia y la fidelidad, el respeto y la sumisión en nombre de Dios, porque ningún hombre puede mandar por derecho propio, desde que todos los hombres son iguales. (1) Como en otro tiempo, en medio de las más terribles persecuciones, los cristianos permanecían fieles al César, y rogaban por él en la oblación del santo sacrificio; así la Iglesia, continuando esta tradición á través do todos los siglos de su historia, no ha cesado de predicar la fidelidad y obediencia á los soberanos y gobiernos legítimos, y de hacer de esto una obligación de conciencia, verdadera garantía del órden público.

No es al hombre á quien los cristianos obedecen;

1—Es de advertir que si el poder viene de Dios, no sucede lo mismo con los soberanos ó gobernantes, que provienen de delegación mediata ó inmediata del pueblo, que es la que se llama *soberanía popular.*

el hombre es demasiado grande para obedecer á otro hombre. El mandato de obedecer á los gobernantes es de Dios, y á Dios es á quien obedecemos, cuando ejecutamos las órdenes de un superior.

De este modo la autoridad (1), que es un derecho que emana de la razón, y que no es más que la voluntad del mismo Dios, ocupa el lugar de la fuerza, que no es más que un hecho.

Por eso la Iglesia consagraba y ungía á los emperadores y á los reyes, y por eso bendecía la espada del caballero, y marcaba con la estatua de un santo los límites del territorio de las ciudades libres.

Ella, por consiguiente, santificaba y espiritualizaba el poder, dándole una significación moral y un fin religioso; de lo que antes no era más que una expresión de la fuerza bruta y un instrumento del egoismo, ella ha hecho un órgano de la voluntad divina. Y he aquí por qué la Iglesia llamaba á sus reyes, reyes por la gracia de Dios, porque de Dios procede todo poder, y solo su gracia es la que ha elevado al hombre por encima del hombre, porque toda dominación procede de él y á él debe servir, á la verdad y á la fe, á la justicia y al derecho.

La Iglesia creó el santo Imperio romano-germánico, por cuya razón debían estar en estrecha unión y dependencia. El Espejo de Sajonia y de Suabia dice que Dios ha dejado dos espadas sobre la tierra para la protección de la cristiandad, al Papa la espada espiritual, y al emperador la espada temporal. Por eso los electores no pueden elegir emperador á un hombre deforme, á un leproso, á un excomulgado ó á un proscripto (cap. XXII). El Papa puede excomulgar al emperador, pero solo por tres razones: 1.°, en caso de heregía; 2.°, si aban-

1—Rousseau confiesa, *Emilio* IV, que los gobiernos modernos deben sin duda alguna al cristianismo mayor autoridad, y que sean más raras las revoluciones y menos sangrientas. Como prueba de ello, basta comparar lo que pasa hoy con lo que pasaba en la antigüedad.

dona á su mujer legítima; 3.º, si saquea las Iglesias y otros lugares santos. El emperador sufría la pena de deposición, cuando permanecía un año excomulgado, y esto en virtud del derecho público vigente en el imperio aún mucho antes de haber sido definido y escrito. (Cons. Christ. Lupus.) Esto constituía el derecho público de la edad media, sancionado por el consentimiento de los soberanos y de los pueblos, y cuya *egemonía* tenía el Papa, á quien se debía la formación de las nacionalidades dentro de la cristiandad.

«La Iglesia podría aún hoy, por motivos suficientes, excomulgar á un príncipe católico; pero solo se rompería el lazo que le une con la Iglesia, y no por este hecho sería destituído del trono, porque el Estado no es ya esencialmente cristiano y católico. No sucedía lo mismo en la edad media; los príncipes eran los primeros miembros de la sociedad política contenida en la Iglesia, y era, por lo tanto, contra la naturaleza de las cosas el que estuviesen fuera de ella. (Philipps. *Derecho eclesiástico* III, p. 191.)

Hoy también reina el mismo principio, pero con una aplicación contraria, en Inglaterra, Dinamarca y Suecia. Un monarca que abrazase el catolicismo en estos países, perdería legalmente la corona.

*
* *

Mientras que en el Imperio bizantino, el mismo clero ha caído bajo la servidumbre de los emperadores, y el miedo, unido en el corazón de los obispos con la ambición y la avaricia, ha establecido allí un Césaro-papismo muy opresor, lo contrario ha sucedido en la Iglesia católica, que proclamando el derecho de los reyes, ha protegido también y garantizado el derecho de los pueblos, y ha impedido que la soberanía degenere en caprichosa tiranía y la autoridad en un poder de hecho.

Ella es la que decía al orgullo sentado sobre un trono, cuando éste arruinaba un país con sus habitantes, propagaba la inmoralidad, encadenaba la libertad de conciencia, ó contrataba matrimonios que rompía enseguida: «¡Esto no es permitido!» Ella protegía al débil contra el fuerte, restablecía la paz entre los Estados y garantizaba á la sociedad contra los furiosos ataques de la ambición, de la incontinencia y de la barbarie. «La antigua Iglesia, confiesa Bœhmer (1), no se doblegó jamás ante los Césares, y siempre salió victoriosa en sus luchas contra ellos.»

«En la edad media, dice el estadista y publicista Ancillon, (*Cuadro de las revoluciones del sistema político en Europa*), sólo el papado quizá salvó á Europa de una completa barbarie. El creó relaciones entre las naciones más distantes; era un centro universal y un signo de unión para los Estados separados... Era un alto tribunal de justicia erigido en medio de la anarquía universal. El impidió el despotismo de los emperadores, llevando el contrapeso que le faltaba y atenuó los inconvenientes del régimen feudal.»

Ante aquellos á quienes ninguna otra barrera contenía, puesto que no tenían superiores en este mundo, la Iglesia desplegaba la ley eterna del derecho y de la justicia cristiana; ella tenía palabras de amenaza contra todos los criminales, ya estuviesen cubiertos con la púrpura real ó con el sayal del mendigo.

Lo que Santo Tomás había indicado como regla de buen gobierno, la Iglesia, usando de la autoridad que tenía en el derecho público de los pueblos cristia-

1—«¿En qué descansaba la situación política del clero, sino en que se admitía su voto en el consejo de la nación, como el de hombres versados en el conocimiento del derecho divino?..... De la misma manera que la justicia aplica la ley humana á las acciones de los miembros de la sociedad política y civil, así y con el mismo derecho y el mismo deber, la Iglesia aplica la ley divina á los miembros de la Iglesia. Los medios de corrección de que dispone la Iglesia, son la advertencia, la penitencia y la excomunión. Renunciar al uso de estos medios, sería por parte de la Iglesia renunciar á su existencia formal, sería reducirse á una cuestión de puro sentimiento, á una sociedad invisible». Bœhmer.

nos, procuraba convertirlo en una verdad de hecho. El gobierno no es para el rey, sinó el rey para la nación. Dios ha establecido á los reyes para que reinen y gobiernen y mantengan á cada uno en la posesión de su derecho (1). Si obran de otro modo y se sirven de su posición en provecho propio, entónces no son reyes sino tiranos. (*De Regim princip.*, c. 11.) La iglesia recordaba al depositario del poder que la obediencia tiene sus límites marcados por las leyes (2), y que por acerada y poderosa que fuese su espada, no lo sería bastante para cercenar uno solo de los mandamientos de Dios. ¿Cómo podrá, pues, la civilización moderna olvidar estos inmensos servicios de la Iglesia en pro de la constitución política y social de las naciones?

Es evidente que la autoridad y la libertad son los dos principios que sostienen á la sociedad. Esta no es posible si los dos no coexisten y están en equilibrio. La Iglesia consagró uno y otro, los exhibió y los protegió. La esencia y naturaleza de la ley fueron trasformadas por completo. El principio fundamental del derecho romano: *Quod principi placuit, legis vigorem habet;—como quiere el rey quiere la ley,* cesó de estar en vigor (3).

1—Ya el concilio de Aix-la-Chapelle 386. III, 1, declaraba que el nombre de rey se derivaba de *regere*, gobernar con rectitud, y solo es digno de aquel nombre el que conduce á los pueblos en la piedad, la justicia y la misericordia.—Pero quién protege á los pueblos contra el abuso posible del poder eclesiástico? Los santos que la Iglesia produce en cada siglo y que atacan todos los abusos con un valor apostólico.

2—La bula *In coena Domini*, tantas veces atacada, excomulgaba á todos los piratas que recorriesen los mares sin permiso, al que robase algo en un navío que hubiese naufragado, á los que estableciesen nuevos impuestos en sus tierras, ó se permitiesen aumentar los antiguos, fuera de los casos previstos por el derecho, á los proveedores de armas y municiones de guerra de toda especie para los enemigos de la cristiandad.» «Merece observarse, dice de Maistre, que nuestros atrevidos innovadores han hecho correr torrentes de sangre para obtener, aunque sin éxito, artículos consagrados ya en la bula hace ya más de tres siglos, y que hubiese sido una necedad esperar de los soberanos.»

3—En la dieta de Roncaglia el emperador Federico II trató de hacer revivir el principio de que el soberano está por encima de la ley, doctrina condenada por la Iglesia. Este déspota, que pretendió restablecer el antiguo cesarismo, fué escomulgado por el Papa en el periodo álgido de la lucha entre el Pontificado y el Imperio; esto es, lucha del Cesarismo despótico y la libertad de los pueblos, así como de la independencia de ambos poderes por la libertad de la Iglesia; lucha que salvó la civilización cristiana de caer en el *bizantinismo*.

La autoridad para hacerse respetar se vió precisada á manifestar sus títulos y sus derechos; para imponerse á la razón y á la conciencia, tuvo antes que hacer reconocer sus derechos á una y otra. El hombre obedecía en nombre de su conciencia y en nombre de Dios á las leyes; su obediencia era un acto de libertad que le elevaba y ennoblecía; mientras que sin esta consagración dada á la autoridad, sin la base religiosa y racional de la ley, la soberanía se trasforma en despotismo y la obediencia en esclavitud.

*
* *

A los que ignoran los grandes servicios hechos por la Iglesia á la sociedad, le recordaremos la declaración de un publicista eminente.

«La dominación laica era de una naturaleza bárbara, que la Iglesia combatía de diversos modos. La Iglesia tenía la constancia y la firmeza, miras elevadas y grandes y una magnífica disciplina; hé aquí lo que oponía á la movilidad caprichosa y pueril, al amor propio y á la grosera rapacidad de los príncipes de la tierra.

«Educado en la abnegación y disciplina, formado por la historia de la religión y por los hechos tan instructivos que pone ante nuestra vista, desde la vida pastoril de los patriarcas hasta los destinos heroicos de los apóstoles y de los santos, ejercitado contínuamente en el servicio de Dios, tan lleno de preciosas enseñanzas, el clero dominaba desde muy alto á los legos, á quienes tenía que refrenar con el ejemplo y con la palabra, con la prudencia y con la firmeza.

«Apenas podemos formarnos una idea de la dificultad de semejante tarea. Pero el esfuerzo que exigía por parte de los que tenían que realizarla, aumentaba también sus fuerzas. Un monumento poco estudiado

de esta grandeza son los escritos religiosos y políticos de los Papas, que exceden en el fondo y en la forma á cuanto se ha hecho en este género. Quien lo quiera, fácilmente se convencerá de que el mejor medio para defender á los Papas, sería mostrarlos tales cuales son.»

«Solo la Iglesia, dice el mismo Bœhmer, puede salvar al derecho y á la libertad en las tempestades que nos amenazan. Los que quieren el Estado sin religión y por eso desprecian cuanto á la religión y á la Iglesia se refiere, pero que sin embargo, no cesan de hablar de progreso y de libertad, merecían que la mano de hierro de algún déspota militar recogiese un día los trozos del báculo pastoral roto por ellos y se sirviese de ellos para azotar sus serviles espaldas. Y esto es lo que sucederá... El Estado necesita de la Iglesia y no está muy lejos el tiempo en que implorará su auxilio. Por el contrario, la Iglesia puede pasarse sin el Estado tal como hoy es».

«Si la Iglesia cristiana no hubiera existido, dice con razón M. Guizot (*Historia de la civilización de Europa*) el mundo entero hubiese estado entregado á la fuerza material. Solo la Iglesia ejercía un poder moral. Hacía más aún: sostenía y difundía la idea de una regla, de una ley superior á todas las leyes humanas; profesaba esta creencia, fundamental para la salvación del género humano, de que hay por encima de todas las leyes humanas una ley llamada, según los tiempos y las costumbres, unas veces la razón y otras el derecho divino, pero que siempre y por todas partes es la misma ley, bajo diversos nombres.»

Atila inclinándose con respeto ante San León, Odoacro ante San Severino, y Totila ante San Benito, son la personificación de este pensamiento, que es toda la historia de Europa. Escuchemos ahora sobre esta materia á un testigo poco sospechoso de parcialidad.

«Trátese la cuestión como se quiera, dice Fallmerayer (*Obras completas*), pero no por eso será menos cierto que la Europa occidental es en su esencia íntima una creación de la Iglesia latina, de la Santa Sede, del pontificado romano. Todo en la manera de pensar y de obrar de los pueblos de Europa y aún en su manera de ser, desde su infancia hasta la actualidad, revela cierta escuela latina, bajo cuya disciplina se han formado.

«El Papado ha trasformado espiritualmente todos los pueblos sobre los que ha reinado, y los ha fundido en un todo desde entonces indisoluble. Gregorio VII é Inocencio III eran conquistadores más grandes que Carlo-Magno y Napoleón. Sólo la Roma cristiana ha realizado la monarquía universal en toda la acepción de la palabra, (formando la cristiandad ó civilización cristiana).

«El gobierno de los pontífices romanos ha sabido formar un pensamiento europeo universal. El espíritu europeo es inmortal. La misma Reforma protestante no ha podido sofocarlo. Ella ha roto el bien común de la cristiandad, pero sólo exterior y materialmente; en el fondo las naciones de Occidente han permanecido hermanas: la idea de oponer una resistencia legítima, no pertenece á la fuerza más que de un modo pasivo; ella fué inspirada á estos pueblos por la Santa Sede, y con esta idea fué depositada en el corazón de todas las naciones latinas el gérmen de la libertad civil y del verdadero orden moral (1).

«Las ideas que Gregorio VII y otros grandes Papas, que le sucedieron, han extendido con sus escritos políticos entre todos los pueblos de Europa sobre el orígen, naturaleza y fin del poder secular, estas ideas aún viven y reinan hoy. A despecho de todos los gérme-

1—Los eclesiásticos formaban una corporación la más independiente de la nación. No es mi intención juzgar esta antigua constitución de la Iglesia; únicamente digo que no acostumbraba al espíritu del sacerdote á una sumisión servil. De Tocqueville, «*El antiguo régimen y la revolución*»

nes de división sembrados por la herejía, por la diversidad de espíritus, por el orgullo del saber y por la enemistad, la dirección intelectual y moral, tomada en la acepción más lata de la palabra, ha continuado siendo la misma entre todos los pueblos cristianos. La repulsión íntima hácia el sistema bizantino, la necesidad de oponer el espíritu á la materia ciega, el movimiento y la vida á una inmovilidad de hielo, la luz á las tinieblas, la civilización á la barbarie, la ley al capricho de un déspota insensato, he aquí lo que caracteriza el espíritu europeo y lo que ninguna fuerza humana puede destruír.» Hé ahí la obra de los Papas.

«El cristianismo no se nos impone únicamente como la regla de nuestra vida, dice Savigny (*Sistem*, I; 53), sino que debemos confesar también que ha cambiado la faz del mundo de tal modo que domina y penetra todos nuestros pensamientos y sentimientos, por muy grande que parezca nuestra hostilidad contra él.»

Sí, todas esas conquistas y libertades modernas, que tanto ponderamos como fruto de la Revolución, es obra preparada con prolongada y heroica labor por la Iglesia de los siglos medioevales.

¡Extrañas contradicciones que no se explican más que por un odio ciego contra la Iglesia! Cuando las monarquías gozaban de un poder que llegaba al exceso; cuando con ocasión ó con auxilio de la Reforma protestante, el absolutismo había llegado á ser casi la única forma de gobierno en Europa, la Iglesia era acusada de conservar en su seno los principios de la Revolución, y pasaba por ser la enemiga de los gobiernos y perjudicial, porque no se inclinaba ante el ídolo del día, la omnipotencia del Estado.

Y cuando la Revolución destruyó los tronos y desterró á los reyes, entonces la Iglesia fué acusada de ser la aliada del despotismo, la enemiga de la libertad y la vil aduladora del poder ilimitado de los prínci-

pes. ¿De dónde proceden estas censuras tan opuestas, sino de que la Iglesia, del mismo modo y á la vez protege los derechos de los gobernantes y soberanos, como los derechos de los pueblos y naciones?

¿Y cómo protege estas dos especies de derechos? Prescribiendo á las dos partes sus respectivos deberes, en los que todo derecho y todo poder encuentra su límite y su medida. Ella da al César lo que es del César y al pueblo lo que es del pueblo, pero da también á Dios lo que es de Dios. Con voz incorruptible y valerosa, sin dejarse intimidar por las amenazas de los poderosos, ni alucinarse por la popularidad, enseña los principios eternos del derecho y de la justicia. La Iglesia no cesó jamás de recordar la ley divina á los que, llamados á las vertiginosas alturas de un trono, olvidaban á Aquel que les había elevado hasta allí, y á quien un día debían dar cuenta; pero también recuerda constantemente á los pueblos, su deber, el respeto y la obediencia, la sumisión y la fidelidad.

He aquí por qué la revolución que procede de arriba, lo mismo que la que procede de abajo, la tiranía de los reyes y la insubordinación de las masas, los parásitos del poder, lo mismo que los esclavos del favor popular, fueron siempre los enemigos de la Iglesia, única que quiere, y quiere siempre, lo que los otros no quieren: la verdadera libertad religiosa, política y civil.

Ella es, según la expresión de M. Guizot, la mejor escuela de respeto á todo poder legítimo, que el mundo ha visto jamás; pero es á la vez la madre de los pueblos y asilo de la libertad.

Aun en tiempo de Felipe II, en España, allí en donde todos los elementos aristocráticos y democráticos no eran capaces de resistencia alguna, era enseñada también la doctrina católica respecto á la base y límites del poder secular; se trataba aún públicamente

la cuestión de saber cuando era permitido resistir al rey, y por qué razones podía también ser depuesto, (Cons. Bálmes, *El protestantismo*, etc), y sin embargo, ya en los países protestantes se había formado la doctrina de la obediencia ilimitada y pasiva, gracias á la reunión de los dos poderes en una misma mano. (Dœllinger, *La Iglesia y las Iglesias*).

«Los trastornos de Alemania en el siglo XVI trasladaron á España el centro de gravedad de los Estados europeos. La inquisición política española mezcló los intereses de la Iglesia con los de la monarquía española y elevó el poder real á tal grado, que disminuyó considerablemente el ascendiente de la Santa Sede á pesar de las protestas de Paulo IV y de Sixto V. La guerra que los reyes habían declarado á los herejes lo puso todo en sus manos. Si algo se escapaba á los tribunales políticos, no se les escapaba á los de la inquisición. (Cons. Ranke, *Historia de los Papas*).

También al clero católico debe Inglaterra la mayor parte de sus tan admiradas instituciones, de su admirable constitución, que ha sido el instrumento de sus grandezas, de su *Gran carta* (en tiempo de Juan-sin-Tierra, en 1215), de su jurado, de su parlamento y de sus universidades, mientras que la reforma no la dió mas que el absolutismo y la esclavitud, y fué causa de que tuviese que recurrir á largas y sangrientas guerras para reconquistar, afirmar y extender sus primitivas libertades civiles y políticas.

Lo que M. Guizot (1) ha dicho del protestantismo alemán, á saber, que ha producido la esclavitud más bien que la libertad civil, Dœllinger lo ha demostrado respecto á todos los países protestantes en los que se ha formado una Iglesia del Estado. (2)

1—*Historia de la civilización en Europa*, lección 12.ª Una cosa digna de ser notada es que las ciudades imperiales de Alemania llegaron á su mayor esplendor en los siglos XIV y XV, siendo la fecha de la Reforma la de su decadencia.

2—Por ejemplo, en los Estados escandinavos, en la Neorlanda, en Alemania, en Inglaterra y en Escocia; Dœllinger, *loc. cit.*

Esta herejía ha puesto trabas en todas partes á la libertad y ha hecho retroceder dos siglos á la Europa. La intolerancia religiosa iba siempre acompañada, en el protestantismo, del poder absoluto en política. Y esto se comprende: una vez caida la Iglesia, es decir, una vez derribado el *Paladión* de la libertad de conciencia y de la independencia del poder espiritual, el temor impuesto á la conciencia debió ser por necesidad dar un poder sin límites á los príncipes y más fuerza al despotismo.

Los Santos Padres y los teólogos de la edad media fueron los que establecieron sólidamente este principio, de que la fe debe ser objeto de libre determinación, y que por consiguiente no podría de ningún modo ser exigida é impuesta por la fuerza, y por el poder secular (1). A este principio, el protestantismo opuso otro, nunca oido hasta entonces, ó formalmente condenado, es decir, el pernicioso dogma de la omnipotencia del Estado: *Cujus est regio, illius est religio.* «El soberano territorial es el arbitro de la religión.» Lo cual quiere decir que el derecho y el deber de los príncipes seculares es establecer el Evangelio nuevo, fundar la nueva Iglesia, arrancar hasta la última raíz del catolicismo, y no tolerar ninguna doctrina importada de fuera.

De aquí resultó un despotismo como jamás se había visto. Los príncipes que se hacían protestantes imponían por la fuerza á sus súbditos la nueva secta.

Para formarse idea de las crueles persecuciones ejercidas contra los disidentes por los príncipes protestantes, véase Dœllinger, *loc. cit.*; Lutero y Melanchton justificaban y practicaban la pena capital

1—«In fideles, qui numquam fidem susceperunt, nullo modo sunt compellendi, ut ipsi credant, quia credere voluntatis est». Santo Tomás de Aquino, II, II, qu. X, art. 8; Cons. Suarez. *De fide Disputat*, XVIII, sect. 3. Este último dice que la coacción en religión es *intrinsece malum*. Respecto de los judíos, véase *Concil. Tolet* [625], c. 7. «Non vi sed libera arbitrii voluntate, ut conventantur suadendi sunt.» Cons. Tertul., *ad Scap.*, c. 2. San Greg. M., *Ep.* I, Philipps., *El derecho eclesiástico*, II, p. 401.

contra los herejes; véase sobre esta materia Alzog, *Historia de la Iglesia*. Galife y Kampschulte (*Juan Calvino*, I. p. 425) han puesto en claro, por medio de investigaciones tan completas como exactas, todos los hechos despóticos de Calvino en Ginebra.

La Iglesia protestante estaba entregada por completo al poder absoluto de los príncipes. De manera que el eclesiástico, según Thomassius, no es respecto del príncipe más que un súbdito que no puede discutir contra su soberano.

Conocidas son de todos las crueles persecuciones que sufrieron los católicos en el reinado de Enrique VIII é Isabel. La Iglesia anglicana no ha sido generalmente más dulce con los disidentes, pues sólo desde 1660 á 1668 hizo sesenta mil víctimas. Los protestantes franceses fueron, según confiesa Buckle, (*Historia de la civilización*), más intolerantes que los católicos. Mientras que los católicos hacían leyes para asegurarles el ejercicio de su culto, los protestantes no toleraban el ejercicio del culto católico allí en donde ellos eran más fuertes. «Es un hecho innegable que los católicos desplegaron á principios del siglo XVII un espíritu de caridad al que los protestantes no podían aspirar.» (Buckle, *op. cit.*, p. 57.) La *Sambartolomé* fué una revancha política en que no entró la religión. No fué menor la intolerancia entre los protestantes escoceses que en otras partes. (El mismo, II, p. 384).

Es cierto que en los Estados de la edad media tampoco existía ni podía existir otra confesión al lado de la Iglesia católica; pero entonces las circunstancias eran distintas.

La mayor parte de las sectas heréticas que aparecieron en la edad media, especialmente las sectas gnóstico-maniqueas y aún las de los waldenses y de los husitas atacaban, á la vez que la doctrina de la Iglesia, los fundamentos de la vida política y social.

Por lo que se refiere á muchas confesiones cristianas diferentes, ó si nos queremos servir de este término, á muchas Iglesias separadas, ni aún se tenía idea de esto, ni se concebía que fuese posible. Se vivía generalmente con la vida de una Iglesia cristiana, una, santa, la única verdadera y extendida por toda la tierra, y de allí no se salía.

Esta Iglesia cristiana era considerada como un bien indivisible que todos los hombres en comun habían recibido del cielo. Una sola religión y una sola Iglesia, una sola lengua y una misma civilización, un mismo arte y una misma ciencia, una misma soberanía espiritual y temporal, siendo admitido todo esto, ¿cómo un ataque contra este grande y santo templo de Dios sobre la tierra, considerado como la columna que sostenía todo el edificio social, no había de ser considerado y juzgado como un atentado contra la sociedad y como un crímen de lesa humanidad? (Ketteler, *Libertad, autoridad*).

Las primeras penas civiles decretadas por Constantino contra los herejes consistieron en el destierro; pues las luchas religiosas turbaban también el orden en el Estado. Después que los arrianos emplearon medidas de rigor contra los católicos, éstos recurrieron á los suplicios por primera vez contra los jefes de los priscilianistas, que se habían hecho culpables de graves crímenes civiles y que fueron condenados en el año 386 por el emperador en Tréveris. Pero los principales obispos de esta época, San Martín de Tours, San Ambrosio y el Papa San Siricio condenaron esta medida.

El concilio de Cartago, celebrado en el año 404, pidió la protección imperial contra las violencias de los donatistas; San Agustín se había declarado primero contra todo medio violento, más sin embargo, á causa de la importancia política y social de esta herejía, que se había manchado con el homicidio, cambió

de modo de pensar, y escribió una justificación de las medidas tomadas por la autoridad temporal; sin embargo rogó al procónsul Apringio que no olvidase la mansedumbre cristiana.

La edad media consideraba la unidad de fe como ley fundamental del Estado, y la herejía como un crímen contra el Estado y contra el soberano. Por otra parte, la historia lo demuestra, los Papas protegieron á los disidentes contra los rigores de la persecución. Así Inocencio XI protegió á los hugonotes. (Macaulay, *Histor. of England*, c. 6).

En cuanto á la inquisición española, no intervino, en su organización la Iglesia, pues era más bien política que religiosa. (Guizot, *Curso de historia moderna*). Era una institución real, como lo reconocen Voltaire, *Ensayo sobre la historía general*, y De Maistre, *Cartas sobre la inquisición española.*

Antes bien; ella fué con frecuencia censurada por los Papas. (Baluffi, *L'America una volta Spagnuola*). Paulo III sostuvo á los napolitanos en su resistencia contra la introducción de la inquisición en su país, y Pío IV á los milaneses. Sixto IV procuró endulzar los procedimientos de la misma inquisición, y por fin, León X la desaprobaba. (Peschel).

Por lo demás, la inquisición española, es una institución particular, como tribunal de sangre. La de Roma jamás ejecutó á ningún hereje. En un principio, la inquisición de España no era otra cosa que la nación española que se defendía ella misma contra los que eran sus enemigos: tenía por objeto la conservación de la monarquía cristiana y de aquí su popularidad; más tarde fué un arma en manos del absolutismo, (Ranke, *Príncipes y pueblos*), por eso, el enemigo de los jesuitas, Pombal deseaba su restablecimiento.

Los autos de fe no eran muchas veces más que actos de reconciliación pública con la Iglesia. Muchos otros crímenes, además del de herejía, eran tam-

bién juzgados por la inquisición. No se llamaban testigos á fin de sustraerles á las persecuciones de los amigos y aliados, á veces poderosos, del acusado, por que el tribunal no perdonaba á los más poderosos, y á la vez para facilitar la defensa. (Ranke, *loc. cit.*, p. 247.) Además, en aquella época nadie podría tirar la piedra á España, pues como advierte Voltaire, mientras en toda Europa, por cuestiones religiosas ó políticas, corrían arroyos de sangre y se llevaban reyes al cadalso, el orden reinó en España, previniendo inmensos males con algunas ejecuciones, pues el número de víctimas atribuido á la inquisición española es exagerado. Hé aquí lo que tenemos que decir, más para dar testimonio á la verdad, que para justificar la inquisición política española. (Cons. Héfélé. *Gimenez*, p. 250).

Por otra parte la Iglesia ha sostenido siempre la distinción entre los poderes espiritual y temporal, y jamás ha erigido en artículo de fe la obligación y el derecho, por parte de los príncipes de la tierra, de sofocar toda creencia extraña en virtud de su omnipotencia, como se ve en los símbolos del protestantismo.

«No puedo perdonar á los reformadores», dice Bœhmer, «haber puesto á la Iglesia, que había nacido libre, bajo el yugo de los príncipes, como una esclava.»

El principio «cujus regio, illius religio», es el fundamento sobre que se han levantado las iglesias de Estados protestantes y ha entregado, tanto á la Iglesia como al Estado, al capricho de la burocracia que dispone de uno y otro, y los hace servir en provecho suyo.

Tampoco se comprende como la Reforma protestante, que había fundado su existencia en la condición de una libertad de exámen ilimitada, venga después á impedir, enorme contradicción, por medios violentos, castigos corporales y hasta por la pena de muerte, toda derogación, toda infidelidad á la doctrina oficial.

Después que Lutero puso su Evangelio bajo la tutela de los príncipes, no hubo uno de éstos, por vicioso ó miserable que fuese que no se creyese un sér sobrehumano, desde el momento en que adquirió el gobierno de las conciencias. El rey Jacobo de Inglaterra se abrogaba los atributos de la divinidad. (1).

*
* *

La Iglesia modelo de los Estados—Vamos á considerar ahora otra manera de influencia civilizadora, que no obraba de una manera menos eficaz que la doctrina de la Iglesia, cual era su propia constitución, que servía de modelo. «En toda clase de desarrollos, dice Roscher, la Iglesia ha precedido al Estado y le ha servido de modelo.»

Se ha hablado muy alto, dice Lewien Schückieng, de la división de la nación alemana, de la que se ha querido hacer responsable al papado; pero no se ha dicho lo que el clero ha hecho para habituar á todas las tribus germánicas al pensamiento de la unidad política y para producir entre ellas la fusión intelectual, y sin embargo es una obra á la que ha contribuido mucho en su cualidad de guardian del elemento espiritual, depositario del tesoro de las ciencias y de las letras y de conservador de las antiguas tradiciones, lo mismo que por sus miras y tendencias universales.

Es esencial á la Iglesia católica prescindir de las miras estrechas y particulares; en lo cual se distingue esencialmente del protestantismo que forma tantas Iglesias como Estados. Ella, por consiguiente, ha

1—Hoefler. *Cesarismo y papado*. «Mi capricho hace la ley y el Evangelio», exclamaba Jacobo I. La divinización del Estado moderno se encuentra ya entre los economistas del siglo XVIII «El Estado hace del hombre lo que quiere», decía Bodeau. La China, he aquí el ideal que se persigue, hé aquí el modelo que cien años despues ha sido indicado por Bluntschli en interés de la omnipotencia del Estado.

admitido la unión política de las poblaciones germánicas como base necesaria del imperio germánico.»

Y en verdad; la Iglesia, con su gerarquía y su unidad, fué siempre un excelente modelo para la fundación de cualquier dominación temporal, y todo imperio, reino ó gobierno modelado conforme á ella, se ha apoyado como ella en una base moral, á la vez que en una base material, y se ha asido también á una idea divina. Fué, pues, la Iglesia la que con su ejemplo creó y modeló las nacionalidades modernas de los pueblos civilizados; y es caso de verdadera ignorancia ó ingratitud olvidar los beneficios que bajo este nuevo aspecto debe á la Iglesia la sociedad moderna.

En efecto; los pueblos tenían sin cesar vueltos los ojos hácia el jefe supremo de la Iglesia, hácia el que tenía la misión de gobernar el reino de Dios sobre la tierra, y que le gobernaba no según su antojo y su capricho, sino segun las leyes eternas, como siervo de los siervos de Dios, y con mano bastante fuerte para retener en el seno de la unidad de fe á tantos millones de hombres esparcidos sobre toda la superficie del globo; ellos veían con él y en su derredor á sus hermanos los obispos, formando un senado, el más augusto que el mundo ha visto jamás; una aristocracia que auxiliaba con sus consejos á la sabiduría del gobierno, pero sin enervar su vigor. La división en diócesis se estendía por la tierra, como una inmensa red que abrazaba en sus mallas á la diversidad de pueblos y de naciones en una unidad de un orden superior. Y si además consideramos que los sínodos provinciales y diocesanos, escuelas en que se aprendía el manejo de los negocios públicos, abrían al espíritu vastos horizontes y le despertaban para el examen de las grandes cuestiones, sin contar con que allí se ejercitaba también en el conocimiento y en la forma de la resistencia legal. ¿No estaba completamente hallado el principio de la constitución representativa?

Los tribunales de justicia canónica servían de modelo á los tribunales seculares, ampliaban y fortificaban el conocimiento del derecho, y limitaban el dominio del capricho y de la violencia. En tiempo del rey Recaredo, en España, se mandó á los jueces legos que asistiesen á los sínodos para instruirse en el derecho y en la legislación eclesiástica. La mayor parte de los concilios de Toledo y de los que se celebraron en el reino de Francia, eran á la vez asambleas nacionales.

Basta abrir el código de los visigodos para conocer que no es una obra de bárbaros. Fué compuesto por eclesiásticos. Mientras que entre los bárbaros se fijaba el precio de un hombre según su condición, este código sienta como principio que todos los hombres tienen el mismo valor ante la ley. Rechaza el duelo judiciario, y exige la prueba por medio de testigos. Toda la obra tiene un carácter sabio, sistemático y verdaderamente social.

El hijo del siervo se sentaba con frecuencia como juez al lado del hijo del conde, y también sucedía algunas veces que éste ocupaba el segundo lugar después de aquel, y le respetaba como colocado en puesto más elevado que él. Y por desagradable que fuese para la soberbia de los francos de noble sangre este principio de igualdad de derecho para llegar todos á los cargos y dignidades, la Iglesia le ha sostenido siempre firmemente contra todos los ataques de que ha sido objeto, y de este modo ha preparado la regeneración política.

*
* *

«La Iglesia cristiana, dice M. Guizot, (*Historia de la civilización en Europa*, lección V), ha sostenido constantemente el principio de la igual admisibilidad de todos los hombres, cualquiera que fuese su orígen, para todos los cargos y dignidades. En derredor

de ella todo estaba sometido al régimen del privilegio, y ella sostenía el principio de la igualdad y de la concurrencia. Ella llamaba á la posesión del poder á todas las superioridades legítimas.»

La Iglesia no podía fundarse y constituirse sin formar á la vez sociedad política. Por todas partes se formaron corporaciones de legos, con arreglo al modelo de los monasterios y de las asociaciones eclesiásticas. Las casas se agruparon en derredor de las abadías y formaron ciudades, en medio de las cuales se desarrolló un interés común, un principio de unidad y un gérmen de fuerza.

Reunidos los hombres de este modo, aprendieron á consultarse entre sí, á elegir sus magistrados, á obedecerles y á organizarse. Familiarizados por la Iglesia con las ideas de autoridad y de obediencia, de legalidad y de libertad, habituados por ella al orden y á la disciplina, á la abnegación y al sacrificio, poseían todos los elementos de la unión civil y política y las condiciones de su duración.

De este modo, sobre un suelo antes muy dividido y habitado por poblaciones, las más veces enemigas, se formó el santo imperio romano-germánico, la creación más grande de la Iglesia sobre la tierra y la más gloriosa de las creaciones políticas, que fué por espacio de más de cuatrocientos años el corazón de la cristiandad y centro de todos los grandes intereses del mundo, y en derredor del cual se agrupaban los demás reinos y los demás Estados. Tal fué la sociedad que formó y organizó la Iglesia á su propia semejanza.

Así como tomando cal, arena y piedra, había trasformado estos groseros materiales, después de bendecirlos, en bóvedas esbeltas y majestuosas y en ojivas espléndidamente coloreadas, y penetraba toda esta masa con tanta vida y sentimiento que la obra parecía ser algo espiritual, y que resplandecía en todo el monumento su propio pensamiento, de la misma manera

había construído con ello un edificio político, en el que visiblemente se reflejaba su pensamiento.

Cuando en el día de su coronación el emperador se presentaba con la cabeza coronada, teniendo en una mano el cetro y en la otra el globo del mundo, haciendo llevar delante de él la cruz con la lanza y la espada, rodeado de caballeros, vasallos suyos y de delegados de las ciudades libres del Danubio y del Rhin, entónces, trasportado en vista de tan gran espectáculo, el pueblo podía lanzar este grito solemne: *¡Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat!*

Toda la constitución de la edad media se encuentra en estas palabras, y pese á quien quiera, resúmen también el ideal de la constitución en toda sociedad política, aún de la moderna, que en último resultado, sea monarquía ó república, no debe ser sino el triunfo del espíritu sobre la materia, el dominio del derecho y de las ideas divinas, cuya aplicación y realización en el mundo es la misión de las leyes humanas. (Giesebrecht, *Historia del imperio germánico*).

El imperio era un ideal de confederación universal, pues descansaba en la creencia de que todos los fieles debían reunirse en un sólo rebaño y no formar más que una gran sociedad. Además de la fe en la unidad de la Iglesia universal, la Roma cristiana alimentaba también la fe en la unidad de la república cristiana, y se la comunicaba á todos los católicos.

Los cristianos veían en el imperio romano una fundación directamente querida por Dios y para siempre y en el emperador al jefe supremo temporal del mundo, á quien de derecho debe estar subordinado todo otro poder temporal. El deber del emperador y su misión eran protejer la cristiandad contra todos sus enemigos, hacer reinar en todas partes el orden y la paz, defender á la Iglesia y á sus servidores de los hostiles

ataques del mundo, tomar bajo su tutela á las viudas y á los huérfanos, á los desgraciados y á los oprimidos, secundar con la fuerza de su brazo la predicación del Evangelio y allanarle el camino hasta el fin del mundo, hasta tanto que Jesucristo llegue á ser el rey de todo el universo».

La Iglesia católica-romana era la que principalmente sostenía al imperio. Ella extendía una misma fe, una misma ley moral y una misma religión sobre naciones hasta entónces separadas por la lengua, por las costumbres y por las leyes, y ella las encerraba hábilmente entre las apretadas mallas de su poderosa organización. (Giesebrecht, *Historia del imperio germánico*).

Los pueblos admitían á la Iglesia en su seno, unos después de otros; cada sociedad política, trasformada en miembros de un gran todo, ponía su actividad al servicio de una idea superior. El egoísmo nó era ya, como en otro tiempo, para Grecia y para Roma, el fundamento y principio del Estado, y el amor patrio de los ciudadanos se inspiró en motivos más elevados.

Así como daba de comer á los que tenían hambre y de beber á los que tenían sed, del mismo modo la Iglesia enseñaba las ciencias y las artes, y á la vez que la religión y la fe, proporcionaba á la sociedad una base moral y una forma de vida política duradera. Los sínodos y las dietas del imperio se reunían con frecuencia, y la voz del clero ejercía una influencia muy considerable en los negocios del Estado.

De este modo, con la fundación del orden político, y sobre todo, con la creación del imperio de Occidente, la Iglesia puso la última piedra al nuevo edificio, que cumpliendo con su misión tenía que erigir en el mundo. (Cons. Hœfler, *El imperio y el papado*).

*
* *

La sociedad no debía matar al individuo, como sucedía en el mundo antiguo, ni elevarse sobre el fundamento de la esclavitud. Era necesario, ante todo, proclamar primero y hacer reconocer al mundo la dignidad personal del hombre, aún del más pequeño entre todos los hombres. Esto se hizo. Toda la acción de la Iglesia y todas las instituciones tienen por objeto el desarrollo y perfeccionamiento de la persona humana, de esta imagen inmortal de Dios.

Era también preciso rehacer, restaurar las formas primitivas y fundamentales de toda sociedad, el matrimonio y la familia, gérmen y prototipo de toda asociación ulterior y más desarrollada. También esto lo hizo la Iglesia, consagrando el matrimonio y estrechándole con el triple lazo de un amor santo, de una humilde sumisión y de una fidelidad inviolable. De este modo fueron preparados los materiales para la construcción de este imperio, copia fiel de la Iglesia de Dios sobre la tierra, gran familia de los pueblos de la cristiandad. que debía abrazar á todos los que estaban animados de una misma fe y gobernados por una misma ley.

Pero como la Iglesia garantiza la personalidad de cada hombre, y lejos de quitarle su originalidad, le lleva á su más elevada perfección, penetrándola con su espíritu, de este modo conserva cuidadosamente el carácter nacional de cada pueblo, y sus costumbres particulares, en vez de borrarlas. Cada nación ha entrado en la Iglesia, no para desaparecer en ella y perderse como los ríos en el Océano, sino para encontrarse allí más gloriosas, más fuertes y más vivas.

Un verdadero progreso se había realizado después de los tiempos del imperio romano; los diferentes pueblos que, después de las invasiones, habían tratado de fundar Estados, habían llegado al fin á una unidad, no sólo exterior y material, sino á una unidad más elevada, era común á todos, teniendo la ventaja de no dificultar la vida nacional de cada raza en particular.

La ley de la historia antigua es, no la co-existencia armónica y pacífica de los pueblos más diversos, sino la absorción absoluta por la conquista. El imperio romano los encerró á todos como á cadáveres en la misma tumba.

Con el cristianismo prevaleció una ley contraria. Pueblos jóvenes y fuertes, que tenían en sus manos los nuevos destinos de la civilización universal, y que estaban en posesión de un rico y glorioso porvenir, sintieron por primera vez que formaban parte de un mismo todo y que eran miembros de un gran cuerpo.

Este reino comprendía las naciones germánicas, romanas y eslavas, es decir, las principales de Europa. La antigüedad, que, ó bien no conocía más que Estados de una sola nación, y llamaba bárbaro á todo lo que no era helénico, ó bien no sabía reunir dos ó muchas naciones en un solo imperio, sin exigir el sacrificio de sus derechos y de su libertad, la antigüedad no tiene nada que mostrar que se parezca á esta organización política de la edad media. (Cons. Hœfler. *Imperio y papado*).

En verdad, la Iglesia encaminaba el mundo cristiano á constituir lo que es el *desideratum* de la civilización universal, la *Etnarquía* ó confederación de naciones para el gobierno de las relaciones y de los asuntos internacionales, que hoy apenas llegan á arreglarse por el arbitrage.

La formación de las nacionalidades políticas y su egoismo siempre creciente, aflojaron el lazo universal creado por la idea que realizó el imperio, que no era más que una gran familia de los pueblos; entonces fué cuando se vió aparecer el odio nacional, desconocido hasta el siglo XIII, y que fué muy pronto seguido de guerras nacionales desde el siglo XIV.

Mas aún; si nos referimos á tiempos más próximos, aparecerá que el Clero se adelantó á los principios y reformas atribuidas á la Revolución en lo que tienen

de sanas y legítimas. En efecto, dice un célebre publicista: «Es preciso leer mucho las actas del estado del clero en 1789, en los preámbulos de la Revolución.

El clero se muestra allí, á veces, intolerante y obstinado en su adhesión á muchos de sus antiguos privilegios; pero por lo demás, tan enemigo del despotismo, tan favorable á la libertad civil y tan amante de la libertad política, como el tercer estado ó la nobleza; proclama que debe ser garantizada la libertad individual, no por promesa, si no por un procedimiento análogo al del *Habeas corpus*.

Pide la destrucción de las prisiones de Estado; la abolición de los tribunales excepcionales; la publicidad de todos los debates; la inamovilidad de todos los jueces; la admisibilidad de todos los ciudadanos para todos los empleos, que deben ser reservados exclusivamente al mérito; un alistamiento militar menos opresivo y humillante para el pueblo y del que nadie esté exento; la desaparición de los derechos señoriales, que procedentes, dice, del régimen feudal, son contrarios á la libertad; la libertad ilimitada del trabajo; la destrucción de las aduanas interiores; la multiplicación de las escuelas privadas, siendo necesaria una, según él, en cada parroquia, y que sea gratuita; establecimientos públicos de beneficencia en todas las campiñas, como talleres de caridad, y por último toda clase de estímulos para la agricultura.

En la política propiamente dicha, proclama más alto que nadie, que la nación tiene el derecho imprescriptible é inalienable de reunirse para hacer leyes y votar libremente los impuestos. Ningún francés, dice él, está obligado á pagar una contribución que no haya votado él mismo por medio de sus representantes.

El clero pide también que los Estados generales, elegidos libremente, se reunan todos los años; que discutan en presencia de la nación todas las grandes cuestiones; que hagan leyes generales á las que no se

pueda oponer ningún uso ó privilegio particular; que administren la hacienda y que intervengan hasta en la casa del rey; que sus diputados sean inviolables y sus ministros responsables. Quiere también que se cree asambleas de Estados en todas las provincias y de municipalidades en todas las ciudades...

No sé, si á pesar de los vicios manifiestos de algunos de sus miembros, habrá habido jamás en el mundo un clero más notable que el clero católico de Francia, en el momento en que le sorprendió la revolución, más ilustrado, más nacional, menos encerrado en las solas virtudes privadas, mejor provisto de virtudes públicas, y á la vez con mas fe: la persecución lo ha demostrado bien.

He principiado el estudio de la sociedad antigua, lleno de preocupaciones en contra, (1) pero le he concluído lleno de respeto. No había, á decir verdad, más que los defectos que son inherentes á todas las corporaciones, tanto políticas como religiosas, cuando están bien constituídas y sin divisiones, á saber, la tendencia á invadirlo todo, el genio poco tolerante y la adhesión justificativa y á veces ciega á los derechos particulares del cuerpo. (Tocqueville. *El Antiguo régimen y la Revolución*).

Pero la Revolución cometió el crímen, al decir de Roger-Collard, de hacerse impía, y desorientar la influencia benéfica de la Iglesia con detrimento de la civilización moderna.



Conclusión y ojeada sobre el porvenir.—Queda, pues, demostrado que la Iglesia ha sido en realidad la madre, la maestra é institutriz de los pueblos, que los ha regenerado á todos en su seno y los ha colma-

1—¡A cuantos no sucede lo mismo por odio anticlerical!

do, no solo de gracias del cielo, sino también de bendiciones y prosperidades temporales.

El germano y el normando, el hijo de la barbarie y el heredero de la antigua civilización, todos, por muy diferentes que hayan sido por sus aptitudes y cualidades, por sus facultades y por sus necesidades, han sido instruídos y reunidos, civilizados y fundidos á la vez en un gran cuerpo político-social, la cristiandad, la civilización cristiana.

Ayudando al desarrollo natural de los pueblos con la comunicación de un elemento sobrenatural, ha dado á estos mismos pueblos una vitalidad que la antigüedad no conocía. Desde el momento en que una nación se ha colocado en el terreno de la fe y de la vida sobrenatural, encuentra allí un principio de duración que triunfa del tiempo, y un fondo de ideas eternas y de fuerzas sobrehumanas, en donde no cesa de florecer y fructificar.

Siendo verdaderamente universal, el principio cristiano comprende á todos los demás y todos, principio moral, principio político, principio económico, principio humano y principio nacional, encontrándose en el cristianismo con el principio religioso, reciben de él su verdadero sentido y su conservación duradera.

Religión y política, Estado é Iglesia, cosmopolitismo y patriotismo, ciencia y arte, comercio é industria, todo cuanto hay de esencial en el desarrollo de la vida del hombre, lejos de ser extraño á la conciencia cristiana, no se comprende bien más que en ella y por ella, porque en ella es donde se encuentra el centro común de todas estas cosas, y ella las penetra con su luz sobrenatural, uniendo, ennobleciendo y glorificándolo todo.

En verdad que es un contrasentido, ó por lo menos, vano propósito el hablar de un antagonismo entre la Iglesia cristiana y la civilización moderna, después de haber visto lo que nos enseña la historia. Tal an-

tagonismo no existe; no hay oposición sino allí donde es desconocido el ideal de la Iglesia, ó allí donde la civilización alterada ha adquirido este espíritu anti-cristiano, ó anti-clericalismo, lleno de orgullo y de vértigo, que adora al ídolo del naturalismo humano del antiguo paganismo, y precipita las masas en el materialismo, caricatura de la civilización. Con semejante civilización la Iglesia no podrá jamás conciliarse, como no pudo conciliarse con la civilización pagana, ni con la incredulidad moderna.

Pero estos antagonismos son pasajeros, como sucedió en la misma edad media con múltiples heregías; pero la Iglesia está acostumbrada á vencer: la civilización cristiana es imperecedera, como lo es la Iglesia, al decir de Macaulay. El paganismo ha caído para siempre; y aunque las naciones cristianas caen también, y su caída es á veces profunda; pero á causa del fondo inmortal en que se apoya su existencia, conservan la posibilidad de rejuvenecer y de revonarse siempre.

No es cierto que la vida de las naciones esté sometída al fatalismo, y que después de haber sido jóvenes y vigorosas deban necesariamente envejecer y morir como los individuos. Por mucho imperio que tome sobre ellas la naturaleza con sus leyes necesarias y fatales, la libertad conserva siempre grande influencia en su vida.

«Para satisfacción del sentimiento de libertad que hay en el hombre, dice Roscher, se puede afirmar atrevidamente que ningún pueblo religioso, y moralmente fuerte y sano, ha caído mientras ha conservado su virtud, que es el primero de todos los bienes...»

Es hoy moda comparar nuestro estado presente con el de los griegos ó romanos en la época de su decadencia. Pero se echa en olvido al cristianismo, que pone al alcance de todos, lo mismo de los pueblos como de los individuos, la curación y regenera-

ción. Mientras que vemos á los pueblos de la antigüedad desarrollarse rápidamente, languidecer después, y por último desaparecer sin dejar huellas, el cristianismo ha depositado en el mundo moderno un gérmen de duración que, aún en la más triste decadencia, hace esperar mejor porvenir.

Los pueblos pueden dejar de ser cristianos, perder los beneficios del Cristo, y caer de la civilización en la barbarie, pero no para siempre. La Iglesia católica es la última esperanza del género humano, extraviado é infeliz.

Cuando las razas germánicas estaban en todo el vigor de su floreciente juventud, ella formaba el principio y el móvil de su vida; por todas partes por donde ha trabajado, ha creado nuevos pueblos, una ciencia nueva, un arte nuevo, y aún hoy, lo mejor y más bello que hay en la vida social, está íntimamente unido con la fe cristiana, por más alarde de incredulidad que se haga.

Una cosa es indudable: que si se realizasen en el porvenir los amenazadores destinos que tememos, la victoria pertenecerá á la fe mas fuerte y más grande. Porque la historia de todos los tiempos lo ha demostrado, como observa M. de Tocqueville: «un pueblo que quiera ser libre y fuerte, debe creer, y un pueblo que no quiere creer, debe por necesidad ser esclavo.»

***

Queremos terminar con una profesión de fe acerca del porvenir, que ya hemos hecho en otro lugar. La sociedad moderna, el mundo actual está preparado para grandes actos y para grandes cosas en una colosal evolución: si procuramos encauzar sábia y prudentemente las corrientes del progreso, llegaremos á grandes conquistas, porque nuestros caminos

están, en verdad, llenos de esperanzas para la Iglesia y para la humanidad. ¡Quizás vendrá antes una conflagración inmensa y un choque tremendo de pasiones desencadenadas; pero esto aceleraría el fin de una época de transición. Y sobre todo, ahí está la Iglesia con todo su amor y toda su energía, como prenda y señal de salvación, no habiéndose encontrado jamás ni más extendida, ni más concentradas sus fuerzas, ni más prestigiada su potencia moral; ni obtenido más brillantes apologías de parte de la verdadera ciencia, ni sentídose tanto la necesidad de su intervención moral para resolver la crísis por que atraviesa la sociedad ante los amagos de la corrupción y la anarquía. ¡No temamos!... La reacción vendrá, porque es necesaria para el progreso de la humanidad por el cristianismo.

¿Cuál será, pues, el porvenir? El progreso continuará su marcha más ó menos acelerada: los ensueños de nuestra época, al parecer imaginarios é increibles, son apenas una debil sombra de las realidades futuras, porque nada hay que no tenga el derecho de esperar y conseguir. Confiemos en la Providencia por los destinos de la humanidad, y tengamos confianza en que las fuerzas morales y sociales que agitan hoy día tan profundamente al mundo, se transformarán en un acrecentamiento de bondad y felicidad entre los hombres bajo la égida del cristianismo.

Pero raras veces en toda la historia de la humanidad pesaron tan graves responsabilidades sobre los gobiernos, sobre los conductores de hombres y de sociedades; nunca el seno de la humanidad ha encerrado tan grandes esperanzas, ni jamás se vislumbraron tan grandes perspectivas. Y es gloria de la Iglesia que el sabio y grande León XIII haya sido el primero con su Encíclica *Praeclara*, en barruntar el porvenir, dando un hermoso ejemplo á los grandes estadistas modernos: él ha lanzado francamente la nave de Pedro con

rumbo al porvenir sin temor á las tempestades, que superará, porque está seguro de que no puede naufragar. ¡Jamás ha sufrido naufragio al través de diecinueve centurias!

El porvenir no realizará, sin embargo, el sueño de los milenarios, porque siempre habrá desigualdades entre los hombres, como en los talentos y virtudes, y las pasiones perturbarán siempre la paz de las almas y de las sociedades; pero habrá más piedad en el mundo, mas justicia y moralidad; habrá mas respeto en la libertad y menos licencia en las costumbres; la fraternidad de los hombres será más generalmente reconocida y sus dictámenes puestos más fielmente en práctica. El beneficio de la civilización se extenderá á todas las razas de la familia humana en Oriente y en Occidente; la libertad civil y política atravesará los mares, dando la vuelta al mundo; las naciones se considerarán como hermanas, terminando con un pacífico arbitraje los desacuerdos inevitables, vendrá entonces el desarme universal, y la fuerza bruta cederá cada vez más ante el derecho y el espíritu afirmará su poder sobre la pasión y la materia.

Todo esto no se realizará sin retardos y rémoras, sin reacciones y represiones; pero, al fin, la victoria quedará de parte de la verdad y de la justicia, porque si los abusos de la libertad humana pueden retardar accidentalmente el plan divino, la Providencia vencerá, sin embargo, por la sanción necesaria del bien y del mal; ya que no es paradoja afirmar que los abusos de la libertad servirán para hacer perfeccionar las leyes y las instituciones, como las pestes sirven para hacer adelantar la medicina. Cuando en una habitación falta el oxígeno, viene la asfixia, y esto obliga á sanear la atmósfera por una necesidad imperiosa, la de vivir; la irreligión y los sistemas inmorales, podrán halagar las pasiones; pero perderán su crédito al palpar la sociedad que producen la asfixia y la anemia social, y que

los pueblos no pueden vivir sin moral, como esta no puede existir sin religión.

Las anteriores reflexiones nos llevan á dar una respuesta categórica sobre el porvenir de la Iglesia. En la atmósfera de la sociedad moderna flota el espíritu de incredulidad ¿habrá que temer por la suerte de la religión? Esto equivaldría á preguntar si hay que temer por la suerte de la eterna verdad y por el reinado de la Providencia. La incredulidad no es más que una nube que pasa y de paso nubla al sol; pero este no puede sufrir eterno eclipse.

El progreso material y científico ha hecho nacer una estimación exagerada por la naturaleza, y colocado una especie de velo ante los ojos que buscan lo ideal y lo divino. Pero las realidades de lo sobrenatural y la profunda necesidad que de él tiene el hombre no deja de subsistir; su razón y hasta su corazón no le perderán de vista, y la protesta contra la incredulidad por sus estragos y ruinas contribuirá á dar más esplendor é importancia á la idea religiosa. Sí; cuánto más el pensamiento humano se fortifique en los demás medios de progreso, tanto más claramente comprenderá que la religión es necesaria á todo progreso para que no acabe en disolución é instrumento de decadencia, como Dios es necesario á todo ser, y como es necesario á la ciencia para explicar el mundo material y moral.

Y se nos ha de permitir rematar esta reflexión con un pasaje del ilustre publicista Macaulay, quien lejos de creer en la decadencia y ruina de la Iglesia, á pesar de ser heterodoxo, ha afirmado en nombre de la historia que la Iglesia tiene vigor para continuar siendo grande y respetada aún cuando los viajeros de Australia, por ejemplo, vayan á visitar las ruinas de Londres ó París. Al preguntarse cómo podría perecer la Iglesia, responde: «Se repite que el progreso de las luces debe ser desfavorable al catolicismo; pero lo duda-

mos mucho, cuando vemos que los progresos inmensos que el espíritu humano ha hecho hasta aquí en las ciencias naturales; que el perfeccionamiento á que ha llegado el arte de gobernar, la política y la legislación no han sido contrarios, pues, antes bien pensamos que los cambios y adelantos verificados han sido favorables al catolicismo.» (Estudios históricos).

Y añadiremos otra razón apodíctica. Proudhôme ha tenido mil veces razón: la Iglesia es eterna é imperecedera, porque *cree en Dios*, y porque cree en él *mejor que ninguna otra religión*, y porque *nadie sabe adorarle como ella*.

Porque ese Dios, deseo de todas las naciones, esperanza y necesidad suprema de todos los pueblos, lo dá la Iglesia, y ella sola sabe darlo á la humanidad, de manera que la agigante y sublime en sus aspiraciones; y esto porque ella es *la mas pura, la mas completa, la mas resplandeciente manifestación de la esencia divina.* (La justicia etc.)

No temamos, pues, por la suerte de la civilización y del catolicismo, porque es hácia un porvenir tan brillante como el que acabamos de indicar que se dirigen los esfuerzos del progreso humano por la Iglesia bajo la acción de la Providencia divina, que rige los destinos de la humanidad. Vemos, por fin, otra señal en favor de la Iglesia: si el sabio León XIII lanzó la barca de Pedro por rumbos llenos de gloriosas esperanzas, los católicos y con nosotros el mundo entero, estamos íntimamente persuadidos de que el Papa actual Pío X, es un Pontífice ideal para los tiempos que atravesamos. Su sabio y santo programa: «instaurare omnia in Christo—restablecer todas las cosas en Cristo;» es el mas grande para la civilización y orientación redentora; es un programa divinamente inspirado y providencial para los tiempos presentes. Además, un corazón dotado de una caridad verdaderamente paternal, y al mismo tiempo de una entereza apostólica,

junto con una inteligencia clara y resuelta, son el incomparable ornato y los rasgos culminantes de Pío X. En fin, pensamos que el actual sucesor de San Pedro que, fiado en Dios, se sienta sereno, fijos los ojos en el nebuloso horizonte y sin temblor puesta la mano en el gobernable del timón, es el piloto más á propósito para dirigir la gran nave de la Iglesia entre las borrascas actuales, que quedarán superadas como las antiguas, que fueron más grandes que las presentes: la invasión de los bárbaros, las grandes heregías, el humanismo, la revolución francesa.

Hasta creemos que Pío X es el predestinado para resolver con verdaderas garantías la gran cuestión de la libertad é independencia del Pontificado.

Nada lo conmueve, ó infunde miedo. Siempre oye las palabras del Cristo: «No temais; yo he vencido al mundo».

NOTAS ADICIONALES (1)

Ante los progresos de la historia es imposible negar hoy día que toda la civilización europea, esto es, moderna, es obra de la Religión Católica, en lo que tiene de sano y verdadero; y nó como quiera, sino venciendo primero la decadencia y corrupción del imperio romano, y luchando después con la barbarie invasora y dueña de la herencia romana. Sus cimientos se han ido colocando en todas partes por medio de la conversión de los pueblos. En tiempo de la dominación romana el cristianismo se extendía tanto como el imperio de los Césares; pero la Iglesia no solo tuvo que luchar contra los Césares sino también contra los bárbaros que derrumbaron su imperio. ¡Qué obra y qué empresa tan colosal!

Desde la muerte de Teodosio el Grande hasta el establecimiento de los Lombardos en Italia, las hordas salvajes se iban apoderando de las provincias más bellas de Europa para convertirlas en desiertos y sembrar su suelo de sangre y escombros. Todo desaparecía bajo el filo de la adarga: artes, ciencias, industrias, leyes, ciudades, costumbres, civilización, habitantes; todo, todo sucumbía entre las olas de ese inmenso aluvión. Se mudó la faz de la tierra y una sombría noche la envolvió en su manto tenebroso.

1—En estas notas nos proponemos comprobar algunas de las afirmaciones hechas en el texto, tomándolas en su mayor parte de Schleiniger, *La acción civilizadora de la Iglesia.*

¿Y por qué razón no desapareció entónces la humanidad entera entre ese nuevo diluvio de elementos destructores? «Era, como dice Cristophe en su *Historia del Papado,* porque esos escombros los reunió de nuevo la Iglesia cristiana, que estaba fuera del alcance de aquel vértigo destructor». «La Iglesia, dice con mucha justicia el mismo autor, fué la providencia de la humanidad.» Muy difícil era esa misión; pero fué desempeñada con gloria por el sacerdocio y las órdenes religiosas.—Federico Bœhmer en su *Historia del Imperio,* dice: «Frente á la dominación temporal aparecía la Iglesia con sus tendencias muy diversas. Casi sólo en ella se encontraba orden, firmeza de carácter, espíritu previsor. Educado en la escuela del desprendimiento y de sus reglas, formado y versado en la contemplación de los preceptos del Evangelio, nutrido diariamente con el culto divino más puro é importante, el clero se encumbraba á inmensa altura sobre los laicos, cuyos ímpetus debía reprimir con el ejemplo y la predicación, con su ilustración y constancia. *Es imposible comprender las dificultades de esta obra.*»

Pero ¡qué parte tan importante fué la de los monjes! En efecto; para transformar á aquellos bárbaros en pueblos civilizados tratábase en primer lugar de derribar bosques y destruir las malezas, de abrir caminos, de edificar habitaciones estables y convenientes, fundar aldeas y ciudades, tratábase de establecer las industrias y las artes. Los monjes eran quienes transformaban espesas selvas, sitios salvajes, pantanos intransitables en sitios amenos; ellos eran quienes conducían el arado, quienes cultibaban las huertas y jardines, quienes edificaban sus propios conventos, divulgaban las artes mecánicas, y se hacían de esta manera los fautores de los trabajos manuales, de las artes, de la agricultura. Al rededor de los conventos edificaban sus moradas familias

enteras, y aparecían aldeas y ciudades, en que el ejemplo de trabajo que daban los monjes, pronto se hacía patrimonio común de todos. Francia y Alemania entera tomó luego otro aspecto, y lo mismo sucedió en la mayor parte de Europa.

En la mayoría de los monasterios había talleres de manufacturas. Había congregaciones que fabricaban paño y galones, y se ocupaban al mismo tiempo en la instrucción de niños pobres y en el cuidado de los enfermos; había otras congregaciones, como la hermandad de los sastres y zapateros, que trabajaba con el mismo fin caritativo. La falta de puentes y sendas, ocasionó la fundación de una nueva orden, dedicada á estos trabajos, y cuyos socios recibieron el nombre de *pontífices*, constructores de puentes. A imitación de estas sociedades se formaron más tarde los célebres y bien organizados gremios de trabajadores de la Edad Media.

Este nuevo estado de cosas ejercía también un influjo benéfico sobre las relaciones comerciales. En distintas abadías se celebraban ferias y había grandes mercados. «Las monjas, dice Chateaubriand, tegían gran parte de los lienzos europeos; las cervezas flamencas y casi todos los vinos griegos y de Hungría eran fabricados por órdenes religiosas; el intercambio de los cereales estaba en manos de los religiosos; el pergamino, la cera, los lienzos, la seda, el mármol, las manufacturas, las alfombras, recibían su valor de las iglesias. Ellas solas proporcionaban trabajo á los artistas que no pocas veces hacían venir hasta del interior de la Grecia. Los mismos religiosos se ocupaban en las artes y eran pintores, escultores y arquitectos, que llevaron á su completa perfección el estilo gótico. Más aún; sin ellos habría quedado del todo interrumpida la historia de las artes y de las ciencias». En efecto, los monasterios constituyeron los únicos asilos de estudio, así como de las letras y ciencias antiguas.

Alguien ha querido decir que las comunidades religiosas ya no son lo que fueron. En verdad, hoy no son necesarios todos esos esfuerzos en favor de la civilización, como lo fueron en medio de pueblos bárbaros: su acción civilizadora tiene que ser diversa de la edad media, como los cuidados de la paternidad son distintos cuando los hijos han salido de la infancia. La acción de la Iglesia se adapta á las necesidades de los pueblos (1).

1—La misma acción civilizadora de las órdenes religiosas ha continuado al traves de los siglos. Véase por ejemplo respecto á las Islas Filipinas el valioso testimonio del general norteamericano Leonard Wood, quien ha escrito en el *Boston Transcript* [1905] lo siguiente:

«Los españoles han hecho por los filipinos más que cualquier otra nación colonizadora por un pueblo oriental. España les dió sus ideas, sus principios, su religión, su idioma y su cultura, no superficia mente, sino penetrando en el alma de los indígenas. No obstante ser los filipinos malayos, nada tienen de común con los malayos. En lugar de la verdadera barbarie, el canibalismo y la idolatría, España implantó el catolicismo que ahora profesan las nueve décimas partes de la población, y elevó la condición social de la mujer, que no es casi una esclava, cómo en otros paises orientales, sino la señora de su hogar. Pero todo esto fué principal obra de las órdenes religiosas. En efecto, continúa diciendo el citado Wood:

«La labor realizada en tres siglos por los religiosos españoles, es admirable y no puede dejar de excitar nuestro aplauso. Y á pesar de las muchas dificultades con que tropezaba, España continuaba su obra de cristianización, cuando la hicimos la guerra. Entonces empezaba á llevar su civilización al interior del Mindanao, por cuyos ríos y lagunas surcaban ya los cañoneros españoles, que fueron echados á pique cuando la evacuación y que ahora yo me cuido de poner á flote. Nuestro pueblo no puede apreciar en toda su extensión la deuda que hemos contraído con España. Supongamos que hubiéramos tenido que habérnoslas con un pueblo salvaje como el que encontró España á su llegada á estas islas. Nuestra situación sería mucho más difícil. Pero ahora nos encontramos con un pueblo cristiano y con estos cimientos podemos levantar un buen edificio. Por este hecho, podéis apreciar en cuán alta estima tengo yo á España como potencia colonizadora»

¡Qué lección tan elocuente! Un general norteamericano diciendo á la faz del mundo cuánto deben las islas Filipinas á España mediante las Ordenes religiosas; ensalzando justamente sus medios de colonización saturàdos de la eficacia del cristianismo, cuya acción civilizadora penetra en el alma del pueblo malayo, uniéndola por la religión con los demás pueblos cultos á cuyo nivel iba elevándole gradualmente.

El canibalismo sectario del Katipunan insular y de las logias peninsulares que fomentaban la insurrección filipina, protestaron contra aquella colonización civilizadora. El jacobinismo es en todas partes un fenómeno atávico, un bárbaro impulso de represión con que hombres civilizados por la doctrina cristiana reniegan de ella, para recobrar el libre ejercicio de sus instintos brutales.

Y aunque esta nota es ya larga queremos añadir lo siguiente, tomado de *El Diario* de Buenos Aires, cuya imparcialidad en esta materia no puede ser puesta en duda.

El concepto justo y sincero de las religiosas vertido en los párrafos que transcribimos, por un criterio leal despojado de todo sectarismo, es un reflejo claro y autorizado de la verdad y constituye además una prue-

Para facilitar la educación del espíritu había inventado la Iglesia distintos alfabetos, como Ufila el gótico, San Cirilo el eslavo, San Macrobio el armenio; había conservado por multitud de copias, á falta de imprenta, el rico tesoro de la literatura clásica pagana; había fundado numerosas escuelas en los monasterios, en las catedrales, en todas las parroquias. Ella fué en una palabra la fundadora de las escuelas populares y gratuitas. Pero, aunque se dedicaba con tanto empeño á la enseñanza elemental, no por eso descuidaba la instrucción superior. También en esta tarea se distinguió la orden de San Benito: en todas partes fundaba bibliotecas y archivos, lo mismo que escuelas; escribía la historia de los pueblos entre quienes vivía, y ofrecía al mundo un asilo para las ciencias, de la misma manera que para la virtud. Federico de Hurter en su *Inocencio III* escribe: «Sin los archivos conventuales tendríamos sólo vagas noticias acerca de un trascurso de tiempo bastante largo; en más de un país debe la posteridad el recuerdo de todos los acontecimientos his-

ba incontrastable en el proceso contra el moderno espíritu de impiedad que tiende á desconocer cuanto significa una virtud ó un título de noble orgullo para la Iglesia Católica. Habla el citado diario:

«Guarangos, respetad á las religiosas! Parece mentira que en nuestra capital sucedan tales cosas, pero es lo cierto que algunos jóvenes al parecer decentes, cuando encuentran por la calle á hermanas de Caridad, se permiten pronunciar á su lado palabras groseras é inconvenientes, porque saben de antemano que son mujeres indefensas.

¡Respetad á las religiosas! No se olvide que el mundo admira esa pléyade de mujeres que llámamos hermanas de Caridad, consagradas al apostolado, á la caridad, al alivio de todas las miserias humanas, al sacrificio por sus hermanos. Ellas se consagran al cuidado de los enfermos, en la cuna, en el asilo, en la escuela primaria enseñan á los niños á huir del vicio, y á caminar por la senda de la vida. Recogen á los huérfanos, los alimentan, los visten. Atienden y consuelan á desvalidos ancianos, mendigando para darles pan. Acogen á la inocencia perdida y corren á las misiones arrastrando todo género de peligros. Es un ejército voluntario que recorre la carrera de la abnegación absoluta en que el amor de los demás vence el amor de sí mismo.

Respetad, pues, á las hermanas de Caridad.» La guaranguería parece ser anticlerical; pues se observa de contínuo que, por más razones y demostraciones que se aduzcan en favor de la Iglesia, para los anticlericales el catolicismo no es más que *oscurantismo, retroceso, fanatismo é imbecilidad.*

¡Guarangos, respetad la historia!

tóricos á los monasterios; casi sólo ellos han arrancado del olvido los grandes hechos de la Edad Media.» Un comentario á estas palabras dan los 13 tomos en folio de Pertz, *Monumenta Germaniæ historica*, y los 25 tomos también en folio de Muratori, *Scriptores rerum Italicarum*.»

Bajo el patrocinio de los Papas se trasformaron en universidades las antiguas escuelas de París y Bolonia, donde tenían una cátedra todos los ramos del saber humano. Antes de la Reforma había en Europa cerca de 70 universidades, cuyas luces después de iluminar los siglos medios han llegado vivificadoras hasta el nuestro. Tales fueron entre otras en el siglo XII la universidad de Bolonia, maestra del derecho; en el siglo XIII las de Oxford y de París, que dieron al mundo vivísima luz de filosofía escolástica; la de Palencia, de donde salió Santo Domingo de Guzmán, aquella lumbrera de doctrina y santidad que ilustró el siglo XIII; la de Salermo que hizo admirables progresos en la medicina; la de Salamanca que vino á ser madre de innumerables sabios.

La teología, como reina de las ciencias, y la filosofía, tenían entre sus representantes espíritus de primer orden; basta recordar los nombres de un Anselmo, de un Alberto Magno, Tomás de Aquino, Buenaventura. La historia era cultivada casi exclusivamente por la Iglesia. Un desarrollo considerable presentaba la ciencia del derecho en sus dos ramificaciones principales, el derecho romano y el canónico, en que descuellan Alejandro III, Inocencio III, Gregorio IX y Bonifacio VIII.

Gran adelanto y actividad en las ciencias físicas supone la época en que un monge, Virgilio, Obispo de Salzburg, afirma la redondez de la tierra y la existencia de los antípodas; en que un fraile franciscano, Rogerio Bacón, anuncia los globos aerostáticos, las bombas de vapor y de aire, y los telecospios; en que

el monje Bertoldo Schwarz vulgariza el uso de la pólvora; en que el papel de trapo y otras invenciones y descubrimientos utilísimos habían de asegurar los progresos obtenidos y multiplicar los caudales de la inteligencia

Acerca de Rogerio Bacón confiesa el mismo Göethe: «Si hoy volviera el venerable monje inglés *Bacón*, después de trascurridos tantos siglos, y se presentara en mi gabinete de estudios y me pidiera que le instruyese en los adelantos obtenidos desde su muerte en las artes y ciencias, estaría con cierto embarazo delante de él, y apenas sabría que contestar al buen anciano. Si se me ocurriera mostrarle un microscopio solar, él me señalaría un pasaje de sus obras en que no solo profetizaba esa invención, sino que le enseñaba el camino con consejos prácticos. Si nuestra conversación se refiriera á los relojes, al mostrarle yo uno, me replicaría quizás tranquilamente: ¡Amigo, nada de nuevo es esto para mí; ya lo había previsto: en la página 504 de mis obras os convenceréis de la posibilidad de estas máquinas, como también de la del microscopio solar, ó *cámara oscura*. Por último, después de un examen completo de todas nuestras modernas invenciones, bien podría suceder que el profundo pensador monástico se despidiera de mí con las siguientes palabras: Demasiado no es, en verdad, lo que habeis hecho en el trascurso de tantos siglos. ¡Trabajad con más empeño!»

Nos permitimos recordar aquí también una palabra de *Herder*, acerca de los benedictinos: «En todos los ramos de la literatura, dice, hicieron cuanto puede hacer la constancia y actividad humana. Hombres aislados han escrito bibliotecas completas; y congregaciones enteras se han esforzado por hacer desaparecer desiertos literarios por la publicación y explicación de innumerables obras. Sin la orden de San Benito, probablemente se habrían perdido para nosotros la

mayor parte de las obras de la antigüedad. Y si se trata de santos abades, obispos, cardenales y papas, forma una biblioteca la sola enumeración de ellos y de lo que han hecho. Gregorio Magno, un benedictino, por sí solo hizo más de lo que juntos podían hacer diez gobernantes eclesiásticos ó laicos. La música eclesiástica, que ha ejercido siempre un poder tan grande sobre los ánimos, se debe casi exclusivamente á los benedictinos.»

La poesía de la Edad Media siempre será un tesoro para todos los tiempos, á causa de su riqueza, de sus imágenes, su vigor, su ternura, principalmente en Alemania é Italia, donde encontró digno remate en la *Divina Comedia* de Dante, la producción más grandiosa y profunda de todos los tiempos.

*
* *

Este majestuoso desarrollo de las inteligencias en el campo de la Iglesia no puede apreciarse debidamente si no se toman también en consideración las *artes cristianas*, que, personificadas en sus monumentales producciones, pueden colocarse como dignas hermanas al lado de las ciencias de la Edad Media.

En primera línea encontramos aquí la arquitectura; á los siglos XI y XII corresponde la gloria de haber cambiado la antigua basílica cristiana en las hermosas iglesias de estilo románico, como sucedió en Maguncia, Worms, Espira, Bamberg y Basilea. En el siglo XIII se elevó la arquitectura á su más alto grado de perfección con el estilo gótico, tal como se nos presenta en la Iglesia de San Francisco en Asis, en la bellísima Catedral de Colonia, la Iglesia de San Estéban en Viena, de Santa Isabel en Magburgo y en las Catedrales de Estrasburgo, Friburgo, Ulm, etc. Todas estas construcciones son la expresión artística más sublime, manifiestan la unidad del pensamiento

religioso y atestiguan, á la vez, la existencia de un verdadero pueblo de artistas, capitaneados por genios colosales que supieron espiritualizar la materia y elevar las aspiraciones de la humanidad.

A la arquitectura se asociaron la pintura y las artes plásticas. Las iglesias de Italia, Bélgica y Alemania demuestran aún hoy cómo las casas del Señor eran el centro de todas las artes: la plástica se desarrollaba principalmente en aquellos admirables altares de los siglos medios, en los artísticos tabernáculos, en los sillones del coro y en los púlpitos, como sitios que eran todos estos, destinados de un modo especial á la alabanza y gloria de Dios; se ostentaba en los valiosos relicarios, en la multitud de imágenes sagradas dentro y fuera de las iglesias, en los sepulcros de los santos, en las fachadas y portales de los templos y hasta en los adornos de las cúpulas y torres, que se elevaban al cielo, como el pensamiento de los fieles.

Damberger hace la siguiente observación acerca de los tiempos de Enrique el Santo: «Tal vez no hay nada tan memorable en los tiempos de Enrique como aquel entusiasmo febril por edificar basílicas, lo más suntuosamente posible, que se notó en todo el dilatado imperio y fuera de él; y para que nos inclinemos ante la grandeza de aquel espíritu que se esforzaba por crear cosas superiores á las que hasta entonces había visto la tierra, basta recordar que el fundador del glorioso nombre de los Habsburgos, el Obispo *Werner*, inició en 1015 la construcción de la Catedral de Estrasburgo, según un plan cuya realización había de requerir doscientos años de trabajo, hasta que aquella torre sorprendente llegara á las nubes, para referir á las estrellas lo que Alemania era, lo que tenía y lo que ha perdido... Por lo común se ponía especial esmero en el adorno interior, y un maestro tenía derecho á emplear la mitad de su

vida en la escultura artística de los sillones del coro de una catedral; un solo altar mayor tenía no pocas veces más arte que ahora las iglesias de varios principados juntos.... El emperador Enrique regaló á la Catedral de Basilea un cuadro que entonces fué avaluado en 7.000 pesos de oro. Adornaban además el santuario finisímas tapicerías, arañas, candelabros, relicarios, y sobre todo valiosísimos ornamentos y vasos sagrados para el santo Sacrificio.» Hé aquí la inspiración religiosa fomentando las artes liberales.

La pintura de la Edad Media tenía sus propias é importantes escuelas y distinguidos maestros. Muchos de sus cuadros no tienen rivales en la historia del arte, por la expresión tierna y angélica de sus figuras, y sobrepujan á cuanto había producido el arte clásico antiguo: ¡es que eran la realización de los ideales cristianos! De esta clase es, por ejemplo, la célebre *Adoración del Cordero* de Huberto van Eik, destinada para el altar de la capilla de San Baro en Gante. Actualmente se encuentran sólo dos partes principales del cuadro en su sitio primitivo; las laterales fueron adquiridas para el museo de Berlín en más de 400 mil francos; otra pasó al museo de Bruselas. Son célebres también las representaciones del *Juicio final* del Maestro Stefan, á quien además se atribuye el incomparable cuadro de la Catedral de Colonia. Otras reliquias artísticas de aquellos tiempos adornan muchas galerías y museos de Europa.

Al par de la escultura y pintura en lienzo corrían la pintura en vidrio con sus finísimos é indestructibles colores y el arte de la miniatura. La reproducción por medio de planchas de cobre y madera se perfeccionó hasta donde era dable, lo mismo que el arte de tejer. Inmenso vuelo tomó también el arte musical desde el siglo quince, y los órganos que entonces se construyeron causan aún hoy día la admiración de los sabios.

Ni es menos notable el empeño que en esa época se notó de abrir nuevas sendas á la actividad humana. Ya las Cruzadas, la empresa más grandiosa del Cristianismo, habían extendido inmensamente el campo del comercio, y abierto á Europa las riquezas de Grecia, Siria, Egipto y hasta de la India, á cuyos puntos se llegaba entonces pasando por Alejandría, puesto que aún no se había descubierto el Cabo de Buena Esperanza, y con él el camino alrededor del Africa. Los descubrimientos posteriores de Colón y de los navegantes portugueses, y en especial la invención de la imprenta, prepararon una nueva faz en la historia de la civilización.

Por fin recordaremos aquí otra consecuencia de las Cruzadas cual es el impulso que dieron á la organización dice las clases de los ciudadanos y campesinos, que después fueron el fundamento de la vida robusta y duradera de muchas naciones.

*
* *

Para responder á los calumniadores de la Edad Media, vamos á transcribir algunos acapites del discurso magistral de *César Cantú* en su Historia de la Edad Media:

Durante varios siglos, dice, muy pocas eran las noticias que se tenían de los hechos ocurridos desde la muerte de Teodosio hasta la caída de Constantinopla. Mientras que miles de autores han escrito la Historia Antigua ha habido pocos que se hayan dedicado á trazar la de los siglos medios, y aún estos pocos lo han hecho con la precipitación propia del fastidio. Todo se ha reducido á deplorar las tinieblas que se condensaban sobre el mundo; los arcos y los templos demolidos; el cetro de la tierra arrancado á la reina del Tíber; las musas asustadas al oir los ahullidos de los bárbaros, la cimitarra de los vencedores y la cobardía de los

vencidos. Se empleaban algunas expresiones indeterminadas, como por ejemplo, *en aquellos siglos, en la edad media, en los siglos oscuros.* A fin de que el cuadro presente las debidas dimensiones y produzca el efecto apetecido, conviene que hasta el año 1000 vaya gradualmente nublándose todo, y que entonces precisamente comience á aclarar poco á poco; nadie deberá haber tocado un pincel hasta Cimabúe, ni habrán de merecer el menor recuerdo los anteriores ensayos hasta que aparezcan Miguel Angel y Rafael; es necesario que á la bárbara patria de Dante y Petrarca devuelvan el gusto á las letras los miserables pedantes que huían de las impotentes escuelas de Constantinopla.

¿Qué más? No habrá de haberse escrito ni hablado sino una gerigonza sin reglas, hasta que la lengua vulgar se lanza de repente á describir todo el universo, como Minerva cuando salió armada del cerebro de Júpiter, virgen admirable. Si se une á todo esto una alusión acerca de las supersticiones de los frailes, un sarcasmo contra el clero libertino y belicoso, alguna invectiva contra los ambiciosos pontífices, que no permitían á los reyes proceder en todo á su albedrío, entonces se tendrá formada una de las historias ordinarias de la Edad Media.

También yo he leído estos libros con toda el ansia y deleite que arrastra á la juventud hacia las cosas prohibidas; á mí también me deslumbraron, como acontece en la edad que absorve y cree; pero cuando hube llegado á aquella en que se compara y se elige, empezó á parecerme orgullo semejante modo de enumerar entre los bárbaros á Carlo Magno, Gerberto, Godofredo de Bouillón, Luis IX, Felipe Auguto, Fernando de Castilla, Alfredo, Canuto, Juana de Arco, Tomás de Aquino, Alberto Magno, Dante; se me resistía declarar como toscas las edades en que se inventaron los relojes, los molinos de viento, el papel

de trapo, las señales en la táctica naval, el empedrado y el alumbrado de las calles, la pintura al óleo, los hospicios para los ancianos y niños; en que se introdujeron tantas comodidades en los usos de la vida, las chimeneas, el café, el azúcar, los manteles, el azador de rueda, los espejos de cristal; en que se preparó la era de igualdad y justicia por la distribución de los terrenos; en que se resolvieron los problemas más difíciles de mecánica; en que se dió á la química el alumbre, la sal amoniaco, el agua fuerte; en que se dió á los jardines europeos la mayor parte de las legumbres, las plantas útiles y las más brillantes flores; al lujo la seda, á los ginetes los estribos y las sillas, á la observación los lentes, á la navegación la brújula, y en que quedaron asegurados todos los progresos con la invención de la pólvora y de la imprenta.

Arrastrado por el amor patrio que ha dictado siempre mis escritos é inspirado mis acciones, meditaba sobre los tiempos y lugares que más gloria han producido á la Italia; y al ver la Catedral de Bolonia, las maravillas acumuladas en Piza, las capillas de Monreal y Palermo, el puerto de Génova y toda Venecia; al contemplar todo esto con el respecto con que uno saluda el sepulcro de sus abuelos; al encontrar en cada ciudad una Catedral, una muralla y un tribunal de justicia, canales navegables y grandes acueductos, les preguntaba: ¿en qué tiempo habéis sido construídos? Y todos me respondían: en tiempo de las libertades municipales. Y cuando yo contemplaba los grandes conventos, hoy desiertos, de misioneros, que eran los primeros en acudir á visitar la China, en seguir las errantes ciudades de los Tártaros y en sembrar la civilización entre los salvajes; cuando en los abandonados arsenales de nuestras ciudades marítimas y en medio de un pequeño número de barcos de pesca, recordaba la multitud de naves que en otro tiempo cruzaban el mar para ir á fundar

colonias así en Caifa y en el Támesis, como en Trípoli y en el Báltico; que dieron al nuevo mundo el ejemplo de la actividad comercial; cuando veía á los embajadores de los más grandes potentados implorar en San Marcos el socorro del León de Venecia, y regocijarme hasta verter lágrimas porque un dux italiano se ponía á la cabeza de la Europa para rechazar al Asia; cuando contemplaba los millones de peregrinos que acudían de los cuatro puntos cardinales al umbral de los Apóstoles en Roma para admirar con devoción y curiosidad una política y civilización enteramente nuevas, y trasladarlas á países donde hallaron un cielo más favorable; cuando contemplaba á los pueblos y príncipes dirigiendo sus miradas á los Pontífices para pedirles consejo en la formación de las leyes y apoyo contra las opresiones; cuando admiraba en mi cualidad de italiano, estas y otras muchas cosas, no tenía ánimo para vilipendiar á la Edad Media. (1)

Entonces me pareció extraño, más que nunca, ver á los gobiernos eclesiásticos de la Edad Media, reprobados por aquellos mismos que imbocaban su eficacia; condenados á los obispos, jefes de los ejércitos, mientras que se clama contra las exenciones del servicio militar concedidas á los presbíteros; ridiculizado el uso del latín por aquellos que pretendían establecer una lengua universal; denigradas las expiaciones canónicas, en tanto que se hacían ensayos para introducir casas de corrección y el sistema penitenciario; calumniada hasta la inquisición, cuando pesan sobre nosotros poderes arbitrarios equivalentes, que no tienen ni la moralidad de la intención, ni la escusa de la

1—Vilipendiar á la Edad Media: esto es lo que se hace aún hoy día por espíritu anticatólico ó fanatismo anticlerical y por eruditos á la violeta. La confesión de César Cantú acerca de sus antiguas prevenciones contra la Edad Media demuestran en primer lugar lo arraigadas que estaban las preocupaciones y calumnias de la incredulidad volteriana y del fanatismo protestante contra la historia medioeval de la Iglesia, y en segundo lugar el desengaño confesado por el mismo César Cantú después de haber estudiado la historia, de la manera que él lo hizo, demuestran que mucha ciencia acerca á la religión, y la poca nos aparta de ella.

necesidad; aborrecidas las cofradías religiosas, siendo así que los hombres más eminentes de nuestra época no encuentran remedio para las llagas sociales sino en las asociaciones.—Si algún Papa se encuentra indulgente con la corrupción, se toma de aquí pié para denigrar la Iglesia; si contra esta gangrena emplea el hierro y el fuego, se acusa á la Iglesia de que echa mano de la violencia. Cuando ella no opone á los delitos sino la autoridad, se mofan de ella, calificándola de freno insuficiente, y si adopta las leyes imperiales relativas á la inquisición, se la insulta como sanguinaria.

*
* *

En la Edad Media no se ve nada que sea esclusivo, nada que sea estrecho; todos se lanzan con el vigor de una voluntad virgen! Al principio vemos pasar delante de nosotros razas de esclavos y de amos; después razas de conquistadores y de vencidos, de señores y siervos, de propietarios y colonos. Primero el derecho de conquista, luego la dominación territorial y en seguida la libertad del municipio, y siempre luchando. Si se detienen los ojos en la superficie, no se descubre sino la descomposición; si se penetra más allá de la corteza aparece una organización estable en la constitución religiosa, fundada en una ley de amor y de fraternidad, que da á aquellos tiempos lejanos la unidad de que carece el nuestro, entregado por desgracia á la indolente duda y á la arrogante oscilación. La Roma antigua había unido á los pueblos, pero como se une á los penados en un presidio; en la Edad Media las relaciones entre los individuos y los pueblos, ya no estaban determinadas únicamente por la espada, sino por la fe, la esperanza, la caridad, común á todos.—Mientras que la opinión y la aspereza salvaje de los conquistadores propagaban la gue-

rra, la opresión y las venganzas, el Cristianismo predicaba una doctrina de igualdad, de paz, y de justicia, de sumisión racional, de un mútuo afecto; una autoridad benéfica velaba para socorrer al débil contra el exceso del poderoso: el clero, diseminado entre todos, disminuía las divisiones á causa de las diferencias de orígen, hacía amar una patria común, recordando la fraternidad universal, derribaba las barreras que dividían á las naciones, regeneraba la barbarie, conservaba y restauraba los autores clásicos, reformaba las legislaciones, se colocaba al lado del barón para señalarle el camino de la civilización, protegía al pueblo y á la libertad, instituía una gerarquía fundada en la capacidad, desde el humilde clérigo hasta el jefe ante quien se humillaban los reyes y al cual sometían los pueblos sus diferencias.—La Iglesia, arca de salvación en el naufragio, fijó á los germanos en el territorio, llamó á toda la Europa á rechazar el Oriente, cuando los mongoles amenazaron de nuevo á la civilización renaciente, acudió á detenerlos con las armas y con las predicaciones, é impidió á los turcos aniquilar las instituciones europeas.

La Edad Media encontró á la Europa dividida en hombres libres y esclavos y la dejó dividida en ricos y pobres, reemplazó al trabajo forzado con el voluntario, el privilegio, esto es la injusticia, con la igualdad humana; desembarazó las propiedades de las trabas de casta y tribu.

Hay algunos que se complacen en pintar á la Edad Media como una época de opresión exajerada y, no obstante, en ella tuvieron orígen las constituciones políticas de las naciones modernas. Sin hablar del derecho canónico, que fué un inmenso progreso de dulzura y equidad, y en el que se opusieron por primera vez la discusión á la arrogancia de la espada, la palabra escrita al capricho de los barones, y se proclamó la igualdad de todos ante la ley. ¡Qué grandes

legisladores no fueron Carlo-Magno, Alfredo el grande, Estevan de Hungría, San Luis de Francia, y varios emperadores alemanes! Entónces las repúblicas de Alemania é Italia, ensayaron todas las formas de organización política, y crearon instituciones que nada tenían de académicas, no pensando jamás en adoptar una que hubiese estado en uso en Inglaterra ó España; todo allá era oportuno, particular, histórico, original.

Entonces el estado llano penetró en la monarquía, dándole gloria, vida y vigor; se desarrolló como clase intermedia hasta que formó el pueblo, la nación, el soberano.—Caracterizaba á aquella sociedad religiosa el tomar á su cargo los empleos de la autoridad, servir y hacer por instinto lo que mucho después se introdujo á consecuencia de un decreto.—Si faltaba quien tuviese despejados y seguros los caminos, los monjes ponían cruces y tabernáculos para su salvaguardia; si faltaban posadas, ellos habrían hospicios y hermitas; si no había asilos para los pobres, ellos distribuían la sopa á las puertas de los conventos; suplían la iluminación nocturna con las lámparas encendidas delante de las imágenes piadosas; el registro de la población con las partidas de bautismo, de casamiento y de defunción; los mercados no estaban seguros sino al rededor de las iglesias y el día de la fiesta del Pátrono. Los restos del saber se conservaron en los conventos donde el futuro sabio halló las únicas escuelas y el aldeano modelos de la mejor agricultura; no existían correos, pero los frailes y misioneros ponían en comunicación á Roma con la Islandia y el Catai.—Por último se establecieron congregaciones especiales para recojer á los niños expósitos, cuidar de los enfermos y redimir á los cautivos.

En la antigüedad las obras maestras como templos, estatuas, arcos, se encontraban en las ciudades: fuera de ellas sólo había alguna cabaña donde hacinar por

la noche los esclavos, á costa de cuyos sudores vivían y gozaban los ciudadanos. En la Edad Media por el contrario el gran número de aldeas, las parroquias, los caminos de comunicación, los castillos y alquerías con que se tropezaba á cada paso, mostraban no solamente que una población de ciudadanos sabía proveer á sus necesidades, sino que se extendían hasta el último aldeano la solicitud del Obispo, la predicación del monje y la vigilancia del magistrado.—En los héroes de la Edad Media campea el entusiasmo; son héroes por convencimiento, por imaginación, trabajan, combaten, y después, deseando poner un intervalo entre las tempestades de la vida y el silencio del sepulcro, se encierran en sus castillos ó en los claustros.

La Edad Media, en una palabra, es la edad de la infancia, rica de imaginación, que calcula y recuerda poco; pero que lo inventa y aprende todo, hasta el idioma; que se complace en los cantos y en lo maravilloso... (*César Cantú*, l. c.). En una palabra, la Edad Media preparó con heróicos esfuerzos la Edad Moderna.

*
* *

El recuerdo de estos hechos nos trae á la memoria otra nueva faz de aquella civilización tan íntimamente ligada con el Cristianismo, y es el esfuerzo que este hizo para reducir á sus justos términos el poder de la autoridad civil que, en el Estado pagano, había absorbido todos los derechos en la sociedad, en la familia y en el santuario de la conciencia.

Fué el Cristianismo, y él sólo, quien aseguró á los hombres su independencia moral y la verdadera libertad de conciencia.

Los resultados de estos esfuerzos saltan á la vista en todas partes, pero de un modo especial en el imperio cristiano germánico. El padre de familia man-

daba allí libremente en su propiedad; las familias se unían para formar una comuna; las comunas formaban una marca; las marcas un distrito; los distritos un territorio y el conjunto de estos el país con su rey al frente. Cada una de estas asociaciones se reservaba sus derechos y libertades, y no cedía á la inmediatamente superior sino aquello que reclamaban los intereses generales. Merced á este ejercicio del derecho que correspondía á cada clase social, se desarrollaron de una manera admirable la vida de las inteligencias, el bienestar económico, la agricultura, las industrias y el comercio. La Iglesia velaba de un modo especial sobre el trabajo, amparaba abiertamente los intereses del pueblo y se esforzaba por hacer amistosas las relaciones entre señores y feudales. El campesino ó labriego, que en tiempo de los Césares había sido esclavo, sin más fueros que los de la bestia de carga, apoyado por la Iglesia, sube á otras esferas sociales, consigue personería jurídica, se pone libremente al servicio de un señor, pasa á ser mesnadero, compañero de armas, recibe la estimación de vasallo, y hasta toma parte en los consejos de los magnates y de los reyes. A mediados del siglo XV, únicamente en Pomeranía quedaban algunos campesinos obligados á servicios personales.

Lo mismo sucedía en Inglaterra, respecto de la cual escribe Cobbet: «En los tiempos católicos tenía la gran masa del pueblo un defensor seguro en la Iglesia, que ejercía un grande influjo y era, por su naturaleza, la llamada á sostener la causa del pueblo. Ni rey ni parlamento podían resistir á su poder... Toda nuestra historia nos demuestra que la Iglesia estaba siempre al lado de los pobres... Más *nosotros* hemos perdido el amparo de la Iglesia, sin haber encontrado otra autoridad que la reemplazara; ó mejor, lo que ha sobrevivido de la Iglesia se ha plegado al poder civil, á cuyo capricho está ahora sujeta la gran masa del pueblo.» (*Historia de la Reforma*).

Este estado de cosas creado por la Iglesia continuó en Alemania hasta el siglo XIII, cuando los Hohenstaufen principiaron á desconocer el verdadero significado de la idea de emperador, y trabajaron por hacer revivir la omnipotencia de los emperadores paganos de Roma, libres de todo deber y colocados fuera del alcance de las leyes. Los Hohenstaufen, en su afán de resucitar el antiguo imperio romano con su centro en Italia, engrandecieron el poder de algunos príncipes, pero debilitaron el de los demás, que perdieron el derecho de eligir el soberano; fueron quitando su prestigio á la excelente legislación antigua y poco á poco introdujeron un caos completo en materia de derecho. En vez de aceptar las oportunas reformas propuestas por hombres como Nicolás de Cues, se trabajó, al contrario, por suprimir el derecho cristiano germánico é introducir el pagano romano. Con esto quedó de nuevo sin protector el trabajo y sin garantías el derecho privado; nació un régimen de abogados, el absolutismo de los príncipes y reyes; subieron á lo fabuloso las contribuciones, fueron sustituídos por compañías explotadoras los antiguos gremiós, tan bien organizados, y de nuevo se hizo sentir la opresión del pueblo. Los mismos historiadores protestantes reconocen un retroceso lastimoso en la clase media y confiesan sin ambajes que la situación del pueblo era bajo todo aspecto más ventajosa en tiempo de Lutero que en el siglo XVII y gran parte del XVIII. La condición de los artesanos empeoró sin disputa á fines del siglo XVI. El mismo Lutero aconsejaba que de nuevo se introdujeran las encomiendas y que «los criados de ambos sexos debían considerarse por parte de sus amos como objetos de su propiedad personal como los demás animales, y que podían ser vendidos como las demás cosas á voluntad de sus dueños.» En Mecklenburgo sucedió, en efecto, que en privado se negociara con los enco-

mendados como con los caballos y bueyes. Esto mismo tuvo lugar también, y quizás en mayor escala, en Brandenburgo y Pomeranía, y fué la causa de la desolación del país por la falta de brazos que se hacía sentir. (Véase: *Holzhausen*).

Para disimular estos hechos lastimosos, suele alegarse con frecuencia la grandeza actual de Inglaterra; pero, por desgracia, ella aprovecha muy poco al *pueblo*, como lo observa muy bien Walter Scott en sus Memorias. «Apenas puede considerarse como felicidad nacional, dice, el alto grado de civilización á que hoy hemos llegado; porque mientras *los pocos* se perfeccionan hasta donde es imaginable, el pueblo es *oprimido y degradado* en idéntica proporción; y una misma nación presenta simultáneamente el más alto grado y el más miserable á que puede llegar el género humano en su cultura.» De una manera parecida termina el inglés Lubbock su obra acerca de los Orígenes de la civilización: «¡Ojalá se hicieran pronto más generales en nuestro propio país los beneficios de la civilización y terminara el triste espectáculo de tener que ver en medio de nosotros á hombres de nuestra propia carne y sangre que viven una vida peor que la de los salvajes, porque ni les sonríe los goces brutales que en realidad el salvajismo ofrece, ni tampoco disfrutan de las ventajas puras y elevadas de la civilización!»

***

Donde existen hombres, allí también se encuentran debilidades humanas. La Iglesia católica no ha logrado cambiar la tierra en paraíso ni hacer ángeles de todos los suyos. Muchas veces, por desgracia, la codicia, la sensualidad, la perversidad y superticiones de todas clases, han ejercido su perniciosa influencia entre pueblos católicos.

El odio moderno contra toda religión se ha valido de este hecho para hacer responsable al Cristianismo de aquellos extravíos y para poner en tela de juicio la importancia de la Iglesia católica en la historia de la civilización. Pero, no es necesario siquiera ser católico para encontrar la verdadera respuesta á esta objección.

«Para llegar á conocer el verdadero espíritu del Cristianismo, no debe el crítico apoyarse en algunos hechos aislados de la historia, en que la religión se confunde con las cuestiones temporales, sino que en primera línea debe recurrir á los documentos de su fundación y examinar el cuerpo de leyes en que se reflejan sus tendencias sin sombras y en toda su originalidad.

«Si á pesar de la nobleza de espíritu que allí encontramos, se han presenciado después con el trascurso de los siglos lamentables excesos del fanatismo y superstición en la Iglesia, persecuciones de buenos cristianos, explosiones de salvaje ferocidad, no es difícil hallar la causa de todo esto. El campo propio del Cristianismo está, desde luego, en el interior del hombre, en su alma, y allí es donde recoge sus mejores frutos, pero casi todos ellos pasan desapercibidos para la historia. Mas, tampoco aquí se ha podido evitar del todo que las debilidades humanas empañaran con sombras hasta los actos de la más generosa abnegación y de las aspiraciones más heróicas; y si miramos el Cristianismo al trevés de su larga existencia y envuelto entre las intrincadas cuestiones de tantos pueblos, no es de extrañar que de tiempo en tiempo distingamos algunas manchas. Cristo mismo nos había anunciado esto con su conocida parábola de la zizaña.

«Y esto es lo natural; porque si en todas partes se abusa de lo noble, no debe extrañarnos que también el Cristianismo haya sido profanado por manos impías;

y si cuanto más elevado es el espíritu de una institución y cuanto mayor es su poder histórico, más se afana lo malo para juntársele y pegársele, no podrá llamar nuestra atención el que nos encontremos con extravíos dentro de la Iglesia.

«Se cumplió la predicción de Cristo: durante los tiempos apostólicos y bajo el peso de las persecuciones, las comunidades cristianas llevaban una vida relativamente pura; más, después que Constantino el Grande declaró al Cristianismo religión del Estado, la zizaña se levantó al punto lozana y comenzó una de las peores épocas en los anales de la historia eclesiástica, motivada por catervas de hombres que arrastrados por el interés propio, el orgullo, la vanidad, soberbia, avaricia y aún el odio, se cobijaron bajo la bandera poderosa y respetada de la Iglesia, donde esperaban poder satisfacer mejor y con menos dificultades sus innobles aspiraciones. Añádase á esto la ferocidad de costumbres en aquellas épocas y la tendencia natural de los hombres á la superstición, y se comprenderá sin dificultad como pudieron aparecer semejantes frutos en un árbol tan noble y puro como lo era el Cristianismo en sus primeros años». (E. Baumstark).

Pero á pesar de estas desfiguraciones que sufrió el Cristianismo, siempre resalta en él su espíritu elevado y ennoblecedor. Pasados los tiempos de la deserción y del oscurecimiento, volvían de nuevo las épocas de luz y de purificación. Por eso, como dice Göthe, «la religión cristiana es digna de la mayor estimación y alabanza, porque de continuo demuestra su origen puro é ideal, renaciendo luego en toda su belleza primitiva, cada vez que un hombre extraviado y de influjo ha pretendido arrastrarla al error».

*
* *

Para formarnos una idea más cabal de la acción civilizadora de la Iglesia, será oportuno fijar también nuestra atención en el campo de los adversarios. ¿Qué se han hecho todos aquellos países y pueblos que se separaron de la fuente vivificadora de la Iglesia? De los Ostrogodos y Visigodos, Vándalos y demás tribus germánicas han perecido todas aquellas que se arrojaron en brazos del arrianismo y no volvieron á la unidad de la Iglesia. Las florecientes llanuras del Oriente, las múltiples regiones del Africa, que fueron la patria de grandes lumbreras del Cristianismo, de mártires y de Padres de la Iglesia, se trocaron después de separados del Catolicismo, en áridos desiertos, en puntos de cita para hordas salvajes, en vastos cementerios.

Y ¿qué diremos del mérito que se ha conquistado la Iglesia ante los hombres civilizados, si consideramos los esfuerzos que hizo para impedir que la avalancha del islamismo, que se dejaba caer sobre la Europa del sur y del oriente, no destruyera toda la sociedad europea, su modo de pensar y de vivir? «Sin la gerarquía romana, dice Herder, la Europa habría sido probablemente presa de los déspotas, madriguera de eternas disputas y quizás se hubiera transformado en desierto mongólico.» Hasta Farllermayer confiesa: «Considérese el asunto como se quiera, siempre resultará que nuestra Europa occidental, en su constitución íntima, es una creación de la Iglesia latina y de la Cátedra del Pontífice Romano. Todo el modo de pensar y de vivir, de ser y de obrar de los estados latinos de Europa, revela, desde la infancia de su vida hasta la hora presente, de dónde hemos venido.»

No pocas veces se ha hablado de la estagnación de los pueblos católicos. Pero tales maneras de expresarse no se oyen ya entre los hombres que piensan; y cuando más se ve que se pretende rebajar los méritos de la Iglesia, atribuyéndole á ella los excesos san-

grientos que algunas veces tuvieron lugar, considerando los adelantos modernos como frutos del alejamiento de ella y hasta acusándola de destruir la individualidad personal en vez de ennoblecerla y levantarla.

Acabamos de recordar que en una asociación de hombres debe haber también mucho de humano. Sin embargo conviene advertir que, en cuanto á las acusaciones de crueldad, una parte de los hechos que se aducen carecen de fundamento y no son sino falsificaciones históricas, y la otra parte no está libre de exageraciones malévolas. Y si en realidad queda algo digno de reproche, debe culparse de ello á las personas que han intervenido en aquellos sucesos y no á la Iglesia que siempre los ha condenado.

Hasta hace poco los panegiristas de la Reforma protestante solían recordar con especial agrado «la oscura noche» que se había extendido sobre la Edad Media, ó por lo menos sobre sus últimos tiempos. Más, las investigaciones históricas de nuestros días han refutado con gloria este error, pues consta que toda la educación intelectual de los reformadores era debida á la Iglesia, lo mismo que la de un Luis Vives en España ó de un Erasmo en los Países-Bajos; los idiomas orientales eran cultivados desde hacía tiempo: Clemente V, á principios del siglo XIV como es sabido, había decretado que debía enseñarse públicamente el hebreo, griego, caldeo y árabe en las universidades de Roma, Pavía Oxford, Bolonia y Salamanca. La reforma no ha ocasionado ningún cambio en la moral ni en las ciencias: lo primero lo atestigua el mismo Lutero y lo segundo Melanchtón y á ambos siguen todos los espíritus rectos de aquellos tiempos. Döllinger ha llenado tres volúmenes de estos testimonios. En el siglo XVIII se generalizó en Alemania un movimiento literario muy notable basado en los clásicos antiguos, parecido al que siglos antes había ocasionado el Renacimiento; pero uno y

otro cayeron en el error de querer unir á la antigua belleza de la forma también el raciocinio pagano; lo cual se ve sobre todo en Göthe, prototipo de esta literatura.

También la filosofía moderna suele aducirse á veces como arma de combate. Lo que hay de cierto en el asunto es, como dice Stöckl, que la *verdadera* filosofía ha quedado sepultada bajo el cúmulo de falsos sistemas y ha sido tratada con gran menosprecio por los corifeos de la Reforma, que casi sin excepción, hablaban en este caso de cosas que no entendían.

En cuanto á las artes, sabido es cuán rudas fueron las batallas que desde el principio de la Reforma tuvo que sostener la Iglesia para impedir que las mejores producciones de la arquitectura, de la pintura y escultura se salvaran de la destrucción; y sabido es también que pasaron siglos hasta que de nuevo se despertara el entusiasmo por las artes.

Muchos son los inventos que han producido los últimos tiempos; pero no se olvide que ó se deben á inventores católicos ó se habrían podido obtener siglos antes si la Reforma no hubiera ocasionado eternas contiendas entre los pueblos.

En la actual civilización hay que distinguir desde luego lo verdadero de lo falso, el oro del oropel. Con el nombre de verdadera civilización se designa aquella educación que da lugar preferente al ser espiritual del hombre y le concede la soberanía sobre la naturaleza animal del mismo. Desnaturalizada es una civilización que permite el libre desarrollo de la falta de carácter, de sentimientos bajos, de la inmoralidad y de la indecencia.

¿No vemos hoy como se truecan las ideas; cómo la moralidad y el saber profundo son sustituídos por algunos modales exteriores, algún barniz aparente y una instrucción á medias; cómo el proceder recto y noble es reemplazado por una astucia refinada? El

sentido de las palabras se cambia casi antes de pronunciarlas; las palabras pierden su significado; frases bombásticas y términos altisonantes valen más que razones; la lengua dice lo contrario de lo que siente el corazón; todo lo grande y lo bello es arrastrado por el lodo de la mofa, mientras que se colma de honores la vulgaridad rastrera y la repugnante adulación. Hasta se aplaude y prefiere la literatura pornográfica y los dramas inmorales! Hé aquí los resultados de nuestra moderna civilización naturalista.

A una civilización de esta naturaleza, cierto es, no aspira el Cristianismo. Otros pueden apropiarse la honra de haberla generalizado. Pero otra cosa debe decirse si se trata del verdadero principio de la civilización. Este es cristiano todo entero. Los mismos incrédulos han ido á buscar sus armas espirituales en el arsenal cristiano: han adoptado la cultura existente, pero abusando de ella. Ni siquiera el judaismo reformador ha traído de la Palestina sus armas. Las palabras humanidad, tolerancia, libertad, igualdad, fraternidad, que el deismo, la enciclopedia, las logias, el liberalismo, han escrito en sus banderas, expresan ideas cristianas, cuyo verdadero significado oscureció primero el error, para presentarlas después como cosa propia. Sin el Cristianismo nuestros modernos ilustrados tal vez no sabrían ni leer, y probablemente estarían más versados en las costumbres de las selvas que en el campo de las bellas letras. De esa superficialidad y espíritu mal intencionado proviene también que esta cultura nada pueda hacer para remediar los grandes males de nuestros tiempos.

Que la Iglesia y la civilización se armonizan admirablemente lo demuestra aún hoy día el estado moral del pueblo católico, la actividad industrial, artística y científica que se nota en los países en que, como en Bélgica, no se ponen trabas á la acción de la Iglesia.

Por lo demás; ya ha pasado á la categoría de leyenda

la superioridad de las naciones protestantes, pues su universal preponderancia económica é intelectual estaba muy lejos de ser indisputable y los hechos lo comprueban. Indudablemente la prosperidad actual de Inglaterra, Estados Unidos y Alemania es brillante. Sin embargo es de notar, que Inglaterra contiene gran número de súbditos católicos, que estos se encuentran en los Estados Unidos en la cifra de 12.000.000 y que tiene 20.000.000 Alemania. Estos países no son, pues, exclusivamente protestantes.

Nótese, además, que Bélgica é Italia, países católicos, se hallan en la primera fila de las naciones.

Si la tésis de la superioridad del protestantismo fuese exacta, si tuviese relación con la naturaleza de las cosas, debiera haberse efectuado en todas las épocas. Sinembargo, nada de esto sucede.

Desde el siglo XVI al XVIII, la Alemania protestante estuvo en plena decadencia. En Inglaterra, durante los siglos XVI y XVII, fué la Reforma un manantial de calamidades, mientras que todas las libertades políticas que en este país sobreviven florecieron en la edad media católica. La tésis, por lo tanto, es falsa en su generalidad.

No lo es menos si se analiza en sus pormenores.

Véase la Suiza, dicen; los cantones protestantes son allí ricos todos y todos los cantones católicos son pobres. Es verdad, pero ¿de qué depende ello? ¿Reside la causa de esta diferencia en la religión? Los habitantes de la parte exterior de Appenzell (protestantes) están por encima de los que moran en el interior (católicos)... Pero el clima, la configuración del suelo, los recursos del terruño, ¿acaso no explican la diferencia? Y, si los del interior fuesen protestantes y los del exterior católicos, ¿se invertiría la relación que entre ambos existe? De ningún modo. Cualquiera que fuese la religión de aquellas gentes, las del interior continuarían siendo pobres, porque las regiones don-

de viven son elevadas montañas, en las cuales se hacen imposibles el cultivo y la industria, y los moradores del exterior seguirían en su riqueza, porque gozan de las ventajas que á los demás faltan. Tal es, asímismo, la condición de otros cantones católicos, cantones montañosos, rocosos, abruptos, mientras que los cantones protestantes, Zurich, Ginebra, Vaud, Neuchatel, etc., tienen risueños y fértiles valles.

A la riqueza de la Sajonia protestante, es costumbre oponer la menor prosperidad de Baviera. Las condiciones naturales de cada uno de estos países explican perfectamente una vez más la respectiva situación. La Sajonia tiene magníficas cuencas hulleras y un suelo generalmente fértil. La alta Baviera es poco fértil, pero en cuanto se desciende á la Baviera baja, encuéntrase la riqueza.

Sinembargo, para demostrar mejor todavía la variedad del razonamiento de M. de Laveleye, apliquémosle á otras regiones de Alemania, comparemos las provincias renanas católicas con la Prusia protestante. El resultado de la comparación será muy distinto. La región católica es la que se lleva la palma, y grande, y con mucha ventaja.

Piedra de toque también para comprobar la influencia civilizadora de la Iglesia son las misiones; pues bien: además de lo que hemos referido sobre las misiones de Filipinas, podremos aducir algunos otros testimonios. Es notorio que autoridades no católicas han recomendado con frecuencia las misiones católicas como el medio más eficaz para civilizar los pueblos bárbaros. Cuando gobernaba el Cáucaso el general ruso de Porzzo, tuvo ocasión de ver personalmente los trabajos del jesuíta Henry, del cual dijo en su memoria oficial: «Doce de estos misioneros harían más que doce mil soldados en la conquista y civilización de estas gentes.» En 1865 el gobierno de los Estados Unidos envió á los distritos de los indios una co-

misión compuesta de senadores y miembros del congreso para que informara al Gobierno acerca de la situación de aquellas tribus. Esa comisión pidió datos á las personas más caracterizadas y entre otras á los generales protestantes Charleton y Alfredo Sully. El primero, al hablar de los medios más recomendables para obtener buenos resultados en la civilización de los indios decía: «En atención á los hechos que se desarrollan á mi vista, confieso que si yo tuviera que dirigir este asunto, escogería únicamente preceptores y sacerdotes católicos, tanto para los indios salvajes como para los ya reducidos.» Parecida á ésta fué también la opinión de Sully y de varios otros oficiales de alta graduación, que tampoco eran católicos.

Esto mismo decía el agente protestante M. Alberto Vaughan, porque creía «que sólo los misioneros católicos tendrían el celo, paciencia y aplicación suficientes para poner por obra las medidas que se dictasen en Washington referentes á la civilización de los indios.»

Sir Berkle Frere que en 1872 fué enviado por el gobierno inglés á Zansibar por la cuestión de los esclavos, llama á la misión católica de aquella isla «una institución que realmente puede servir de modelo cuando se pretenda civilizar el Africa». De modo análogo se expresó el secretario de la legación, Clemente Hill, (1873), cuyo informe fué leído en el parlamento inglés y que terminaba con estas palabras: «Es posible que se me diga que de esta manera favoreceremos una institución católico-romana; pero ¿qué podremos hacer mientras las sociedades evangélicas no imiten aquel ejemplo y eduquen á los niños de suerte que lleguen á ser ciudadanos de provecho y buenos cristianos?» Y es de advertir á propósito de las misiones, que si la Iglesia por medio de las mismas no ha llegado á civilizar el mundo entero es culpa, en primer lugar del protestantismo, que dividió las

fuerzas del cristianismo con el cisma; y en segundo lugar de los gobiernos liberales que persiguieron á la Iglesia y le negaron su concurso.

Queremos terminar estas anotaciones transcribiendo un notable artículo sobre *la religión* tomado de la importante obra del doctor Benjamín Sánchez, *Filosofía de la historia*; primera producción de este género debida á un americano (argentino), y cuyo estudio recomendamos.

*
* *

La Religión—A la luz de la historia se ve, no solamente que no hay naciones sin Dios, sino también que la humanidad es dirigida en su camino por la mano omnipotente de la divina providencia. La creencia en Dios es una necesidad absoluta del espíritu humano. Pero toda necesidad imperiosa de la humana naturaleza tiende á fundar una institución igualmente poderosa, capaz de satisfacerla. La religión, que es una de las necesidades imprescindibles de nuestra naturaleza, no podía escapar tampoco al imperio de esta ley ineludible; y por eso en la historia no se ve un pueblo de valía, que, mirando á la religión como el asunto más importante del mundo, no la haya organizado socialmente y dotado de poder.

Más, al través del laberinto de los hechos históricos y en medio de los errores que aflijen á la humanidad, solo una religión es esclusivamente verdadera, da dignidad á la conciencia, santifica el matrimonio, dignifica la propiedad, coloca en su quicio á los gobiernos, y es la institución social por excelencia. Esa religión es el cristianismo, cuya forma social es la Iglesia, encabezada por el Papado. Por consiguiente, la Iglesia debe reputarse científicamente como una de las instituciones perdurables de la historia.

Nada vale que el paganismo pretenda ahogarla en

su cuna, ni el despotismo romano la atormente, ni las heregías desgarren su manto venerable. Nada vale que la barbarie la hunda en la confusión social, ni la cimitarra musulmana arrebate á su dominio las más bellas comarcas, ni la pujanza mongólica siembre por doquiera el terror. Ni la falsa filosofía romperá el cetro social del Evangelio, ni la revolución echará por tierra su predominio en la sociedad. Solo el cristianismo es dueño del porvenir; su destino es reformar á los pueblos; y ni déspotas ni sofistas podrán arrancarle del corazón del género humano. La verdad será siempre la reina del mundo; la verdad es invencible; y por eso siempre triunfa en las luchas de la humanidad.

Si remontamos la mirada á los orígenes del mundo, y seguimos con atención las vicisitudes de la historia, observaremos que la religión ha desempeñado en los grandes Imperios un papel trascendental. Es que la naturaleza humana impulsa irresistiblemente á cobijarse bajo el amparo de la religión. Pero la naturaleza del hombre, estando viciada por el pecado original, reclama por consiguiente con mayor viveza tan poderoso auxilio. Encarnándose en una institución robusta, la religión se conserva y se aplica á las necesidades de la humanidad. Llamado á conducir al mundo hácia sus fines superiores, no sólo el derecho la rodea de respeto, sino que, en la legislación de todos los pueblos, ocupa el lugar que le corresponde á su grandeza social. Si endereza los pasos del individuo, organiza la familia, afianza las bases del Estado, enseña los altos deberes de la propiedad, y arraiga los cimientos sobre los cuales descansa el mundo, debe naturalmente constituir el elemento generador y conservador de la prosperidad pública.

Cuando se estudia á fondo el espíritu humano, se descubren los motivos por los que fueron moralmente ineficaces las antiguas religiones. Toda la historia

antigua, á la par que la propia experiencia, patentiza la impotencia de los esfuerzos naturales del alma para sojuzgar la malicia interior: un poder secreto le avasalla y le impele á la perversidad; y el individuo y la familia y la sociedad del mundo antiguo, sin quererlo ni pensarlo, se hunde cada vez más de miseria en miseria; así la idea de general decadencia señorea tanto los espíritus como los corazones: ¡Horrible espectáculo de las consecuencias de la caída primitiva! No bastando las luces de la filosofía ó los esfuerzos particulares de la razón, para dirigir con acierto las pasiones, se requiere el influjo poderoso de la religión; mas, cuando falta la verdadera, fórjase una falsa, porque no se puede vivir sin su poderoso apoyo; mas el paganismo desnaturalizó la religión verdadera, y aunque fuerte para organizar las sociedades y las familias, en lo tocante á la regeneración del hombre, nada pudo lograr, lo propio que la filosofía. Mezquino y variable en el dogma, impuro y estrecho en la moral, y prostituído en el culto, el paganismo desvirtuó las nobles tendencias de nuestra naturaleza.

Aspiración infinita del alma humana, al propio tiempo que revelación divina, es la religión verdadera. Nació con el hombre, y sigue sus pasos por toda la tierra. Do quiera se la vé sirviendo de luz á los individuos, de sustentáculo á la familia, y de faro celeste á los finès morales del Estado. Ella presencia con firmeza inmutable el nacimiento y desarrollo de los individuos y los pueblos, y domina con su cetro el curso de las generaciones, que se suceden y precipitan como los torrentes desparramando sus aguas; ella inflama en los corazones el anhelo de universalidad, estrecha las relaciones recíprocas de los hombres, poniéndolos bajo la dependencia del verdadero Dios, y con el anhelo de creciente perfección, que enciende en las almas, retempla la fibra de los pueblos moder-

nos. Es que ahora la redención divina, esperada por largos siglos y con hondos anhelos, robustece las fuerzas de nuestra naturaleza; es que el cristianismo domina la perversidad humana; es que la religión de Jesucristo entraña en los senos de la humanidad el fuerte impulso de la vida y del progreso.

*
* *

Como lo dejamos dicho, la verdadera religión es el cristianismo, figurativamente contenido en la sinagoga antigua, y ampliamente desenvuelto en la Iglesia católica, realización completa de los símbolos de la sinagoga. En el mundo antiguo la sinagoga es la única institución que guarda los tesoros de la religión verdadera; los otros cultos de la tierra con mutilaciones más ó menos tristes de la revelación primitiva, despojos más ó menos desfigurados de la antigua tradición: de igual manera, en el mundo moderno, la Iglesia católica es el único depósito de la eterna revelación, de la revelación judaica como de la revelación cristiana.

La sinagoga fué fundada por los divinos oráculos para preservar á un pueblo fiel de los desastres de la idolatría; la iglesia católica fué fundada por la persona de Dios mismo, no ya para conservar en límites estrechos las tradiciones primitivas ni mantener en escaso territorio el fuego celeste del verdadero culto, sino para transformar interiormente la vida de los hombres y los pueblos, y realizar con mano poderosa la unión espiritual del género humano.

Así la Iglesia católica, obra de Jesucristo, sustenta sin variación su generosa doctrina, y la propaga con liberalísima abundancia, y purifica con su soplo la vida y las costumbres, y satisface con múltiples recursos los corazones sedientos de grandeza moral. Viva y fuerte sobre sus eternos cimientos, siempre se salva

pura é inmaculada, en medio de los ultrajes de la idolatría, de las ingratitudes de los cismas, y sobretodo de la rebelión universal de la inteligencia humana, llamada racionalismo, ingrato hijo pródigo de las sociedades modernas. En todos los tiempos el error y las herejías desgarraron el cuerpo sagrado de la Iglesia, pero nunca le produjeron la muerte: el arrianismo pretendió despedazarla en su cuna; después el cisma griego llegó hasta arrebatarle el Oriente europeo; en seguida el Mahometismo le arremetió con feroz empuje; luego los horrores de los albigenses obscurecieron el Occidente de la Cristiandad: más tarde la llamada Reforma arrastró consigo las naciones del Norte de la Europa; en seguida la falsa filosofía atacó todos los misterios de la fe; hasta que la rebelión humana, tomando más vastas proporciones, se organizó en una negación absoluta de toda verdad sobrenatural que se denomina la Revolución, encarnación social de todos los errores del género humano: pero la Iglesia vencerá á la Revolución, como arrolló en otras edades al paganismo y sus sábios y sus filósofos y sus legisladores; porque la Revolución, bajo las apariencias nacientes de un naturalismo riguroso, por una evolución natural de la vida social, irá derechamente á sepultarse en las tinieblas y en las miserias del antiguo paganismo. Venció al error en su infancia, lo venció en su juventud, y lo vencerá doquiera y siempre. El cristianismo es eterno; y la Iglesia católica, que lo contiene y difunde, vivirá perpétuamente. Pero, así como el Estado dirige la sociedad civil, así también al frente de la Iglesia, sociedad del orden religioso, descuella la columna inmortal del Pontificado; y el Pontificado es perpetuo como la Iglesia.

Aboliendo para siempre las religiones nacionales, y estableciendo el culto universal al verdadero Dios, el cristianismo toma posesión de la conciencia del género humano. Ciertamente la Iglesia camina con el de-

senvolvimiento del hombre y de los Estados; durante el curso de la historia su intervención en los negocios temporales puede variar y modificarse; y ora crece, ora disminuye; las comunidades religiosas mismas, órganos vivos de la Iglesia, nacen, se desarrollan y mueren; y brótan otras nuevas, según las necesidades de los pueblos, y vuelven á desaparecer como las olas; pero la colosal columna, al rededor de la cual se agrupan, permanece inmóvil, como una roca en medio del mar de los siglos. El cristianismo es la religión imperecedera del género humano; la Iglesia, su personificación social; y el Pontificado, la piedra sobre que ésta se funda. La religión cristiana es una institución perdurable; y perdurable como necesidad del alma humana, y perdurable como revelación divina.

En medio de los trastornos de los siglos la Iglesia, en efecto, permanece indestructible. Sobrevive siempre á las más grandes vicisitudes de la historia. Como lo hemos visto anteriormente, ha resistido á las tremendas herejías de los primeros siglos, á las persecuciones y desmoronamiento del Imperio romano, á la rudeza demoledora de la barbarie, al cisma lamentable de Oriente, al empuje de las hordas de Mahoma, al desgarramiento terrible del Protestantismo, á los ataques de la falsa Filosofía, y al desbordamiento de las olas de la Revolución. Si de la observación del espíritu humano puede deducirse la divinidad de la Iglesia, como lo pretenden filósofos eminentes, con más razón todavía puede deducirse de su firmeza incontrastable, en medio de las más formidables revoluciones de la sociedad. Luego la Iglesia, como forma social de la verdadera religión, es una de las instituciones perdurables de la historia. Pasarán los siglos; pero la Iglesia seguirá siempre en su gloriosa carrera de rehabilitación de la humanidad. Por eso el fin de la historia, mirada como ciencia consiste, en lo que respecta á la religión, el

mostrarnos á la Iglesia como una institución indestructible en la educación incesante y civilización del género humano.» (Sanchez. loc. cit.)

*
* *

Ahora bien; después de lo que acabamos de exponer en el texto y en estas anotaciones ¿no resulta evidente que la Iglesia es la institución mas benéfica para los destinos de la sociedad y la mas benemérita como fautora de la civilización de los pueblos? Si el lector no lo deduce y comprende así, es señal que nubla su inteligencia la pasión ó el odio antireligioso; que no es una inteligencia completa para poder descubrir y encontrar la verdad, ni siquiera en el terreno histórico, el mas claro é imparcial que existe. Si; debe ser víctima de una pasión ciega é irreductible, cuando historiadores eminentes, que militan en el campo adverso se han visto obligados á declarar que la civilización moderna, en lo que tiene de sano y verdadero es obra de la Iglesia Católica; y no como quiera sino después de haber luchado al través de los siglos contra toda clase de obstáculos, aún los más poderosos; de manera que aparece en la historia de veinte siglos como la figura más grande, majestuosa y simpática que ha existido en los anales de la humanidad.

La ignorancia ó la preocupación ¿continuará tachando al catolicismo de fanático, oscurantista y retrógado? Puede ser, ya que existen preocupaciones y prejuicios sistemáticos, que por odio sectario rechazan las mismas conquistas de la ciencia, si significan un beneficio hecho por la Iglesia.

Para comprobarlo bastaría recordar que, cuando el Papa Gregorio XIII promulgó, en el año 1542, el nuevo calendario, que ahora se usa, y que, por el nombre de su autor, se llama *gregoriano*, con el cual

muy oportunamente corrigió un error de 12 días, tiempo suficiente para desconcertar las estaciones del año, las naciones protestantes se opusieron con la mayor violencia. En efecto; Inglaterra tardó hasta el 1752 en aceptar tan sabia disposición; y ésta resolución obedeció á las solicitudes de la Sociedad Real, especie de academia de ciencias de aquella nación.

Alemania empezó á usar el calendario *gregoriano* sólo en el 1774, y la Facultad protestante de teología de Tubinga está todavía protestando con energía, porque, según ella, con eso se alentaba á los *papistas!*

Mas, la Rusia cismática ha querido conservar el calendario juliano «prefiriendo estar en desacuerdo con la naturaleza, más bien que en conformidad con Roma.» ¡Cuánto prejuicio é intolerancia!

Pero tengamos paciencia: la verdad triunfará á pesar de todos los prejuicios y calumnias; y llegará el día en que unánimemente se reconozca la profecía de De Maistre: «¡Oh! Santa Iglesia Romana! Tus Pontífices no tardarán en ser universalmente proclamados como los agentes supremos de la civilización; creadores de las nacionalidades y de la unidad europea; conservadores y fautores de las ciencias y de las artes; fundadores y protectores natos de la libertad civil, después de haber sido los destructores de la esclavitud; los enemigos del despotismo, como apoyos infatigables de la soberanía y del orden; é insignes bienhechores del género humano.»

Notas á la Pastoral

NOTA I

Progreso y miseria

Para la escuela progresista del positivismo, el simple progreso material, prescindiendo del moral, es el ideal de la perfección social y de la civilización. Pues bien; un publicista de ideas *progresivas*, un yanqui más avanzado que Bebel, más radical que Bakounine y más revolucionario que Gorki, cual es Enrique George, ha estudiado detenidamente uno de los más arduos problemas que hoy agitan á la sociedad y ha concluido por decir á los progresistas: la causa de la miseria y del hambre que hoy padece la sociedad, es «el progreso material conquistado por los pueblos.»

Escuchemos las palabras del atrevido pensador, que valen la pena de ser conocidas:

«Nos encontramos, en verdad, dice, con hechos que no dejan la menor duda á una total decepción. De todas partes del mundo civilizado llegan manifestaciones de abatimiento industrial; trabajadores condenados á involuntaria ociosidad; capital acumulado é inutil; crísis monetaria entre la gente de negocio; escasez, sufrimiento y congoja entre la clase obrera. Hoy aflige al mundo la pena mortal, la aguda y cruel angustia que llevan consigo las palabras «malos tiempos» para las grandes masas. Tal estado de cosas, *común á pueblos tan diferentes en situación, en instituciones políticas, en sistemas fiscales y de hacienda, en den-*

sidad de población y en organización social, no se puede atribuir á causas locales. Hay crisis donde se mantienen grandes ejércitos permanentes; pero también la hay donde el ejército permanente es nominal; hay crísis donde tarifas protectoras encadenan y arruinan el comercio, pero también existen donde el comercio es casi libre; hay crisis bajo el dominio de los gobiernos autocráticos, pero también donde el poder político está en manos del pueblo por completo. Evidentemente existe una causa común.

«Hay una causa común, y esta es «lo que llamamos progreso material». Se observa que los fenómenos agrupados bajo el nombre de crísis industrial son únicamente ampliaciones de fenómenos inseparables del progreso material, y que se muestran con más claridad y fuerza á medida que este aumenta. Donde las condiciones, hacia las cuales tiende siempre el progreso material, están más desarrolladas, allí hallaremos la extrema pobreza, la lucha por la existencia más violenta y la más forzosa ociosidad.

«A medida que un país realiza las condiciones á que aspira todo pueblo civilizado, la pobreza toma más negro aspecto. Los vagos vienen con las locomotoras. En calles alumbradas á gas ó luz eléctrica, y vigiladas por agentes de policia uniformados, los mendigos acechan al viandante, y á la sombra de los colegios, bibliotecas y museos, se congregan los hunos terribles y los vándalos más fieros profetizados por Macaulay. En medio de las mayores acumulaciones de riquezas hay hombres que mueren de hambre, y niños pequeños, que chupan senos infecundos; y en todas partes la codicia de ganancia, el culto á la riqueza, muestra la fuerza de la miseria ó el miedo que se la tiene. La tierra prometida huye de nosotros cual espejismo.

«Los frutos del árbol de la sabiduría se convierten, al cogerlos, en manzanas podridas, que se deshacen al tocarlas.

«Este consorcio de la pobreza con el progreso es la sentencia obscura de nuestros tiempos.» Hasta aquí Enrique George.

*
* *

¡Qué confesión tan abrumadora, que como una losa de plomo caerá sobre la conciencia de los progresistas! Haber acariciado durante tantos años un ideal, y todo lo que constituía el bienestar del pueblo, haberlo echado todo abajo: tradiciones, creencias, leyes, costumbres, moral; haber hecho revoluciones y derramado la sangre del pueblo por salvar una sola cosa, el progreso; y encontrarse ahora que este ídolo ha venido á tierra, que no sirve para lo único que podría servir, para proporcionar la felicidad social, que la *tierra de promisión huye ante nosotros cual espejismo*... decididamente este Enrique George es un hombre cruel, cruelísimo, á fuerza de sincero.

Pues bien; Enrique George, lleva razón en parte, y en parte no.

Tiene razón cuando habla de los efectos, es decir, de la miseria actual, desarrollada precisamente en los pueblos más progresistas, á la moderna; pero no acierta cuando afirma que todo el mal se debe al progreso material.

La miseria no es producida *por* el progreso material, sino *á pesar* del progreso material, que no es lo mismo.

El progreso material, en sí, es bueno; la Iglesia lo bendice, porque es bueno, porque es un dón de Dios; no hay porque anatematizarlo; todo cuanto tienda á mejorar la condición humana, todos los descubrimientos que la inteligencia alcanza, el vapor, la electricidad en todas sus manifestaciones, penetrar en las leyes de la naturaleza, conocer sus secretos y sacar de ellos las mayores ventajas para la huma-

nidad, todo eso es laudable, todo lo aceptamos nosotros los calumniados oscurantistas, todo lo acogemos con entusiasmo. No está en eso el mal, como cree Enrique George; el mal está en los malos principios sembrados por la revolución; el mal está en que, deslumbrados los hombres con el brillo de esos descubrimientos creyeron, en mal hora que, *únicamente* con ellos podían ser felices, y derrumbaron los principios de moral en que la sociedad se apoyaba. La causa de la miseria está en que, desligado el hombre del divino Decálogo, rindió culto á la riqueza, y apartada la vista del cielo, creó en lugar de un paraíso terrenal, el pauperismo y la horrible lucha por la existencia.

No es la locomotora la que trae la miseria, ni engendra vagos; ¡pobre locomotora! ¿qué mal puede hacer ella? Es ese pequeño órgano corrompido, que algunos hombres llevan en el pecho, ese miserable corazón dominado por la codicia, el que tiraniza á los mortales; la corrupción moral es la que engendra la miseria, por más progreso material que exista.

Cuando se dijo: «No hay más paraíso que el de aquí abajo», se hizo de la tierra una casa de fieras; cuando se exclamó: «¡No hay Dios!» quedó el hombre herido de muerte en su inteligencia, en su corazón y hasta en su bienestar material.

No hay que rechazar el progreso material, sino las perversas doctrinas; hay únicamente que apoyar el progreso en la base sólida y segura del divino Decálogo.

Del consorcio de la moral con el progreso material puede venir un gran bien; sin aquel viene la corrupción y la decadencia. ¡Y llaman retrógrada á la Iglesia, porque advierte á la sociedad que el progreso material debe estar subordinado al progreso moral!

NOTA II

La ciencia y la fe

Los propagandistas de la incredulidad y del libre-pensamiento pretenden justificar su adversión á la Iglesia, porque aseguran que la doctrina católica es contraria á la ciencia y opuesta á los adelantos científicos; esto es, que no se puede ser sabio y católico.

Pues bien, si hacemos una somera escursión por el campo de la ciencia moderna, hallaremos sabios, universalmente reconocidos como tales, que han sido muy católicos, dejando así desmentida con hechos la incompatibilidad supuesta entre la ciencia y la fe.

No mencionaremos á los antiguos sabios, pues bien sabido es que yacen casi todos en sepulturas eclesiásticas.

Veamos los modernos, los que más resplandecen como lumbreras del progreso actual.

Leverrier es el más célebre astrónomo francés, que dejó atónito al mundo con el descubrimiento del planeta Neptuno, anunciado de antemano y visto después en el mismo sitio designado. Y Leverrier fué un católico ejemplar.

Secchi, del mismo siglo, gran astrónomo, fué el inventor del metereógrafo; y se le erigió una estatua en Roma *á pesar* de haber sido, no solo católico, sino también... jesuita.

Volta, tan conocido en todo el orbe por haber inventado la pila eléctrica, también se gloria en sus obras de profesar la religión católica, apostólica, romana, á pesar de la incredulidad de sus amigos, que no eran tan sabios como él.

Ampére, el inmortal Ampére, inventor de uno de los más asombrosos descubrimientos del progreso moderno, es fundador de una nueva ciencia, la electro-

dinámica; pues bien, M. Valson en sus escritos sobre la vida íntima de Ampere, dice que la fe católica de este sabio era muy profunda.

Juan Bautista Biot, que fué tal vez el más ilustre de los físicos durante la primera mitad del siglo XIX, cumplía fielmente sus deberes religiosos, como dicen sus biógrafos.

Y católicos fueron los celebérrimos físicos *Augusto de la Riva* y *Becquerel;* y sacerdotes, por más señas, fueron *Mariotte, Nollet, Melloni, Castelli, Grimaldi, Caselli, Denza* y *Hamari*, cuyos nombres se citan á cada paso en los libros de física al lado de sus correspondientes aparatos.

Esteban Geoffroy Saint-Hilaire, naturalista tan estimado en todo el mundo científico por su Anatomía comparada, hizo alardes de sus creencias religiosas, no sólo en la universidad de París, sino también en las obras sapientísimas que nos ha dejado.

Haüy, el autor é inventor del nuevo ramo de la ciencia moderna, llamado cristalografía, era un sacerdote católico.

Lord Carff, famosísimo químico de Inglaterra, era católico y hacía cada año los ejercicios espirituales.

Milne Edwars, zoólogo de primera clase, dejó el protestantismo para hacerse católico.

Wuri, decano de la facultad de medicina de París, dió elocuente testimonio de sus sentimientos católicos en el congreso de Lila, celebrado para el adelanto de las ciencias.

Welerstrass, cuyo talento matemático le valió ser llamado á Berlín, aparece en primera línea entre los sabios alemanes de la segunda mitad del siglo XIX. Y Welerstrass figura como entusiasta católico al lado de los grandes campeones de la Iglesia, Mallingkrout, Windhorst, Ketteler, etc.

Del gran sabio y católico Couvier baste decir que fué el fundador de la geología y paleontología.

Lugar honrosísimo ocupa en el campo de la geología Elías de Beaumont. Su obra maestra fué la carta geológica de Francia, trabajo que le costó dieciocho años de estudios y viajes. Noble por sangre y por carácter, colmado de honores, senador, secretario perpetuo de la Academia de Ciencias, consultado y visitado por todos los geólogos y mineralogistas de Europa, adquirió renombre universal. Fué y murió como perfecto creyente.

«Carlos Sainte-Claire Deville» ilustró con preciosas observaciones la ciencia de los volcanes, y su hermano Enrique es tenido como eminente quirúrgico de los más celebrados en los últimos tiempos. Creó la metalurgia del aluminio, fundó la industria del magnesio, dejó acabados estudios sobre el siliceo, sobre disoluciones de compuestos químicos á elevadas temperaturas, etc. Hablando de estos dos sabios, dice Gay: «Los hermanos Sainte-Claire Deville fueron ardientes católicos, como que descendían de aquellas antiguas familias en las cuales las más nobles y elevadas creencias van unidas á un ardiente amor al trabajo.»

«J. B. Andrés Dumas» es una de las figuras mas interesantes de la química moderna. Veamos como Pasteur se expresa de su maestro en plena academia: «La grandeza de sus descubrimientos, el don que tuvo de concebir, amplio, sintético, originalísimo; la perspicacia de ver pronto las aplicaciones prácticas de la ciencia; finalmente la reunión de todas las cualidades que hicieron de él un perfecto maestro, justifican el juicio que coloca el nombre de Dumas al lado del de Lavoissier». Mayor alabanza científica no puede hacerse de un sabio.

Como católico no perdió Dumas ocasión de hacer resonar las glorias de la Iglesia en todos los centros científicos.

Con razón, pues, Wurtz, otro insigne químico, con-

cluyó su discurso en la tumba de Dumas, con estas notables palabras: «Con frecuencia os complacistéis en afirmar vuestras convicciones religiosas. Ahora contemplad faz á faz la realidad en la que con tanta firmeza esperasteis.»

Claudio Bernard, el gran fisiólogo de los tiempos actuales, protestó que siempre había conservado la fe católica, y quiso recibir como católico los últimos Sacramentos de la Iglesia.

Chevreul, decano de la sección de química de París y director del museo de Historia Natural, declaró en la academia de ciencias, sesión del 31 de Agosto de 1874, que siempre había profesado la fe católica, y «que jamás había comprendido como un hombre de ciencia pudiese hacerse ateo ó materialista», contestación categórica á los que afirman ser incompatible la ciencia con la fé.

Pasteur, tan benemérito de la humanidad y de la ciencia, cuyas honras fúnebres se celebraron en París, con tanta pompa como las de un monarca, era á la vez un católico piadoso, que todos los días festivos asistía á la misa parroquial y oía el sermón sentado entre los ancianos de la parroquia.

Lesseps, el famosísimo ingeniero que realizó la colosal empresa del canal de Suez, era también católico edificante.

Eiffel, aquel otro ingeniero que levantó la altísima torre de hierro, grandiosa maravilla de la exposición universal de París de 1889, es asímismo católico práctico.

Y de ser católico se gloria también Santos Dumont, que ha poco la rodeó en su ingeniosísimo globo aerostático.

Carnoy, oráculo de primer orden en la nueva ciencia de la biología celular, y profesor de la universidad de Lovaina, es también eminente católico.

Heude, este sabio que, con sus descubrimientos en

la India Oriental, ha logrado corregir la plana á los antropólogos europeos, es también un sacerdote y... jesuita.

J. H. Fabre, es el más notable entomólogo de los tiempos actuales, y tan católico como sabio.

Lapparent, primer geólogo del mundo, es también católico á machamartillo.

Ramón y Cajal, figura como eminencia de primer orden entre los histólogos; y *Almera* como paleontólogo sapientísimo: el primero es católico, el segundo piadoso canónigo de Barcelona.

Roetgen, que ha asombrado al mundo entero con el descubrimiento de los rayos X, es otro católico que observa exactamente todos los ayunos y abstinencias ordenados por la Iglesia católica, y profesa singular devoción á la Madre de Dios.

Además de los mencionados, citaremos entre muchos, á José María Madariaga, por estar aún reciente, como que tuvo lugar, el año pasado, su recepción en la real Academia de ciencias exactas, físicas y naturales.

El Imparcial dió cuenta del solemne acto en los siguientes términos:

«La real Academia de ciencias exactas, físicas y naturales celebró sesión pública para recibir en su seno al señor don José María de Madariaga, verdadera eminencia nacional, y alta personalidad científica, conocida, no sólo en España sino en el extranjero, por sus vastos conocimientos en la electrotécnia y otros importantes ramos de la ciencia física.»

El sabio abate *Moigno*, secretario perpetuo de la Academia de ciencias de París.

El también sabio abate *Bourlay*, cuyas obras le dieron el principado en la Biología francesa, por cuya razón ha dicho Husnot que su muerte es la mayor pérdida que jamás haya experimentado la Biología.

En fin, el sabio asiriólogo Padre *Scheil*, que acaba

de ser víctima de la escandalosa intransigencia del gobierno liberal de Francia (1).

Por no hacer interminable la presente lista, la concluimos con el siguiente testimonio de Mr. Cauchy, reconocido como primer matemático de Europa:

He aquí las palabras que escribió en una de las principales revistas científicas:

« Yo soy cristiano como todos los grandes astrónomos, como todos los grandes físicos y como todos los grandes geómetras; y soy también católico como la mayor parte de ellos.—(*Revue des Questions Scientifiques*, t. XVI, pág. 436).

1—La muerte de Mr. Oppert, sabio orientalista, dejó vacante una cátedra en el Colegio de Francia, y el único candidato con títulos suficientes para ocuparla dignamente era el conocido asiriólogo, padre Scheil, dominico, pero si bien el mundo científico estaba de acuerdo con ese nombramiento, no sucede lo mismo con el anticlericalismo.

La asamblea de profesores del colegio de Francia propuso al padre Scheil en primer término, pero la prensa jacobina, que en gran parte inspira al gobierno en sus resoluciones, se opuso, y decir el alboroto que ha armado para impedir ese nombramiento no es tarea fácil, aunque por este incidente podremos todos apreciar cómo entienden la práctica de la libertad los que pregonan ser librepensadores.... de oficio.

El diario *Le Siécle* es, esta vez, el portavoz de los sectarios, en su deseo ardiente de impedir á un religioso que ocupase una cátedra en el colegio de Francia, no solamente pidió que se le rechace como religioso sinó también como simple creyente! Un creyente no debe tener derecho de enseñar! *Le Siécle* lo declara y lo explica, dando á esta regla de conducta una prueba muy significativa: el caso de Mr. Brunetiére, el cual propuesto por el cuerpo de profesores, en primera línea, se vió rechazado por el ministro jacobino. Y todo por qué? Pues porque M. Brunetiére, por el hecho de eregirse en defensor de la libertad y de la verdad religiosa, perdía por lo mismo su mérito incomparable como profesor de literatura.

Y el citado diario, sigue sosteniendo este razonamiento absurdo y lo desarrolla en un largo artículo cuyo sólo título es una orden y una provocación: «Un nombramiento imposible». «Hace dos años, dice, se quiso hacer firmar al ministro el nombramiento de Mr. Brunetiére como profesor de literatura, pero Mr Chaumié, ministro entonces, poco deseoso de *ver evolucionar bajo el espíritu religioso* los estudios superiores del estado laico, rehusó ratificar la elección de los profesores, como Mr. Bienvenu Martín, inspirado por los mismos principios no dejará de hacerlo en esta oportunidad».

«No ha habido jamás hasta hoy un *eclesiástico* titular de una cátedra en el colegio de Francia. Varias veces el cuerpo de profesores ha tentado llamar á algunos en su seno, pero siempre ha chocado con la voluntad bien determinada del ministro, de dejar al gran establecimiento de enseñanza superior la *neutralidad* más absoluta de esa enseñanza».

¿Qué os parece ese razonamiento? Antes de presentar verdaderos títulos científicos, es menester ofrecer garantías de incredulidad: sólo entonces podréis enseñar la asiriología, la literatura y cualquier otra materia. ¿Pertenecéis á la Iglesia ó sois simplemente un creyente? Pués entonces estáis fuera del derecho común, tal como lo entiende y practica la neutralidad librepensadora. Los sabios, sus pares pedían al sabio P. Scheil; pero la semi-ciencia lo rechazó! Y hablan de la tolerancia liberal!

NOTA III

La religión es amiga del progreso

Hay maniáticos, cuya manía consiste en repetir siempre el mismo estribillo. Pues bien; la manía del llamado anticlericalismo consiste en repetir siempre, y en todos los tonos, el consabido estribillo: La Iglesia es fanática, la Iglesia es oscurantista, la Iglesia, es enemiga del progreso, y otros *clichés* por el estilo, que repiten inconscientemente sus adeptos mas vulgares. No sea penoso al lector que volvamos á refutarlos, y que, como comprobación á lo expuesto en el texto, añadamos una autoridad más, que da un mentís al vulgar sofisma de que la Iglesia es enemiga de la civilización y progreso de la humanidad. En breves palabras contiene una expléndida refutación.

Si hemos de decir la verdad, observa un publicista, no sabemos en qué se apoyan los que se permiten sostener que la religión es enemiga del progreso de los pueblos. Es un error histórico. y un prejuicio sectario, tan repetido como insostenible.

¿Qué es el progreso?

Nosotros entendemos por esta palabra no una sola cosa, sino un conjunto de cosas; no un solo bien, sinó muchos bienes, todos tendentes al adelanto y bienestar de un país y de la humanidad entera.

El progreso encierra el cultivo y desarrollo de las artes, de las diversas ciencias, del comercio, de la industria, de la instrucción y educación de las masas, el cultivo y desarrollo, en fin, de cuanto perfecciona al hombre, á la familia, á la sociedad en general.

Ahora bien: ¿ha sido por ventura la religión alguna vez enemiga de estos diversos elementos que constituyen el verdadero progreso?

¡Nunca, jamás!

Por el contrario, el arte ha encontrado en todos tiempos un asilo seguro en los templos católicos, siendo fiel testimonio de ello las obras inmortales que encierran, debidas á los genios más elevados y fecundos de todos los siglos. Multitud de templos y conventos han sido declarados *monumentos nacionales*, en Europa, por las riquezas arísticas que contienen.

Cuando los hombres del mundo odiaban la ciencia, ó las circunstancias de los tiempos no les permitían su estudio, ella se refugió en el silencio de los claustros, habitados por monjes, encontrando en los religiosos amigos cariñosos, que le consagraron todas sus afecciones y todos los días de su vida; siendo de allí de donde salió más tarde, cuando mejoró la condición de los pueblos, para difundir de nuevo sus luces por toda la redondez de la tierra.

La prueba más palpable de que la religión no se opone nunca al desarrollo del comercio ni la industria es, que las repúblicas italianas de la edad média, época de tanta religión, y ellas misma tan cristianas, fueron las más industriosas y comerciales del mundo, sin que jamás la Iglesia condenase su actividad, sinó que las alentó y bendijo siempre.

¿Qué diremos de los grandes inventos modernos, el vapor, el telégrafo, el teléfono, la imprenta misma, y todo cuanto los esfuerzos del hombre ha encontrado en el seno de la naturaleza? ¿Condena acaso la Iglesia algo de ésto?

Nó; léjos de condenar tan preciosos inventos, los considera como dones del cielo y los proteje con sus bendiciones espirituales, pidiendo al Autor del universo, quien todo lo creó con su poder, que dirija esos elementos y esas fuerzas, á fin de que su uso redunde siempre en provecho y no en perjuicio del hombre y de las naciones.

Nó, la religión no se opone al progreso; sino que lo

apoya y fomenta; porque el progreso no se opone tampoco á la religión, sino que también la apoya y patentiza su verdad, haciendo brillar más y más la existencia de un Ser Supremo, fuente de toda vida y árbitro de todos los elementos, sin cuya sabiduría en acción no se explica la marcha armónica de los millares de mundos que giran por los espacios.

Pero es necesario reconocer que juntamente con el verdadero progreso se desarrolló el progreso falso y mentido, y es indispensable confesar bien alto, para honor mismo de la religión, que ella condena semejante progreso, porque no es progreso; no existiendo ni concibiéndose progreso sin verdad y sin virtud.

Esa multitud de sistemas, ó mas bien dicho, de elucubraciones absurdas é insensatas que el orgullo humano engendra y alimenta en tantas inteligencias envueltas en las tinieblas de la incredulidad, no son elementos de progreso, sino de retroceso, puesto que estravían la mente y el corazón, y sumen al hombre en tristezas de muerte.

La prensa es un gran bien; pero si se constituye vehículo de errores y mentiras, que desmoraliza la familia con lecturas depravadas, que fomenta odios y rivalidades, que siembra la discordia y la incredulidad, esa prensa no es elemento de progreso: es, al revés, elemento de decadencia y de ruina.

Ese comercio que, engendrando una sed insaciable de oro, se basa en el fraude y la desenfrenada usura, sin reconocer otra regla moral que un utilitarismo indigno, que viola la justicia y oprime al pobre obrero, ese comercio no es, no, elemento de progreso, sinó elemento de miserias, de lágrimas y de catástrofes.

En una palabra, la religión solo condena el abuso que puede hacerse y se hace de los diversos medios y facultades que han sido puestos en manos del hombre para labrar su propio bienestar sobre la tierra, pero nunca los medios y facultades mismas, que son presentes de lo alto.

La religión no sería maestra de la verdad, guía de los pueblos, madre de los hombres, si no les enseñase á usar de los dones que el Creador ha puesto en sus manos, en conformidad con las leyes eternas de la moral y las eternas prescripciones de la justicia, condenando el progreso falso con el mismo ardor y energía con que se muestra amiga del progreso verdadero.

Y si no fuera por esta sensata conducta de la Iglesia, el mal y el error triunfarían en el seno de los mismos pueblos civilizados. Inmenso bien, que la humanidad debe con gratitud á la Iglesia, que continuará siendo siempre *luz del mundo y sal de la tierra.*

NOTA IV

El peligro amarillo

Al hablar del progreso material, notamos que la civilización moderna, incompleta é imperfecta por no dar la debida importancia al elemento religioso y moral, reproduce el fenómeno, y la importantísima enseñanza que le acompaña, de convertir su móvil y capital objeto en instrumento de ruina y en medio de corrección de sus extravíos y de sus excesos. El afán inmoderado y casi exclusivo de bienes y goces materiales ha provocado en primer término el nacimiento del socialismo revolucionario y del anarquismo, que es el enemigo interno de esa civilización, y con el cual debe luchar á brazo partido para conseguir la perfección social. Pero ahora queremos indicar la existencia de un enemigo externo, cual es el resurgimiento de la raza amarilla asiática, que no tardará muchos lustros en amenazar seriamente á América y á Europa.

Aunque el primero de esos dos continentes, preocupado con los temores y los peligros que más inmediatamente le afectan, no parece cuidarse ni inquie-

tarse demasiado de cuanto ocurre en el Japón y en la China, y apenas ha analizado y comentado el último pacto del 22 de Diciembre de 1905 entre ambos imperios, no es menos cierto, sinembargo, que su transcendencia es grande para los europeos y los americanos, ya se le considere en si mismo y haciendo abstracción de sus precedentes, ya se tomen éstos en cuenta.

De vez en cuando, en efecto, llegan hasta nosotros noticias interesantes de esas regiones alejadas, anunciando todas en conjunto, y por separado, que los chinos empiezan á abandonar su secular apatía, sus infatuaciones nacionales y su antiguo desprecio hácia los blancos occidentales, á sus instituciones y á sus progresos de todo género, y se aprestan á seguir el persuasivo ejemplo de sus vecinos del Japón, victorioso por haber adoptado los adelantos europeos.

Muchos millares de chinos estudian en las islas de los nipones, y en Europa y América, disponen á esta fecha de verdaderos ejércitos armados é instruídos á la europea. El *Times* insertó hace poco una curiosa correspondencia de un viajero inglés, que se mostraba tan admirado como receloso de las mudanzas sobrevenidas en diversos distritos de ese imperio, refractarios antes á las innovaciones extranjeras, y ahora enamorados de ellas. Atrévense ya con los Estados Unidos con motivo de sus leyes odiosas contra los chinos, y ponen á sus industriales y comerciantes en grave aprieto hasta *boycotearlos;* y, por último, hasta su respeto y su veneración anterior á sus coletas han sufrido tan grande cambio, que la licencia para cortárselas ha sido concedida por su gobierno supremo.

No obstante, el mágico acicate, que ha obrado tan inesperadas maravillas, ha sido la forzosa comparación, que han hecho casi de contínuo entre su suerte y la de los japoneses en sus contiendas y luchas con los

occidentalas; puesto que se han visto vencidos, humillados y escarnecidos por los extranjeros, experimentando inestimables pérdidas materiales y morales; mientras que sus vecinos insulares han osado medir sus armas con el coloso, que parecía más temible de Europa, y lo han vencido y desacreditado, tanto por mar como por tierra. Y han logrado estas ventajas inmensas, según parece, solo por renunciar á sus hábitos y costumbres, é imitar á los detestados extranjeros. Y si los japoneses, con la octava parte de la población china, han llevado á cabo tan estupendas hazañas, y han conseguido tantos bienes materiales y morales, ¿qué no podrá hacer el Celeste Imperio, con más de cuatrocientos cincuenta millones de habitantes?

Siempre hemos creido, que aparte del rango entre los demás Estados, que ha conquistado el Japón con la guerra de Rusia, inapreciable y merecido galardón en la vida y en la suerte de los pueblos; su más fructuoso resultado ha sido la posición preponderante que para sus planes futuros le proporciona su contacto inmediato y contínuo con los chinos. Un horizonte tan limitado como brillante de esperanzas y de grandezas de toda especie aparece siempre á su vista, de fácil realización, cuyo único obstáculo formidable depende de Inglaterra. Podrá muy bien suceder que, por ahora á lo menos, le ayude más que la estorbe. Después ya será otra cosa; pero de todas maneras lo conveniente y lo seguro es que el espíritu y las cláusulas del tratado citado corroboran los planes japoneses respecto á sus vecinos, y la opinión casi universal ya en los demás pueblos, acerca de la tendencia final de la política japonesa en cuanto se refiere á los blancos cristianos de Occidente. Nótase, en efecto, con la simple lectura de ese tratado, que los japoneses se han propuesto conciliarse á todo trance las simpatías

y el afecto de los chinos, para colocarlos á su propia altura y ser aliados contra la raza blanca.

Obedeciendo, pues, á los consejos del buen sentido y del sentimiento de la justicia, y sanos planes políticos, no al egoismo de la política utilitaria y á una codicia más que púnica, muéstranse los japoneses firme y prudentemente resueltos á estimular á sus hermanos étnicos á reformarse, organizarse y fortalecerse de manera que en un plazo más ó menos largo no teman á los aborrecidos extranjeros, ni en tierra ni en el mar, ni en su industria y su comercio, ni desempeñen como hasta ahora el papel de víctimas, siempre vencidos, humillados y despojados, y no ya sin esperanza de alivio ó de cambio favorable, sino quizás en aptitud de vengar lo sufrido y de contestar con represalías á sus verdugos y perpetuos expoliadores.

Y recuérdese la arrogancia del Japón al verse vencedor de Rusia: declaró que podía así *demostrar que no era necesario ser cristiano para ser civilizado*. Es un reto lanzado á la civilización cristiana de los occidentales. *¡Caveant consules!*

Los occidentales se ven, por consiguiente, en riesgo próximo, como indicamos al principio, de recibir el pago y la merecida lección de su imprudente conducta. El deseo inmoderado de las riquezas los ha llevado á la China y al Japón, y, á trueque de ellas, han acumulado en esos países una tempestad tremenda que, si no los aniquila, podrá acaso acarrearles contrariedades, pérdidas y males sin cuento: una invasión de un nuevo Tamerlan ó de Gengiskan, con los feroces y terribles *boxers* por vanguardia; aunque y con refinamientos en la marina y el ejército.

Hé aquí para la sociedad moderna los resultados de una civilización que sólo dá preferencia á los intereses materiales; y hé aquí también la necesidad de volver á los verdaderos ideales de la civilización

cristiana, que solo entonces estaría en condiciones de vencer el peligro amarillo; y conseguir que esas naciones, en lugar de ser una amenaza, entren en el concierto de la civilización universal, que es el cristianismo, cuyo ideal es una sola civilización, que comprenda á toda la humanidad, sin distinción de razas, con la unidad y solidaridad moral del mundo entero. Al menos hácia ese ideal marchamos, aunque al través de inmensas dificultades; y así tiene que suceder, porque el catolicismo es tan universal como la humanidad, al decir de Macaulay.

NOTA V

El destino de América en la evolución de la democracia

A fuer de americanos vamos á reiterar nuestra profesión de fe acerca de los grandes destinos de América para la transformación del mundo civilizado; pues aunque joven aún, será el suelo clásico de las libertades políticas y civiles, esto es, de la democracia, en el sentido augusto y cristiano de esta palabra; la democracia que es la reina incontrastable del porvenir. Sí; América tiene que ser el suelo clásico de la democracia y ninguna monarquía podrá prosperar en su seno.

América ha visto dificultada esa misión providencial y gloriosa por los trastornos ineherentes á todo período de transición, y por los resabios de la incredulidad y de la masonería, importados de allende los mares, que la han convulsionado profundamente, retardando sus conquistas y progresos; pero el día en que llegue á realizarse, y no tardará, el imperio de la libertad limitada por el deber, y el reinado de la paz en el orden con el desarrollo armónico del progreso, entonces se ostentará deparada para desem-

peñar con gloria, más brillante que la de Grecia y Roma, el papel que en los destinos de la humanidad desempeñaron un tiempo, Asia primero y Europa después.

Gérmenes de decadencia se sienten por doquiera; pero la civilización moderna no puede perecer, porque tiene una fuerza interior y divina, el elemento cristiano y sobrenatural, que la preserva y propaga. La América es joven, y los pueblos vírgenes y lozanos, son los destinados por la Providencia para conducir con gloria el estandarte de la regeneración en las etapas de la civilización humana.

Aceleremos la influencia del cristianismo en las instituciones americanas; y esa religión de progreso, esencialmente civilizadora, con base moral y germen divino de perpetua expansión y regeneración, hará que no pase una centuria, quizás, sin que América se vea adorada por el mundo entero. Ya lo comenzamos á ver: Estados Unidos, primera potencia en el mundo de Colón, es también el modelo y la primogénita de la libertad, así como la nación más próspera del mundo; á la que no van en zaga las Repúblicas Argentina y del Brasil.

Es verdad, y no lo podemos negar, la civilización contemporánea está amenazada por tres grandes males.

Enorgullecida por sus victorias sobre la naturaleza, peligra hacerse víctima de un grosero materialismo: por otra parte, las doctrinas erróneas que arman el trabajo contra el capital, constituyen el más grave peligro de descomposición y guerra social: y sobre todos estos males, está la falsa noción de la libertad, con tendencia á la demagogia, cuando debe ser el respeto á todos los derechos legítimos. He aquí los peligros de la sociedad moderna y las grandes rémoras de la democracia contemporánea. ¿Qué hacer entonces? Orientar la civilización haciendo que el progre-

so material se armonice con el *perfeccionamiento moral*, en lo cual consiste la naturaleza y esencia de la civilización cristiana.

¿Hay esperanza de conseguirlo? Sí: el Pontificado, consecuente con su misión soberana, ha emprendido la obra gloriosa de orientar la civilización y la democracia contemporáneas.

*
* *

En efecto, la política proclamada por el gran Papa León XIII no fué más que el desarrollo continuado, la evolución progresiva, la realización fecunda de un mismo pensamiento y de un mismo ideal: la reconciliación de la sociedad moderna con la Iglesia, la adaptación de las verdades eternas é inmutables del Evangelio y del cristianismo á las necesidades actuales y á las condiciones de nuestra época. Pío X persiste en la aplicación de este programa salvador y grandioso en todos los terrenos, en el orden religioso, político y social; colocado el Pontificado entre un pasado que se derrumba y el porvenir que se constituye, será el legislador de la nueva civilización, el legislador y el mentor de la democracia cristiana, que tiene las promesas del reinado futuro en la nueva etapa de las transformaciones sociales.

León XIII no se hizo ilusiones acerca de las dificultades de la misión providencial de la Iglesia; pero el catolicismo no retrocede, y sabe también que es la más grande potencia moral, alma del mundo, eternamente radiante y activa. Por eso la política pontificia representa el ideal del que lleva todo el cristianismo en sus manos para derramarlo como un beneficio divino y conciliador sobre su siglo, como lo hicieron un León Magno, Gregorio el Grande, Gregorio VII é Inocencio III en su época respectivamente. El sabía que el Pontificado es la potencia más joven del mun-

do, á pesar del polvo de los siglos, y que es necesaria á éste como el alma al cuerpo, porque él solo satisface la necesidad de los grandes ideales y de las reacciones supremas, égida inmortal y divina de todas las civilizaciones y de todos los pueblos, propulsor permanente de la luz y de la vida, de la justicia y del bien.

Ninguna potencia de este mundo ha comprendido como el Papado las condiciones de los tiempos. Cada época tiene, en efecto, sus tendencias, sus deseos, sus instintos; sus necesidades, sus grandores y sus debilidades, sus llagas y sus remedios, sus corrientes, que de ordinario se resúmen en dos ó tres sentimientos, cuya explosión barrunta el porvenir. El Pontificado ha comprendido su época: la justicia social, el problema del equilibrio político, el culto del progreso y de las luces y la evolución democrática. Hé aquí las cuatro ideas dominantes en el antiguo y nuevo mundo, y el Papa ha tomado de estas corrientes lo que ha visto tener de justo, verdadero y bueno para consagrarlo como el legado del porvenir. Así León XIII en su Encíclica sobre la cuestión obrera, en la dirigida al pueblo francés, en sus cartas á los Cardenales de Francia, en sus actos para la renovación y progresos de la ciencia, ha respondido á estas necesidades y á estas aspiraciones, adaptando á las condiciones presentes el ideal eterno del cristianismo, que Pío X ha concretado en esta fórmula soberana é indeficiente: «Restaurar todas las cosas en Cristo,» ideal supremo del cristianismo y de la civilización.

León XIII hizo la síntesis de su época y del Evangelio. Unico á la altura de su siglo, naturaleza armónica y analítica á la vez, antiguo y moderno, supo hablar á los hombres en su lenguaje con las ideas del Cristo, perpétuo Redentor de la humanidad; y así se vió que el Papa es el conductor de su época. Y por

sus intuiciones clarividentes y su energía incontrastable y consumada sabiduría colocó al Pontificado sobre las alturas desde donde ilumina al mundo; y es así como el Papa desde su prisión, al decir de un notable publicista, ha sabido preparar los caminos de una política universal, de un iluminado realismo, por medio de la cual ha hecho del Pontificado una potencia de primer orden. Más aún, para todo espíritu atento, dice M. Claudio Jannet, es notorio que la Iglesia vuelve á conquistar en los grandes negocios de la humanidad el papel é influencia proponderantes que la Revolución la había hecho perder; y esta reacción con todos los resultados prácticos conseguidos, se debió esencialmente á la dirección ejercida por León XIII sobre las ideas y sobre las personas de sus contemporáneos.»

*
* *

Y la gran conquista del sabio Pontífice consistió en haber dado la forma filosófica, social y política á la democracia contemporánea. Su Encíclica á la Francia, «*Nobilissima Gallorum gens*», no es solamente una intervención accidental en favor de la pacificación de los partidos; sino que es inmensamente más, es el bautismo intelectual y religioso de la democracia por la primera autoridad moral del mundo.

En la Encíclica *sobre los obreros* determinó la forma *social* de la democracia; en las Encíclicas *Inmortale Dei* y *Libertas* con la forma filosófica, moral y religiosa, dictó por fin el código *político* de la democracia moderna. Esto es lo que explica el tono soberano y la altura olímpica de la Encíclica, en la que León XIII dirigiéndose á nuestras generaciones perturbadas, ha sabido armonizar las condiciones de nuestros tiempos con los derechos de la Iglesia y la necesidad de la acción religiosa; es

la acción feliz y salvadora de una época; porque León XIII, como su sucesor Pío X, y como sus predecesores Zacarías y Juan XII, ha tenido el raro dón en política de ver con claridad en dónde terminan los tiempos antiguos y en dónde comienza la nueva era. El consagró solemnemente la democracia; así como las Encíclicas y las cartas de su sucesor han deshecho las oposiciones del sectarismo y de los resabíos de los mismos católicos tradicionalistas.

Habiendo ambos Papas proclamado la síntesis armónica de la democracia y de la Iglesia han disuelto los equívocos y encontrado el secreto del porvenir.

La intervención pontificia ¿no prueba acaso lo que puede la Iglesia cuando, sin olvidar el depósito divino, habla á las generaciones con el lenguaje de la sabiduría, de la persuasión y de los grandes ideales?

La indicación de un camino que debe seguirse y el punto de partida de una concepción regeneradora; esa alianza severa y radiante de la tradición con el progreso; esa ley del rejuvenecimiento contínuo de la ciencia política; esa adaptación llena de tacto y sabiduría de la doctrina ideal á los hechos transitorios y exigencias de los tiempos; esa manera superior de tratar los asuntos complejos y de entresacar del laberinto de los detalles los lados luminosos y las síntesis triunfales; y en la ejecución, esa simplicidad maravillosa, esa impasibilidad del filósofo y esa ternura paternal; ese acento enérgico y conmovido; esa plenitud de razón y de doctrina; ese tono seguro, riguroso y suave de un maestro iluminado, que procura enseñar á los hombres del siglo el secreto para adaptar las ideas cristianas á las contingencias históricas; todas estas condiciones han hecho del Papa el vehículo de una nueva civilización que, bajo la égida augusta de la Iglesia, va á iluminar y engrandecer la tierra.

Sin duda, esta transformación no se verificará de súbito y sin dificultades promovidas por un rezagado

espíritu de resistencia; pero la evolución está en la lógica de la historia, y en los derechos de la Providencia sobre los destinos de la sociedad moderna, á la que tan bien conoce y comprende el Pontificado. Lo que es necesario vencerá indefectiblemente: la fuerza de inercia no ha podido detener jamás las grandes corrientes morales é intelectuales que arrastran á las sociedades humanas. Estamos en presencia de esa transformación universal, hija de la fuerza de expansión divina del cristianismo; á pesar de todas las resistencias ella triunfará, realizándose así en nuestra época la verdad histórica expresada en una síntesis sublime por el ilustre Donoso Cortés. «La historia de la civilización es la historia del cristianismo, la historia del cristianismo es la historia de la Iglesia Católica; la historia de la Iglesia Católica es la historia del Pontificado con todos sus resplandores y todas sus maravillas; es la historia de aquellos hombres enviados por Dios, para resolver en su día y en su hora los grandes problemas religiosos y sociales en provecho de la humanidad y en el sentido de sus designios y de su providencia soberana.»

*
* *

Pues bien; eso fué León XIII, eso es Pío X; esa misión tienen en el solemne momento histórico de la sociedad moderna; como enviados por Dios para salvar y orientar en la hora presente los grandes destinos de la democracia contemporánea; cuyo glorioso representante es la joven América.

Hay que obedecer al Papa como soberano moral del mundo, y seguirle como al conductor y legislador de la civilización del porvenir.

Y ¿cómo no ver un signo de predestinación en ese fenómeno tan admirable, de contemplar un anciano, que casi aislado en su antiguo palacio, del cual no

puede salir, no cesa de echar sobre el mundo miradas solícitas acerca de los problemas del porvenir, y de los nuevos ideales?

¡Qué el pensamiento del Papa sea comprendido según sus votos, para trabajar en la obra común, por todos los espíritus rectos y todos los corazones generosos de todos los partidos y convicciones!

Respecto al papel de los católicos para secundar la sublime misión de la Iglesia, que en la dirección de la civilización contemporánea tendrá la misma influencia benéfica que en el descubrimiento de América, lo que se necesita no es la abdicación de sus doctrinas, ni es la adhesión á instituciones irreligiosas é injustas, hijas de una obsecación momentánea; sino la concentración de todas las fuerzas vivas del cristianismo, la acción independiente en el terreno político y social: es la unión de los esfuerzos para salvar el legado de los siglos católicos adaptado á las necesidades presentes para preservar á la sociedad moderna de una triste vuelta al paganismo. Que la sublime impulsión del Pontificado triunfe en todas partes, en Europa, en América y en Oriente, y el retorno á las influencias morales y á los ideales del cristianismo, que son el aroma divino de la civilización humana, constituirá el más bello florón de la democracia cristiana en el mundo por las conquistas de América en su próxima y gloriosa evolución para el porvenir de la humanidad, que consiste en la unión de todas las razas y de todos los pueblos en la civilización cristiana, porque no existe ninguna otra, que sea digna de la humanidad.

El catolicismo se encuentra frente á frente en su lucha con el *anti-clericalismo.* Pues bien, si *el anti-clericalismo representa,* al decir de Leroy-Beaulieu, *el espíritu de desorganización,* éste debe desaparecer, como sucederá en Francia, en donde ha sido un completo fracaso de perturbación y desorganización.

Mañana aparecerá el soldado que le anuncie que se retire, porque no sabe orientar ni organizar la sociedad.

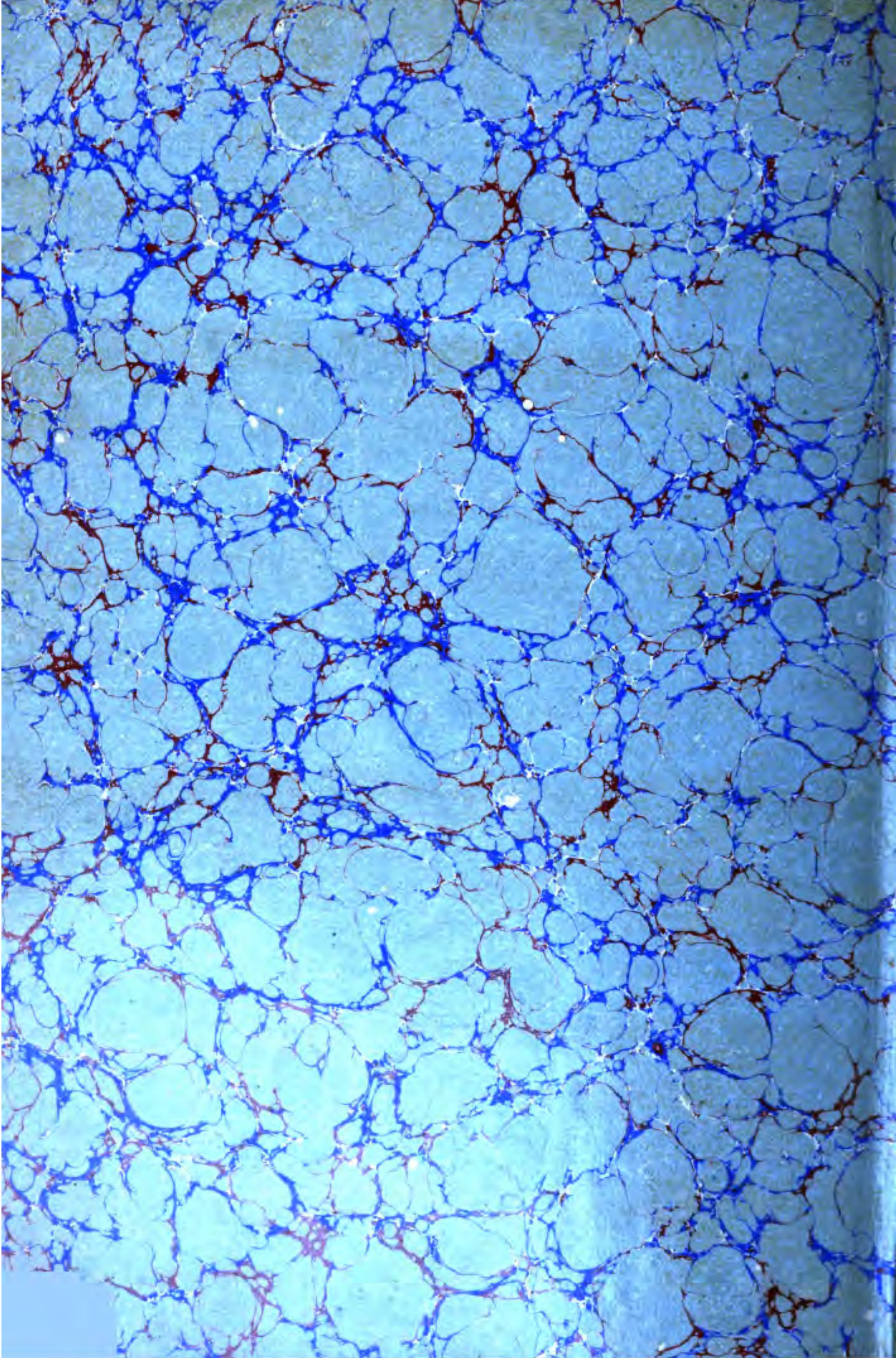
¡Es una vergüenza! La República de Estados Unidos de América, nacida ayer como nación, nos dá un alto ejemplo de cómo se puede gobernar á un pueblo con el régimen de las instituciones democráticas de igualdad, fraternidad y libertad. Allí la Iglesia vive mas libre y respetada que en ninguna otra parte; mientras en ninguna otra parte se la persigue como en la nación, que tanto alarde hace de liberalismo.

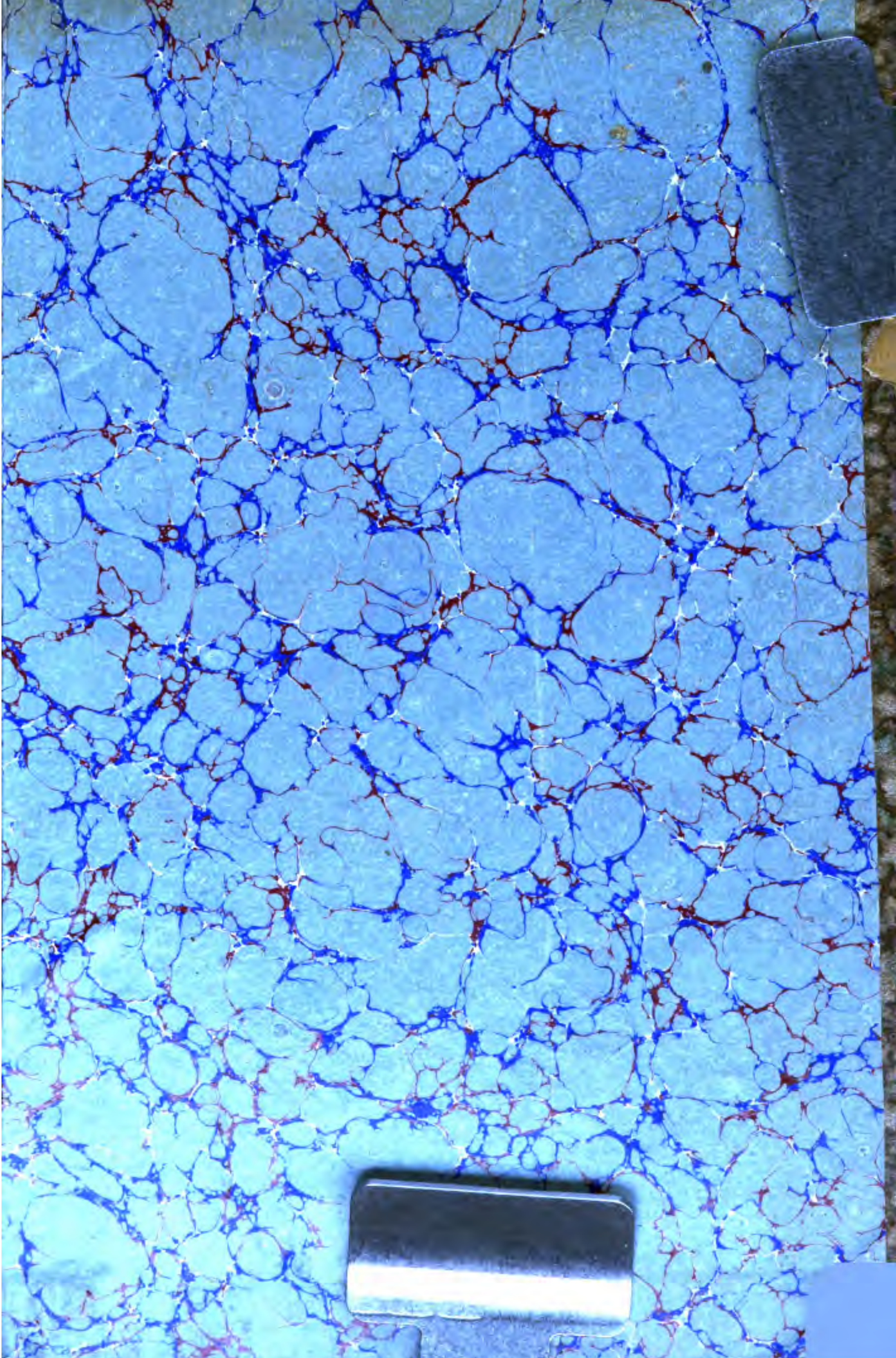
Y hé aquí en qué reconocemos que es grande el porvenir de la gran República de Norte-América: en ningun otro país del mundo se reconoce oficialmente la intervención divina en los destinos de la nación. Todos los años rinde solemne acción de gracias á la Providencia ese pueblo por los beneficios recibidos; y su Parlamento no comienza sesión alguna sin que un ministro cristiano invoque el auxilio divino en sus determinaciones. (1) Se muestra así ese gran pueblo digno de su heróico fundador, Washington, que declaró ante la faz del mundo: «no merece los honores de patriotismo quien desprecie estos dos grandes factores de la civilización: la moral y la religión».

Y hé aquí porque allí prospera, como en parte alguna el catolicismo: no alcanzaban á medio millón sus fieles á principios del siglo XIX, y hoy pasan de 12 millones.

1—«*Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad*», fué el primer cablegrama, que saludó á Europa, enviado por la libre América, que daba así nna solemne lección á los Gobiernos y Estados que prescinden de Dios y hacen profesión de ateismo.

ÍNDICE






UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3023073530
0 5917 3023073530